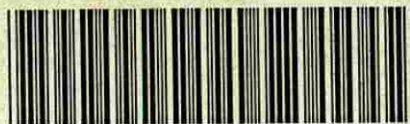


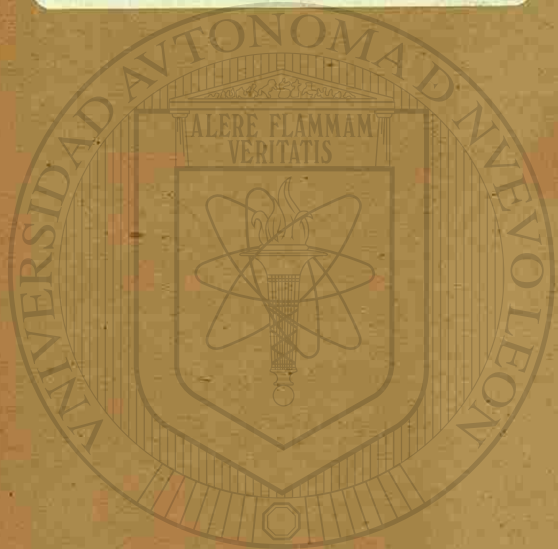
3. CHNET

ULTIMO
AMOR

RAID
PQ2378
.03
U48



1020026739



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Núm. Clas. _____

Núm. Auto. _____

Núm. Adm. _____

Procedencia _____

Preis _____

Fecha _____

Clasificación _____

Catálogo _____

N.
Ch 38 10
30640
-8-

ÚLTIMO AMOR

Manuel Alvarez

Rul.

PUEBLA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS DE JORGE OHNET

	Rústica.	Tela.
	P. G.	P. G.
Lise Fleuron. — Versión castellana de José de Olave; un tomo en 8.º mayor de 328 páginas.....	2.50	"
El Gran Margal. — Versión castellana de J. de la Cerda; un tomo en 8.º mayor de 480 páginas.....	3	"
Las señoras de Croix-Mort. — Versión castellana de Carlos de Ochoa y Madrazo; un tomo en 8.º mayor de 300 páginas.....	3	"
Negro y rosa. — Versión castellana de Carlos de Ochoa; un tomo en 8.º mayor de 328 páginas.....	3	3.50

BATALLAS DE LA VIDA

ÚLTIMO AMOR

POR

JORGE OHNET

VERSIÓN CASTELLANA

DE

EL COSMOS EDITORIAL



Arto. 1625 N.º 11711111

85923

MADRID

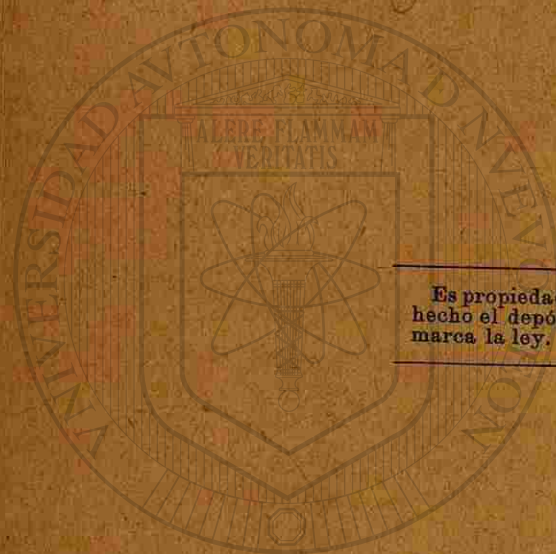
EL COSMOS EDITORIAL
ARCO DE SANTA MARÍA, 4, BAJO

1889

30640

843
0

PA 2378
038
048



Es propiedad. Queda
hecho el depósito que
marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID, 1889
Ricardo Alvarez, impresor, Ronda de Atocha, 15.—Teléfono 809.

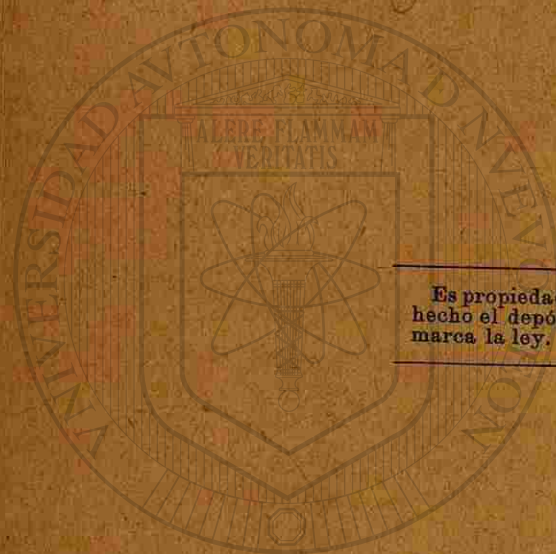
Manuel Alvarez
= Rull =
PUEBLA

I UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Verificábase magnífica fiesta en el palacio de Fontenay-Cravant. Por la espaciosa escalera de maderas labradas, cuyas paredes adornaban tapices espléndidos con el Don Quijote de Coppel, y que iluminaba la luz eléctrica, subían lentamente señoras y caballeros; éstos, de calzón corto y casaca; aquéllas, en trajes de baile, llenando la embalsamada atmósfera de ese alegre rumor de frases cambiadas, de saludos y de cumplidos que constituyen el prólogo en este linaje de funciones. Desde lo alto de la galería un grupo numeroso de convidados, apoyándose en las balaustradas de peregrinos mármoles, examinaban con atención aquel brillantísimo desfile, como si se hubiesen constituido en jurado de elegancia. Las jóvenes, lujosamente ataviadas, deslizaban, con la gracia inimitable de verdaderas

843
0

PA 2378
038
048



Es propiedad. Queda
hecho el depósito que
marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID, 1889
Ricardo Alvarez, impresor, Ronda de Atocha, 15.—Teléfono 809.

Manuel Alvarez
-Rull-
PUEBLA

I UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Verificábase magnífica fiesta en el palacio de Fontenay-Cravant. Por la espaciosa escalera de maderas labradas, cuyas paredes adornaban tapices espléndidos con el Don Quijote de Coppel, y que iluminaba la luz eléctrica, subían lentamente señoras y caballeros; éstos, de calzón corto y casaca; aquéllas, en trajes de baile, llenando la embalsamada atmósfera de ese alegre rumor de frases cambiadas, de saludos y de cumplidos que constituyen el prólogo en este linaje de funciones. Desde lo alto de la galería un grupo numeroso de convidados, apoyándose en las balaustradas de peregrinos mármoles, examinaban con atención aquel brillantísimo desfile, como si se hubiesen constituido en jurado de elegancia. Las jóvenes, lujosamente ataviadas, deslizaban, con la gracia inimitable de verdaderas

maestras, sus colas de seda ó de terciopelo, haciendo oscilar, con encantadores movimientos, sus cabezas de cabellos de oro ó de azabache, adornadas con diamantes ó con flores; los elegantes, cuyos fraques negros realzaban el brillo de los vestidos blancos y de los blanquísimos hombros las contemplaban sonriendo. En la meseta de la escalinata y delante de una anchurosa puerta, por la cual ya se veían resplandecientes de luz y de colores los salones de baile, hallábase la condesa de Fontenay, arrogante y afabilísima, que acogía á sus convidados tendiéndoles afectuosamente la mano y tenía para cada uno de ellos una mirada cariñosa y una frase amable. La hermosura de la condesa, hermosura que había sido célebre, se manifestaba en su admirable madurez. Su vestido de terciopelo negro, con elegante delantera de raso, hacía resaltar la belleza maravillosa de sus hombros magníficos y de sus brazos de mármol. Un collar de perlas, única alhaja que la condesa lucía aquella noche, rodeaba su cuello delicado, que parecía llevar con orgullo el suave peso de aquel rostro pálido iluminado por dos ojos oscuros llenos de dulzura. Sus cabellos negros, adornados con una rosa, conservaban aquellas ondulaciones armoniosas que en la época de la juventud de la condesa servían de precioso marco á su frente altiva. Comenzaban á platear algunos hilos de su hermosa cabellera, en las

sienes y alrededor del oído, indicio casi seguro de que la gran señora había cumplido ya el octavo lustro... ese otoño de la existencia en el cual los días buenos, todavía numerosos, están, sin embargo, oscurecidos ya con una sombra de melancolía.

Rodeada por una especie de estado mayor civil, compuesto de hombres á quienes ya el nacimiento, ya la posición, ora su fortuna, ora su inteligencia señalaban puestos preeminentes en la sociedad, estaba la condesa de pie hacía dos horas recibiendo á los invitados que, en gran número, continuaban llegando. Acababa de cruzar algunas palabras con la embajadora de Austria y de acompañarla hasta la entrada de los salones, cuando un joven, muy elegante y de aspecto simpático y agradable, se acercó á la señora de la casa, y hablando en voz baja, con aire de franca familiaridad, dijo:

—Condesa, ¿usted sabe dónde está Armando? Hace ya un cuarto de hora que le busco por toda la casa y no le encuentro.

—No le he visto desde esta tarde—respondió la condesa;—presumo que estará inspeccionando los últimos preparativos de la representación.

—No. Salgo ahora de entre bastidores. La señora de Jessac, en cuyo papel se ha hecho un corte, desea tener un ensayo con Armando, y ni ella ni yo sabemos lo que le ha sucedido. Acaso

nos lo habrá arrebatado algún Dios celoso de sus ruidosos éxitos. ¡Como no haya sido el director de la *Comedia francesa!*

El simpático joven reía. La frente de la condesa, sin embargo, habíase nublado. Sordas é inexplicables inquietudes habían perturbado su corazón. Sin motivo justo, pues su marido ¿dónde podía hallarse sino encerrado en el fondo de sus habitaciones, ocupándose en dar la última mano á su tocado ó bien repasando el papel que debía representar en la obra nueva del marqués de Riva, comedia cuyo estreno iba á verificarse ante el escogido auditorio reunido en los salones?

—Ya ve usted que no puedo alejarme de aquí—dijo la señora de Fontenay, señalando con el abanico los grupos que iban formándose en el descansillo de la escalera esperando turno para saludarla. Busque usted mejor, querido Pablo, y vuelva usted pronto para enterarme del resultado de sus pesquisas.

Dicho esto se dirigió, con paso rápido que hizo crujir su vestido de seda, hacia sus convidados.

El barón de Cravant levantó una cortina de raso que ocultaba un corredor y penetró en las habitaciones particulares que servían de bastidores al teatro, instalado en el fondo del salón principal. En el tocador de la condesa, el primer galán de la compañía de aficionados, Héctor

Firmont, entregaba su cabeza á los cuidados inteligentes de Pontet, el peluquero sin rival en esto de poner á un muchacho el rostro de un viejo decrepito y transformar en joven enamorado á un anciano venerable. El comediante de afición, muy inquieto por una ligera irritación á la laringe, había mandado que le trajesen de la botica más próxima un gargarismo, y cada diez minutos humedecía sus cuerdas bucales con aquella poción tranquilizadora.

En el cuarto de vestir de la condesa, la señora de Jessac, la estrella que declama con el brío de la Chaumont y canta con la gracia de la Judic, estaba acabando de ponerse el primero de los innumerables trajes que debía lucir en su papel de disfraces. Oíase, á través de la puerta, dirigir á su doncella nerviosas advertencias, interrumpidas por brillantes escalas y rápidos arpeggios preparatorios.

—Josefina, por Dios, tenga usted cuidado; va usted á estrangularme... No podré respirar... ¡Ah, ah, ah, ah, ah... aaah! Ya ve usted cómo salen ahogadas las notas... Afloje usted un poco... á ver. ¡Ah, ah, ah, ah, aaah!... Me parece que estaré bien de voz... ¡Eh, que me clava usted un alfiler en la espalda!

Este grito de dolor fué acogido por una carcajada ruidosa. Reía la linda señora Tresorier que, en el cuarto inmediato, separado del otro por una cortina solamente, se paseaba, retorciendo

delante del espejo su hechicero talle de criadita.

—¡Pícaro! ¿Se ríe usted?—gritó la señora de Jessac;—cómo se conoce que confía usted en sí misma, y que sabe de antemano que ha de lograr un éxito envidiable.

—Lo alcanzaremos todos, porque dicho sea con franqueza, lo hacemos admirablemente. ¿Eh? ¿Quién viene? ¡No se puede entrar!

Esta exclamación de alarma había sido producida por un conato de abrir la puerta que alguno hacía por fuera.

—No tenga usted miedo—contestó la voz alegre del barón de Cravant;—no es nadie, soy yo nada más.

—¿Cómo nada más?—gritó la señora de Tresorier;—pues basta y sobra. Hágame usted el favor de cerrar inmediatamente esa puerta.

—Pero si cierro no podré hablar á usted, y si no hablo, usted no sabrá lo que quiero decirle.

—Eso es verdad. Pues bien, entorne usted la puerta, pero no mire usted.

—¿Por qué? Pues si realmente está usted visible; corsé y guardapiés es un traje muy presentable...

—Pero ¿cómo sabe usted que estoy así?

—Toma, porque lo estoy viendo en el espejo.

—¡Qué horror!

La señora de Tresorier se lanzó hacia la puerta de la habitación de vestirse y se ocultó á medias con la cortina de raso que la cubría.

—Ahora—dijo—pregunte usted lo que quiera.

—¿No está aquí Armando... por casualidad?..

—¡Cómo! ¿El conde aquí, mientras me visto? Pero usted está loco, por fuerza. Luisa, ¿ha oído usted lo que el señor de Cravant se atreve á preguntarme?

—Sí, es un insolente—respondió la señora de Jessac y continuó en sus vocalizaciones y arpegios ¡ah, ah, ah, ah, aaah!—Pero yo celebraré muy de veras que encontrasen al conde, porque sería muy conveniente que nos pusiéramos de acuerdo sobre una supresión que han hecho en mi papel y sobre el juego de escena antes de que principiase la representación.

—Si el caso es que Armando se ha desvanecido como una sombra.

—Pero ¿no ha dicho siquiera: volveré?

—Espero que sí vuelva; todo induce á creerlo; sin embargo, el hecho es muy raro. He registrado todos los rincones del palacio... Nada; todo inútil... Mi última esperanza era que estuviera aquí, con usted...

—¿Volvemos á lo mismo?

—¡Bah! Entre compañeros... ¿qué más da? El amor al arte lo justifica todo.

—Corriente; pero no justifica la presencia de usted, que no es cómico, sino simple avisador... ¡Ea!, váyase usted de aquí inmediatamente.

—¡Dios mío, qué insufribles son estas mujeres de teatro!—exclamó riéndose el barón de Cra-

vant. Cerró la puerta y se dirigió, por segunda vez, á las habitaciones del conde. Abrió otra puerta y se halló en el despacho, amueblado con lujo severo y de gusto exquisito; los muebles eran de nogal, artísticamente labrado, y cubrían las paredes tapices de mérito extraordinario; el techo, formado por maderas de precio, aparecía dividido en cuadrados alternativamente azules y rojos, sembrados de tréboles de oro. Veíanse en los cuatro ángulos las armas de Fontenay-Cravant: torre de oro en campo sable, con este mote *Fonte n'ay*, en recuerdo de aquel Cravant que, en la batalla de Moncontour, derribado por la caballería alemana, tornó á montar en su caballo que había perdido la silla, y así combatió, en pelo, durante todo el día. En el centro de la habitación había una mesa que servía de escritorio, y en ella se veían varios papeles esparcidos. Las lámparas estaban á media luz, y reinaba en la estancia una semioscuridad que contrastaba con las iluminaciones del resto de la casa. En el fondo, por una puerta entornada, pasaba una línea luminosa y cierto ruido de pasos indicaba que allí había alguno. Desde el despacho, el barón preguntó en voz alta:

—Armando, ¿es usted quien está ahí?

Aproximáronse los pasos, y el ayuda de cámara de Armando, vestido de negro y serio y solemne se presentó en la puerta.

—¡Ah! ¿Es usted, Santiago?... ¿No está mi pri-

mo en su habitación? He venido dos veces y no he hallado á nadie.

El rostro del criado adquirió de pronto mayor gravedad de la que ordinariamente tenía; bajó los ojos como si temiera ser demasiado comunicativo, y masculló en inglés algunas palabras ininteligibles.

—¿Qué demonios está usted diciéndome?—gritó con vehemencia el barón;—explíquese usted con más claridad.

El criado, al oír esto, tomó cierto aire de importancia, permaneció impassible y guardó el más profundo silencio.

—¡Caracoles!—exclamó el joven—acabará usted por asustarme. ¿Qué significa todo esto? Ya sé que es usted muy adicto á su amo... ¿Le ha ocurrido alguna cosa desagradable?... Sepamos... La señora condesa es quien me ha encargado de enterarme.

El criado hizo un gesto negativo, pero no pronunció una palabra. Impaciente, el barón apartó con violencia al ayuda de cámara y penetró, por delante de él, en la alcoba. Allí estaba todo dispuesto para que el amo de la casa se vistiese: el pantalón negro, el chaleco blanco y el frac hallábanse simétricamente colocados y cuidadosamente extendidos en la cama, estrecha y baja. En una mesita, colocada en el centro, estaban la camisa, ya arreglada, con sus botones de oro, la corbata, el pañuelo de bolsillo y los guantes.

El barón miró en rededor suyo y vió que la estancia estaba vacía y completamente ordenada. Adquirió, por consiguiente, la certeza de que el conde de Fontenay, cuando sólo debía pensar en sus convidados, se había ausentado de su casa á escondidas de la condesa. Presintió algo grave y misterioso; dirigiéndose, pues, al criado, que le habia seguido y permanecía silencioso delante de la ventana, dijo con firmeza:

—El conde ha salido: ¿cuándo?

El ayuda de cámara comprendió que no habia medio de ocultar lo sucedido, y como quien se decide á contarle todo respondió:

—El señor conde salió hace ya dos horas.

—¿Cómo ha salido?

—Solo y á pie.

—¿Qué traje llevaba?

—El que ha tenido puesto durante el día.

—¿Qué ha sucedido para obligarle á salir de casa?

—El señor se preparaba á vestirse, cuando recibió un sobrecito azul, un telegrama. Lo leyó y lanzó una exclamación que no pude entender; después dijo en voz alta: «Es necesario que yo vaya.» Y dicho y hecho; tomó el sombrero, se puso el gabán de pieles, y al bajar por esa escalerita que da entrada á su tocador me dijo: «Santiago, arregle usted las cosas de modo que nadie eche de ver mi ausencia. Dentro de hora y media, cuando más, estaré aquí.» Y salió; eran las nueve.

—De suerte que hace ya dos horas.

—Justamente, dos horas. El señor barón comprenderá ahora por qué he tratado de ganar tiempo sin dar explicaciones, y me perdonará que no le haya contestado inmediatamente.

El señor de Cravant movió la cabeza en señal de aprobación. Comenzó después á pasear muy agitado atusándose, como si lo hiciese maquinalmente, su rubio bigote. Lo primero que le ocurrió fué buscar á la condesa para decirle lo que pasaba. Le detuvo, no obstante, el temor de asustarla. Apoyóse, pues, de codos sobre la chimenea y reflexionó, preguntándose qué resolución debería adoptar. Era imposible que la situación se prolongase. El conde representaba con las señoras de Jessac y de Tresorier y los señores Firmont y Perducieres. Antes de media hora sería preciso adoptar una resolución. El público no esperaría indefinidamente. El joven sentía hervir en su espíritu una agitación de calentura; considerábase abrumado por el peso de una gran responsabilidad, y después de unos momentos de vacilación se dirigió á la puerta decidido á entrar á la condesa de lo que sucedía; en aquel momento unos pasos ligeros, acompañados del crujir de la seda sonaron muy próximos, y poco después se presentó en la estancia la misma señora de Fontenay; estaba un poco pálida, y sus ojos parecían más negros bajo las fruncidas cejas. Procuró, aunque en vano, sonreír, y preguntó:

—Vamos, ¿está ya listo?

En aquel instante el barón Pablo de Cravant, que había vivido siempre ajeno á todo cuidado y sin pensar en cosa alguna grave, tuvo la intuición de que se aproximaba el estallido de alguna crisis terrible, en la cual iba á verse desgraciadamente mezclado. Supuso que la ausencia de Armando tenía excusas que convenía ocultar á toda costa á la condesa. Instintivamente procuró cubrir la retirada de su primo, y adoptando el tono de la más absoluta indiferencia, dijo:

—No piense usted en nada, condesa; Armando estará aquí dentro de un minuto.

—Es decir, que no está aquí ahora.

—No; le han llamado por un momento; no es para nada serio.

Tornáronse blancos los labios de la condesa, y un ligero temblor nervioso agitó sus manos. Logró, en absoluto, dominar su emoción, y pudo preguntar casi con la sonrisa en los labios:

—¿Le han llamado? Pero ¿quién?

Sus ojos recorrieron rápidamente la estancia. Vió el traje preparado y al ayuda de cámara tratando de ocultar su turbación. Comprendió, pues, que la engañaban. Una horrible angustia le trastornó; pensó en un duelo, en alguna aventura horrible que amenazaba la existencia de su marido. Adelantó de pronto algunos pasos; acababa de vislumbrar en la chimenea una bolilla

de papel azul, el telegrama arrugado que el conde arrojó imprudentemente antes de salir de su cuarto. La condesa se detuvo; avergonzábase de que le viesen recoger del suelo y desdoblar y leer aquel papel en presencia de su criado. Se volvió, pues, hacia el ayuda de cámara de su marido y le dijo:

—Santiago, hágame el favor de ir al cuarto del señor de Firmont, que se impacienta, y dígame que no podremos levantar el telón lo menos en un cuarto de hora largo; que avisen también á la señora Jessac.

El criado se inclinó en señal de obediencia y salió del cuarto. No bien hubo desaparecido éste, la condesa, sin cuidarse ya del barón, se arrojó de un salto á recoger del suelo el papel azul, lo abrió, y aproximándose á la luz devoró las palabras que contenía, y que era las siguientes:

«Mi tía está gravemente enferma. Venga usted al momento; la inquietud me mata.—LYDIA.»

Los ojos de la señora de Fontenay permanecieron clavados en aquella firma; la respiración pareció haberse detenido en su garganta, y un calor insoportable le abrasaba el pecho. Dejó escapar un sollozo ahogado, y sintiendo que sus piernas se doblaban se dejó caer en un sillón. Allí permaneció inmóvil, con la cabeza inclinada y presa de horribles torturas morales. En

un segundo todo se derrumbaba en su derredor, su seguridad moral desaparecía, su dicha se había disipado. Nada podía ya esperar de lo porvenir; podía temerle todo de lo pasado... ¡Lydia! Este nombre de mujer que surgía, inopinadamente como el rayo, en medio de su existencia apacible y serena, ¿á quién pertenecía? ¿Qué misteriosa rival lo llevaba? ¿Cuánto tiempo hacía que la trataba Armando? ¿Qué irresistible dominio tenía aquella mujer sobre el conde para obligarle á dejar su palacio, lleno de amigos, á su mujer ataviada, á faltar, en fin, á sus deberes de esposo, de amo de casa, arrastrándole en una noche fría y oscura á un lugar desconocido? ¿Qué interés tendría el conde por aquella mujer? ¿Qué ternura le consagraba? ¿Qué obediencia ciega le había ofrecido para que al primer llamamiento, al primer grito de alarma abandonase todo lo que no era ella y corriese sin pensar en lo que detrás de sí dejaba? ¡Lydia!... Por primera vez aquel nombre penetraba en su alma como aguda flecha. La condesa repetía aquel nombre, cuyo sonido sólo le parecía temible. Estudiaba las sílabas de aquel nombre, repetíalas con lentitud calculada, y una forma suave, radiante de belleza, joven, surgió ante la esposa de Armando; parecía verla como velada por algo vaporoso que dejaba indecisa y vaga la belleza de aquella rival... á la que siempre juzgaba hermosa...

¿Cómo si esa mujer no fuese adorable, podría Armando...?

Al llegar á esta conclusión tan cruel, las lágrimas, largo rato contenidas, se deslizaron de sus ojos, y brotaron de sus labios sollozos que no pudo contener por más tiempo. La gran señora, altiva, dejó su rostro descubierto desdenando el auxilio de sus manos para ocultar el llanto. El barón de Cravant fué único espectador de una desesperación sublime que no guardaba miramientos hipócritas, y que sin otro cuidado que su causa misma, se mostraba profunda, incurable.

El joven, muy conmovido, hizo un movimiento de compasión cariñosa para dirigirse á la señora de Fontenay; ésta le detuvo con el ademán y le dijo:

—No, no; déjeme usted, Pablo; esto me sentará bien.

Una pregunta estaba, por decirlo así, quemando los labios del barón. Ardía el joven en deseos de saber lo que el misterioso telegrama contenía. No se atrevió á preguntarlo. Aquel dolor tan sencillo y tan verdadero le imponía. El barón había visto muy á menudo á mujeres que lloraban; pero nunca había visto derramar llanto con tan admirable orgullo. Dificilísimo era prodigar consuelos á tristeza de aquella índole. Habría sido lo más sencillo maldecir de quien la causaba.

Mientras el barón permanecía allí lleno de embarazo, y sin saber qué hacer, ni qué decir, unos pasos rápidos que sonaron en la escalera hicieron estremecerse á la señora de Fontenay. Levantóse con rapidez; su rostro pareció radiante de súbita alegría.

—Es él—dijo.—¡Vuelve!

Esta palabra ¡vuelve! contenía un mundo de esperanzas repentinamente reanimadas. Acaso la señora de Fontenay había temido que su esposo la hubiera abandonado para siempre. La condesa, al levantarse del sillón, echó de ver que conservaba aún en sus manos y abierto el telegrama; le arrugó vivamente y volvió á arrojarlo en la chimenea; después, dirigiéndose con aire de autoridad al barón, díjole:

—Que no sospeche Armando que he venido aquí... Sobre todo, que ignore que he leído ese telegrama... ¿Me oye usted bien, Pablo? Ni una palabra; ni una sola... ¡Oh, no se lo perdonaría á usted nunca!

Y como una sombra desapareció en la oscuridad del despacho. En el momento mismo el conde, sin poder respirar de puro cansado, penetraba con apresuramiento en su cuarto. Frunció el ceño al encontrarse con su primo, al cual tendió la mano como por máquina, al tiempo que le decía con tono de enojo:

—Calla, ¿estás aquí?

Después, arrojando sobre un sofá su abrigo

de pieles y su sombrero, y comenzando á quitarse su cazadora, gritó:

—Santiago, vamos, vamos; vivito... ¡Demonio! Son más de las once... ¿En donde están ya?

El ayuda de cámara volvió entonces. Pareció admirarse de no encontrar á la condesa en la habitación.

Lanzó furtivamente una ojeada rápida hacia el señor de Cravant; pero habituado á ver, oír y callar, bajó la cabeza y comenzó los preparativos para vestir á su amo. El barón contestó á la pregunta hecha por su primo.

—¿Que dónde están? Carambola, pues están esperándote. Mucho tiempo hace ya que Firmont pateo encolerizado. Y en cuanto á la señora de Jessac ya está llamándote á voces.

El conde hizo un gesto de disgusto.

—¡Ah! Un insoportable asunto que ha sobrevenido cuando yo lo esperaba menos me ha obligado á ausentarme por una hora... Después de todo, no ha sido nada; es decir, nada que personalmente me interese.

Cuando el conde acababa de soltar aquel embuste se fijó su mirada en la bolilla de papel arrojada por la condesa antes de salir de la estancia.

El conde sonrió tranquilo al ver en el sitio mismo en que imprudentemente le había dejado en la precipitación de su marcha aquel telegrama comprometedor é indiscreto. El recuerdo

de aquel papel azulado habíale rodado por la cabeza durante dos horas, en las cuales no había cesado de echarse en cara á sí mismo la ligereza y la impremeditación con que había dejado aquel papel al alcance de un mano indiscreta.

Tomó de una copa que había en la chimenea un cigarrillo; después, bajándose con aire indiferente, recogió el telegrama, le abrió para cerciorarse de que en efecto era el mismo, lo dobló y lo arrolló á lo largo y, colocándolo después sobre una de las lámparas, lo hizo arder; se valió de aquella llama para encender su cigarrillo, y después dejó que se consumiese hasta el fin el telegrama, cuyas cenizas negras aplastó con el pie.

—Mira—dijo el conde dando un suspiro que hizo subir hasta el techo una bocanada de humo blanquecino—¿sabes lo que deberías hacer si fueses complaciente? Coger mi papel que está encima de la mesa y repararlo conmigo.

—Si lo sabes de corrido, hombre.

—No importa... A última hora no estorba tomar precauciones.

—Como quieras; manos á la obra.

Tomó el barón, efectivamente, de encima de la mesa un cuaderno sobre cuya cubierta se leía, escrito en letra grande y clara, el título de la comedia *La escuela de aplicación*, y debajo, en letra más pequeña, el nombre del personaje *Octavio de Margency*; le abrió por la primera hoja

y comenzó á dar al conde las réplicas, según dicen en su vocabulario técnico, las gentes de bastidores. El conde respondía yendo y viniendo desde el despacho al tocador y desde el tocador al despacho y vistiéndose rápidamente. Tendría el conde unos cuarenta años; el cabello castaño, rizado naturalmente; rostro de buen color animado por hermosos ojos azules que velaban pestañas negras; á cada lado de su boca pendían largos bigotes rubios como los que usaban los guerreros galos y que servían de marco á la barba cuadrada que prestaba al semblante mucha energía. Alto, delgado, de maneras distinguidas y de ademán desembarazado, Armando representaba apenas treinta años. Su elegancia era la admiración del *todo Paris* de los revisteros de salones. Antiguo capitán de estado mayor, ayudante del general Mac-Mahón, y después agregado militar en la embajada de Viena, Armando abandonó las filas del ejército cuando su jefe cayó de la presidencia de la República.

Como era rico por su casa y además lo era por su mujer, la hermosa baronesa de Schwarzbouurg, con quien había casado después de su permanencia en Austria, vivía con gran lujo, hasta la ostentación, y su casa, regimiento montada, estaba considerada como uno de los mejores palacios del arrabal de Saint-Germain. Emparentado con las familias más ilustres de Francia, y relacionado, por su matrimonio, con la más bri-

llante aristocracia extranjera, había sabido en pocos años convertirse en uno de los árbitros de buen gusto y dictadores y maestros de la moda. Sus trenes se mencionaban como modelos; su vestido servía de figurín que copiaba la juventud elegante. El corte de sus trajes era indiscutible; el color de sus guantes y la forma de sus corbatas se imponían con fuerza de ley.

El conde, á pesar de su supremacía reconocida, era hombre de una sencillez y de una gracia extraordinarias. Había logrado aquella soberanía sin que hubiera él hecho nada para conseguirla. Porque era buen mozo, de modales finos, muy galante y de gran talento. En su persona encarnaban todos los merecimientos sólidos y todos los brillantes defectos de la raza francesa. Parecía un personaje del siglo décimooctavo que había sobrevivido á su época, olvidado por la guillotina de los convencionales, por las gloriosas matanzas del Imperio, por las revoluciones sucesivas de la monarquía y por las hecatombes de la última guerra. Vestido con la casaca de raso claro y el calzón corto, con el calzado rojo y el cabello empolvado, habría hecho el conde una gran figura en la corte de Versalles. Con su abrigo negro forrado de seda, una flor amarilla en el ojal, con su gracia natural y elegante, era en las postrimerías del siglo y en el París moderno el *rey de la moda*.

Tenia este buen mozo una animación y un

atractivo indecibles. Dirigía un cotillón hasta el amanecer sin que nadie advirtiera en él la menor fatiga, y para reponerse tomaba una ducha y montaba á caballo. El aire libre del Bosque le reanimaba, y Armando volvía á su casa alegre, fresco y vigoroso; almorzaba con muy buen apetito, y una siesta de un par de horas le devolvía todas sus fuerzas y toda su facundia para las visitas de la tarde y los deberes de la noche. Y todavía, cuando el martes concurría al teatro Francés y al de la Ópera el viernes, hallaba fuerzas muy bastantes para no dormirse y hasta para aplaudir en los pasajes que merecían aplauso.

Dos años hacía que se había aficionado á representar comedias. Hízolo la primera vez por complacer á varios amigos. Tratábase de sustituir á un primer galán en el papel de *oficial* en la obra *L'Étincelle*. Armando había aprendido su papel en menos de tres días y lo había representado sin afectación, con naturalidad perfecta, con gran distinción y admirable desembarazo, logrando votos favorables de una concurrencia asaz descontentadiza. Habriase dicho que el conde había venido al mundo para *hacer* primeros galanes. Desde el principio había sabido recitar correctamente, andar con desenfado y declamar sin hacer muecas. Solicitado desde entonces por las señoras de las casas en que se rinde culto al arte dramático para solaz y esparcimiento de los

convidados, habíase dejado arrastrar el conde por el atractivo de sus primeros triunfos. Su segundo papel habíale proporcionado mayor éxito. Tuvo desde entonces un período de boga envidiable, y le fué necesario defenderse muy enérgicamente para no pasarse la vida representando comedias.

Una vez, dos veces á lo sumo, en el transcurso de la temporada teatral, accedía el conde á darse en espectáculo. Aun en esas ocasiones contadas hacíalo sin gran gusto y como quien cumple una obligación poco agradable. Aquella noche debía representar en su propia casa, á beneficio suyo, como solía decir alegremente en los ensayos. Y cuanto la más distinguida sociedad parisiense y cuanto la colonia extranjera tenían de más importante y distinguido, tanto se encontraba, á la sazón, reunida en los salones del palacio, esperando con impaciencia la señal de que el telón iba á levantarse.

Entre tanto, Armando, mientras ensayaba su papel auxiliado por su primo y se vestía ayudado por su doméstico, parecía sombrío y preocupado. Comprendíase bien que estaba haciendo esfuerzos para distraerse de pensamientos que le turbaban. De vez en cuando se arrugaba su frente y su voz sonaba nerviosa y seca. Acababa justamente de ponerse el frac cuando entró en el cuarto Firmont, disfrazado de brasileño, con el bigote oculto con una cubierta de goma, osten-

tando una polaca negra como el azabache y con la pechera de la camisa adornada de diamantes enormes, y sin tomarse tiempo para respirar, exclamó:

—¿Estamos ya, conde?—El público se impacienta.—Miró, al decir esto, el rostro de su interlocutor, y lanzando un grito de angustia, díjole:

—Pero... ¡Virgen de los Remedios! ¿Aún no se ha disfrazado usted? Está usted más pálido que un cadáver. ¿Qué tiene usted? ¿Se ha puesto usted malo?

—No; estoy perfectamente. Me pongo un poco de colorete y... todo está arreglado.

Armando pasó la pata de liebre que le presentaba su ayuda de cámara por sus mejillas, que estaban, en efecto, lívidas, y merced á esta coloración artificial apareció tal cual de ordinario se le veía: animado y brillante.

—Ha comenzado la sinfonía—gritó una voz desde la entrada del cuarto.

—Corriente—respondió el conde.

Movió al decir esto sus hombros, pisó con energía en la alfombra, y con más fingimiento que verdad, como si pretendiese engañarse á sí mismo, dijo sonriendo:

—Vamos allá. Tú, Cravant, ve delante. Y nosotros, Firmont, ¡á la victoria!

A lo lejos se oían los acordes de la orquesta. Los tres llegaron al saloncillo que servía de sala

de espera (*) á los artistas y comunicaba con el teatro levantado en uno de los extremos de la galería, llamada de *las fiestas*. La señora de Jessac y la baronesa Tresorier, resplandecientes con sus elegantes y espléndidos trajes, esperaban con Perducieres, que estaba completamente desconocido con su peluca gris, sus bigotes de chuleta y su vientre de *pádre noble*. Firmont, de sudamericano, arrastrando consonantes como arrastran rocas los torrentes de la Savana, fué acogido con exclamaciones entusiastas. Fué necesario, para que sus amigos callasen, que el barón de Cravant les advirtiese que desde la sala podían ser oídos. Los artistas no se cansaban de mirarse unos á otros ni de felicitarse mutuamente. La señora de Jessac, lindísima rubia de talle delicado, presentaba un descote atrevido, que debía, por lo menos en lo que se refiere al sexo feo, paralizar todas las críticas á que en concepto de actriz se hiciese acreedora. Tenía, sobre todo, un lunar, ¡lunar asesino!, tan extrañamente situado en el hueco del pecho, que Firmont sentía en su fondo bocanadas de calor que le subían á la cabeza. El marqués de Riva, le-

(*) La voz francesa *foyer* que el autor emplea no tiene correspondencia exacta en castellano. Puede significar *vestíbulo*, *salón de descanso*, *salón de espera*, etc.; pero en este caso no es nada de eso. El uso ha empezado á introducir en la conversación la palabra *foyer*; pero la Academia Española no le ha dado aún el *exequatur*.—(N. del T.)

vantando una cortina que ocultaba el vestíbulo, se adelantó sonriendo hacia los intérpretes de su comedia y dió una vuelta afortunada. Correcto y agradable, con sus ojos algo burlones y sus bigotes de antiguo oficial retirado, hallaba siempre una palabra amable é ingeniosa que dirigir á cada uno. Si solícito y galante se presentaba á las señoras, era para los hombres el amigo agradecido.

—Creo que vamos á salir bien—dijo al conde.—La señora de Fontenay me encarga que le anime á usted. ¡Ah!... La sinfonía está concluyendo. Perducieres vendrá en seguida. Nada de conmoverse; naturalidad y todo irá perfectamente. Me vuelvo á mi asiento para aplaudir á todos ustedes.

Armando, subido en el tablado sobre el cual se había levantado el teatro, dirigió por el agujero practicado en la embocadura una ojeada rápida á la sala. Bajo la claridad producida por la luz eléctrica en todo el esplendor de su hermosura y de su elegancia, doscientas mujeres, sentadas y vestidas de toda gala, formaban una *platea*, de tal manera suntuosa y magnífica, de tal modo brillante y deslumbradora, que no se concebía nada igual. Brillaban los diamantes, resplandecían los ojos, entornábanse las bocas en suaves sonrisas, ondulaban las plumas sobre las cabezas; los encajes, en torno de elegantes bustos, se estremecían al viento suave de los

abanicos, dulcemente movidos, y que se agitaban como alas de pájaro enamorado. Un aroma suavísimo flotaba en aquella atmósfera embalsamada, emanación exquisita de aquel conjunto de mujeres hermosas, delicioso perfume de aquellas flores vivientes.

La señora de Fontenay, en medio de los grupos de íntimos, mostraba en su rostro impenetrable serenidad. Hablaba con presencia de ánimo verdaderamente admirable, atendiendo á todos, prodigando sus palabras más afectuosas, otorgando sus más encantadoras sonrisas. Y, sin embargo, llevaba la muerte en el corazón. Herida cuando menos lo esperaba, cuando se juzgaba más dichosa, por la primera flecha de los celos, sufría un tormento horrible que debía ocultar á todo el mundo. Sentado muy cerca de la condesa un anciano de cabellos blancos rizados, de mirada penetrante, de sonrisa algo sarcástica, el marqués de Villenoisy, antiguo amigo que había visto nacer á la esposa de Armando, la miraba sin decir una palabra. Habíanle inquietado el timbre anormal de su voz y el brillo casi febril de sus ojos. En un momento en que la condesa reía demasiado ruidosamente, no pudiendo vencer la excitación de sus nervios descompasadamente tersos, el marqués se inclinó hacia ella y con dulzura casi paternal la preguntó:

—¿Qué ocurre, Mina? ¿Está usted enferma? Usted no me parece la misma esta noche.

La condesa levantó sus hermosos ojos hacia su antiguo amigo, y detenida en medio de un esfuerzo de resistencia á la tristeza que la abrumaba, dejó por un segundo que los rasgos de su fisonomía mostrasen un doloroso desaliento. Algunas lágrimas viniéron á humedecer sus párpados, lágrimas secadas inmediatamente por el ardor de la calentura. La condesa recobró muy pronto el dominio de sí misma, movió su arrogante cabeza de purísima línea, hizo un ademán de indiferencia con el auxilio de su abanico, y con tono ligero contestó al diplomático:

—Nada, nada, querido barón, un poco de fatiga; pero cuando nos divertimos se olvida todo.

El viejo diplomático bajó la cabeza con aire muy satisfecho. En su carrera había adquirido la costumbre de aceptar siempre las razones que se le daban, sin perjuicio de formar él para su uso, observándolo todo, una opinión particular suya. Quería el barón demasiado á la condesa para exigir de ella explicaciones que parecía poco dispuesta á dar; pero se propuso estudiar aquella situación, que no veía suficientemente clara. Por lo demás, su atención fué muy pronto solicitada por otros asuntos.

Después de los últimos acordes de la orquesta en miniatura instalada delante del escenario, acaba de levantarse el telón, y Perducieres, á quien muy luego acompañaba en escena la señora de Tresorier, rompió el fuego. Después,

y en medio de aplausos demasiado vivos para aquel público excesivamente reservado, habíase presentado en el palco escénico Armando.

Desde aquel momento la señora de Fontenay olvidó todo cuanto la rodeaba para concentrar su atención sobre el único ser que para ella existía en el mundo. Sus ojos, clavados en el rostro de su marido, investigaron todos y cada uno de sus rasgos con la atención misma que los marinos ponen para buscar en el horizonte las señales de tormenta. Ni una contracción de los labios, ni una arruga de la frente, ni un fruncimiento de cejas del conde podían escapar á la observación de la condesa. Allí, en medio de aquella muchedumbre elegante, emboscada como un espía para descubrir un secreto de vida ó muerte, la condesa tenía completamente á su disposición á Armando.

La condesa experimentó una alegría casi feroz cuando vió que Armando se adelantaba hacia la batería, completamente á la luz, sin protección alguna, sin medio alguno de rehuir la curiosidad del público, solo, entregado del todo á sus miradas devoradoras. Estremecióse al oír el metal de su voz fresca, sonora, agradable, y al admirar su altiva y noble apostura. Sufrió en su corazón una sacudida rápida, y un dolor horrible la trastornó, bañando su frente de un sudor helado; su marido, en el papel de enamorado, mostrábase rebosando juventud y gracia.

Parecía no haber cumplido treinta años. Esta observación llevó al ánimo de la condesa amargura terrible. Por una repentina evocación se vió á sí misma al lado de Armando, y los inevitables ultrajes que la edad le había hecho sufrir se ofrecieron á su vista con realidad abrumadora. El conde era todavía joven, seductor, de condiciones bastantes para inspirar amor. Mas ¡ay! ella solamente podía pensar en sentirlo.

La certidumbre de que el conde le hacía traición ó de que se la haría la torturaba con tal crueldad, que tuvo precisión de morder su pañuelo de encaje para no prorrumpir en sollozos y gritos. Una nube oscureció su vista y cesó de ver, por un momento, lo que existía en derredor suyo. Oía, como desde lejos, las voces de los actores que declamaban sus diálogos; pero había perdido casi por completo la conciencia de su persona física.

Este semidesvanecimiento duró poco. La condesa comprendió muy luego lo que le sucedía; tuvo miedo de servir de espectáculo y de dar motivo á comentarios, y halló en su espíritu enérgico fuerza suficiente para imponer á los músculos la voluntad y dar á su semblante un aspecto risueño. Procuró agitarse para disipar el abatimiento que se había apoderado de ella. Pronunció en voz alta palabras laudatorias para los comediantes aficionados, y golpeó con su abanico en la palma de su mano, cubierta de

finísimo guante, para aplaudir. A esta señal estalló una verdadera tempestad de aplausos.

La condesa, en medio de aquel regocijado tumulto, volvió la cabeza y adquirió la certidumbre de que nadie había reparado en su pasajero desmayo; esta seguridad la tranquilizó mucho. Para aquel espíritu enérgico, el pensamiento de que sus dolores íntimos hubieran podido ser adivinados y servir de alimento á la curiosidad de los maliosos era insoportable. Siguió, pues, desde entonces atentamente las peripecias de la comedia que se desarrollaba alegre, ligera, animada, entre murmullos de aprobación del auditorio. Halló la condesa entretenimiento en aquel espectáculo que fué como una especie de tregua en medio de sus angustias. Cesó de reflexionar y se dejó seducir por la impresión, del todo exterior, de aquel efímero placer gastado. Tuvo, asimismo, por espacio de una hora, una animación en el semblante que engañó por completo aun á los que mejor la conocían.

Armando, por su parte, igualmente turbado que la condesa, al descubrir en medio del auditorio la cara risueña de su mujer, experimentó un gran consuelo. Evidentemente la condesa no sospechaba nada; su fuga había pasado inadvertida, y no estaba amenazado de una entrevista desagradable con la condesa. Tuvo al vencerse de esto un movimiento tan vivo de alegría, que su rostro, un poco triste hasta aquel

momento, se alegró. Dirigió una dulce mirada á la condesa y representó para ella, dedicándole todos los efectos de su papel, solicitando su aprobación, estableciendo entre ella y él, en medio de aquellos concurrentes, una comunicación secreta. Estuvo realmente seductor; habríase dicho que ponía un empeño particularísimo en triunfar aquella noche más ruidosa y más brillantemente que nunca.

Armando había querido agradar y lo había logrado. Cayó el telón en medio de unánimes aclamaciones. Ese público del *gran mundo* que tan difícilmente se entusiasma, una vez puesto en marcha, no quiso detenerse. Las llamadas á escena se sucedían unas á otras y no cesaban, obligando á presentarse en el reducido escenario á los actores risueños y encantados de su éxito. Después la concurrencia se levantó en desorden y al murmullo lisonjero de los plácemes dirigidos á la condesa, entre las conversaciones de todas aquellas gentes acostumbradas á verse casi todos los días y volverse á ver casi todas las noches, la *galería de las funciones* fué poco á poco quedándose desierta, y el comedor, donde se había instalado el ambigú (*) fué literalmen-

(*) El vocablo *buffet* no corresponde exactamente á nuestra palabra *ambigü*, pero se aproxima mucho á ella. En realidad, la voz francesa *buffet*, como tantas otras de uso frecuente, se ha vulgarizado entre nosotros; pero todavía no ha logrado *carta de naturaleza* expedida oficialmente por la Academia. (N. del T.)

te invadido. Los actores, después de haber cambiado de trajes y de haberse quitado sus disfraces, habían venido á mezclarse con los espectadores, y rodeados por todos y abrumados de parabienes recibían felicitaciones que ellos traspasaban modestamente al autor de la comedia. Armando, completamente dueño de sí mismo, iba de un grupo á otro grupo llevando á todos ellos su palabra ingeniosa y ligera. El barón de Cravant, segundo apunte de la compañía, libre ya de la tarea de dar las salidas á los actores y sin otro cuidado que el conservar el manuscrito de la comedia, examinaba al conde y á la condesa, y como los viera tan tranquilos y tan alegres se preguntaba á sí mismo si no habría soñado. ¿Aquella escena rápida—drama precursor de la comedia—no se había verificado en las habitaciones de Armando? ¿No había visto él, con sus mismos ojos, llorar á la condesa cuando se enteró de la ausencia inexplicable de su marido? El barón creía oír aún la voz de su prima cuando le dijo antes de alejarse: «¡Ni una palabra!... Que no sepa mi marido que he venido aquí; que no sospeche que he leído ese telegrama.» Porque la condesa conocía indudablemente el contenido del telegrama, y él, el barón de Cravant, lo ignoraba. ¿Serían por ventura, asuntos de dinero? ¿Eran negocios del corazón los que habían obligado al conde á dejar su palacio cuando su presencia en él era indispensa-

ble? Una sonrisa de duda entreabrió los labios de Cravant. ¿Asuntos de dinero? Con la enorme fortuna del conde esa hipótesis era absurda. Además, Fontenay no jugaba. Entonces... ¿Alguna mujer? ¿Cualquier aventura amorosa?

El barón, después de reflexionar, movió silenciosamente la cabeza. ¿No amaría ya el conde á su mujer? Su estrecha intimidad, al cabo de diez años de matrimonio, era el asombro de cuantos los conocían.

En una sociedad tan propicia á escuchar cuentos escandalosos y desvergonzados chismes nunca se había oído una palabra que redundase en desprestigio del conde ni de la condesa. En concepto de todos era aquel un matrimonio modelo y era imposible que se hallase otro igual, ni aun parecido, en el mundo. ¿No se trataba, pues, ni de negocios de intereses ni de aventuras amorosas?

La cosa, sin embargo, era grave; una mujer inteligente y enérgica como lo era la señora de Fontenay no se habría trastornado por una niñería. Existía, indudablemente, una aventura misteriosa, y á más de misteriosa grave, que ponía en peligro la felicidad de la condesa. Y Armando, riendo, charlando, requebrando á las señoras, no parecía estar inquieto.

Es verdad que el conde ignoraba el descubrimiento hecho por su esposa y el conocimiento que la condesa tenía ya del hecho que había motivado su escapatoria de aquella noche. El pen-

sar en el riesgo que corría su primo conmovió á Pablo de Cravant. En verdad, en verdad, la partida entre la señora de Fontenay y Armando se iniciaba en condiciones demasiado desiguales. El hombre estaba desapercibido, sin armas y al descubierto; la mujer, por el contrario, venía preparada, en guardia, y pronta á utilizar el menor descuido. Cravant se preguntó si, en conciencia, no estaba obligado á prevenir al conde. No á contarle precisamente todo lo que había pasado; pero á decirle lo necesario para que obrase con prudencia. Así las condiciones se equiparaban y la lucha resultaría menos peligrosa. Pablo dió algunos pasos para acercarse al conde; pero cuando levantaba la mano para darle un golpecito en el hombro con el propósito de hablarle un instante á solas, no pudo realizarlo porque un brazo se deslizó por el suyo, y cuando admirado volvió la cabeza para enterarse de quién era el importuno, su rostro se halló cerca del rostro risueño y avispado del marqués de Villenoisy.

—Detengo á usted de orden superior—dijo el antiguo diplomático cogiendo el brazo del joven;—una mujer hermosa que tiene interés en hablar con usted me lo ha mandado.

El barón, completamente desconcertado, siguió al diplomático, que le condujo prisionero hasta ponerle en presencia de la señora de Fontenay, á quien dijo:

—Aquí está nuestro hombre, querida Mina; en manos de usted lo dejo.

Y se alejó, dejando al barón y á la condesa frente á frente. El rostro de ésta perdió de pronto su fingida alegría y se tornó triste y grave.

—¿Qué iba usted á hacer, Pablo?—le preguntó.—¿Venderme? ¡Oh, no se defienda usted! No he dejado un momento de observar á usted desde que estamos en el salón y he leído el pensamiento de usted en su frente. No puede usted engañarme: iba usted á prevenir al conde.

—Es verdad, prima.

—¿A pesar de sus ofrecimientos?... Procedía usted mal.

—¿He de abandonarle á los riesgos que puede correr? ¡Oh, condesa, no sé lo que sucederá! Armando nada me ha confiado; pero tal vez están ustedes ambos, usted como él, expuestos á una desgracia. Usted sabe cuán de veras quiero á los dos... Vamos, querida prima, déjeme usted intentar...

—No—dijo la señora de Fontenay con voz sorda—es ya muy tarde para eso... Sé demasiado para que me sea posible recobrar la tranquilidad, ni aun con las promesas más formales. Ahora es necesario que conozca yo la verdad, toda la verdad... y me reservo á mí sola la tarea de averiguarla. Prométame usted, por segunda vez, no pronunciar una sola palabra que pueda poner sobre aviso al conde.

—¡ En terrible situación me coloca usted! ¿Voy, pues, á entregárselo a usted atado de pies y manos?

—No; entre nosotros permanecerá usted neutral. La casualidad me ha puesto sobre la pista de un secreto. Olvide usted lo que sabe. A esto se reduce lo que de usted exijo.

—Sea como usted quiera—respondió Cravant con tristeza.

Saludó á la condesa, fué á estrechar la mano de Armando y salió.

Solamente quedaban los amigos íntimos. Poco á poco éstos también fueron abandonando el palacio, y el conde y la condesa quedaron solos en aquellos salones, desiertos ya, aunque profusamente iluminados.

Aquella soledad suntuosa, aquellos vestigios de la fiesta acabada impresionaron profundamente á la señora de Fontenay, que vió en ellos el cuadro exacto de su existencia en lo porvenir. Los días brillantes y venturosos, ¿no habían concluído ya para ella? ¿No iba á correr pronto la soledad y el abandono? La condesa experimentó deseos vivísimos de preguntar á su marido, procurando adivinar en sus miradas, en sus palabras, en las inflexiones de su voz la verdad aun oscura.

Dirigióse á Armando cuando volvía éste de acompañar hasta la escalera al último de sus amigos, y apoyándose en su brazo le arrastró

hasta el saloncillo que separaba las habitaciones de los esposos, y en el cual, como todas las noches, estaba preparado el té.

Sentáronse silenciosos y como separado uno de otro por sus pensamientos. Transcurridos algunos instantes volviése la condesa hacia su marido, y como le viese absorto le preguntó:

—¿Qué tienes, Armando? Me pareció al principio de la comedia que no tenías tu aplomo habitual, y ahora mismo parece que estás preocupado...

El conde levantó vivamente la cabeza que tenía algo inclinada, su rostro se tornó en seguida risueño y parecía completamente tranquilo cuando respondió:

—¡Bah! Un poco de cansancio nada más; pero nada de preocupación; puedes creerme.

—Creo que si experimentases algún disgusto tendrías en mi confianza bastante para no ocultármelo.

Armando, al oír aquellas palabras, pronunciadas con solemnidad, clavó su mirada en la condesa; una sombra de inquietud nubló su frente; apartó con el pie el sillón en que estaba sentado, y dando paseos por la estancia preguntó en lugar de responder.

—¿Y qué disgusto puedo tener?

—Si lo tienes... pienso que no soy yo la causa.

Armando se estremeció, acercóse vivamente

30640

BIBLIOTECA DE MUSEO HISTÓRICO
"MEXICANA"
CALLE 1623 MONTECERTE, MEXICO

á la condesa, y tomándole con cariño una mano entre las dos suyas le dijo con voz conmovida:

—¡Oh, no por cierto! Eres la mejor y la más encantadora de las criaturas, y sabes demasiado que tengo para ti en mi alma mucha estimación y mucho cariño... ¿Disgustos por tu causa? ¡Dios de bondad! Cuantas alegrías y cuanta felicidad he gozado en mi vida á ti te las he debido siempre, á ti te las debo.

—¿Es decir, que tu corazón es para mí hoy el mismo de siempre?

El conde, al oír estas palabras, manifestó bruscamente su sorpresa.

—¿Qué significa esa pregunta?—dijo con dulzura.—¿Sería posible que lo dudases?

La señora de Fontenay, sin responder á su marido, cogió una de sus manos y le hizo colocarse junto á ella delante del magnífico espejo que adornaba la chimenea; levantó entonces con un dedo los cabellos que rodeaban sus sienes, y mostrándole algunas hebras blancas que lo plateaban, y con una sonrisa melancólica dijo:

—Ya soy vieja, querido Armando; tú... tú eres todavía joven, y cada día que pasa aumenta la distancia que separa tu edad y la mía. Cuanto más adelantemos desde ahora en la vida tanto más envejeceré yo y tanto más seguirás rejuveneciéndote. No puedo pensar en esto sin sentir angustias crueles. ¡Ay, el rostro cambia,

pero los sentimientos perseveran! Y mi amor hacia ti es el mismo que hace diez años. Esta noche, viéndote en el escenario, he temblado al advertir que podrías representar también conmigo una comedia, y que entonces sería yo muy ridícula, y además tan desgraciada que el dolor me mataría.

Armando palideció y quiso protestar, pero la condesa continuó con vehemencia cada vez más apasionada.

—¡Oh, déjame hablar! Ha llegado el momento en que es preciso que te diga todo esto. Tú sabes cuán de veras te amo... pues bien, no me hagas padecer las torturas de los celos; no me conviertas, por Dios, en la fábula de nuestra sociedad. Tú me debes, cuando menos, lealtad y franqueza. Acuérdate de que contigo he sido yo franca y leal.

A estas palabras, que contenían, sin duda, alguna alusión grave al pasado, una llamarada subió á la frente del conde. Armando cogió la mano de su esposa, la estrechó con cariño y la dijo con tal seguridad y tal firmeza, que habría seguramente devuelto la confianza á quien le hubiera escuchado con menos prevención.

—Tranquilízate; nada, absolutamente nada tienes que temer de mí. Desecha, por Dios, esos tristes pensamientos... te quiero con toda mi alma.

La tomó del brazo, llevóla dulcemente hasta

sus habitaciones, y ya en el umbral continuó diciendo:

—Vamos, es preciso descansar. El sueño desvanecerá esas locuras y mañana ya no pensarás en ellas.

Armando besó cariñosamente á la condesa, la miró con ojos tranquilos y risueños, y atravesando el saloncillo se dirigió á su cuarto. No bien hubo desaparecido el conde, su esposa, con el semblante demudado, cayó medio desvanecida en un sillón, y dando rienda suelta á su dolor, tanto tiempo reprimido, rompió á sollozar, diciendo en voz entrecortada por el llanto:

—¡Ha mentido, ha mentido! Poco después se calmó y se puso á reflexionar profundamente.

II

En Viena, durante las fiestas de Año Nuevo, y en un baile de palacio, fué donde Armando de Fontenay, recientemente agregado á la embajada, vió por primera vez á la hermosa princesa de Schwarzbourg. La princesa penetraba con aire alegre en el saloncillo reservado en que permanecía la emperatriz. El conde francés, llegado poco tiempo antes de París, deseaba ser presentado por su embajador y se hallaba á muy pocos pasos de la soberana cuando la joven se

adelantó graciosa y risueña. Armando fué testigo de la cariñosa acogida que la princesa obtuvo. Vióla tratada por la emperatriz casi de igual á igual, y comprendió perfectamente la elevada posición que debía de ocupar en la corte quien así era recibida en ella. Pero lo que le impresionó más profundamente fué la hermosura de la joven.

—¿Está usted sola aquí esta noche, Guillermina?—preguntó la emperatriz.

—Sí, señora; el príncipe ha tenido que permanecer en Bohemia con motivo de las elecciones. El servicio de S. M. lo aleja de la corte. Ninguna otra razón habría podido decidirle á estar ausente de aquí en un día como éste.

—El príncipe no ha menester de que el emperador le oiga para que estemos seguros de su adhesión—dijo amablemente la emperatriz.—Un antiguo servidor de la monarquía como él lo es, no está ya en el caso de *hacer sus pruebas...* Pero á su edad debería cuidarse un poco... El invierno debe de ser crudo en Bohemia.

—Sí, señora; cuando me he separado del príncipe había en los caminos más de tres pies de nieve. Solo es posible viajar en trineos; pero, en cambio, así se viaja con más rapidez y más comodidades.

La conversación seguía con más intimidad entre la joven y su soberana, y el conde no pudo comprender el sentido de las frases. Pero de las

sus habitaciones, y ya en el umbral continuó diciendo:

—Vamos, es preciso descansar. El sueño desvanecerá esas locuras y mañana ya no pensarás en ellas.

Armando besó cariñosamente á la condesa, la miró con ojos tranquilos y risueños, y atravesando el saloncillo se dirigió á su cuarto. No bien hubo desaparecido el conde, su esposa, con el semblante demudado, cayó medio desvanecida en un sillón, y dando rienda suelta á su dolor, tanto tiempo reprimido, rompió á sollozar, diciendo en voz entrecortada por el llanto:

—¡Ha mentido, ha mentido! Poco después se calmó y se puso á reflexionar profundamente.

II

En Viena, durante las fiestas de Año Nuevo, y en un baile de palacio, fué donde Armando de Fontenay, recientemente agregado á la embajada, vió por primera vez á la hermosa princesa de Schwarzbourg. La princesa penetraba con aire alegre en el saloncillo reservado en que permanecía la emperatriz. El conde francés, llegado poco tiempo antes de París, deseaba ser presentado por su embajador y se hallaba á muy pocos pasos de la soberana cuando la joven se

adelantó graciosa y risueña. Armando fué testigo de la cariñosa acogida que la princesa obtuvo. Vióla tratada por la emperatriz casi de igual á igual, y comprendió perfectamente la elevada posición que debía de ocupar en la corte quien así era recibida en ella. Pero lo que le impresionó más profundamente fué la hermosura de la joven.

—¿Está usted sola aquí esta noche, Guillermina?—preguntó la emperatriz.

—Sí, señora; el príncipe ha tenido que permanecer en Bohemia con motivo de las elecciones. El servicio de S. M. lo aleja de la corte. Ninguna otra razón habría podido decidirle á estar ausente de aquí en un día como éste.

—El príncipe no ha menester de que el emperador le oiga para que estemos seguros de su adhesión—dijo amablemente la emperatriz.—Un antiguo servidor de la monarquía como él lo es, no está ya en el caso de *hacer sus pruebas...* Pero á su edad debería cuidarse un poco... El invierno debe de ser crudo en Bohemia.

—Sí, señora; cuando me he separado del príncipe había en los caminos más de tres pies de nieve. Solo es posible viajar en trineos; pero, en cambio, así se viaja con más rapidez y más comodidades.

La conversación seguía con más intimidad entre la joven y su soberana, y el conde no pudo comprender el sentido de las frases. Pero de las

peccas palabras que oyó pudo deducir que la joven se llamaba Guillermina y que estaba casada con un anciano. Pocos minutos después levantóse la emperatriz y, acompañada por sus damas de honor, entre las cuales estaba la señora de Schwarzbouurg, comenzó á dar una vuelta por los salones, dirigiendo una palabra afectuosa á todos los que allí conocía; después se retiró á sus habitaciones.

Era la una de la madrugada y las danzas, al són de una orquesta magnífica, arrastraban á las parejas en armonioso tumulto. La princesa, ya en posesión de su libertad, habíase sentado en medio de un círculo de señoras y presenciaba alegremente la fiesta. Era imposible imaginar un tipo de hermosura más seductor y más completo. Tenía elevada estatura y una elegancia altanera. El esplendor de sus hombros de nieve era célebre en la corte. Su rostro era adorable, iluminado por rasgados ojos de una dulzura sin igual y animado por una boca de labios rojos hechiceros. Sus cabellos espesísimos, de un color castaño, mezclados con tonos de cobre, estaban levantados por encima de la nuca con un peine de diamantes y parecían próximos á escaparse para cubrirla con sus ondas perfumadas. Sus brazos torneados, frescos y blanquísimos, terminaban en dos manos aristocráticas que jugaban cómodamente con guantes blancos de Sajonia, y manejaban un precioso abanico de plumas, exor-

nado con una corona de príncipe formada con esmeraldas, rubíes y brillantes. No obstante su elevada estatura, tenía la princesa pies pequenísimos que, calzados de raso, se agitaban instintivamente al compás de la música, como si deplorasen no recorrer ligeros y alegres el pavimento de los salones del palacio.

Armando admiraba desde lejos á tan hechicera mujer y analizaba todas sus perfecciones con el gusto de un inteligente. Al primer golpe de vista había reconocido en el traje azul, guarnecido de encajes, el corte y la hechura de una excelente modista de París. Agradeció á la encantadora austriaca aquella muestra de simpatía al arte francés. Comenzó desde entonces á mirarla con más atención y mayor contentamiento. Se consideró en comunicación espiritual con aquella joven, y ya no tuvo más que una sola aspiración: la de hacerse presentar á ella. Cuando buscaba una persona conocida entre los que rodeaban á la princesa y solamente veía personas extrañas, sintió que le tocaban en el hombro, volvió la cabeza y se halló con su embajador, el marqués de Villenoisy.

Estaba entonces el marqués en el apogeo de su carrera. Habiendo desempeñado las funciones de ministro de Estado durante el difícil período de la Defensa nacional, habíase conducido admirablemente como hábil diplomático y como buen patriota en la discusión de las condiciones

de la paz. Aquel aristócrata, olvidando en aras de su amor al país las prevenciones que su nacimiento, su educación y sus gustos le inspiraban contra los hombres del 4 de Septiembre, habíase consagrado con pasión á la obra de recobrar la patria ocupada por el vencedor. Gambetta, que conocía muy bien á los hombres y que estuvo rodeado, durante la primera parte de su vida, por miserables ó por necios, supo apreciar inmediatamente el gran valor y la escrupulosa probidad de aquel diplomático de carrera, y á pesar de su marquesado y á pesar de su adhesión sincera á la dinastía caída y de su hostilidad evidente á la nuevas instituciones habíale confiado, con tranquilidad muy justificada, los destinos de Francia.

El marqués de Villenoisy, quien juntamente con Pouger-Quertier, había contribuído con la mayor eficacia á obtener del vencedor condiciones aceptables, habíase atraído por esta causa el odio de Thiers, á quien desagradaba que alguien prestase cerca de él servicios brillantes. Pero el marqués había ya conquistado una reputación que debía seguirle en Europa durante su carrera. En aquel entonces, embajador de Francia en Viena, era considerado allí, no ya como un francés distinguido, sino casi como un compatriota. Su padre, emigrado con el conde de Artois, había vivido en Viena por espacio de veinte años, y había adquirido allí muy buenas y muy sólidas amis-

tades. La situación del marqués en la capital de Austria era, por consiguiente, excepcional. Tratado como amigo por el emperador, que le había conocido muy joven, unido por lazos de parentesco á muchas familias nobles de Austria, gozaba de una importancia personalísima en la corte y era recibido en ella con afectuoso agasajo.

Entretenido hacía un rato á la entrada del salón en una conversación profesional con el ministro de Baviera, dejaba el diplomático correr sus miradas por el círculo de encantadoras mujeres que llamaban la atención del conde Armando. Respondía, pues, á su interlocutor con algunas frases vagas, y cortando la conferencia habíase aproximado al oficial de estado mayor, á quien, como antes he dicho, dió un golpecito en el hombro.

—¿Qué mira usted con tanta atención, mi capitán?—le dijo sonriendo.

—¡Qué he de mirar sino esas mujeres seductoras!—dijo Armando.—Sabía yo que las vienasas tenían fama de hermosas, pero nunca imaginé que esa fama fuese tan merecida.

—¿Y cuál de aquellas señoras ha tenido la suerte de corroborar esa galante opinión de usted?

—Una princesa encantadora que puede usted ver sentada allí, muy cerca de la chimenea. Mírela usted; ahora se ríe con un aire de candor adorable.

—¡Ah! Es mi amiguita la señora de Schwarz-

bourg—dijo el embajador, mientras con la cabeza hacía señales de adherirse á la opinión del conde;—tiene usted mil veces razón: es una de las mujeres más perfectas que conozco. Su madre, la condesa de Berzepebus, era mucho más hermosa todavía. La recuerdo aún en la ceremonia de la coronación del emperador. Aquella mujer eclipsaba con su belleza á todas las damas de la corte, y las había entre ellas húngaras y moravas admirables... ¡Ah, querido amigo, si hubiese visto usted aquello!... Pero ¡estoy chocheando! Si usted hubiera visto aquello seríamos de la misma edad, y no le felicitaría yo por ello. Vaya, mejor es para usted admirar á la hija que haber admirado á la madre.

—Habéis dicho, al hablar de la princesa, *mi amiguita*... ¿La trata usted con intimidad?

—Desde que era muy niña. Anduve loco de amores por su madre, la señora de Berzepebus allá por los años mil ochocientos cuarenta y seis. Era mujer de virtud invencible. La marquesa se burló suavemente de mí y acabé por ser un buen amigo suyo. ¿Quiere usted que le presente á la princesa? Corriente; la requebrará usted, como requebré yo á su madre; la princesa se burlará de usted, y concluirán ustedes por ser dos buenos amigos.

—Sí, presénteme usted, señor embajador, y quedaré profundamente agradecido.

El marqués de Villenoisy era ciertamente un

diplomático muy hábil, pero un observador mediano. Establecer comparaciones entre un secretario de embajada, no muy pródigamente dotado por la naturaleza de atractivos físicos, y el conde Armando de Fontenay, uno de los miembros más elegantes de la aristocracia francesa, era exponerse á una equivocación. Pero puede uno ser muy maestro para modificar y recortar el mapa de Europa y ser un colegial en asuntos amorosos. Desde el instante mismo en que la princesa y el conde estuvieron frente á frente, la turbación de ambos presagió que entre ellos todo había de ser serio. La risueña Guillermina se tornó súbitamente grave y el capitán atrevido mostróse acobardado. Fué menester que uno y otro realizasen grandes esfuerzos para hablar. Hubiérase dicho que ambos experimentaban una repentina opresión, como si se hallasen en uno de los momentos más importantes de su existencia.

Pasados algunos minutos, Armando, deseoso de poner fin á esta situación embarazosa, y notando la impaciencia manifestada involuntariamente por los piececitos de la princesa, solicitó un vals, que le fué concedido.

Entonces, entre aquellos austriacos que tienen fama, y merecida, de excelentes *valsadores*, el victorioso director de cotillones en el arrabal de Saint-Germain mostró una autoridad, un vigor y una destreza de tal suerte superiores, que todos se apresuraron á contemplar cómo giraba en

medio del salón, guiando á su pareja de modo conveniente para que luciese la flexibilidad de su tallo, la gracia de su tocado, haciéndola valer en una palabra, como el jinete hábil puede presentar un *pura sangre* de gran precio.

Arrebatada por el placer del vals, con los ojos deslumbrados por el brillo de las arañas, sintiéndose arrastrada por un brazo vigoroso, la princesa abandonábase por completo á la embriaguez de dar vueltas en movimiento cadencioso, al compás de instrumentos sonoros. Guillermina no miraba en rededor suyo, ni se daba cuenta de la curiosa admiración que producía á su paso; valsaba con pasión, feliz con sentirse en rápido movimiento, en completa posesión de una existencia animada, y olvidábase de todo lo que no era aquel minuto de regocijo. Para dejarla respirar después de varias vueltas, el conde se detuvo. Guillermina se vió entonces, no sin asombro, en el centro de un círculo, formado por personas amigas que la miraban sonriendo. Se ruborizó un poco, y en un tris estuvo que, so pretexto de hallarse fatigada, no despidiese á su pareja. Por un momento experimentó vaga inquietud, como la de quien presume que ha hecho algo que no ha debido hacer. Y, no obstante, ¿podía haber nada más inocente? Una suave presión del brazo de Armando la indicó que era tiempo de reanudar la tarea.

Comenzaron por segunda vez á dar vueltas,

pero no fué entonces con la misma furia que al principio. No parecía sino que, para variar sus efectos, quería el conde demostrar en esta ocasión elegancia y flexibilidad, como había mostrado en la otra fuego y vehemencia. Valsaba, pues, con lento y ondulado movimiento, con sus ojos clavados en los de su hermosa pareja, como si deseara bajar hasta el fondo del corazón por aquella pupila de un azul de clemátide.

Sus labios sonreían y Guillermina creía oír el murmullo de dulces palabras y apasionadas ternezas. Sólo un cuarto de hora había transcurrido desde que la princesa había visto á Armando por primera vez, y las impresiones que en esos quince minutos había recibido eran de tal índole, que no recordaba haberlas experimentado nunca parecidas. Las últimas notas del vals se apagaron y la princesa se encontró, como si entonces despertase, paseándose del brazo de Armando por los espaciosos salones.

El conde hablaba y la princesa le oía con arrobamiento. Guillermina no acababa de comprender bien el sentido de las palabras de Armando; solamente distinguía el metal de su voz, que le parecía dulce y grato. Así atravesaron, como en sueños, varias salas, hasta que se encontraron en el ambigú, servido por lacayos de elevada estatura, graves, tiesos, solemnes, que llevaban con todo el decoro propio del caso la librea imperial. La princesa aceptó un racimo

de uvas y una copa de Champagne. El conde permaneció de pie, delante de ella, contemplándola, extasiándose, á cada grano que la princesa comía, al contemplar sus labios sonrosados y sus dientes blanquísimos y menudos. Armando estaba como extático; jamás se había sentido tan apasionado por una mujer. Devorábale un deseo vehemente; habría dado de muy buen grado su vida por coger entre sus brazos á la princesa, arrebatarla por fuerza y morir cubriéndola de besos. Sus dientes se apretaron y una angustia cruel le oprimía la garganta; comenzó á temblar nerviosamente y tornóse pálido como un cadáver; su palidez fué tal, que la princesa lo echó de ver, y mirándole con solícita inquietud, le preguntó:

—¿Qué tiene usted? ¿Se ha puesto usted malo? La verdad es que hace aquí un calor horrible.

Armando pudo dominarse lo suficiente para sonreír y contestar tranquilamente:

—No es nada; he sentido algo así como un desvanecimiento; pero es efecto de la temperatura. Ya pasó.

Hallabanse ambos en un estado de ánimo tan particular que nada del uno podía parecer indiferente al otro. La princesa encontró, en las insignificantes palabras de Fontenay, un sentido oculto que las prestaba gran valor. Permaneció silenciosa, alarmada, como si hubiese podido leer en el cerebro de Armando la turbación de sus pen-

samientos. El conde, con ese tacto exquisito del verdadero hombre de mundo, adivinó su impresión; deseando tranquilizar á la joven adoptó el aire más indiferente que pudo, y ofreciendo otra vez el brazo á Guillermina, le dijo:

—Princesa, ¿dónde quiere usted que la acompañe?

—No quiero volver al baile; estoy algo cansada y me voy á marchar.

Dirigiéronse, pues, al saloncillo de espera situado cerca de la escalera principal, y Armando oyó gritar en el primer escalón: «Los criados de la señora princesa de Schwarzbourg.» Transcurrido un instante, dos mocetones con librea se presentaron en el descansillo con *la salida de teatro* forrada de piel y la toquilla de blonda blanca para la cabeza de Guillermina; antes de bajar, la princesa se volvió hacia Armando y le dirigió un saludo afectuoso. El conde, que se había inclinado, dijo levantando la cabeza:

—¿Me sería permitido, señora, presentarme en su casa de usted?

—Mis amigos—respondió la joven—me encuentran todos los días á las cinco.

Y sonriendo de nuevo y saludando por tercera vez, comenzó á bajar la escalera con paso firme y seguro, seguida de su servidumbre.

Armando, con el corazón regocijado como si la princesa le hubiese prometido su amor, volvió al salón del baile.

El conde de Fontenay era hombre demasiado bien educado y tenía sobrado trato de gentes para poner gran apresuramiento en aprovecharse del permiso que, para visitarla, le había otorgado la princesa. Sabía de sobra que había de conseguir tanta mejor acogida cuanto más se hiciese esperar; dejó, pues, transcurrir una semana antes de ir al palacio de Herrngasse. Pero se las compuso de tal modo que veía á la princesa y era visto por ella. Preguntó, inquirió y supo que Guillermina asistía á la Ópera los jueves. El palco de la embajada estaba á su disposición. Allá se fué á hacer compañía al marqués de Villenoisy, al cual no dejó de producir extrañeza el repentino fervor musical del agregado. El antiguo diplomático había sido educado con los aires fáciles de las escuelas francesa é italiana; el álgebra musical de la escuela alemana le causaba horror. Se representaba aquella noche el *Don Juan*, de Mozart; halagado por aquellas suaves, límpidas y exquisitas melodías, se animaba sin desconfianza.

Aquel momento fué el que aprovechó Armando de Fontenay para adquirir noticias acerca de la hechicera mujer cuyo recuerdo le seguía constantemente. Supo con asombro que la princesa tenía ya treinta años; hábale parecido mucho más joven. El conde no la hubiese calculado más de veintidós á veintitrés años, y resultaba mayor que él. Hizose entonces explicar el ma-

trimonio de la señorita Berzepebus con el príncipe de Schwarzbourg, que habría podido ser su padre. El barón de Berzepebus se había retirado del servicio militar siendo muy joven todavía; tanto para ocupar en algo sus ocios cuanto por seguir su inclinación á las empresas industriales, habíase lanzado en negocios muy considerables de minas en Caviuthic. Había descubierto en terreno poco productivo y de su pertenencia *yacimientos* (*) de estaño de mucho valor. Con el propósito de utilizarlos, había montado una fábrica y comenzado una explotación muy costosa. Su fortuna propia había desaparecido por completo, devorada por los gastos de tan vasta empresa. Gran parte de la fortuna de su mujer había corrido la misma suerte. Y después de esfuerzos titánicos, de innumerables trabajos, de experimentos muy costosos, cuando los sacrificios realizados iban tal vez á dar su fruto, la guerra de 1866 lo había comprometido todo. Las compras ultimadas no habían podido llevarse á cabo por falta de brazos para extraer el mineral. El barón, muy engolfado en la Bolsa, tuvo precisión de pagar diferencias enormes. En pocos meses quedó completamente arruinado, y la señorita de Berzepebus, que estaba reputada

(*) Los geólogos, y en general los naturalistas españoles, han admitido ya en el tecnicismo de sus ciencias ese vocablo expresivo y propio, pero la Academia no lo acepta todavía: todo se andará. (N. del T.)

por la hermosura más completa de la capital de Austria, quedó reducida á la condición de doncella sin dote. Bien será decir, en honra de los jóvenes vieneses, que ni uno solo de los aspirantes á la mano de la bella Guillermina había retirado su pretensión. La joven habría podido casarse muy brillantemente y escoger para ella marido á su gusto; pero el barón de Barzepebus, más impresionado y más infeliz por la ruina de su industria que por la pérdida de su fortuna, lo dispuso de otra manera.

El príncipe de Schwarzbourg, gobernador de la provincia, gentilhombre de cámara del emperador, que se había interesado mucho en la tentativa del barón, le ofreció fondos para reanudarlas. El gran señor, hombre muy inteligente y muy práctico, había presentado el feliz resultado de aquella empresa. Poseía el camarlengo una de las mayores fortunas territoriales de Austria; vendió montes de muchas leguas cuadradas para sumergir en las minas de Cavithic el dinero que producía la venta. Berzepebus, á quien asesinaba el disgusto de ver desvanecidos sus sueños y abatidas sus sabias combinaciones, recobró todo el vigor de su cuerpo y toda la lucidez de su espíritu para emplear en la obra los enormes capitales que el príncipe tenía á su disposición. La familia Berzepebus, alejada de Viena por la febril actividad del barón, que no podía hallarse lejos de su fábrica y de sus

minas, pasaron dos inviernos en el fondo de su castillo feudal, en medio de las montañas y sin más trato que el de algunos aldeanos. Su distracción única era la presencia del príncipe, que prestaba al agreste domicilio cierto tinte de animación. Lo que tenía que suceder sucedió. Guillermina inspiró al anciano Schwarzbourg una pasión tanto más violenta cuanto menos razonable era. El gran señor era entonces un hombre de cincuenta y ocho años, muy bien conservado, de estatura alta y arrogante y barba y cabellera blanca. Sus negras pestañas velaban ojos de miradas brillantes. Respiraba tal aire de fuerza y de salud que hacía su amor aceptable. La gracia natural de su ingenio hacía simpático; era uno de los hombres de conversación más amena y más agradable que había en Viena. Verdad es que esta circunstancia era tradicional en su familia. Sus padres habían dado notoriedad y fuerza á sus réplicas y á sus frases. Decíase entre las gentes: «el ingenio de los Schwarzbourg,» como término hiperbólico. Guillermina tenía, por consiguiente, copia de razones en que apoyarse para justificar su matrimonio. Podía decir que tal esposo era de su agrado por la elevada posición de que disfrutaba en la corte, por sus brillantes maneras, por su grata conversación. Limitóse, no obstante, á manifestar que había sido del agrado de su padre. En esto no mentaba la joven; solamente por dar gusto al barón de

Berzepebus había otorgado su mano al príncipe Schwarzbourg.

El extravagante barón, una vez casada su hija, se encerró con la baronesa en sus montañas salvajes, y mientras Guillermina realizaba su radiante aparición en la corte de Viena, trabajaba como un obrero para arrancar millones á las rocas de la Caviuthic. Y se salió con la suya; ¡milagro digno de ser citado! Este hombre de mundo, este aristócrata no consumió sumas inmensas y numerosos días en un trabajo improductivo. Fué tan favorecido por la fortuna como podría haberlo sido un pobretón. Los estafios dieron rendimientos colosales, y el dinero comenzó á desbordarse de la montaña y llegar al palacio de la Herrngasse como un torrente acrecentado al fundirse las nieves de los altos montes. A la hipérbole «ingenioso como un Schwarzbourg,» comenzó á sustituir esta otra: «opulento como un Berzepebus.»

Después de algunos años de destierro en su provincia salvaje murió archimillonario el barón, al cual siguió muy pronto su mujer, cuya salud había destruído la rudeza del clima. Guillermina, ó, por mejor decir, Mina, como la nombraban cariñosamente sus íntimos, tuvo la satisfacción de haber aportado al matrimonio una fortuna igual á la de su marido. Pero Mina había llevado además de eso mucho de juventud y mucho de hermosura, y el príncipe, á cambio de esto, habíala

ofrecido solamente un amor pálido, descolorido como unos soles de invierno que brillan, sí, pero sin calor y sin llama.

Diez años hacía que la hermosa princesa se había casado y no tenía hijos. Su marido, ya septuagenario, usaba para con ella bondad extremada y casi paternal. El anciano, desvanecidas las ilusiones engañosas que se había forjado en los principios de aquella unión, parecía como si pretendiera, con su indulgente ternura, indemnizar á su mujer de las decepciones que había hallado en aquel matrimonio. El carácter de Mina se había resentido de aquella complacencia afectuosa. La princesa había conservado la alegre vivacidad de una soltera y había adquirido el despotismo caprichoso de una mujer cuyos deseos no se disentan nunca. Ciertó es que su marido podía estar completamente tranquilo: nunca pudo existir virtud más unánimemente reconocida y proclamada que la de la señora de Schwarzbourg.

Todos los *tenorios* de la sociedad vienesa, al ver á la hermosísima joven entregada á sí misma y mal defendida por el amor de un anciano, habían hecho locuras por agradarla. Según confesión de los mismos interesados, ninguno de ellos había sido esímulado á proseguir por el indicio más ligero de agradar, y el amor propio de todos y de cada uno atenuaba las amarguras de la derrota con la declaración unánime de que la plaza

era inexpugnable. Tenía, pues, la princesa inmunidades y privilegios de que únicamente ella disfrutaba. Podía tener en su rededor dos ó tres adoradores, sin que esto se comentase ni fuese motivo de murmuración. Tal era su reputación de inaccesible, que se consideraba como niñería inocente el pretenderla. Era tiempo perdido para sus enamorados y cosa de entretenimiento para ella.

Y, no obstante, Guillermina no era coqueta y su caridad era inagotable. La princesa figuraba siempre al frente de todas las obras de caridad y empresas benéficas, y desde muy temprano podía hallársela en los barrios bajos de la ciudad visitando á los enfermos y socorriendo á los pobres. De otra cualquiera, al verla pasar en traje oscuro y cubierto el rostro con un velo habríase dicho: «Va á casa de su amante ó vuelve de ella, y las obras caritativas que lleva á cabo no son sino el pretexto que tiene para ocultar sus amorosas aventuras.» A Guillermina no osaba la calumnia: se la deseaba porque era adorable, pero se la respetaba.

Hacia ya un año que el gallardo *mayor* Waradía, el oficial más brillante del ejército de Viena, casi de sangre real por parte de madre, que era una princesa de Deux Pouts descendiente del gran *Magnat* de Hungría, compañero de Scandebay, se había hecho el escudero de la princesa; pero nadie echaba á mala parte su

asiduidad. Sabíase que sería mantenido á honesta distancia, como lo habían sido sus predecesores, y como habrían de serlo los que le siguieran. La emperatriz se había dignado bromear con Waradía sobre aquella pasión, y el gallardo oficial había respondido, con sospechoso gracejo, que preciaba en más la derrota suya que otros muchos sus victorias.

No obstante, como Waradía era poco sufrido con los hombres y había conquistado reputación del más temible duelista de Viena, nadie había osado disputarle su plaza de amante tímido, y esto había producido el vacío en torno de Guillermina.

Por una casualidad inexplicable, Waradía no había asistido á la recepción palatina en que el conde Armando había sido presentado á la señora de Schwarzbourg; pero estaba en el palco de ésta cuando el marqués de Villanoisy daba á su compatriota todas las noticias apetecibles de su amiguita.

Concluía el acto; D. Juan había invitado á la estatua del difunto comendador para que le acompañase á cenar. Esparciéronse los espectadores por los pasillos del teatro. Empezáronse los cambios de visitas, según la moda italiana, y en cada antepalco se formaban grupos.

Armando, recién llegado, y poco conocedor aún de las costumbres de aquella sociedad, se apoyó de lado en el antepecho del palco, y dejó

errar su vista por el salón. Vió perfectamente el perfil de la señora de Schwarzboung, que estaba sentada frente al escenario, y cuya hermosa cabeza iluminada se destacaba sobre el fondo rojo oscuro del palco. Próximas á ella había dos señoras, y el mayor Waradia hablaba con mucha animación. Lo que el militar decía agradaba, sin duda, porque Armando veía sonreír á las tres señoras; la entrada del marqués de Villanoisy interrumpió la charla de Waradia. Desde el momento Waradia fué relegado al segundo término y el diplomático monopolizó la atención de las damas.

Desde lejos intentaba Armando adivinar lo que allí decían por el movimiento de las cabezas ó por los gestos de las fisonomías. En un momento reparó que las miradas de la princesa se dirigían hacia donde él estaba, como si el marqués le hubiera dicho que se hallaba en el palco, y al propio tiempo Waradia se inclinó con el ostensible propósito de verle mejor. Armando permaneció impasible para no dar á entender que sospechaba que hablaban de él. Observó, sin embargo, que el adorador de Guillermina manifestó algún disgusto y se retiró al fondo del antepalco, como afectando no tomar parte alguna en la conversación. Terminado el entre-acto volvió al palco el marqués, y dirigiéndose inmediatamente al conde, le dijo:

—La princesa me ha hablado de usted. No

sabía ella que estaba usted conmigo esta noche y ha extrañado que no me acompañase usted cuando he ido á saludarla.

—Pero, señor—contestó Armando tranquilamente—hágame usted el favor de recordar que al salir del palco no me dijo lo que se proponía hacer en el entreacto.

—Es verdad—dijo el diplomático sonriéndose.

—Además; puedo decir en descargo de mi falta, si la he cometido, que yo sólo he hablado una vez con la señora de Schwarzboung, que todavía no he ido á visitarla á su casa y que me habría parecido familiaridad excesiva el acto de invadir su palco sin haber sido autorizado para ello.

—Pues bien, la princesa se alegrará de verle allí; ella misma me ha dado el encargo de decirselo á usted.

—Iré durante el entreacto próximo, y sin hacerme rogar, puede usted creerlo.

La orquesta lanzaba al aire sus melodiosas notas; Armando pudo recogerse y pensar en el extraño favor con que era acogido por aquella encantadora mujer, á quien no conocía una semana antes. Preguntábase á sí mismo á qué habría debido aquella fortuna envidiable. Nunca se le ocurrió pensar que lo debiese á los atractivos físicos de su persona, á la seducción de su juventud, á la irresistible influencia de una mis-

teriosa simpatía; prefirió imaginarse que el marqués había hablado de él con elogio y había solicitado de la princesa que abriese, para un recién llegado, extranjero en Viena, las puertas de su salón. Presumió que era objeto de una amabilidad compasiva, no de un afecto particular.

Sin embargo, la idea de presentarse ante la princesa le conmovió profundamente. Nunca había experimentado una turbación parecida. Preocupábase lo que debería decir; ensayaba inútilmente las palabras con que debía saludarla. Era la vez primera que se había considerado en peligro de parecer aturdido. Esto le sorprendió y le disgustó juntamente. Sólo la princesa le intimidaba. No pensó ni un momento en preguntarse el efecto que su visita causaría en el gallardo Waradia. Aquel enamorado platónico no le inspiraba inquietud alguna. Después de lo que el marqués le había dicho le juzgaba sin importancia.

Un gran movimiento que advirtió en el teatro le arrancó de sus meditaciones. Era que el telón había bajado nuevamente. Armando no había oído ni una sola palabra ni una sola nota del acto que terminaba. Se levantó, salió al pasillo y atravesando por entre la muchedumbre de espectadores llegó al palco de la princesa. Al entrar se cruzó con el mayor, que salía. Waradia, al verle, hizo un movimiento como para detenerse y per-

manecer en el palco; pero la señora de Schwarzbouurg adivinó su intención y le dijo en alemán:

—Vaya usted, vaya usted de prisa; de ese modo estará usted más pronto de vuelta.

El enamorado se mostró medianamente satisfecho; no obstante, obedeció. Como Armando permaneciese de pie, dudoso de lo que debería hacer, la princesa le indicó la silla próxima á ella en la delantera del palco, y con graciosa afabilidad le preguntó:

—¿Es usted tímido, conde, ó indiferente? He esperado á usted durante los primeros días de esta semana. ¿Por qué no ha ido usted á verme?

Armando se sonrió, y de repente, ante esta franca manera de iniciar la conversación, se halló en su elemento, y recobrando todo su aplomo de hombre de buen tacto social, respondió:

—Dios sabe, princesa, que si he procedido así lo he hecho por propia conveniencia. No he querido lanzarme al asalto de la amistad de usted, tan preciosa para mí. Esperaba yo que adelantaría más en esa anhelada intimidad con un poco de reserva que con excesivo apresuramiento. Este es el secreto motivo de mi conducta. Confesaré que he sido un poco diplomático.

—Ya veo que el embajador tiene en usted un hábil auxiliar. Pero será menester que reserve usted sus marrullerías para tratar con el Gobierno, y que con nosotras, las vienesas, use mucha

sinceridad. Nosotras somos un poco alemanas, y, por consiguiente, ingenuas y sencillas... Cuando tendemos á alguien la mano es sin segunda intención de negársela después... Verdad es que no se la tendemos á todos.

—Razón de más para que el favor sea precioso... Véame usted profundamente conmovido.

Armando pronunció estas palabras con una emoción que impresionó mucho á la princesa, que clavó en él su mirada clara y penetrante. Vióle ante ella elegante, fino y altanero, en actitud digna y severa, simpático, con sus ojos azules velados por largas pestañas, sus cabellos negros y rizados y su largo bigote rubio; en nada se parecía Armando á los hombres que la joven veía ordinariamente en su derredor; un calor repentino ensanchó su corazón; sintió asimismo la necesidad imperiosa de decirle palabras dulces y amables; sentíase muy alegre, tan alegre, que no pudo menos de preguntarse á sí misma: ¿Qué tengo? ¿Qué ha sucedido aquí de particular para que me turbe yo de este modo?

El conde, entre tanto, muy sencillamente, en voz casi baja, hablaba de su llegada á Viena, de su aislamiento en aquella gran capital, de la alegría que experimentaba al verse tan amablemente acogido por la princesa. Escuchábale ésta sin interrumpirle con una sola palabra, como si no quisiese privarse de la música de su voz. Guillermina no le miraba, temerosa de que la vendie-

sen sus ojos, á los cuales subían lágrimas sin causa. El conde habló de su familia, de su madre, que no tenía más hijo que él y que le había visto partir con pena; después, cuando dijo el nombre de una de sus tías, Guillermina le dirigió varias preguntas, de cuyas contestaciones salió por resultado que existían lazos de familia entre los Fontenay y los Schwarzboung. Con el rostro radiante de satisfacción, como si esta circunstancia la uniera más al conde, dijo Guillermina:

—Pues, entonces, usted es primo lejano de mi marido.

Armando contestó sonriendo:

—Como lazo de parentesco no podría ser motivo de discusión; pero como motivo de amistad puede ser indestructible.

Desde este instante y como si hubiese hallado una explicación razonable para la repentina simpatía que la arrastraba hacia el joven, la princesa se sintió más tranquila y más dueña de sí misma. Poco tiempo después volvió Waradia, y fingiendo no advertir la presencia del conde, dijo en alemán:

—Está hecho el encargo de usted.

—Perfectamente—dijo la señora de Schwarzboung manifestando algún enojo—pero podía usted haber hablado en francés.

Guillermina olvidaba que ella misma había dado el ejemplo al mayor cuando Armando en-

traba en el palco. Pero la princesa sentía una secreta necesidad de maltratar á su adorador en presencia del amigo nuevo. Armando desenlazó la situación, diciendo con desembarazo elegante:

—Señora, si es en obsequio mío el pedir á ese caballero que hable en francés, es inútil; comprendó perfectamente el alemán y aun le hablo con mucho gusto.

Frunció las cejas Waradía y se preguntó si no había en las palabras del joven algo que fuese ofensivo para él; pero la princesa no le dejó tiempo para pensar en ello; recobró su aire risueño, y colocándose entre ambos dijo:

—Señores, es preciso que presente á ustedes uno á otro: El señor conde de Waradía, mayor en la guardería de Corps; el señor conde de Fontenay, agregado á la embajada de Francia.

La princesa agregó, recalcando con cierta intención, esta última frase: pariente lejano de mi marido.

El mayor hizo una mueca en que se leía con mucha claridad esta pregunta: «¿De dónde nos ha salido ahora este pariente?» Saludó, no obstante, con bastante finura y murmuró algunas palabras de bienvenida, á las cuales correspondió Armando con mucha cortesía. La princesa parecía muy contenta de verle tan conforme, y dirigiéndose al antepalco dijo:

—Ya basta de música. Me vuelvo á casa;

¿quieren ustedes aceptar una taza de té que desde luego les ofrezco?

Cuando Armando hizo, inclinándose, señal de aceptación, dijo Guillermina.

—Pues bien; me acompañan ustedes hasta el carruaje y dentro de un cuarto de hora van ustedes á casa... Acaso hallemos al príncipe ya de regreso. Le esperábamos hoy y se alegrará mucho de ver á ustedes.

Salieron los tres. Waradía acompañó á la princesa, mientras Armando se dirigía al palco de la embajada para tomar su abrigo de pieles. Un coche de alquiler lo condujo hasta la puerta del palacio de la Herrngasse. Al subir la escalera principal sintióse impresionado por la suntuosidad y el lujo de aquella antigua casa solariega. Encontró en ella, como en los antiguos palacios del arrabal de Saint-Germain, las huellas de una riqueza secular. Allí las tradiciones de tiempos pasados habían sido respetadas y conservaban todo su brillo. Llegó á un espacioso vestíbulo en el cual dos criados con lujosas libreas le ayudaron á quitarse el abrigo. Fué introducido en un saloncillo por cuya puerta principal abierta perdíase la vista en larga serie de salas espaciosas y medio alumbradas. Apenas había tenido tiempo de lanzar una ojeada en torno suyo y de admirar los preciosos tapices de Luis XVI que cubrían las paredes, el hermoso mobiliario de maderas doradas, los fanales ares-

tados de porcelanas primorosas, cuando un ruido de voces llamó su atención; la princesa llegaba en compañía de un anciano de aspecto agradable, de estatura elevada y de barba y cabellos blancos. La hermosa joven se adelantó hacia su convidado, y tendiéndole la mano dijo:

—Como yo presentía, mi marido me ha proporcionado el placer de llegar esta noche.

Y dirigiéndose al anciano á quien indicó con el ademán al joven, siguió diciendo:

—El conde Armando de Fontenay-Cravant.

—Sea usted muy bien venido á esta casa—dijo con gravedad el anciano.—La princesa habla ya de usted como de un amigo. Es título éste que no prodiga... sólo con dárselo, mi esposa hace de usted el más cumplido elogio.

Todo esto fué dicho con un tono de benevolencia para con el extranjero y de consideración á su mujer, cuya delicadeza exquisita apreció el conde Armando al momento. Comprendió el joven que estaba en presencia de un verdadero gran señor. Admiró la vigorosa vejez del príncipe, su talle aun erguido, sus ojos brillantes todavía. Cuando el conde expresaba su agradecimiento por las benévolas frases del príncipe Schwarzbourg, entró el mayor, y en la súbita dureza del entrecejo, en los pliegues de sus labios y en lo severo de la actitud del príncipe comprendió Armando que el aristócrata austriaco toleraba á Waradia, pero no le quería.

El té estaba dispuesto; sirvióle con agrado la señora de Schwarzbourg, y por espacio de una hora el príncipe habló alegremente, con gran afluencia, con extraordinaria amenidad y contestando oportunamente lo mismo á su esposa que á los demás jóvenes, sus convidados. Al dar la una la princesa exclamó, dirigiéndose á su marido:

—Nos estamos olvidando de que has andado hoy doce horas en ferrocarril.

—También lo había olvidado yo—respondió riéndose el anciano;—pero conozco que tomaré con gusto la cama.

Levantáronse todos; el príncipe besó con galantería la mano de su esposa para darle las buenas noches, y acompañó á los jóvenes hasta la escalera.

Desde aquella noche el conde de Fontenay fué admitido en la intimidad de la princesa. Waradia se tranquilizó bien pronto. Aquel extranjero no había de disputarle un corazón que, á juicio del mayor, era inconquistable. El continente reservado de Armando, su frialdad cortés, su amabilidad calculada y medida, no producían sombra á Waradia. No descubrió el mayor todo lo que existía de ardores latentes en aquellas apariencias de hielo. Por otra parte, Waradia no veía á su rival en el palacio de la princesa, pues Armando se daba por satisfecho con verla en la corte, en los salones y los tea-

tros, y no la visitaba en su palacio sino en circunstancias muy solemnes.

Sin embargo, el estado de ánimo de Armando estaba muy lejos de ser el que Waradia imaginaba. Desde el primer instante había concebido por la señora de Schwarzbouurg una pasión violenta. La persona de Waradia no le había producido inquietud alguna; solamente el príncipe le apenaba. Y no consistía esto en que tuviese celos de él; Armando había comprendido muy pronto las relaciones puramente paternas que existían entre el gran señor y su esposa; en la indulgencia, en la ternura de aquél había visto que Mina sólo era para él una hija á la que amaba tiernamente y por la cual se hallaba dispuesto á realizar cualquier sacrificio. El príncipe agradecía á su mujer la tibia atmósfera de cariñoso afecto con que rodeaba su vejez, y estimaba en mucho el púdico orgullo con que llevaba su nombre. En los bailes señalaba con sus miradas cariñosas, y gozaba con sus triunfos y se alegraba con sus alegrías, enorgulleciéndose con su juventud y con su belleza. Armando se tenía que violentar mucho para aproximarse al noble anciano, de cuya esposa estaba enamorado en secreto, y, á pesar de las quejas que á menudo le dirigía la princesa, alejábale cuanto podía de su palacio. Sin embargo, la amaba como un loco y se sentía arrastrado por los impulsos de su corazón á cansarse de su rigorismo.

Tres meses hacía ya que duraba aquella existencia y se aproximaban las fiestas de Pascuas, cuando un acontecimiento, imposible de prever, modificó por completo la situación. El conde había alquilado desde su llegada á Viena una casa rodeada por un gran jardín en un barrio algo extraviado y próximo á los arrabales. Habíanle seducido las admirables vistas del Danubio, y las islas, y la frondosidad, y la verdura del ramaje. Con sus caballos podía ponerse en quince minutos en el centro de la ciudad.

Una mañana, á cosa de las diez, cuando se disponía á dirigirse á la embajada, hubo de asomarse á la ventana atraído por ruido extraordinario y violentos rumores. Vió en la calle multitud de gentes del pueblo muy alborotadas y que adelantaban obstruyendo toda la vía y lanzando al viento gritos y amenazas. De algunos días á aquella parte habían ocurrido en los arrabales algunos motines causados por la subida del pan. Precisamente enfrente de la casa de Armando vivía un panadero: asustado el hombre apresurábase á cerrar la tienda; unos cuatrocientos obreros se habían detenido ante el despacho de pan, y gritaban:

—¡Abajo los ladrones! ¡Mueran los acaparadores! ¡¡El pan barato!!...

A estas voces sucedió un espantoso estrépito de cristales rotos; era el escaparate del panadero, que habían hecho mil pedazos. Al propio tiempo

comenzaron á volar por todos lados panes que los más próximos arrojaban á la multitud. Creció el tumulto, los gritos eran horribles, desgarradores. El panadero, que hacía esfuerzos titánicos para defender su tienda, acababa de recibir un garrotazo en la cabeza, y todo cubierto de sangre luchaba con los amotinados, que comenzaban á gritar:

— ¡Vamos á colgarle de un faroll!

La mujer de aquel desgraciado había salido de la casa y pedía auxilio desahoradamente. Sus gritos y sus quejas eran contestados por los alaridos de la muchedumbre, que se sobreexcitaba con sus violencias propias y parecía dispuesta á llevar á cabo mayores excesos. El conde, muy conmovido, contemplaba desde su ventana aquel espectáculo, preguntándose á sí mismo si su carácter de diplomático podía impedirle intervenir en aquella lucha desigual, cuando un carruaje, desembocando por una de las calles adyacentes, se halló de pronto metido entre las masas de manifestantes. En un segundo el caballo, cogido por el bocado, retrocedió hasta hacer que el carruaje chocase con la tapia. El cochero, que intentó valerse de su fusta, había sido arrancado del pescante por veinte brazos y había desaparecido entre las masas. En aquel momento se abrió la portezuela y una mujer muy sencillamente vestida echó pie á tierra en el reducido espacio que los alborotadores dejaban libre. La

señora hablaba con vehemencia á los hombres que la rodeaban y que, al parecer, la escuchaban con atención, cuando un borracho, adelantándose con pasos vacilantes, levantó el brazo y con mano insolente arrancó el velo que cubría el rostro de la señora.

El conde había lanzado un grito; acababa de reconocer á la señora de Schwarzboung. No permaneció en la ventana; rápido como un rayo bajó la escalera, se lanzó á la calle, y con fuerza irresistible, abriéndose paso entre la multitud, llegó al lado de la princesa para sostenerla, pálida, temblorosa y próxima á perder el conocimiento. La aparición del conde con la cabeza descubierta, inflamado el rostro por la cólera, y la voz amenazadora asombró por el pronto á aquellos energúmenos. Habiales apostrofado en francés: «Miserables, cobardes; estáis amenazando á una mujer.»

Al oír estas palabras, que no comprendían, miráronse con extrañeza unos á otros, y alguno de ellos dijo:

— «Es un extranjero.»

— ¡Por vida de Dios!—replicó el conde hablando entonces en alemán.—Sí, soy un extranjero, y es una vergüenza para vosotros que un extranjero se vea obligado á defender aquí á una vienesa contra vieneses.

—Ella ha querido aplastarnos con su coche.

— ¡Hato de imbéciles!—¿No la reconocéis? Es

la princesa de Schwarzbourg. Todos los días va á uno de vuestros barrios para averiguar vuestras miserias y remediarlas. Aun esta misma mañana viene de llevar socorros á las esposas de los más desgraciados de entre vosotros... Vosotros os aprovecháis de esto para destrozar su carruaje, maltratar á su criado y amenazarla á ella... ¡He ahí de qué modo tratáis á vuestros mejores amigos!

Armando había sabido hacerse oír. Lanzó una mirada á Mina y la vió en medio de aquel círculo extraño de hombres sobrecitados por el odio y por la embriaguez desfallecida y próxima á caer; tomó su brazo y lo colocó sobre el suyo; después, con un gesto imperioso, gritó:

—Ea, dejadme pasar; esta odiosa escena ha durado ya bastante.

Y rechazando vigorosamente á los más atrevidos se abrió camino á través de aquella masa humana, á pesar de los murmullos y de los gritos, y haciendo entrar á la princesa en su casa cerró precipitadamente la puerta.

—Aquí, señora—dijo—nada tiene usted que temer.

Pero la señora de Schwarzbourg no le contestó. La fuerza que la había sostenido mientras fué menester arrostrar el peligro la abandonó. Se cerraron sus ojos, dobláronse sus piernas, lanzó un suspiro profundo, y si el conde no la hubiera recibido en sus brazos, la princesa ha-

bria caído al suelo. Armando la condujo á la sala y la colocó suavemente en un sillón próximo al fuego; la quitó el abrigo y el sombrero y humedeció su frente con agua de Colonia, mirándola con inquietud mezclada de alegría. Mina respiraba con dificultad, parecía oprimida, y sus ojos vagos se transparentaban á través de sus párpados de largas pestañas. Sus labios pálidos expresaban, á un tiempo mismo, sufrimiento y voluptuosidad.

Tal era su hermosura en aquel momento que Armando se estremeció. Parecióle que la veía en éxtasis amoroso. El conde se aproximó á Mina y en la oscuridad de la habitación, con las cortinas bajas, en aquel silencio apenas turbado por los clamores de la muchedumbre que se alejaba, se puso de rodillas cerca de ella. Armando hubiera podido olvidar que aquella mujer era de otro hombre y creer que le pertenecía; ¡tan completo era su abandono! Pero solamente pensó en admirarla y en adorarla.

Nunca una mujer desmayada pudo volver en sí bajo más ardiente rayo de amor que la princesa bajo la mirada de Armando. En su pensamiento, perturbado todavía, la joven no se daba cuenta exacta del sitio en que se hallaba. Sus ojos asombrados erraban alrededor de aquella estancia que desconocían; bajó su mirada hacia el conde que continuaba arrodillado, y una dulce sonrisa entreabrió sus labios. Ninguna confe-

sión de amor pudo ser más explícita y más elocuente que aquella sonrisa que animó toda la fisonomía de la joven al contemplar al hombre en quien incesantemente pensaba. Armando entonces no fué dueño de dominarse, cogió su mano blanquísima que pendía lánguidamente á lo largo del sillón y la llevó ardientemente á sus labios. Tan fuerte fué la impresión, que la princesa recobró en el instante el sentimiento de la realidad. Retiró bruscamente la mano, alzó sus párpados como quien se despierta, se levantó con gesto de sorpresa, y como viese al conde todavía de rodillas se apartó de él asustada.

Estaba, sin embargo, muy cerca de Armando, y bastó á éste extender su mano para apoderarse otra vez de la de Mina, que ella no le disputó ya, y sobre la cual el joven posó su ardorosa frente; después, en voz baja, muy baja, como la de quien confiesa un delito, murmuró:

—¡La amo á usted tanto!!

La princesa permaneció silenciosa un instante como si procurase retener las caricias de aquella voz apasionada; después, bajando la cabeza y con sonrisa melancólica, sin falso pudor ni mezquina coquetería, respondió:

—¿Por qué me lo dice usted? ¿No éramos felices así?

¿Podía la princesa decirle con más claridad que ella correspondía á su amor, pero que no quería ceder á ese amor? Así lo comprendió el

conde, que se levantó con lentitud, y dijo, inclinando la cabeza en actitud de sumisión:

—Usted sabe que me inspira tanto respeto como cariño.

Aquella actitud y aquellas palabras tranquilizaron del todo á Mina, que recobró al punto su libertad de ánimo y la alegría de su sonrisa; púsose delante del espejo para arreglarse un poco, y con una animación demasiado repentina para no ser un poco afectada, dijo:

—¿Ha sido usted quien me ha quitado la capa y el sombrero?... Pues, la verdad, sería usted una doncella muy mediana; pero en cambio es usted un defensor muy animoso.

Y al decir esto dirigía al joven una mirada de agradecimiento.

—Pero á todo esto, ¿qué ha sido de mi carruaje?

—Muy desamparado le he visto... ¿Quiere usted que me informe?

—Ya nos informaremos...

La princesa examinaba con curiosidad todo lo que veía en rededor suyo. Armando la contemplaba sin hablarla. Por último, preguntó la joven:

—Y ¿dónde estamos?

—En el saloncillo del piso entresuelo.

En los labios de la princesa se dibujó una sonrisa algo maliciosa.

—¿Está usted solo? ¿Se puede visitar la casa?

—Todo lo que aquí hay, señora, principian-
do por el amo de la casa, está en absoluto á las
órdenes de usted.

—Pues corriente; acompáñeme usted.

Armando no pudo menos de fijarse en que
ahora ella era la que venía á su encuentro, la
que penetraba en su vida íntima y la que llenar-
ría su memoria con todo lo que á él le era fami-
liar, dejándole entrar en su alma por una reve-
lación de sus costumbres, de sus gustos, que se-
ría la posesión moral del hombre mismo. Prestó-
se, pues, á este capricho con alegría nerviosa.
Juzgábase dichoso viendo que la joven se aban-
donaba á la lealtad de su enamorado con aquella
franqueza casi ciega, y al propio tiempo tembla-
ba porque adivinaba el peligro. Poco le faltó
para decir á la princesa: «Vamos, acébase esto
aquí; estamos jugando con fuego y eso es una
insensatez muy peligrosa. Vuélvase usted á su
casa.» Un movimiento de amoroso egoísmo le
contuvo, y calló. Visitaron la sala principal y el
comedor, lujosamente amueblado, y se hallaron
al pie de una escalera que subieron juntos. En-
contráronse en una galería cubierta de hermosos
tapices orientales y en la que se veían panoplias
adornadas con armas de mucho mérito.

—¿Ha alquilado usted esta casa amueblada
así?

—No, princesa; muchos objetos los he pedido
á mi casa de Paris.

Penetraron después en el despacho, en que la
luz, hábilmente distribuída, caía sobre la mesa
de escritorio y dejaba en la penumbra el resto de
la habitación. En la chimenea ardía un hermoso
fuego. Aproximóse á ella la princesa, que tiritaba,
se apoyó de codos en el mármol y acercó á las
brasas, uno en pos de otro, sus diminutos pies,
prodigiosamente calzados. Por una gran puerta
abierta á la sazón veíase la alcoba de Armando,
muy elegante y muy clara, con muebles á lo
Luis XVI y riquísima alfombra turca. Mina no
hablaba y lo miraba todo, sumergida en una es-
pecie de entumecimiento que venía á ser la reac-
ción del trastorno sufrido. El calor de la chime-
nea iba apoderándose de su cuerpo, y bocanadas
ardientes subían á sus mejillas aumentando el
resplandor de sus ojos y el carmín de sus labios.
Habíase sentado Armando en una banquetta, casi
á los pies de Mina, y cogiendo otra vez su mano
la hablaba con extremada dulzura; contábale sus
primeras impresiones cuando la vió en el baile
de palácio, en el que se le había aparecido como
una visión radiante; decíale cómo desde entonces
ella se había apoderado, sin resistencia posible,
de su alma; que desde aquella noche era él esclavo
de ella y sólo alimentaba una esperanza y per-
seguíla una aspiración: no ya la de hacerse amar,
sino la de amarla, sólo por el gozo de ser su es-
clavo, adicto, fiel, rendido. Nada había hecho en
el trancurso de aquellos tres meses, nada había

pensado en que la imagen adorada de la princesa no se hallase presente. Todo por ella y para ella. Abandono completo de sí mismo, absorción deliciosa de su personalidad por el sér amado.

Escuchábale la joven sin parecer inquieta ni sorprendida. Lo que Armando decía lo había adivinado desde luego, como había adivinado que un amor irresistible los uniría, y que ella acabaría por estar más loca que él. Todo lo que Armando pudiera confesarla estaba lejos aún de lo que ella se había confesado á sí misma. Y con arrobamiento inefable oíale hablar de su ternura. Mirábale y le encontraba hermoso, tal cual lo había imaginado en sueños. Una voz avasalladora se alzaba dentro de ella misma para decirle: «También tú le amas. ¿Por qué no se lo dices? ¿Por qué no tienes el valor de confesarlo?» Pero un sentimiento de terror se sobreponía á sus impulsos, terror lejano, vago, indefinido; Mina no sabía con certeza qué era lo que temía, pero pensaba: «Si me dejo arrastrar por mi amor nos sobrevendrá alguna desgracia.» No sabía cuál, si la cólera de su marido ó los celos de Waradía. Un terror grande oscurecía su pensamiento como una nube negra. Volvía, sin embargo á oír una voz interior que decía: «Tú le amas; nada podrá impedir que cedas. Sois jóvenes ambos, sois hermosos, os amáis..., aun á costa de las mayores desventuras, seréis el uno del otro.» Entre tanto, Mina no había advertido que Ar-

mando ceñía su talle con el brazo, y que la estrechaba con suave violencia. Sin embargo, el rostro de la princesa ardía. Llamas devoradoras subían sin cesar desde su corazón á su cerebro, y se sentía presa de transportes desconocidos. Jamás había experimentado nada parecido á lo que entonces sentía. «Si fuese este el último instante de mi vida—pensó la joven—¿no sentiría el no haberme entregado á él?» Un deseo agudísimo la produjo un estremecimiento que recorrió todas sus venas; retorcióse en una contracción apasionada y sus rodillas chocaron una con otra. Luego alzó la vista... Armando no estaba ya de rodillas, sino de pie, á su lado. La dominaba, la tenía en su poder, la oprimía entre sus brazos, y su respiración le abrasaba la cara. La joven intentó desasirse, pero el conde la retuvo con dulzura. Quiso decir algo... y apenas pudo balbucear: «Armando... ¡por favor!...» cuando callaron sus labios, cerrados por un beso que la trastornó y que ella devolvió con frenesí. Entonces sintió que Armando la levantaba en sus brazos y la llevaba al lecho; lanzó un grito, pero él la cubría de besos y caricias... y no pudo más... enlazóse á él con todo el ardor de los deseos sobreexcitados... y, llena de alegría frenética, se abandonó del todo.

Desde aquel instante cambió para ella la existencia. La vida se convirtió en una serie de fiebres deliciosas, pero secretas; el mundo no debía

sospechar nada de sus relaciones. Armando escaseó todavía más sus visitas á casa de la princesa. Pero las asiduidades de Waradia le disgustaban. Por una parte inspirábale celos la continua presencia de aquel majadero cerca de la mujer á quien él amaba, y por otra parte, su lealtad protestaba de permitir que el mayor hiciese el ridículo papel de espantajo. Solicitó, pues, de Mina que lo despidiese, y ella lo hizo así inmediatamente y sin vacilar un solo momento; aquel acto imprudente tuvo muy graves consecuencias. Waradia, ultrajado y pisoteado en todos sus sentimientos, prevenido por el despecho, acabó por sospechar lo que él llamaba la traición de la princesa. Espió sus salidas, y después de haberla esperado á la puerta de muchos pobres, llegó una mañana, siguiéndola siempre, á una entrada recientemente practicada en la tapia del jardín del conde Armando de Fontenay. Tuvo la constancia de volver hasta tres veces, decidido á cerciorarse de su desdicha. La tercera vez era ya muy entrada la noche, Waradia permaneció hasta las once oculto en una esquina, y cuando la princesa salió, comenzó él á seguirla de nuevo. Asustada al oír pasos detrás de ella, la señora de Schwarzbouurg se volvió en medio de la callejuela y reconoció al mayor. Temblaron sus piernas de la emoción y no pudo adelantar un paso. Entonces Waradia se aproximó á ella, y con una cortesía cruelmente exagerada, quitán-

dose el sombrero é inclinando la cabeza con extraordinario respeto, la dijo:

—No permanezca usted aquí, señora; un transeunte cualquiera podría verla. Permítame usted que la acompañe hasta el carruaje.

La princesa se dejó llevar casi maquinalmente hasta el coche de alquiler que la esperaba en la vuelta de la calle. Allí logró recobrar un tanto el dominio sobre sí misma, y, comprendiendo el riesgo que corría, miró á Waradia con autoridad y le dijo:

—Suba usted al carruaje conmigo; es preciso que hablemos.

El mayor obedeció sin replicar. La princesa no dió orden alguna al cochero que, por consiguiente, permaneció quieto. Y en aquel reducido interior del carruaje inmóvil, detrás de aquellos caballos dormidos, se entabló el siguiente diálogo áspero y corto:

—¿Cómo ha cometido usted la indignidad de convertirse en mi espía?

—¿Cómo ha sido usted capaz de engañarme?

—¿Había yo, por ventura, contraído con usted compromiso de ningún género?

—Sí; había usted contraído el compromiso tácito de no conceder sus favores á ningún hombre.

—Habla usted como si fuera mi marido.

—Aunque lo fuese no me consideraría mas burlado, ni estaría mas furioso. Usted ha abu-

sado de mi lealtad y de mi paciencia, y yo me vengaré.

—¡Amenaza usted á una señora!

—¡Oh! No se trata de usted, princesa; se trata del amante dichoso.

Al oír esta palabra la princesa permaneció inmóvil y muda. No había pensado nunca en que el mayor pudiera vengarse de Armando. La idea de que el hombre á quien adoraba iba á encontrarse á merced de aquel temible duelista heló su corazón. Sintió su voluntad completamente paralizada. Faltó muy poco para que implorase la compasión de Waradia, pero detúvola una reflexión súbita: ¿no sería eso deshonroso para Armando? Entonces, ¿qué recurso le quedaba? La princesa lloró, y el exceso de su dolor le dió fuerzas para exclamar:

—¿De este modo me paga usted dos años de buena amistad? ¡Porque he sido indulgente y buena con usted quiere usted ahora mortificarme!...

Tan abrumada y tan entristecida la vió Waradia, que juzgó posible que sacrificase á su rival.

—De sobra sabe usted—le dijo—que si hablo á usted de esta manera es porque mi amor y mis celos están exasperados... Esas relaciones con Armando, que al cabo y al fin serán públicas, me cubren de espantoso ridículo. Haber amado á usted durante dos años para presenciar el rá-

pido triunfo de un rival, no es cosa que puede perdonarse... si no en el caso de que usted me diese un desquite de amor propio.

—¿Y cuál?

—Permitirme que vuelva á casa de usted y despedir al conde.

La joven levantó la cabeza, y enrojeció de cólera; su mirada adquirió tal brillo, que Waradia quedó deslumbrado.

—¡Despedirle! ¿A él?—dijo riéndose con arrogancia—cuando estoy dispuesta á sacrificarlo todo á su amor.

—Está bien—dijo Waradia—le mataré.

—Ya lo veremos. Ahora salga usted de aquí.

La princesa pronunció la palabra *salga usted* con tan abrumadora altanería como la que habría mostrado si en lugar de hallarse en el interior de un coche de alquiler se hubiese encontrado en el salón de su palacio. El mayor se levantó sin replicar, abrió la portezuela, saludó muy pálido y se alejó lentamente. La princesa dió entonces orden al cochero y regresó á su casa.

Al volver del círculo imperial, donde había pasado la velada, el príncipe de Schwarzbourg, vió luz en el tocador de su mujer. Entró para darla las buenas noches y la halló en un sillón y completamente trastornada. Mina trató de arreglar su rostro para que no sospechase nada su marido, pero el anciano aristócrata era demasiado experto para que se le engañase fácilmente. Cogió ca-

riñosamente la mano de la princesa; aquella mano quemaba; miró con atención los ojos de Mina, observó que había llorado, y verdaderamente inquieto por aquella tristeza tan extraordinaria en aquel carácter sencillo y cariñoso, preguntó:

—¿Qué tienes, Mina? ¿Estás enferma? ¿Te han dado alguna mala noticia? ¿Has tenido algún disgusto?

La princesa permaneció inmóvil y silenciosa; parecía abrumada; las lágrimas se deslizaron de nuevo en hilos brillantes por sus mejillas.

—Vamos, hija mía—dijo el príncipe sentándose al lado de su esposa—habla. ¿Qué te ocurre? ¿Tan serio es lo que tienes que decir que vacilas en confiármelo? ¿Te habrá ofendido alguien?

El príncipe, al decir esto, se irguió con arrogancia y su rostro adquirió una expresión de gravedad amenazadora.

La princesa perseveraba en su silencio.

—Oye, Mina; ya sabes el cariño tan verdadero y tan profundo que me inspiras. No soy para ti un esposo, soy un amigo. Puedes contar siempre con mi apoyo... y con mi indulgencia. Pero exijo de ti que seas franca, lo mismo que si hablas a tu padre. ¿Quieres? Vamos, hija mía, ten confianza en mí... dime todo... Nada puede afligirme más que me afligen tus lágrimas.

Entonces, en un arranque de desesperación, la princesa refirió á su marido, sin decirle dónde

había ocurrido el hecho ni el nombre del amante, la conversación que había tenido con Waradia. Mina tenía su cabeza apoyada en el hombro del anciano y, entrecortada por sollozos, acabó su cruel confesión.

El príncipe, muy pálido, la escuchaba en silencio. Si su corazón sintió la terrible angustia de los celos, si acudieron á sus labios amargas dolorosas, su mujer no pudo saberlo. El príncipe permaneció impasible y su hermosa y venerable cabeza blanca no se dobló. Sin embargo, su voz temblaba un poco al preguntar:

—Y el hombre que ha sabido hacerse amar por ti es el conde de Fontenay, ¿no es cierto?

Advirtiendo que Mina se estremecía de vergüenza al querer contestarle, cerróle con su mano la boca y dijo:

—No me respondas. Basta.

Reflexionó algunos momentos, y después dijo con solemne lentitud:

—Hija mía; te agradezco de corazón esa franqueza. No quiero verte triste ni desdichada. Te doy mi palabra de que ninguna desgracia sobrevendrá al hombre á quien amas. Pero, en cambio, has de prometerme otra cosa: alejar al conde de Fontenay. En interés tuyo, pobre niña, exijo este sacrificio... Pocos días me restan de vida... Cuando yo no pertenezca á este mundo, si él te ama de veras, os uniréis para siempre; pero, por ti y por mí, es preciso que nadie pueda decir que

ha sido tu amante. Conserva tu buena reputación, cuida de mi honra, ahórrame la burla de los malévolos y en todo lo demás descansa en mí; nadie te causará dolor ni te afrentará, yo te lo fío.

Los sollozos de la princesa aumentaron.

—¡Oh, qué bueno y qué generoso sois!—balbuceó.

—No, hija mía; todo se reduce á que te quiero con ternura. Ya ves, soy viejo, y por lo tanto tengo experiencia del mundo. Hago mi examen de conciencia y reconozco que he sido más culpable con respecto á ti que tú puedes haberlo sido con respecto á mí. La juventud se hizo para la juventud, y yo, encanecido y arrugado por los años, he encadenado á mi decrepitud tus veinte primaveras. Tú, con una bondad angelical, has embellecido mis postreros días, y sería yo muy ingrato si no olvidase un agravio de que te acusas para acordarme solamente de la felicidad que me has proporcionado.

Mina estaba de rodillas á los pies del anciano y le sonreía á través de sus lágrimas. El príncipe la obligó á levantarse, dióla un beso en la frente y la condujo al dormitorio, diciéndola:

—Ve á dormir, hija mía, ve á descansar, y nada temas.

Al día siguiente, á cosa de las diez, disponíase el mayor Waradia á salir en busca de Fontenay, cuando un criado le anunció la visita del prin-

cipe Toulza y del general conde de Colloredo, que deseaban verle de parte del príncipe de Schwarzbouurg. Aunque muy admirado, se apresuró á recibirlos, y no pudo reprimir una sonrisa cuando oyó al general manifestarle que el fin de aquella visita era pedirle satisfacción de una ofensa inferida á la princesa Schwarzbouurg. Waradia no discutió; no hizo observación alguna acerca de la edad de su adversario; se inclinó, y dijo sencillamente:

—Caballero, soy un estúpido. Hágame usted la merced de manifestar al príncipe de Schwarzbouurg que estoy á sus órdenes.

Al día siguiente Waradia y el marido de Mina cambiaron dos pistoletazos en Leopoldstadt. La bala del príncipe rompió al mayor un brazo. Los testigos de Waradia afirmaron después que su apadrinado había disparado sin apuntar. Al siguiente día el conde de Fontenay obtenía del marqués de Villenoisy una licencia y tornaba á Francia. Armando no volvió á ver á Mina hasta que transcurrieron diez y ocho meses. Mina era viuda y fué á París para acabar allí su luto. Pasado el plazo legal, Mina y Armando se habían casado, y, durante diez años, habían sido completamente dichosos, hasta la noche funesta en que la condesa había hallado en el cuarto de su marido el telegrama azul.

III

La noche que siguió al descubrimiento de la pelotilla de papel azul pareció interminable á la condesa. Estaba ya muy cerca el amanecer, cuando Mina se determinó á echarse en su lecho; pero, abrasada por la fiebre, no pudo pegar los ojos. Oyó dar una por una todas las horas, y revolvió desesperadamente en su cerebro dolorido los datos de aquel problema cuya solución podía ser la pérdida de su felicidad. ¿Quién sería aquella mujer que firmaba sencillamente Lydia y hablaba con tanta familiaridad, acerca de la enfermedad de su tía, al conde de Fontenay? Era indudable que aquella mujer conocía y trataba íntimamente á su marido. Y en tal caso, ¿podía ser otra que la querida del conde?

Pensando esto enloquecía la condesa. Un dolor agudísimo turbaba su corazón, y en el silencio de la noche advertía con sorpresa que estaba hablando en voz alta. Lo que la preocupaba principalmenté era la absoluta falta de indicios precursores de aquella revelación. Ni las costumbres de Armando ni ningún acto suyo habían podido inspirarle sospechas. El conde era el mismo de siempre. Sus ocupaciones no se habían modificado ni había variado sus horas de

salir. La condesa le había visto siempre dispuesta á acompañarla, amable siempre y solícito y risueño. ¿Era esta, por ventura, la actitud de un marido infiel?

Perdíase Mina en las más extravagantes conjeturas. Imaginaba á veces que su marido, antes de haberse casado con ella, habría tenido una hija natural, de la que no habría querido hablarla y en cuyo cuidado se ocupaba secretamente. Durante un buen rato estuvo encariñada con esta idea y encontraba cierto consuelo. ¡Una hija, aquella Lydia, ya crecida y sin madre, toda vez que en el telegrama hablaba de su tía solamente! Mina se interesaría por aquella hija de su marido, y hasta la amaría por el cariño de Armando. La condesa estaba dispuesta á recibirla, á tenerla en su casa y á tratarla como si la hubiera llevado en su seno; después tornaba bruscamente á las dudas. ¿Cómo, por espacio de diez años, su marido, que era la franqueza y la confianza personificadas, había guardado silencio? Ellos no tenían hijos; si lo que ella había imaginado fuese cierto, ¿no lo hubiera confesado Armando lealmente para suplicar á su esposa que adoptase á la niña? Harto conocía Armando la bondad de corazón y la generosidad de la condesa, que no habría vacilado un instante en darle esa prueba más de su ternura, en cumplir ese deber. Además ¿cómo se explicaba aquel disimulo de diez años? No, no; evidentemente se trataba

de una querida, no de una hija. Adivinábalo la condesa en los ardores de su sangre, en la sobrecitación de sus nervios, en los estremecimientos de su carne. ¡Una querida!

El pensamiento de que Armando pudiese engañarla no le había ocurrido nunca. Hasta aquel día su amor había aparecido triunfante. Nunca había sospechado ni temido de rival alguna. Y he aquí que de repente los temores, las angustias y las dudas habían invadido su corazón apasionado. Como un viajero que se retrasa por estrecha senda de un bosque ve á una culebra que se levanta de entre las hojas y le amenaza, Mina había visto al reptil de los celos saltarle al corazón, y en él llevaba su dolorosa mordedura. ¡Poseer otra al hombre á quien ella adoraba! ¡Recibir otra las caricias del conde! Pensar en esto la enloquecía, y sola en su cuarto, con los ojos abiertos, mirando hacia la luz que se filtraba á través de las cortinas entreabiertas, escuchando los ruidos, apagados discretamente, de la servidumbre ya levantada, la condesa necesitaba morder las sábanas para no exhalar gritos de desesperación.

Su doncella, que entró á la hora de costumbre, la obligó á serenarse. Mina hizo un esfuerzo grande para simular calma, engañando á las perspicaces miradas de aquella criada habituada á servirla durante veinte años. Este primer acto de disimulo ya le pareció odioso. Pensó en

que iba á verse obligada á mentir delante de su marido, á charlar tranquilamente, hasta con alegría, llevando la muerte en el alma.

Este pensamiento la hizo quedar inmóvil y abatida, con el rostro ajado, los ojos apagados por el insomnio y pálida como si estuviera gravemente enferma. Miróla su doncella con cariñosa inquietud, y acercándose á ella le preguntó:

—¿Está enferma la señora?

—¿Por qué me pregunta usted eso?—dijo la condesa muy agitada.

—Porque me parece que la señora no tiene tan buena cara como otros días.

—Deme usted un espejo.

Tomó el espejo y se miró; no pudo menos de asombrarse al ver los cambios que aquellas horas de tortura moral habían producido en su rostro. Su fisonomía, algo vultuosa por la calentura, sus ojos sin brillo, su frente llena de arrugas y sus cabellos, cuyos mechones desordenados blanqueaban ya en algunas partes, todo denunciaba á la vejez inexorable y victoriosa. Aquel semblante que el espejo incorruptible reflejaba, no era ya el de la mujer hermosísima, celebrada, adorada y feliz. Era el espectro de su juventud muerta que se alzaba ante ella amenazadora, fúnebre, presagio de tristezas y de padecimientos, profeta de abandono y de duelo. Abundantes lágrimas brotaron de los ojos de la condesa, y aquellas lágrimas, al caer sobre la superficie brillante y

pulimentada del espejo ocultaron su imagen.

Entonces vió la condesa á su criada que, con aire muy afligido, la contemplaba. Mina leyó en aquellas miradas algo de lástima, y se avergonzó de verse compadecida por una doméstica, de la cual sabía que siempre la había querido mucho. Díjola, pues, con cierta aspereza.

—¿Qué hace usted ahí? Váyase usted.

La doncella obedeció á su señora; arrepentida ésta en el momento de haberla tratado con dureza, le dijo con sonrisa triste:

—Estoy algo delicada, hija mía, déjame. Cuando la necesite llamaré.

Ya sola, se levantó, y sentada en una butaca próxima á la chimenea, reflexionó profundamente. Había recobrado toda la lucidez de su entendimiento y buscaba los medios adecuados para salir de la duda horrible en que se agitaba su ánimo. Pasado algún tiempo se levantó resuelta, dirigióse á su lindísimo escritorio de taracea, tomó un plieguecillo de papel y escribió en él las siguientes líneas:

«Querido amigo: Tengo mucha necesidad de ver á usted; le agradecería que viniese después de almorzar.—MINA.»

Escribió en el sobre *Señor marqués de Villenoisy*, llamó y reapareció la doncella, á quien la condesa entregó el billete, diciendo:

—Diga usted que lleven esto inmediatamente y vuelva usted para peinarne.

Hecho esto se sintió más tranquila y confió en que tendría ánimo para sobreponerse á todas las dificultades. Lo que Mina temía, sobre todo, era hallarse aquella mañana en presencia de su marido. La casualidad la favorecía; Armando había salido, advirtiéndole que no volvería á almorzar. Pudo, pues, la condesa recogerse en su soledad y ocultar, á miradas de extraños, las huellas del sufrimiento impresas en su rostro. A la una llegó el marqués de Villenoisy. El anciano conocía sobradamente á Mina para que hubiese menester de explicaciones preliminares. Al primer golpe de vista comprendió la gravedad de la situación, y sin perder el tiempo en precauciones inútiles dijo:

—¿Qué ocurre, querida amiga?

En el momento de revelar sus amarguras, de confesar su desgracia, de denunciar la infidelidad sospechada, la condesa retrocedió. Parecióla que la primera palabra que pronunciase haría inevitable la catástrofe; sintió deseos de callar, de replegarse sobre sí misma, de sufrir cobardemente para gozar, cuando menos, de la hipocresía halagadora de aquel á quien amaba. Pero su vacilación fué pasajera. Una ola de sangre encendió su rostro, brillaron terriblemente sus ojos, y con voz algo temblorosa le dijo:

—Tengo la horrible sospecha de que mi felicidad ha concluido, de que mi marido me abandona y me engaña.

Y en pocas palabras contó á su antiguo amigo la extraña ausencia de Armando en el momento mismo en que llegaban sus convidados, el descubrimiento de aquel telegrama en que se le llamaba imperiosamente, su precipitado regreso, su turbación durante una parte del espectáculo, después su impasibilidad cuando ella le había preguntado directamente, sus respuestas cariñosas y sus tiernas protestas. Y todo ello ficción, mentira, porque estaba segura de que el conde amaba á otra mujer y de que su desgracia era cierta. La condesa, con ese motivo, se desahogó con lamentaciones violentas, con protestas de indignación, reclamando el auxilio del marqués, impulsándole á que con ella se indignase, como si ambicionara encontrar quien participase de su enojo.

El marqués de Villenoisy habíala escuchado impasible, sin despegar los labios, sin hacer un gesto ni de admiración ni de censura. Con los ojos medio cerrados, mientras Mina exhalaba toda la furia que en su corazón existía, el marqués meditaba. Cuando la fuente de acusaciones y de quejas quedó agotada y cuando al impulso de las primeras confidencias sucedía la calma de la confesión llevada á cabo, el diplomático alzó su cabeza blanca, guiñó sus ojos animados y resumió la situación en estas sencillas palabras:

—Bien, ¿y qué es lo que usted quiere?

Al oír esta pregunta la señora de Fontenay cambió de fisonomía, palideció, y con voz algo temblorosa

—Quiero—dijo—conocer la verdad. Estar segura de lo que ahora sospecho; saber quién es esa mujer, dónde vive, cuánto tiempo hace que mi marido la conoce... en fin, todo.

—¿Y después?

—¿Cómo y después?

—Sí, después de estar segura de que el conde tiene una amante y hace traición á su esposa, ¿qué piensa usted hacer?

La condesa miró á su antiguo amigo con aire algo espantado. Vislumbró en un instante las consecuencias de la situación en que se colocaba. Hasta entonces las conclusiones que había obtenido de la infidelidad de Armando habían sido puramente morales. ¿Era menester ahora sacar consecuencias materiales? El problema estaba planteado con toda claridad y la solución pareció á Mina tan pavorosa que no se atrevió á contestar.

El marqués prosiguió hablándola con dulzura extremada:

—Supongo que no estará usted resuelta á esas investigaciones para no llegar hasta lo último, si, por acaso, esas investigaciones confirmaran las sospechas que usted abriga. Antes de iniciar una campaña es necesario siempre determinar sus resultados probables. Si, como usted dice, el

conde es infiel efectivamente, ¿qué hará usted?

La condesa permaneció otra vez silenciosa, turbada por la gravedad que habría de tener cualquiera resolución que adoptase. Entonces el marqués continuó diciendo:

—No me responde usted. Veo que ha comprendido todo el alcance de mi observación. En este momento usted solamente tiene dudas y está ya atormentada por los celos; pero ¿qué vale el tormento que padece usted ahora comparado con el que le proporcionará la certidumbre? Esto es lo que deseo que comprenda. Usted misma dice que Armando es amable y bueno; que nada ha habido en su actitud ni en su proceder que pudiera infundir á usted sospechas sin el descubrimiento que por casualidad hizo anoche. Acaso lo más prudente sería no averiguar nada, contentándose usted con la felicidad, muy estimable, de que goza. Es verdad, mucha verdad que esto es un *mínimum* de felicidad; pero un *mínimum*, al fin y á la postre, es algo. Si usted comienza sus investigaciones, acaso se vea arrastrada hasta más allá del punto al que deseaba usted ir. El conde puede apercibirse de esas pesquisas. Si es inocente, se creará gravemente ofendido; si es culpable, aun le ofenderá usted más cruelmente. Llegarán ustedes entonces á un rompimiento. ¿Cuál será su desenlace? Sólo hay dos posibles: separación ó reconciliación. El *perdón* vuelve á colocar á usted en la situación misma en

que se encuentra ahora, con más los dolorosos recuerdos de lo sucedido y una frialdad inevitable, manantial perenne de sinsabores. La separación...

—¡Oh, eso nunca; el no verle, el no oírle, el no vivir á su lado me mataría!

—¿Entonces...?

La condesa se retorció las manos con desesperación, y con voz entrecortada, ahogada casi por la angustia que oprimía su pecho, exclamó:

—Quiero saber... Padezco demasiado con estas sospechas... La verdad será cien veces menos cruel... Es necesario que conozca yo á esa mujer, que sepa quién es, cómo es y dónde la ha conocido Armando. Usted debería hacerse cargo de lo que sufro y auxiliarme en lugar de torturarme con sus argumentos. Ya ve usted que estoy loca... tenga juicio por mí y deme un consejo... ¡un consejo bueno!

—Eso es; ¡un consejo á gusto de usted!—respondió friamente el marqués.—No espere de mí esa complacencia. En la situación de usted sería criminal; yo no le diré sino aquello que el interés de usted, bien entendido, me inspire.

Irguióse bruscamente la condesa con el rostro inflamado de ira y gritó:

—No no... ¡Nada de razonamientos! ¡Basta de discusión!... No ha de separarme usted de mis propósitos; ¿quiere usted impedirme que haga mis pesquisas?... pues no lo conseguirá... La du-

da me mataría... Prefiero mil veces el horror de la certeza. Al menos sabré á qué atenerme, y además... ¡si por ventura fuese Armando inocente!...

Su rostro se animó como con un relámpago de alegría. Un suspiro de consuelo desahogó su corazón alterado. Apoderóse con ansia de aquella idea consoladora que ya había acariciado durante su insomnio.

—Porque al cabo y al fin—continuó diciendo—quizás le acuso sin razón. ¿Quién sabe si mis celos serán infundados? Acaso no haya en todo esto más que un conjunto de apariencias. ¿Cómo creer que el conde, tan amable, tan fiel, tan leal, haya podido engañarme innoble y bajamente?

El marqués bajó la cabeza, y con sonrisa entre cariñosa y burlona replicó:

—Un marido no engaña innoble y bajamente cuando su mujer nada sabe... El cuidado que él ha puesto en ocultarse es testimonio de la consideración respetuosa que la guarda... Ese afán que todas las mujeres tienen de conocerlo todo y de profundizar en todo, aun á riesgo de destrozarse el corazón, es lo menos razonable del mundo. La fidelidad conyugal que ustedes exigen es una rareza casi imposible. Si yo me encontrase en el lugar de usted, en vez de abrir mucho los ojos para ver mejor me los cubriría con ambas manos para aumentar mi ceguera. No pida usted al hombre lo que el hombre no

puede dar, y conténtese usted con lo que él le otorga: sus atenciones, su amabilidad y su alegría. He ahí lo que asegura la bienandanza cotidiana; lo demás es pura novela... Déjele usted para los libros, pero no trate usted de llevarlo á la vida real.

La condesa no escuchaba ni oía á su amigo.

Aparecía ante sus ojos la casita del arrabal de Viena y el jardín verdeante en que ella solía deslizarse por la puertecilla medio oculta bajo la hiedra. ¡Cuán dichosos habían sido allí! ¡Qué de juramentos habían cambiado! ¡Qué bien los habían cumplido ambos... hasta entonces! Mina recordaba después su llegada á París, pasado el luto de su primer marido; diez y ocho meses hacia á la sazón que no se habían visto ella y Armando, y saboreaba en su memoria su primera entrevista en una habitación de los Campos Elíseos que ella misma había alquilado para determinar con calma lo relativo á su instalación definitiva. Veía la condesa á Fontenay cuando penetraba en el salón y se detenía á tres pasos de ella, pálido de emoción; recordaba también el irresistible impulso que le había lanzado á sus pies, y casi á sus brazos, llorando de alegría. ¡Cuánto la quería entonces! ¡Qué palabras tan dulces las suyas! ¡Qué tiernas confidencias las de ambos!... Caía la tarde, tres horas habían transcurrido desde que estaban encerrados en aquella habitación... Allí seguía viendo al conde, muy cerca de ella, con las manos en

sus manos, con los ojos en sus ojos, hablando de lo porvenir... y Armando no sospechaba si quiera el tiempo que había transcurrido, ni se resolvía nunca á separarse de ella. Mina le había hecho quedarse á comer en su habitación, y allí, en el humilde comedor, servidos por un solo criado de toda confianza, aquellos amantes que se habían visto la última vez entre las opulencias del suntuoso palacio de Schwarzbourg, refánse como chicos de la sencillez de aquel alojamiento, hallando con todo encanto y regocijo, como estudiantes en vacaciones.

Y en el transcurso de diez años todo había seguido lo mismo. Su existencia común había sido la más dulce, la más tranquila, la más dichosa. Un cielo de pureza nunca alterado, en medio del que, sin la menor nube que presagiase la tormenta, acababa de retumbar al trueno. Y todo se había trastornado, y quizás la calma no volviese nunca.

La pobre mujer, sumergida en tan tristes pensamientos, no pudo contener el llanto, y sin ruborizarse, dejó correr sus lágrimas, que se deslizaban abundantes de sus ojos á sus mejillas, y que la condesa enjugaba con su pañuelo de batista. Mina no pensaba en el diplomático; hasta se había olvidado de su presencia; pensaba únicamente en su felicidad perdida.

Se levantó, dirigióse lentamente á la ventana como esperando ver si el hombre en quien exclu-

sivamente pensaba y del que en aquel momento mismo sospechaba ella que se encontraba en casa de su rival se le aparecía volviendo á su casa para demostrarle lo infundado de sus temores. Vió el patio vacío, con sus grandes piedras, brillando á los rayos solares. Lanzó un profundo suspiro y murmuró:

—No; vivir así no es vivir.

Adelantóse hacia el marqués, y mirándole con fijeza le dijo:

—Doy á usted las gracias por la sensatez con que me aconsejaba hace un instante. Tiene usted razón: es muy cierto que un poco de escepticismo y un mucho de paciencia asegurarían mi reposo. ¿Pero quién me dará eso? Usted sabe que tengo un carácter exclusivista y un alma ardiente, poco aptos, uno y otra para acomodamiento y transacciones. Mi divisa será: *ó todo ó nada*. No intente usted, por lo tanto, persuadirme de que haga concesiones incompatibles con mi carácter. Sea usted una vez más el amigo adicto y experimentado, á quien, cuando he tenido dificultades que vencer, me he dirigido y nunca inútilmente. Ayúdeme usted con su experiencia y con su perspicacia. Ponga usted á disposición mía los medios necesarios para profundizar en este misterio que deseo esclarecer.

El marqués de Villenoisy tenía entre las dos suyas la mano de la condesa, que estrechó cariñosamente.

—Mina—le dijo—en este momento tiene usted calentura. Acaso sería más conveniente que aplazásemos el fin de esta conversación.

—Es verdad que estoy algo mala, pero conservo toda mi sangre fría; puede usted hablar...

—Sea como usted guste, querida amiga; si no he comprendido mal, usted me ha pedido, en términos algo vagos, pero me ha pedido usted al fin, que le facilite la vigilancia de su marido... Digámoslo claro para dar su propio nombre á la cosa; usted quiere que se le siga, que se le esple... y tener después una relación circunstanciada de lo que hace y de adónde va. ¿No me equivoco? Es realmente esto lo que usted desea, ¿no es cierto?

La condesa, con una contracción de sus labios, expresó su repugnancia á pronunciar la palabra decisiva. Por su rostro noble pasó como una nube de disgusto. Sin embargo, contestó con energía:

—Sí, eso es lo que deseo.

—Usted ha pensado que en mi carrera diplomática he tenido ocasión de emplear hombres hábiles en esta clase de averiguaciones, y quiere que yo le escoja uno de toda confianza, que no abuse del secreto que será necesario descubrirle.

—Sí, pero ¿será preciso decirsele todo?—preguntó angustiada la condesa.

—¡Oh, no será necesario decirle sino muy

poco!—dijo tranquilamente el marqués.—Él adivinará lo que no se le diga, y no será gran mérito éste. El descifrar este enigma será, para un especialista, juego de niños.

—Y—preguntó la condesa no sin inquietud—¿será preciso que yo vea á ese hombre y hable con él?

—Indudablemente.

—¿No podría usted darle instrucciones para que no tuviera yo necesidad de figurar en nada?

—¡Ah, hija mía!—exclamó con repentina vivacidad el diplomático.—No espere usted de mí semejante cosa.—Quiero á usted muchísimo, pero quiero también al conde. Parece que me extralimito un poco sirviendo á usted tan activamente en contra de él. Quiero conservar, cuando menos, esta última apariencia de mi neutralidad. Pondré al alcance de usted los medios de averiguar la verdad; el utilizarlos será cosa de usted.

—Corriente. ¿Cuándo me enviará usted á ese hombre?

—Hoy mismo, y muy pronto; el tiempo necesario para ir á la prefectura, hablarle y enviarsele á usted á casa.

—No saldré.

—Dejo á usted entonces.

El marqués tomó su sombrero, detúvose delante de Mina, y sonriendo un poco, insistió en preguntarla:

—¿Está usted decidida, irrevocablemente decidida, sin pesar ni arrepentimiento? No olvide usted, Mina, que el acto que se propone realizar es uno de esos que un hombre del carácter de Armando perdona muy difícilmente.

—Si el conde es inocente, me lo perdonará; si esculpable, ¿qué me importa?

—Entonces, hasta la vista.

El marqués besó la mano á la condesa y partió.

La condesa permanecía pensativa y como si aquella resolución adoptada y aquel comienzo de campaña le hubiesen dado tranquilidad.

A cosa de las tres, cuando Mina trataba de leer para distraerse, entró en la habitación un criado y dijo á media voz:

—Ahí está, de parte del señor de Villenoisy, la persona que la señora condesa espera.

La señora de Fontenay se estremeció. Solamente hacia dos horas que el marqués la había dejado y ya había cumplido su palabra. Apoderóse de la condesa gran turbación. No pensó, sin embargo, ni un instante solo en despedir al recién llegado; pero vacilaba en recibirlo por lo que tenía que decirle. Por último, dió orden de que le hiciesen entrar. Al cabo de un minuto vió penetrar en la estancia un mozo de mediana estatura, algo grueso, esmeradamente afeitado, vestido de oscuro, y que, con el sombrero en la mano, tenía todas las apariencias de un ayuda de cámara de casa grande bus-

cando colocación. Saludó, inclinándose respetuosamente, y esperó á que la condesa se dignase dirigirle la palabra para preguntarle:

—¿Viene usted de parte del señor de Villenoisy?

—Sí, señora—contestó con voz algo gastada.

—¿Usted sabe de qué se trata?

—Sí, señora.

El rubor encendió la frente de la condesa, que, sin embargo, continuó:

—¿Qué necesita usted para salir bien del empeño?

El sujeto sonrió casi imperceptiblemente, y dijo:

—Solamente la orden de obrar, señora; recibida esa orden, antes de veinticuatro horas está todo hecho.

—¿Conoce usted á la persona á quien ha de seguir?

—¿Quién no conoce en París al conde de...?

Mina atajó la palabra con un *está bien* muy seco, como para evitar al nombre que ella llevaba la injuria de ser pronunciado en presencia suya por semejante boca.

—¿Nada tiene usted que pedirme?

—Nada, señora; usted me mandá proceder á la obra y yo me pongo en movimiento. Cuando tenga alguna noticia que dar á la señora condesa, vendré al palacio.

Saludó, y con paso ligero se dirigió hacia la

puerta. Cuando la condesa levantó los ojos, aquel hombre había desaparecido. Mina se aproximó á la ventana y vió al hombre, que con paso reposado y tranquilo atravesaba el patio. Tenía un aire inofensivo é indiferente; entró bajo la bóveda del portal y le perdió de vista. Sin embargo, el tiempo no le pareció tan largo hasta la comida. Sabía que estaban trabajando en favor suyo, y su fiebre se había calmado un tanto.

Armando volvió á las seis, subió primero á sus habitaciones y muy luego se presentó en las de su mujer, en el momento de sentarse á la mesa. El conde estuvo durante la comida más seductor que nunca, lleno de atractivo y de alegría. Si la condesa no hubiese tenido muchas razones para dudar de él, habría creído que no había en su alma un pensamiento culpable. A los postres acompañó él conde á su esposa hasta el saloncillo de confianza, y allí permaneció con ella hasta las nueve y media. Como no pareciese dispuesto á salir, Mina, que deseaba entregarle á las investigaciones del espía, fingió una gran fatiga, fatiga que hacía muy verosímil la palidez de su rostro, estropeado por el insomnio de la noche precedente. Entonces el conde se levantó sin apresurarse y como si lo hiciese á disgusto, y dijo que iba á pasar dos horas al club. Abrazó tiernamente á Mina y salió.

Escuchó la condesa los pasos de su marido, que se perdieron en el corredor, y con

gozo sombrío, como si hubiese ya tocado el buen éxito de su emboscada, se retiró á su habitación. También aquella noche fué agitada y ardiente. Mina oyó volver á su marido y vió que eran las doce. El día llegó con demasiada lentitud para los deseos de la condesa, que se levantó á las siete y esperó llena de ansiedad las noticias que no podían menos de llegar. A medio día nadie había llegado y la impaciencia de la condesa se exasperaba. Hizo que le sirvieran el almuerzo en su cuarto, pretextando una jaqueca. Pareciale que iba á volverse loca.

Las hipótesis más extravagantes se presentaron á su espíritu. Su marido había notado la vigilancia de que era objeto y había comprado al agente para que no le denunciase. No tendría, por consiguiente, noticia alguna, y si las tenía, serían falsas. Pensó después que el marqués sabía desde un principio que Armando era inocente de la falta de que ella le acusaba, y que el diplomático había querido castigar sus infundados celos haciéndola probar las angustias del temor y de la duda. Mina experimentó una dulzura exquisita al pensar que aquel á quien amaba nada tenía de qué acusarse y había sido siempre fiel esposo. Después, súbitamente, tornó á su primera idea y creyó que Armando había descubierto el lazo. Un terror insensato se apoderó entonces de su espíritu sobrecitado. Buscó las consecuencias que podría traer la campaña iniciada, y

no hallaba una que no fuese horrorosa. Su marido, no queriendo afrontar una lucha que había de ser desgarradora, y no resignándose á abandonar á su querida, no tenía más camino que partir para siempre. Acaso en aquel momento mismo hacía sus preparativos. Poco faltó para que la condesa le enviase á buscar para preguntarle, para asegurarse de cuáles eran sus intenciones. Pero ¿qué podría decirle sin confesarle todo el complot?

Y si él no sospechaba nada, ¿qué actitud había de adoptar la condesa en presencia de su marido?

Mina lloró de dolor y de impotencia, en la soledad de su estancia, sin saber qué decidir, temiéndolo todo, ¡ella, á quien hasta entonces nada se había resistido! Así permaneció la condesa más de dos horas, aniquilada, sentada en un sillón próximo á la chimenea, dejando correr, sin enjugarlas, las lágrimas que desde sus ojos resbalaban por sus mejillas. Nunca pudo ser más horriblemente sentido un pesar tan amargo, y aquella mujer tan envidiada por su dicha, pagó durante aquellos dos tristísimos días la felicidad de su existencia pasada.

En fin, á cosa de las tres de la tarde, como en el día anterior, entró una criada para decir que un hombre deseaba hablar á la señora condesa. En un momento Mina estuvo de pie. Subióle á la cabeza la sangre en oleadas ardientes, y en su

apresuramiento por saber algo se precipitó en el saloncillo. El hombre penetraba por la otra puerta, modesto y respetuoso. Detúvose, esperando que se le preguntase. La señora de Fontenay permaneció inmóvil, recostada en la chimenea examinando al agente, que estaba de pie delante de ella, con el aire descuidado del hombre á quien conmueven muy poco los sinsabores de las personas que le utilizan. En el drama que se representaba él solamente era una figura decorativa, y el desenlace, que él contribuía á preparar, no podía interesarle.

Esto, no obstante, el hombre no pudo menos de estremecerse cuando oyó á la señora de Fontenay que le preguntaba:

—¿Qué ha sabido usted?

El timbre sordo de la voz, lo nervioso del ademán, la palidez del semblante demostraban tal ansiedad, que el espía tuvo un instante de turbación, encogió sus hombros, como bajo una carga excesivamente pesada, y respondió:

—He sabido todo lo que la señora condesa tenía interés en saber.

—¿Y es cierto lo que yo suponía?

—La persona á quien estaba yo encargado de seguir salió ayer en coche á las diez y fué á Neuilly, paseo de Maillot, núm. 10, á casa de la señorita Lydia Audrimont. Allí permaneció hasta las doce y regresó aquí. Esta mañana á las nueve la misma persona ha salido á caballo y

ha vuelto á Neuilly, de donde ha regresado al medio día.

—Y esa Lydia Audrimont, ¿qué clase de mujer es?

—No es una mujer... es una señorita.

—¿Una señorita?

—Que tiene la mejor reputación.

—¿Ha visto usted á la joven?

—La he visto y la he hablado.

—¿Cómo es?

—Extraordinariamente linda, rubia, con ojos azules, de estatura regular, pero muy elegante.

—¿Joven?

—Unos veinte años.

—¿De dónde ha venido?

—De las inmediaciones de Quebec, en el Canadá, según me han dicho los criados que, por cierto, son muy fieles y poco comunicativos. Pero estaba la casa en tan terrible desorden cuando yo llegué, que he conseguido hacerles hablar.

—¿Desorden? ¿Pues y eso?

—Porque la señorita acaba de perder á una tía, con quien vivía, y á la que amaba como si hubiera sido su madre. Me hice anunciar como agente de pompas fúnebres, y así he podido llegar hasta la señorita Audrimont.

—Sí, tía... sí... eso es—murmuró la condesa.

—El entierro será mañana... El funeral se verificará en la capillita del paseo de la *Grand Ar-*

mée... á las diez en punto está reclamado el servicio fúnebre.

La señora de Fontenay había caído de nuevo en profundas meditaciones. Olvidó por completo la presencia del agente. Veía Mina surgir como de entre brumas una figura blanca de mujer, de rasgos aun indefinidos, pero graciosa, seductora é iluminada por ojos azules. De su frente irradiaba el hechizo irresistible de la juventud, y con orgullo soberano, con una confianza absoluta, desafiaba á su rival. La condesa lanzó un suspiro doloroso que vibró en el silencio del salón; levantó los ojos y se encontró sola. El hombre había desaparecido.

Podría haberse figurado que todo lo sucedido había sido una horrible pesadilla... momentos hubo en que se sintió inclinada á suponerlo así y á no llevar más adelante sus investigaciones; pero estos momentos eran pocos y pasaban sin dejar huella de su paso en el ánimo de Mina, que después de crueles agitaciones, de horrible lucha que le torturaba el alma, se aferró á la idea de conocer y hablar á aquella joven, á aquella Lydia...

Una vez adoptada esta grave resolución habría sido puesta en práctica inmediatamente. Su prudencia la detuvo. Aplazó la condesa su visita para el día siguiente. Hallábase quebrantada de fatiga y sus nervios sobrecitados comenzaban á distenderse. Acostóse temprano, intentó leer

para distraerse durante algunos minutos, pero sus ojos se cerraban á pesar suyo. Se durmió, y por primera vez en cuarenta y ocho horas halló la calma y el olvido.

Ya era muy entrado el día cuando despertó. Algo se avergonzó de aquella preponderancia de la materia sobre el espíritu, que la habia arrancado á sus dolorosas preocupaciones. Advirtió, sin embargo, con cierta alegría, que se hallaba más fresca y más vigorizada después de aquella noche tranquila. Su pensamiento le pareció más claro y más seguro. Su resolución, no por ser muy grave, era menos firme. Había salido ya la condesa de los enervamientos exasperados de la primera hora, y se sentía dueña y señora de sí misma en toda la plenitud de su vigor físico y moral.

A las nueve vió salir á Armando vestido de negro. A medio día ya estaba de vuelta el conde. Mina le hizo saber entonces que tenía precisión de salir y que no almorzaría con él, y segura de tener dos horas por delante para ejecutar el plan que habia concebido, bajó por la escalera de servicio, atravesó el patio, tomó un coche de alquiler que pasaba por delante de la puerta y se hizo conducir al paseo Maillot.

IV

Unos seis meses antes de la época en que comenzó esta relación, y en una mañana de Octubre, el conde Armando, que residía á la sazón en su palacio de Cravant, leía distraídamente su correspondencia antes de partir á una expedición cinagética con varios invitados, cuando de pronto llamó su atención un sobre ancho, en el cual iba impreso en forma de membrete: *Bernard Pellier, notario, Paris*. Dejó Armando la carta poco importante que en aquel momento leía, y se apresuró á abrir la que habia picado su curiosidad y cuyo contenido era el siguiente:

«Mi señor y querido cliente: Acabo de recibir la visita de una prima de usted recién llegada de las colonias inglesas, la señorita Lydia Audrimont, á quien usted no conoce y que tiene que dirigirle una pregunta. La primera vez que pase usted á París tenga la bondad de venir por mi estudio, y asimismo la de avisarme la víspera para que pueda yo citar á la señorita Audrimont, en cuya presencia creo que no ha de ser á usted enojoso encontrarse.

»Reciba usted..., etc., etc. — BERNARD PELLIER.»

Después de haber leído esta carta, el conde

para distraerse durante algunos minutos, pero sus ojos se cerraban á pesar suyo. Se durmió, y por primera vez en cuarenta y ocho horas halló la calma y el olvido.

Ya era muy entrado el día cuando despertó. Algo se avergonzó de aquella preponderancia de la materia sobre el espíritu, que la había arrancado á sus dolorosas preocupaciones. Advirtió, sin embargo, con cierta alegría, que se hallaba más fresca y más vigorizada después de aquella noche tranquila. Su pensamiento le pareció más claro y más seguro. Su resolución, no por ser muy grave, era menos firme. Había salido ya la condesa de los enervamientos exasperados de la primera hora, y se sentía dueña y señora de sí misma en toda la plenitud de su vigor físico y moral.

A las nueve vió salir á Armando vestido de negro. A medio día ya estaba de vuelta el conde. Mina le hizo saber entonces que tenía precisión de salir y que no almorzaría con él, y segura de tener dos horas por delante para ejecutar el plan que había concebido, bajó por la escalera de servicio, atravesó el patio, tomó un coche de alquiler que pasaba por delante de la puerta y se hizo conducir al paseo Maillot.

IV

Unos seis meses antes de la época en que comenzó esta relación, y en una mañana de Octubre, el conde Armando, que residía á la sazón en su palacio de Cravant, leía distraídamente su correspondencia antes de partir á una expedición cinagética con varios invitados, cuando de pronto llamó su atención un sobre ancho, en el cual iba impreso en forma de membrete: *Bernard Pellier, notario, París*. Dejó Armando la carta poco importante que en aquel momento leía, y se apresuró á abrir la que había picado su curiosidad y cuyo contenido era el siguiente:

«Mi señor y querido cliente: Acabo de recibir la visita de una prima de usted recién llegada de las colonias inglesas, la señorita Lydia Audrimont, á quien usted no conoce y que tiene que dirigirle una pregunta. La primera vez que pase usted á París tenga la bondad de venir por mi estudio, y asimismo la de avisarme la víspera para que pueda yo citar á la señorita Audrimont, en cuya presencia creo que no ha de ser á usted enojoso encontrarse.

»Reciba usted..., etc., etc. — BERNARD PELLIER.»

Después de haber leído esta carta, el conde

permaneció un instante pensativo. Lydia Audrimont, ¿su prima?... Lo sería, sin duda, por su mujer, porque en su vida había él tenido ningún pariente apellidado... De repente surgió en la mente del conde un recuerdo... recuerdo que iba unido á un hecho material que impresionó profundamente su imaginación infantil. Tendría él unos once años cuando un día, 1.º de Enero, le había llevado su padre, después de almorzar, á felicitar la entrada de año á su abuelo materno, el marqués de Pont-Croix, legitimista rabioso, milagrosamente escapado de las matanzas de la Penissiere, y que permanecía imbuido en las más intransigentes tradiciones feudales. Era un anciano de elevada estatura, de cabellos blancos encrespados, con la cruz de San Luis pendiente siempre de una cinta roja del ojal de su casaca. Este anciano inspiraba al niño un terror respetuoso. Tenía el abuelo una manera tan brusca de montarle sobre sus piernas huesudas y de besarle pinchándole con su barba de dos días, que alejaba de sí á su nieto.

Pues bien: en aquel día, primero de año, que el conde recordaba, el conde de Fontenay estaba sentado en el despacho de su suegro, y Armando, después de haber sufrido la tradicional ceremonia de montarle á horcajadas en la cortante rodilla y de pincharle con las barbas, miraba un álbum de grabados, cuando entre sus páginas descubrió una tarjeta de marfil, en la cual apare-

cía la miniatura de una joven hermosísima, aunque de aire triste y dolorido. Estaba vestida muy sencillamente y de colores oscuros. En el dorso de la miniatura se leía: «A mi padre, tiernamente amado, á pesar de todo.—LAURENCIA.»

Armando, alzando la miniatura como para mostrarla, exclamó: «¡La tía! ¡Qué parecida á tí!» A estas palabras tornóse pálido el anciano; su mirada tomó una expresión amenazadora y acercándose vivamente, arrancó la miniatura de la mano del niño. El conde de Fontenay, inquieto al parecer, habíase aproximado, y el marqués le había dicho con voz sorda:

—Es esa desgraciada que ha vuelto á presentarse ante mí; no quiere dejarme que la olvide.

Y como el conde, intentando calmar á su suegro, le comprometiese á mostrarse más indulgente, el marqués había respondido:

—«¡No! Que no me hablen nunca de ella. Ja más, jamás. Me ha desobedecido, me ha ofendido. La he arrojado de mi corazón; ya no la conozco.»

El viejo, extenuado por aquella manifestación violenta, habíase dejado caer en su silla y derramaba abundantes lágrimas. En la estancia reinaba silencio profundísimo, interrumpido solamente por los sollozos del abuelo. El conde, con la frente surcada de arrugas, contemplaba á Armando, que, muy conmovido por aquel dolor cuya causa desconocía y cuya amargura tam-

poco comprendía, estaba muy próximo á llorar. Al cabo de un instante el marqués había recobrado su sangre fría, y cuando su yerno le estrechó la mano con intención de decirle alguna frase de consuelo, el marqués habíale atajado la palabra con un «es inútil» muy seco. Después había acompañado silenciosamente á los dos hasta el vestíbulo, había pinchado otra vez á su nieto con la barba y había vuelto á su biblioteca. Ya en el carruaje Armando había preguntado á padre:

—¿Qué ha hecho la tía para que abuelito esté incomodado con ella?

—Casarse á disgusto de su padre.

—¡Ah! ¿Y por qué?

—Porque tía amaba á uno que desagrada á tu abuelito.

—¿Y por qué le desagrada?

—Porque no es de nuestra clase.

—¡Ah! Pues ¿de qué clase es?

—Pertenece á la burguesía: es industrial.

—¿Y qué es un industrial?

—Un hombre que anda en negocios.

—¿Y es malo andar en negocios?

—Me molestas, niño.

Aquel *me molestas* puso término á la conversación, pero quedó con ella indeleblemente grabado en el espíritu de Armando que su tía Laurencia se había casado con un hombre que tenía sobre sí una mancha: la de trabajar. Y como ni

su abuelo ni su padre trabajaban, el respeto que hacia ambos sentía le indujo á deducir que obraban mal los que no procedían como ellos. Había, pues, conservado una desagradable impresión de aquel incidente, y el nombre de su tía Laurencia había quedado asociado en su memoria á algo malo... ¿Cómo se llamaba el industrial con quien se había casado? No lo sabía. Ni del marido ni de la mujer se había hablado ninguna otra vez en la casa. Armando había perdido á su padre siendo muy joven. Ninguna de las personas cerca de quienes vivió desde que tuvo uso de razón le hablaron nunca de aquella hija rebelde. Armando había, pues, crecido y hasta llegado á viejo sin tener noticias de lo que había ocurrido después á su tía Laurencia.

Pero la carta de su notario evocó el recuerdo de aquella escena ocurrida en casa del abuelo, y supuso que aquella prima sería hija de Laurencia; así era, efectivamente, y de ello se convenció cuando, con arreglo á las indicaciones del notario, celebraron Armando y Lydia, en el despacho notarial, su primera entrevista. Lydia era una joven encantadora, hermosísima y buena, noble y sencilla. Su padre, el señor Audrimont, había reunido en el Canadá, á fuerza de trabajo é inteligencia, una colosal fortuna, fortuna de muchos millones; cuando satisfecho del resultado obtenido ó fatigado por el esfuerzo realizado se retiró de los negocios, una enfermedad terrible

lo arrebató á su familia; á Audrimont siguió con muy poco tiempo de diferencia su esposa, su compañera fiel en tribulaciones y bienandanzas, su amiga constante en la próspera y en la adversa fortuna, y Lydia quedó sola en manos de testamentarios codiciosos y de administradores infieles que abusaron de la inexperiencia, de los pocos años y de la nobleza de sentimientos de la huérfana para robarla descaradamente. Así y todo Lydia, decidida á trasladarse á Europa, pues no era alegre para ella la permanencia en aquel país donde había perdido para siempre á sus buenos y queridos padres, aun realizó un capital muy respetable, el capital bastante para producirla cincuenta mil libras de renta. Si Lydia había manifestado deseos de conocer á su primo Armando no había sido, y así lo comprendió el conde desde las primeras palabras que cruzó con aquella angelical criatura, no había sido por convertirse para él en una carga, sino sólo para conocer á los únicos parientes de quien su madre, su santa madre, conservaba recuerdos de gratitud y de cariño, y al propio tiempo para pedirle noticias de aquella miniatura de Laurencia que produjo la escena del primero de año en casa del marqués. En Quebec no andaban por entonces muy adelantadas las artes, y Lydia no tenía de su madre retrato alguno; conocía la existencia del que Laurencia, como último recuerdo suyo, había dejado á su severo y

cruel padre, y quería, si esto era posible, recobrarlo. Por fortuna el retrato existía, y existía en poder de Armando, que á los pocos minutos de manifestado este deseo puso la miniatura de Laurencia en manos de su hija. Lydia y Armando habían simpatizado á primera vista; á los diez minutos de hablarse tratábanse como si toda su vida se hubiesen visto. Quedó, pues, convenido, que en lo relativo á negocios, el notario señor Pellier, persona respetabilísima y entendida y de toda confianza correría con los intereses de Lydia, y que Armando sería el consejero y el amigo de la recién llegada. ¿Por qué Armando nada dijo á Lydia de su esposa? ¿Por qué Lydia no le preguntó si era casado? Quizás ella juzgó que la pregunta podía parecer indiscreta; acaso él creyó que la noticia era impertinente. Pero ¿cómo el conde, todo lealtad y todo franqueza, nada dijo á su esposa de este nuevo pariente? A esto ni él mismo sabría contestar. Entregóse insensiblemente al encanto de este nuevo cariño, sin darle importancia alguna, pero sintiéndole más dulce cada vez. Sin embargo, cuando la señora de Fontenay bajó del coche de alquiler que la había llevado á casa de Lydia nada existía entre ésta y Armando que no fuese una franca, y pura, y sencilla amistad, de lo que Mina, que era mujer de corazón y de entendimiento, no había de tardar en convencerse.

V

La una y media sería cuando se apeaba la condesa delante de la verja de casa de Lydia. La puertecilla se hallaba entreabierta y el pabellón de entrada vacío. El jardinero no trabajaba, como ordinariamente, en el jardín. Las ventanas del primer piso de la habitación estaban abiertas, mientras que en las del entresuelo las persianas permanecían corridas. Por todas partes reinaba gran desorden. Advertíase allí algo que denunciaba un gran pesar, una grave desgracia.

La señora de Fontenay penetró en el jardín después de haberlo observado todo atentamente en rededor suyo, y comenzó á andar por un paseo que conducía á las dependencias, con el propósito de buscar la entrada de la casa por sitio en que la consigna fuese menos severa. Mina andaba con paso ligerísimo, evitando en lo posible que rechinara la arena bajo sus pies; muy conmovida, pero animada de una inquebrantable resolución, Mina estaba resuelta á ver á Lydia, quería sorprenderla en medio de su dolor, y en una sola batalla, hábilmente librada, decidir de lo futuro.

La casualidad sirvió perfectamente á la condesa; pasaba ésta por delante de un cenador

rústico en que se hallaba Lydia entregada á su dolor, cuando Michigán, una hermosa perra gris, que, echada sobre una alfombra, vigilaba la puerta del kiosko, principió á gruñir; la puerta del kiosko se abrió, y en el umbral apareció Lydia, pálida y vestida de luto. Frunciéronse sus cejas cuando se vió enfrente de una persona desconocida. La perra continuaba gruñendo; Lydia la acarició la cabeza para hacerla callar, y mirando á la señora de Fontenay con atención, advirtió la nobleza de su rostro, la distinción de su aspecto, la elegancia de su traje. Comprendió en seguida que no se trataba ni de una proveedora, ni de una persona vulgarmente importuna. Intentó, sin embargo, desembarazarse de ella, y señalándole otro paseo que conducía á la casa, le dijo:

—Si tiene usted que hablar con alguien, haga usted el obsequio de ir por allá...

—Si es usted la señorita de Audrimont—dijo la condesa con voz franca y segura—es á usted y á nadie más á quien deseo hablar en este instante.

—Señora—dijo Lydia con voz suplicante y mostrando su vestido de luto—llega usted en momentos muy dolorosos.

—Lo sé ya, señorita; precisamente por eso vengo. Me envía alguien que se toma por usted gran interés.

A estas palabras, único ardid de guerra que la

noble mujer osó permitirse, reanimóse el semblante de Lydia, desapareció su palidez, brillaron sus ojos, y mirando á la desconocida con respetuosa benevolencia, dijo:

—¿Viene usted de parte de Fontenay?

—Sí, de parte del conde—respondió Mina con el corazón lleno de amargura.

—Entre usted—dijo Lydia separándose de la puerta para dejar paso á su visita, y perdone que la reciba aquí; pero huyo de la casa... Me parece que está ocupada toda por la muerte.

—Acaba usted de experimentar un gran disgusto; ya sé que la excelente mujer que ayer dejó la vida hacia para usted las veces de madre, y ahora, de pronto, se ve usted completamente sola, entregada á sí misma, en esta gran ciudad, donde no conoce usted mucha gente.

—A nadie.

—¿Y es usted tan joven! ¿Qué edad tiene usted?

—Veintidós años, señora.

¡Veintidós años! Al oír esta sencilla respuesta se estremeció Mina y lloró... ¡Ella podría tener una hija de esa edad!

—¡Oh! Señora, ¿está usted llorando?—preguntó Lydia.

—Sí, un recuerdo...

—¿Ha padecido usted también...?

—Sí, muy cruelmente.

—¿Y padece usted todavía?

—Hay heridas que jamás se curan; pero no hablemos de mí ahora, sino de usted... usted... ¡sola en el mundo!

—Sí, señora; completamente sola. Y no habría sabido á quién dirigirme en mi angustia si no hubiese tenido á mi lado, para socorrerme, darme valor y sostenerme, á un amigo verdaderamente adicto.

—¿El señor de Fontenay?

—Sí. No puede usted imaginarse lo que ha sido para mí durante estos tres días mortales. ¡Ah! Sólo á él he debido no caer en el más profundo desaliento... El conde ha hallado palabras para adormecer mi pena y calmarla. Hasta ahora sólo me había manifestado cierta benevolencia; pero ahora estoy convencida de que es verdadero afecto.

Lydia hablaba con emoción interna que ahogaba un poco su voz; pero la expresión de su fisonomía expresaba sencillamente su dicha.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce usted al conde?—preguntó Mina con indecible angustia.

—Poco más ó menos, seis meses. Llegaba yo de América, y aun no estaba instalada aquí cuando le vi por primera vez... Desde entonces no ha dejado de visitarme. Primero de tarde en tarde, porque no estaba en París; después más á menudo.

—¿Y él la ama á usted? ¿La ama verdaderamente?

Los ojos azules de la joven no se turbaron; conservaron su cándida expresión, cuando con acento virginal respondió Lydia:

—No puedo dudarle; ¿cómo después de las pruebas de cariño que me ha dado?

—¡Oh! Pero entendámonos bien—dijo Mina con bastante rudeza temiendo ser víctima de un fingimiento: —la ama á usted como se ama á la mujer á quien está uno dispuesto á sacrificarlo todo, á quien se lo daría uno todo...

Al escuchar estas palabras, Lydia cambió de actitud; la niña se convirtió en mujer.

—Señora—dijo—temo no haber comprendido bien. Me pregunta usted si el conde de Fontenay estaría dispuesto á realizar, en mi obsequio, cualquier sacrificio y á dármele todo... No lo sé aún, y hay motivo para creer que no lo sabré nunca, porque no entra en mis miras permitirle que me dé nada ni que se sacrifique por mí. Hasta aquí me ha mostrado el afecto cordial y atento de un pariente á una parienta que ha menester consejos y protección. Yo le pago con sincero agradecimiento. Estas son las relaciones únicas que hay entre nosotros... Fuera de esto, cuanto usted haya podido suponer es inexacto.

La palabra *parienta* dejó á Mina estupefacta. ¿Qué parentesco era aquel? ¿Cómo lo ignoraba ella? ¿Por qué su marido nada le había hablado de él? Aquello, lejos de atenuar la falta de Armando, la agravaba.

—¿Son ustedes parientes?

—Sí; primos hermanos. Mi madre y la madre de Armando eran hermanas. ¿Es bastante esto, señora? ¿Es suficiente que yo lo diga, ó necesita usted las fes de bautismo y demás documentos que identifican las personas? Y ahora que he dicho á usted quién soy, ¿puedo saber quién es usted?

—Yo soy la condesa de Fontenay.

—¿Su mujer?

—Su mujer.

Lydia palideció ligeramente; pero su fisonomía no manifestó ningún asombro. Bastó un solo segundo para que lo comprendiese todo; adivinó los sufrimientos de la condesa y tuvo para ella simpatías y compasión. Le tendió, pues, la mano con todo cariño y le dijo:

—Señora, si hubiera usted dicho su nombre al pisar este umbral, habríase evitado algo inconveniente que haya podido yo decirle. Pero acaso presentándose usted con su verdadero nombre no se hubiese considerado bien informada; sólo por esto no siento que haya guardado el incógnito hasta ahora; lo que ahora me importa es que al separarnos no me conserve ningún rencor.

—Hace ya seis meses que debíamos conocernos... Si usted no se hubiese mostrado tan... salvaje... habríame evitado muy serios cuidados... Comprenda usted que una mujer puede conce-

bir algunas inquietudes viendo á su marido interesarse por una joven tan linda como usted y tenerla tan cuidadosamente oculta.

—No culpe usted á su marido por no haberme presentado á usted. Desde nuestra primera entrevista me propuso hacerme reconocer por todos mis parientes... y lo rehusé. No puedo olvidar que todos, excepto la madre de Armando, se pusieron en contra de mi pobre madre, humillaron cuanto pudieron á mi padre, que nos lanzaron, por decirlo así, de la familia... e considerándose como manchados con mancha de indignidad... he ofrecido no tratar nunca á los que me rechazaron.

—¿Y perseverará usted en esa resolución?

—Seguramente.

—¿Seguirá usted viviendo retirada como antes?

—Estoy de luto, y mi soledad será para mí consoladora.

—Menos consoladora, quiero creerlo, que la amistad que á usted manifestamos el conde y yo.

—Uno y otro saben ustedes ya el camino de mi casa; siempre tendré mucho gusto en ver á ustedes en ella; pero... soy una salvaje; déjeme usted en mi salvajismo.

—Usted hará, querida niña, lo que su razón le aconseje; pero no olvide usted que mi casa es la de usted.

Dicho esto se levantó para despedirse. Lydia la acompañó hasta la verja del jardín, y allí, estrechándose afectuosamente las manos, se despidieron de nuevo.

—Hasta la vista, prima.

—Señora, hasta la vista.

Al despedirse Mina iba segura, completamente segura, de la inocencia de Lydia; pero no lo estaba tanto, ni mucho menos, de las intenciones de su marido.

De su marido, á quien encontró en casa, y pensando precisamente en Lydia Audrimont.

Cuando Armando vió entrar en su cuarto á la condesa se ruborizó imperceptiblemente. Nunca ha sido sorprendido hombre alguno en flagrante delito de adulterio tan completamente como lo fué Armando en aquella ocasión. En el fondo de su alma celebraba él una conferencia con Lydia cuando Mina penetró en su cuarto.

—¿Qué haces, Armando? ¿Estás dormido?— preguntó la condesa con alguna inquietud.— ¿Estás malo?

—No, muchas gracias. He vuelto más temprano que otros días y me entretengo en casa. ¿Pero y tú... ocurre algo? ¡Me pareces algo turbada! ¡No tienes la cara de otros días!

—Estoy turbada, efectivamente, pero hace ya tiempo que existe esa turbación. Si fijases más atentamente tus miradas en mí lo habrías advertido antes.

—¿Te quejas de mí?

—Sé sincero, y dime si no tengo razón para quejarme.

—Estás alarmándome de veras. ¿De qué se trata?

—¿Por qué en seis meses no me has hablado de la señorita de Audrimont?

—¡Ah! ¿Se trata de Lydia?

—Sí; ¿por qué esa misteriosa intimidad entre Lydia y tú?

—No tan misteriosa—dijo sonriendo Armando—puesto que estás enterada de ella.

—Por efecto de una casualidad.

Y Mina, que necesitaba desahogarse, lo refirió todo: el hallazgo casual del telegrama, su tormento de aquella noche, sus dudas del día siguiente su visita á Lydia..., todo menos la intervención del espía, que Mina juzgó de efecto deplorable en el ánimo del conde, y su propósito de tratar á la joven, en quien había sospechado hallar una rival, como amiga, como parienta, para lo cual contaba Mina con el eficaz auxilio de Armando.

No aceptó éste de muy buena voluntad aquella comisión, ni veía con buenos ojos ese nuevo aspecto de sus relaciones inocentes y puras con Lydia; pero comprendió que negándose á complacerla podrían aumentarse las sospechas de su esposa, y le prometió hacer lo que pudiera.

—¿Desde mañana?—preguntó Mina.

—Desde mañana, ya que así lo deseas. Pero cuenta que yo solamente respondo de mi obediencia; mas no puedo responder del consentimiento de la señorita de Audrimont.

—Bien—dijo la condesa—confío en tu diplomacia; tú sabrás hallar los argumentos que sean necesarios para decidirla.

Armando fingió no comprender la ironía de estas últimas palabras; se inclinó sin responder, y cuando Mina se dirigía hacia la puerta la siguió. Llegada al saloncillo que separaba las habitaciones de ambos cónyuges, la condesa se detuvo un instante. De pie, en el hueco de la puerta, vuelta hacia su marido, se le apareció tan noble, tan simpática, que Armando no pudo menos de sentirse avergonzado de ocasionar tormentos á tal mujer, de la que tantas pruebas de cariño había recibido. Un ardiente recuerdo del pasado subió á su corazón, y un enternecimiento repentino le aproximó á la mujer por quien era exclusivamente amado. Cogióle la mano, la atrajo hacia sí sin que ella hiciera resistencia, y tomándola en sus brazos, la besó en los ojos, en los labios, y con voz temblorosa dijo:

—Mina, te he causado pena, perdóname.

Un rayo de alegría iluminó el semblante de la condesa y le hizo resplandecer con una belleza adorable. Esta vez reconocía Mina el acento de la verdad. ¡Cuán delicioso era para ella el oírlo!

Cogió á Armando por los hombros, le abrazó apasionadamente, y lanzándole una mirada en que puso su alma entera, dijo:

—¡Ah, qué bueno eres, y cuán de veras te lo agradezco!... Has visto que sufría y has querido consolarme... Ahora están compensadas mis penas con creces... Haz de mi corazón todo lo que quieras... ¡Es, tan de verdad, tuyo!

—Quiero que tu corazón sea dichoso—contestó Armando—y haré todo lo que haya que hacer para conseguirlo.

Besó tiernamente á su mujer, y en aquel instante era sincero.

Mina hizo un gesto de alegría, puso el índice sobre sus labios como imponiendo silencio, y bajo esta impresión deliciosa se volvió á sus habitaciones.

VI

Al día siguiente Armando se dirigió á Neuilly dejando á Mina en conversación con Villenoisy, que había almorzado con ellos.

Después de los servicios prestados casi ocultamente á la condesa, el diplomático marqués no había vuelto á oír hablar de ella. Curioso de conocer la continuación de aquella novela, que para él se había interrumpido en el capítulo más

interesante, según la conocida fórmula de los folletinistas hábiles, venía á buscar la continuación, que se le hacía esperar demasiado. A primera vista, nada denotaba la perturbación grave que las maniobras de la señora de Fontenay presagiaban para la paz del hogar. Un extraño no habría sospechado que habían sobrevenido complicaciones serias entre marido y mujer. Sin embargo, para el marqués, pormenores ínfimamente pequeños, motivos casi imperceptibles, anunciaban un poco de tirantez.

El señor de Villenoisy, en su larga carrera diplomática, había observado que nunca se saben las cosas sino cuando se aparenta no querer saberlas. Esperó, pues, con toda paciencia á que uno de los interesados experimentase la necesidad de confiarle algo. Las mismas probabilidades había para que fuese el conde que para que fuese la condesa; uno y otro le estimaban y tenían en él completa confianza. Profesando el principio de que quien no oye más que una campana no oye más que un són, habríase alegrado el marqués de oír á Armando; pero éste, terminado el almuerzo y una vez instalados en el salón, pretextó algunos quehaceres, se despidió cortésmente y salió.

Cuando desapareció el conde la condesa varió de actitud, y acercándose á su antiguo amigo le dijo:

—Me he conducido mal con usted. Usted se

Cogió á Armando por los hombros, le abrazó apasionadamente, y lanzándole una mirada en que puso su alma entera, dijo:

—¡Ah, qué bueno eres, y cuán de veras te lo agradezco!... Has visto que sufría y has querido consolarme... Ahora están compensadas mis penas con creces... Haz de mi corazón todo lo que quieras... ¡Es, tan de verdad, tuyo!

—Quiero que tu corazón sea dichoso—contestó Armando—y haré todo lo que haya que hacer para conseguirlo.

Besó tiernamente á su mujer, y en aquel instante era sincero.

Mina hizo un gesto de alegría, puso el índice sobre sus labios como imponiendo silencio, y bajo esta impresión deliciosa se volvió á sus habitaciones.

VI

Al día siguiente Armando se dirigió á Neuilly dejando á Mina en conversación con Villenoisy, que había almorzado con ellos.

Después de los servicios prestados casi ocultamente á la condesa, el diplomático marqués no había vuelto á oír hablar de ella. Curioso de conocer la continuación de aquella novela, que para él se había interrumpido en el capítulo más

interesante, según la conocida fórmula de los folletinistas hábiles, venía á buscar la continuación, que se le hacía esperar demasiado. A primera vista, nada denotaba la perturbación grave que las maniobras de la señora de Fontenay presagiaban para la paz del hogar. Un extraño no habría sospechado que habían sobrevenido complicaciones serias entre marido y mujer. Sin embargo, para el marqués, pormenores ínfimamente pequeños, motivos casi imperceptibles, anunciaban un poco de tirantez.

El señor de Villenoisy, en su larga carrera diplomática, había observado que nunca se saben las cosas sino cuando se aparenta no querer saberlas. Esperó, pues, con toda paciencia á que uno de los interesados experimentase la necesidad de confiarle algo. Las mismas probabilidades había para que fuese el conde que para que fuese la condesa; uno y otro le estimaban y tenían en él completa confianza. Profesando el principio de que quien no oye más que una campana no oye más que un són, habríase alegrado el marqués de oír á Armando; pero éste, terminado el almuerzo y una vez instalados en el salón, pretextó algunos quehaceres, se despidió cortésmente y salió.

Cuando desapareció el conde la condesa varió de actitud, y acercándose á su antiguo amigo le dijo:

—Me he conducido mal con usted. Usted se

molestó por servirme y aun no he sido para darle las gracias.

Villenoisy movió su nevada cabeza, y con voz cecita cascada y alegre contestó:

—Deje usted, hija mía, deje usted; usted nada me debe. Proporcionar a un buen hombre, viejo ya, como yo, ocasión de ser útil ó agradable á una mujer hechicera como usted, es hacerle un gran favor... Pero al menos ¿tuvo suerte?, ¿quedó usted satisfecha?

—Sí; si es satisfacerse el obtener la confirmación de una sospecha que habria celebrado uno que resultase falsa.

—Lo que usted temía ¿era verdad?

—Era verdad, y el hombre que usted me envió tardó muy poco en traerme la certidumbre.

—Me parece, amiga mía, que acepta usted bastante bien la situación y la felicidad.

—No merezco esa felicitación—respondió Mina;—no me crea usted tan fuerte que pudiese dominar mi furor ó moderar mi desesperación si hubiese motivo para estar furiosa ó desesperada. Hasta el presente está todo explicado... las apariencias eran culpables, en el fondo era todo inocente; pero queda el porvenir, y éste es el que veo preñado de amenazas.

—¡Oh, oh! Es decir—dijo resumiendo el marqués—que en este momento el cielo está sereno, pero que en lontananza se amontonan negros nubarrones... Corriente, amiga mía, esto ya es

algo. Siempre es muy bueno tener tiempo para adoptar uno sus medidas.

—Precisamente para eso necesitaba yo pedir á usted consejo.

—Ante todo, póngame usted al corriente de la situación.

Entonces la condesa, con una emoción que se hacía más viva á medida que iba desarrollando las peripecias de aquellos tres días, tan llenos para su corazón de sobresaltos y de angustias, contó á su amigo todo lo sucedido.

Villenoisy escuchó atentamente á la condesa, y una vez enterado de todo y después de un instante de profunda meditación, manifestó que habia conocido mucho, y hasta con intimidad, al padre de Lydia. Era Audrimont en el Haya un joven muy rico y muy atolondrado, descendiente de una antiquísima familia de armadores de Amsterdam. Dió el marqués á su amiga pormenores acerca del carácter atrevido y emprendedor de aquel Audrimont que, casado con Laurencia, sentó la cabeza y rehizo y aun multiplicó su muy quebrantada fortuna, y como conclusión de todos aquellos datos y de todas aquellas observaciones, dijo el experimentado diplomático:

—Según lo que usted me ha dicho, parece que esa joven ha heredado de su padre una imaginación algo fantástica y de su madre un carácter firme. Sirviéndose de la una y del otro podría obtenerse algo de ella. Lydia es rica, joven, be-

lla... pues veo un medio sencillísimo de salir de apuros. Armando no es de esos hombres que, próximos á los cuarenta años, tornan á las locuras amorosas de los años primeros de la juventud y corren en pos de una mujer cualquiera. Ha tropezado en su camino con la señorita de Audrimont, que le ha gustado, y ella sola es la que debe de gustarle: suprima usted á la señorita de Audrimont y, quitada la causa, desaparecerá el efecto. Me mira usted con estupor y me quiere preguntar si estoy aconsejándole un asesinato; no, no: yo no soy tan sanguinario como todo eso, ni quiero tan mal á esa joven, á quien no conozco. No la mate usted, amiga mía; cásela usted, esto será bastante.

La condesa no pudo contener su alegría.

—Sí—dijo—sí, tiene usted razón, así todo se arregla perfectamente. Lydia es joven, hermosa, rica... no hay razón para que no se case. Yo me encargo de buscarla pretendiente que le agrade. La única objeción que puede ella presentar es su luto; pero eso es cuestión de tres meses, y si ha menester un retiro se le ofreceré en Cannes ó en Pau, á su elección. Lydia no tiene persona alguna á su lado, ¿no es sencillo y natural que se venga conmigo? En la más completa intimidad la haré conocer parientes; nada hay en esto que pueda espantarla, y algunos amigos serios y respetables, de los que usted será uno. De este modo la tengo distraída y me proporcionará

oportunidad de estudiarla. ¿No es esta una solución admirable? El drama horrible que yo temía convirtiéndose dulcemente en comedia agradable... y á usted deberé, amigo mío, este resultado. ¡Oh, querido y excelente amigo, cuántas gracias doy á usted y qué contenta estoy ahora!... Diciendo esto, cogió y estrechó cariñosamente, entre las suyas, la mano del marqués... Transcurrido un rato, su rostro adquirió cierta melancólica gravedad, y como si siguiese el curso de sus meditaciones, dijo al diplomático:

—Comprendo muy bien la importancia de la lucha emprendida por mí y cuáles pueden ser las consecuencias. Usted me lo dijo la primera vez que le consulté; acaso habría sido lo más prudente cerrar los ojos, pero esto me ha sido imposible. He despejado la situación. En este momento no existe ni la más ligera sombra de duda para ninguna de las personas que aquí intervienen. No es posible ya retroceder. Aunque fuese posible yo no retrocedería. Usted ve hasta qué extremo estoy resuelta. Lo dije contestando á las prudentísimas observaciones de usted: conmigo nada de particiones; ó todo ó nada. Ya no estoy en la edad en que una mujer vuelve á comenzar su vida y del amor perdido se consuela con un nuevo amor. Armando no debe, no puede ser para mí más que el último amor, y este amor último lo defenderé como mi propia vida...

Villenoisy se levantó para despedirse, besó ga-

lantemente la mano á la condesa, y le dijo:

—Cuando veo á usted, cuando la oigo, ¿cómo no he de tener esperanzas? Usted triunfará. Y no olvide usted, Mina, que ha de hallarme siempre dispuesto á servirla en todo caso.

Mina dió las gracias al diplomático con un gracioso movimiento de cabeza, y, una vez sola, volvió á sus habitaciones; miró al reloj: eran las dos; la condesa sintió que el corazón se le oprimía. Aunque Armando no se lo había dicho, la condesa sabía que su marido estaba en casa de Lydia. Y claro es que aunque Armando se lo hubiese dicho, habríase librado muy bien Mina de oponerse. Después de la entrevista del día anterior, era absolutamente indispensable que el conde volviese á ver á Lydia. Había entre ellos asuntos muy graves que dilucidar, y el más grave de todos, el de hacer que la joven renunciara á sus ideas de retraimiento, había sido impuesto por la misma condesa.

Y era verdad lo que la condesa suponía: Armando se hallaba en aquellos momentos con Lydia, que, al verle, se había dirigido á él con el rostro tranquilo, los ojos serenos y la mano tendida; hábale señalado un asiento, había tomado ella otro, y sin preámbulo alguno hábale preguntado:

—¿Cómo está hoy la señora de Fontenay?

A esta pregunta Armando perdió un poco de su aplomo. Esperaba el conde recriminaciones,

explosión de un disgusto justificado, y... nada, ni una ironía, ni una queja amistosa; el olvido desdeñoso, la helada indiferencia. Aquella falta, que él mismo se había echado en cara, era para Lydia una cosa nula, como si no la hubiese cometido. Sintió Armando con esto viva agitación; así es que su tono resultó agresivo cuando dijo:

—Veo con gusto que su inesperada visita no ha causado á usted molestia.

—¿Y por qué había de molestarme?—preguntó Lydia tranquilamente.—Me sorprendió al principio y me encantó al fin, porque su mujer de usted es una persona muy simpática. Pero todavía no ha respondido usted á la pregunta que le he hecho: ¿cómo está hoy? Ayer estaba algo conmovida, y se concibe: tenía mejores razones que yo para admirarse de la discreción de usted. Creo, sin embargo, que al marcharse iba más tranquila.

Armando no pudo escuchar más. Aquella calma le ponía fuera de sí. Habría él preferido las frases más violentas á tan imperturbable dulzura. Levantóse con viveza, y paseándose por el salón como agitado dolorosamente, exclamó:

—Lydia, se lo suplico á usted; no represente usted conmigo una comedia.

La joven se puso de pronto roja como una amapola, y mirando al conde con una altanería que Armando no había visto nunca en ella, contestó con amargura:

—¡Yo representar comedias! Extraño lenguaje por cierto. ¿Por qué se permite usted suponer que yo me tome ese trabajo?

—¡Ah! Se enoja usted—dijo Armando con viveza—pues más vale así. Prefiero la cólera á ese mutismo deliberado. Está usted enojada conmigo, lo conozco, y comprendo que tiene usted razón para estarlo. Pero, al menos, expliquémosnos: deme usted medios para defender mi causa, para justificarme si puedo y para volver á merecer la amistad de usted. Creo haberla mostrado bastante cariño para que mereciese ser tratado con más indulgencia...

Lydia le interrumpió vivamente:

—Permitame usted que le diga que no le comprendo. ¿Porque no he dirigido á usted cargo alguno se enoja? ¿Se pone usted furioso porque no estoy incomodada con usted? Pero eso es una locura. ¿Quiere usted absolutamente ser criminal y pasar por tal á mis ojos? ¿Por qué? ¿Con qué pretexto? ¿Porque está usted casado y hasta ahora no me ha hablado de su mujer? Pero cuando entró usted en mi casa ¿le preguntó nadie si era casado ó soltero? ¿Ha quebrantado usted alguna regla? ¿Ha violado usted alguna ley? ¿Qué importaba que fuese usted libre ó no lo fuese? Para lo que yo esperaba y solicité de usted, esa circunstancia era indiferente y continua siéndolo. ¿No tenía usted mujer? Bueno. ¿La tiene usted? Mejor. ¿Había

usted creído que pensaba casarme con usted? No, seguramente. Y tenía usted razón en no creerlo. Por mi parte no infiero á usted la ofensa de suponer que tuviese con respecto á mí propósitos deshonestos... entonces... ¿de qué procede esa excitación, y qué significan esas alarmas? Nada se ha perdido, créalo usted, ni para usted ni para mí; no hay sino un matrimonio más... que no es mucho.

Armando, que había escuchado atentamente á Lydia y mientras la escuchaba había reflexionado mucho, contestó, aparentando una alegría que estaba muy lejos de su ánimo:

—Perdóneme usted haberme creído á mí mismo más culpable que lo que realmente soy. Es verdad que usted manifestó desde nuestra primera entrevista tal animadversión contra su familia, que no me había yo atrevido á volver á hablar á usted de las personas que la componen. Pero acaso debiera haber hecho una excepción en favor de mi mujer... Si hubiera yo suplicado á usted que la visitase, ¿habría usted accedido?

Lydia se echó á reír.

—No es seguro... Ahora que ya la conozco, me parece encantadora; pero, para estar en disposición de juzgarla, era menester conocerla.

—Ya lo ve usted.

—Verdad es que he procurado recobrar el tiempo perdido... Y debo confesarlo, ella me gusta infinitamente más que usted.

—Vea usted que vuelve á maltratarme.

—Sí; estoy enojada con usted. Ha tomado usted hace poco un aspecto que me ha desagradado bastante y me ha hecho salirme de mis casillas.

—Confiese usted que no soy afortunado; maltratado aquí, maltratado en mi casa.

—¿En su casa de usted? Pues bien empleado le está; es preciso ser justos. Figúrese que de repente la señora de Fontenay descubre que usted tiene relaciones con una extranjera, joven, no del todo fea, y que vive discretamente en una casita fuera de la población. ¿Quién no se hubiera alarmado en su lugar? Ella creyó inmediatamente que usted la engañaba. Habría debido usted ver el aire que la buena señora traía cuando entró aquí... Pero dígame usted, ya que está ganoso de dar explicaciones y de emprender defensas ¿por qué ha ocultado usted á la condesa que yo vivía en el mundo? Que á mí no me hablase usted de ella, pase; pero que á ella no le hablase de mí ¿cómo se explica?

—Es, sin embargo, muy sencillo; mi conducta en una parte era la consecuencia indeclinable de mi conducta en la otra; era necesario decirselo todo á ambas ú ocultárselo á las dos igualmente.

—¿Usted lo cree así?

—¡Digo! La primera palabra de mi mujer cuando hemos hablado de usted, ha sido: «¿Por

qué no me la has traído inmediatamente?» No habría cesado de repetirmelo hasta que se hubiese puesto en relación con usted. Y cuanto más me hubiese yo resistido, tanto más habría crecido su deseo. Todas las mujeres, en lugar suyo, harto lo sabe usted, hubieran hecho lo mismo. De aquí tirantezas continuas y dificultades numerosas. Era preciso, por consiguiente, callar, aun arriesgándose á lo que ha sucedido.

—Que, en realidad, no es muy grave.

—Más grave de lo que usted piensa. Usted misma dice que la condesa llegó aquí muy turbada. De aquí salió tranquilizada en apariencia; pero en el fondo no juraría yo que estuviese tan tranquila como usted cree. No se pasa fácilmente de la desconfianza más aguda á la más completa seguridad.

—¿Quiere usted insinuar que la señora de Fontenay continúa sospechando de mí?—preguntó la señorita de Audrimont, echando llamas por los ojos.

—No; no, señora; no piensa mal de usted, sino de mí...

—¡Ah!, querido conde, en esto nada puedo yo hacer, es cosa de usted. Arréglese usted como pueda, porque culpa de usted ha sido.

—No, si la culpa es de ella. Esto es precisamente lo que me aflige... Por eso apelo ahora á la amistad de usted para que me ayude á desvanecer enteramente un error por el cual sufre un

corazón inocente. Los celos no razonan... solamente se rinden á pruebas materiales... De estas pruebas son las que ruego á usted que contribuya á dar. Mi mujer, al separarse de usted, le ha suplicado que haga extensivas á ella las simpatías que hacia mi ha manifestado...

—Y yo he respondido que soy algo salvaje y que no quiero salir de mi soledad.

—Pues bien, ese salvajismo, causa verdadera de todo el mal, es lo que yo ruego á usted que modere un poco. No rechace las insinuaciones de mi esposa. Ha ofrecido á usted su amistad muy sinceramente, puede usted estar segura de esto; pruébela usted, aceptándola, que no debe conservar ningún recelo.

La señorita Audrimont movió melancólicamente la cabeza.

—Bien dulce sería para mí hacer lo que usted me aconseja, pues en la soledad en que me hallo la amistad de una mujer como Mina me serviría de un gran socorro moral; pero quisiera estar segura de que mi concesión se limita únicamente á ella.

—Si así lo quiere usted...

—¡No! Si cedo en este primer punto, no dependerá de mi voluntad detenerme en ese camino que me asusta, y me verá lanzada en una existencia para la que no estoy dispuesta. Me doy perfecta cuenta de las consecuencias que tendrán para mí esos proyectos, trastornando el

plan que me he trazado al instalarme en París. No es posible que me decida así, de pronto, sin tiempo para reflexionar, pues aunque mi deseo de complacer á la condesa es grande, me violenta abandonar todas mis ideas, cambiar todas mis costumbres.

—Nada más justo; y desde luego agradezco á usted que no me haya respondido con una terminante negativa. Reflexione usted y decida. ¿Quiere usted que mi mujer vuelva á verla para vencer esos escrúpulos?

—No. Dentro de algunos días iré á visitarla. Hasta entonces déjeme usted entregada á mis reflexiones.

—Está bien. Obedeceré y doy á usted mil gracias.

Dicho lo cual, se levantó, estrechó su mano sin pronunciar una sola palabra, y salió.

Después de la marcha del conde, Lydia permaneció inmóvil y sumergida en una profunda meditación. Comprendía que había llegado el instante preciso en que tenía que decidirse su porvenir. ¿Podía, á los veintitrés años, sola en el mundo, vivir con la seguridad necesaria cuando su belleza y su fortuna eran un cebo para los galanes ambiciosos? Nada puede una mujer entregada á sí misma, y temía ser fatalmente víctima de su debilidad é inexperiencia, tanto más cuanto que el ocio á que su gran fortuna la condenaba podría engendrar un incu-

rable hasta que la condujese á cometer cualquier locura.

Pero la existencia que sus parientes le ofrecían ¿no sería también peligrosa, y tal vez tan triste y estéril como la que al presente llevaba? ¿Hallaría en las frívolas y raras ocupaciones sociales sustento para su espíritu? ¿Podría amoldarse á aquella vana agitación, á la charla superficial, á la amabilidad ficticia, á ese modo de ser artificioso que constituye las gracias de una mujer de buen tono y que tanto violentaban su naturaleza recta y sencilla? Profunda tristeza invadió su alma y un pensamiento fijo torturaba su cerebro, ya fatigado con tan gran cúmulo de ideas. Acudió á su memoria el recuerdo de aquellos caballos salvajes que los servidores de su padre cazaban en el desierto, y á los cuales veía llegar con las patas trabadas, echando espuma por la boca, lanzando rayos por los ojos y con las crines erizadas de espanto. Presos en pequeño espacio de terreno, su furia cedía al cabo de algún tiempo, dejaban acercárseles á los encargados de cuidarlos, y al fin aparecían un día ensillados ó arrastrando un carruaje, completamente domados y prontos á cumplir su obligación, sin conservar de su soberbia altivez más que una elegante fogosidad que aumentaba su valor. Los hermosos potros, nacidos para galopar libres por las llanuras sin límites, se sometían, como los demás, ante la fusta ó el látigo. Bien

podía compararse su destino venidero al de aquellos esclavos del hombre. Sí; también iba á trocar su libertad querida por una elegante esclavitud. ¿Se habituaria á hacer la vida de sociedad donde sólo triunfaba la hipócrita política, la dulce adulación, ella, tan libre en sus aptitudes, tan franca en sus frases? ¿No convenía más á su carácter la soledad de su pequeña quinta, donde tal vez, al alejarse, dejara para siempre la dicha de su alma?

Todas estas ideas giraban en su mente sin permitirle notar que la luz del día se alejaba sumiendo el salón en tinieblas. Su doncella, al anunciarle la hora de la comida, la sorprendió desagradablemente, obligándola, á su pesar, á entrar en la realidad que tanto la asustaba. Se levantó, pasó al comedor, inmenso para ella sola, y comió tristemente; después subió á su habitación, donde se encerró con su perro Michigán. Cuando su tía vivía, todas las noches, después de comer, pasaba Lydia al salón para jugar un rato con la buena señora y charlar luego del país y de los seres queridos, nunca olvidados. Cuando, como por encanto, llegaba la hora de recogerse, las dos se separaban después de darse un beso, felices por el día transcurrido y tranquilas por el venidero. Lydia desde entonces no volvió á entrar en el salón, lleno de tan desconsoladores recuerdos, y sola en su cuarto, cerca del fuego encendido en la chimenea, oía

silbar el viento, que agitaba con fuerza las ramas de los árboles.

Tomó un libro para leer, pero sus ojos recorrieron los renglones sin fijarse en lo que decían. Se levantó y comenzó á pasear con agitación, seguida de la mirada del perro, receloso de tan repentinos cambios, hasta que, llena de fatiga, experimentando una laxitud extraña, como si hubiese dado una carrera muy larga, llamó á la doncella, para terminar de una vez una velada llena de tan dolorosas impresiones, y se acostó. Su sueño fué febril y agitado, y en sus pesadillas presentóse ante su vista la señora de Fontenay, llorosa y suplicante, tendiéndola los brazos. A su lado estaba Armando triste, como jamás le había visto, y al querer saber la causa de sus penas no obtuvo respuesta. Despertóse con sobresalto y tres veces comenzó el mismo sueño, en el cual veía á la señora de Fontenay anegada en lágrimas y á Armando pálido y sombrío.

Al levantarse del lecho se sintió profundamente inquieta por esta pregunta fija en su imaginación: ¿por qué la condesa aparece á mi vista bajo tan desolado aspecto? ¿A qué obedece la tristeza de Armando? ¿Serían aquellos signos de dolor hijos de las escenas en que los condes de Fontenay la habían hecho intervenir? Su sueño retrataba, sin duda, los hechos, puesto que posteriormente el horizonte se había serenado. Le produjo gran inquietud el trastorno moral que la oprimía

y la facilidad con que aquella obsesión la dominaba, pues, para su criterio práctico y positivo, aquel trastorno era un fenómeno nuevo. ¡Grande fué su temor de que tales agitaciones anunciassen otras más graves para el porvenir! Su inquietud y su perplejidad no tuvieron límites.

A las dos de la tarde, después de coger su abrigo y su sombrero, llamó á su fiel perro y atravesó á pie el boulevard Maillot para entrar en el bosque por la puerta de Madrid. El tiempo era hermosísimo y el sol brillaba en medio de un cielo azul pálido, oscurecido á grandes trechos por masas espesas de ramas, entre las cuales los cuervos se perseguían con rápido vuelo por cima de las copas de las encinas. Sólo interrumpía el silencio el acelerado correr de los carruajes por los frecuentados paseos. Hacía más de una semana que Lydia había permanecido en su casa, y el ejercicio, al activar la circulación de su sangre, coloreó sus pálidas mejillas, produciéndole un infinito bienestar. Su paso cadencioso repercutía sobre el duro suelo, obligando al perro que iba delante á volver la cabeza á cada momento como para animarla á que apresurase la marcha. Sentíase reanimada y veía con placer huir de su imaginación las sombrías imágenes de un porvenir tenebroso, para dar paso á la esperanza que parecía descender de la luz de tan hermoso cielo.

Su espíritu, naturalmente vigoroso y positivo, entrevió la situación bajo un aspecto distinto del

de la víspera, comprendiendo que en su alma se anidaban dos efectos sucesivos muy opuestos, pues el uno era hijo de los ensueños de la noche y el otro de las risueñas claridades del día. No pudo menos de sonreír como un niño que, engañado por la aparición de una figura extraña, surgida de la oscuridad, reconoce al rayar el alba que el espectro, el fantasma aterrador era algún objeto familiar, agrandado y transformado por las tinieblas. Un efecto semejante fué el que experimentó. ¿Qué funesta suerte le esperaba decidiéndose á vivir con su familia y á compartir su existencia elegante y grata? ¿Qué preocupaciones y pesares habían de amenazarla en el mundo? El dolor, de igual modo que el placer, debían ser bien superficiales para las gentes de la alta sociedad, tan fútil y ligera. Y, sobre todo, después del dolor experimentado por la muerte de sus padres primero y por la desgraciada pérdida de la excelente señora Mathiseu luego, ¿qué podría sucederle que no lo soportase casi con indiferencia?

La confianza invadía poco á poco su corazón, lleno un momento antes de miedo y desaliento, acabando por considerar que la modificación de su existencia era muy aceptable y conveniente. Reflexionando de este modo, llegó cerca de Lougchamps, tomó el paseo de Bagatelle, subió á lo largo de los *hoteles* y quintas próximas á la puerta de Madrid, salió del Bosque y entró

en su casa. La tarde transcurrió tranquila y el día siguiente sin accidentes notables. Había vuelto á posesionarse de su tranquilidad de espíritu, turbada por un instante, y pronto adoptó su resolución.

Era imposible no aceptar los ofrecimientos de la condesa de Fontenay; responder con una negativa á las indicaciones afectuosas de la noble señora hubiera sido dar pábulo á nuevas sospechas, y Lydia, ante aquella idea, experimentaba una profunda irritación. Además, su soledad y su falta de apoyo no eran los mejores pretextos para justificar su alejamiento de la familia.

Sin darse cuenta de ello, también la arrastraba hacia aquel cambio la curiosidad de conocer la sociedad en que nunca había penetrado y que constituye por sí sola un mundo. Lo mal que había oído hablar de ella, su brillo exterior, los esfuerzos que hacían por ser admitidos en la misma aquellos á quienes estaba prohibida la entrada, todo la atraía. Mientras no solicitó su presencia la trató con desdén; pero cuando se le abrían de par en par sus puertas era natural que venciese su intransigencia y penetrase en su centro con pie firme.

Al fin y al cabo no era ninguna intrusa, puesto que los suyos vivían en aquel ambiente y la harían sitio en él, donde su riqueza le daba derecho á ser respetada é independiente.

—Nadie me contrariará—decía—en aquello que me agrada, pues los que no se adaptan á las reglas generales pasan fácilmente por excéntricos, y nada me importa crearme tal fama á costa de conservar mi querida libertad.

Una firme oposición batallaba en su interior á la idea de su nuevo método de vida, y tomó el firme propósito de contestar á toda clase de objeciones con una frase que no tuviese réplica, como, por ejemplo: «Pues así lo quiero.» Después, sonriéndose, añadió:

—¡Quién sabe si mi familia se arrepentirá de haberme tomado á su cuidado y haberme hecho abandonar mi retiro, y si les produciré más disgustos que satisfacciones!

Su exaltación se calmó pronto. Dejó transcurrir una semana á fin de reflexionar el pro y el contra del problema, y, por último, se preparó á cumplir su palabra de devolver á la condesa su visita. Escribió dos letras anunciando su llegada, y á la hora convenida se presentó ante la puerta del palacio de Fontenay.

Esas casas aristocráticas antiguas, espaciosas y solemnes, ejercen sobre la imaginación una innegable influencia. La señorita Audrimont no se vió libre de ella al hallarse sola en medio del salón, rodeada de tanto lujo y de tan severa magnificencia. Nada de lo que había visto hasta entonces podía darle una idea de aquel interior, enriquecido por el buen gusto de sus dueños, año

tras año, con los más suntuosos muebles y los más preciosos objetos de arte. Algunos notables retratos del siglo pasado llamaron su atención y entre ellos uno al pastel de Latour, representando un coronel de dragones, joven que, bajo su peluca empolvada y su rostro afeitado ofrecía el más exacto parecido con el conde Armando. De pie en medio del vasto aposento, con los ojos fijos en las pesadas tapicerías, en el oro encerrado en las vitrinas, en el esmalte resplandeciente de las porcelanas, su admiración fué creciendo hasta el punto de no haber oído el ruido de una puerta que se abrió detrás de ella y de no ver á la condesa hasta que la tuvo á su lado.

Las dos mujeres permanecieron un instante frente á frente, examinándose, pues en la anterior y tempestuosa entrevista ninguna de ellas pudo contemplar en la otra su natural fisonomía. El aire distinguido de la señora de Fontenay y la expresión bondadosa impresa en su rostro conmovieron á Lydia, impresionándola sobremanera é imponiéndole una especie de respetuosa simpatía. Mina, á su vez, encontró encantadora á la señorita Audrimont por su altivez algo hostil, su distinción de raza y la sencillez espontánea con que se presentaba. Sonrióse, y tendiéndole la mano la atrajo hacia un sillón.

—Señora condesa—dijo la joven con un ligero acento extranjero que daba á sus frases

un sabor particularmente encantador—ya ve usted cómo cumplo mis promesas. Dije que vendría á esta casa; heme aquí.

—Soy muy dichosa al ver á usted en ella—dijo Mina—sobre todo si usted me da la esperanza de no volver á separarse de mí.

—No pida usted tanto, señora, sin estar segura de que no ha de arrepentirse después... Nada sabe de mí... no me juzgué usted sin conocerme.

—¿Tanto hace falta para juzgar á las gentes? Mi primer impulso no suele engañarme, y ha sido en favor de usted. Además—añadió alegremente—si tiene usted defectos, la familia está obligada á disculparlos.

¿Quién sabe si tendrá usted la sorpresa de encontrarme mucho más imperfecta de lo que cree? Entonces la que se verá obligada á mostrar indulgencia será usted... Por último—y al decir esto la señora Fontenay recobró su seriedad—su entrada en la familia es una especie de reparación que le ofrecemos de los yerros de que sus padres nos acusaban; no creo que ante tan justa causa podrá usted negarse á permanecer aquí.

Al escuchar aquellas frases pasó por los ojos de Lydia una llamarada y sus mejillas se sonrojaron.

—Lo que acaba usted de decir, señora—respondió—no me permitiría dudar si no hubiese ya resuelto anteriormente aceptar tan afectuosos ofre-

cimientos. No quiero, sin embargo, que quede usted en la creencia de que, sólo por obtener una satisfacción de amor propio, me decido á cambiar mis resoluciones y á modificar mi género de vida; es sólo una conquista de la graciosa simpatía y la bondad de usted. Sí, por usted es por quien lo hago, no por mí. Comprendo la dicha que me proporcionará el trato más íntimo con usted y lo fácil y dulce que me será quererla.

A los ojos de Mina asomaron dos lágrimas. Estrechó á Lydia entre sus brazos, la besó con efusión, y las dos mujeres, que durante una hora se habían mirado amenazadoramente, no encontraron entre sí más que dulces sonrisas. El tierno corazón de la señora de Fontenay se ensanchó, experimentando un delicioso placer, porque la idea de odiar era superior á sus fuerzas, y vió el cielo abierto al poder unirse á aquella adorable niña por lazos casi maternos. Miróla dulcemente, y acariciando con emoción sus cabellos con su blanca mano, dijo:

—Yo podría tener una hija de vuestros años si el cielo no me hubiese rehusado la dicha de ser madre. ¡Qué felicidad sería para mí cuidarla y velar por ella durante todas las horas del día! Dios aminora mi tristeza al conducir á usted á esta casa. Ha conquistado usted mi cariño y creo que llegará á quererme mucho; con respecto á mí, le prevengo que ya la profeso un tierno afecto.

Ambas estaban juntas, con las manos entre-

BIBLIOTECA DE NUEVO LEON
 ALFONSO...
 190...

lazadas, contemplándose con igual satisfacción. Todas las prevenciones de Mina desaparecieron, y su noble pecho se purificó de sus anteriores celos. Si, tenía confianza en Lydia, y hubiese asegurado con toda su alma que nunca un mal pensamiento pudiera anidar en la mente de la joven. Su candor y su honradez se leían en la límpida mirada de sus azules ojos.

—Estoy contentísima—dijo con la vehemencia que su nueva ternura le prestaba.—Ahora me pertenece usted por completo.

Lydia se levantó y dijo dulcemente:

—Aun no, todavía me debo al luto que visto y á mis tristes recuerdos... Ya ve usted que cedo á sus deseos de someterme á sus cuidados; pero anhelo permanecer aún por espacio de algunas semanas en mi modesto retiro... Debo esa prueba de respeto á la persona que acabo de perder y que tanto me quería... Debo llorarla aún como merece ser llorada. Una vez espirado el plazo que marqué, me vendré á su lado; pero durante el tiempo que dure mi ausencia, ruego á usted y al conde que no me visiten. Necesito estar sola para entregarme á mis reflexiones, para dar una eterna despedida á la solitaria existencia que he llevado hasta hoy.

—Está bien—dijo la señora de Fontenay—debo respetar esa voluntad, aun cuando me separe de usted con tristeza... Así será mayor mi alegría al volver á verla.

Se levantaron. Lydia atravesó el gabinetito de la condesa y, acompañada por ella, salió á la galería que caía sobre la magnífica escalera principal. Cuando se preparaba á despedirse se abrió una puerta y por ella aparecieron el conde y el barón de Cravant. Ambos se detuvieron al ver á las dos damas, y Armando, algo pálido, sonrió y tendió á Lydia la mano. El barón saludó, y aproximándose á la señora de Fontenay miró con gran curiosidad á la encantadora joven, á quien veía por vez primera en la casa. Entonces Mina, volviéndose hacia la huérfana, la presentó al barón.

—Don Pablo de Cravant; la señorita Audrimont.

El barón se inclinó con ceremoniosa elegancia.

—Hasta muy pronto—dijo la condesa á Lydia.—Y luego para siempre.

La joven respondió con voz clara:

—Para siempre, señora. Hasta la vista, primo.

Cuando el barón levantó la cabeza, Lydia bajaba la escalera y sólo pudo admirar su esbelto talle y el brillo dorado de sus cabellos rubios. La siguió con la vista, y cuando hubo desaparecido se acercó á la condesa y le dijo:

—¿Señorita Audrimont... una prima de Armando? Nunca oí hablar de ella á ninguno de los dos.

—Es verdad—dijo la señora de Fontenay.—

No la conocíamos; acaba de llegar de las colonias.

—Os doy la enhorabuena. ¡Es preciosa!

—¿Verdad que sí?—dijo la condesa.

Y, acompañada por ambos, volvió al salón.

VII

Eran las diez de la mañana; el sol brillaba en un cielo sin nubes, y la espuma de la alta marea, salpicando la playa de Deauville, despedía vivos reflejos que dañaban la vista. Ante la escalinata de una de esas hermosas *villas*, que, rodeadas de exiguos jardines, tienen las proporciones de castillos cuyos parques hubieran desaparecido, hallábase un landó escoltado por un grupo de alazanes magníficamente enjaezados, que golpeaban impacientemente con sus cascos la arena, sujetos del diestro por unos cuantos lacayos. Al cabo de algunos instantes, la condesa de Fontenay, cuya cabeza cubría un lindo sombrero, apareció con una sombrilla en la mano, acompañada de la baronesa Tresorier y de la linda señora de Jessac, y tras ellas Armando, el barón Tresorier, el elegante Firmont, acompañante obligado de las gentes del gran mundo, y Pablo de Cravant. La señora Tresorier y todos los hombres, excepto el actor mimado de los

salones, estaban en traje de montar. La condesa se adelantó, y dirigiéndose á uno de los lacayos, dijo:

—Ashton, entérese de si la señorita Audrimont está dispuesta...

El muchacho dió á uno de sus compañeros la brida de su caballo, y ya iba á atravesar el jardín, cuando una puertecilla abierta en la pared y oculta por las enredaderas se abrió, dando paso á Lydia, vestida de amazona, con sombrero gris.

Su mano enguantada oprimía un delgado junquillo con puño de oro.

—¿He tardado?—preguntó al ver á todo el mundo reunido al pie de la escalinata.—¿Os he hecho esperar?

—Nada de eso; nosotros somos los que nos hemos adelantado—dijo la señora de Fontenay tendiéndole la mano.

Lydia la cogió y aproximó su rostro á los labios de la condesa, que la besó cariñosamente. Después, dirigiéndose al grupo reunido bajo la techumbre de cristal que cubría la escalinata, repartió sus saludos y apretones de manos, con las mejillas deliciosamente animadas, la mirada alegre y la boca entreabierta por una constante sonrisa.

—¡Qué deliciosa mañana!—exclamó con íntima satisfacción.—¡Qué agradable va á ser el paseo! ¡Oh! ¿Pero usted no monta?—dijo diri-

No la conocíamos; acaba de llegar de las colonias.

—Os doy la enhorabuena. ¡Es preciosa!

—¿Verdad que sí?—dijo la condesa.

Y, acompañada por ambos, volvió al salón.

VII

Eran las diez de la mañana; el sol brillaba en un cielo sin nubes, y la espuma de la alta marea, salpicando la playa de Deauville, despedía vivos reflejos que dañaban la vista. Ante la escalinata de una de esas hermosas *villas*, que, rodeadas de exiguos jardines, tienen las proporciones de castillos cuyos parques hubieran desaparecido, hallábase un landó escoltado por un grupo de alazanes magníficamente enjaezados, que golpeaban impacientemente con sus cascos la arena, sujetos del diestro por unos cuantos lacayos. Al cabo de algunos instantes, la condesa de Fontenay, cuya cabeza cubría un lindo sombrero, apareció con una sombrilla en la mano, acompañada de la baronesa Tresorier y de la linda señora de Jessac, y tras ellas Armando, el barón Tresorier, el elegante Firmont, acompañante obligado de las gentes del gran mundo, y Pablo de Cravant. La señora Tresorier y todos los hombres, excepto el actor mimado de los

salones, estaban en traje de montar. La condesa se adelantó, y dirigiéndose á uno de los lacayos, dijo:

—Ashton, entérese de si la señorita Audrimont está dispuesta...

El muchacho dió á uno de sus compañeros la brida de su caballo, y ya iba á atravesar el jardín, cuando una puertecilla abierta en la pared y oculta por las enredaderas se abrió, dando paso á Lydia, vestida de amazona, con sombrero gris.

Su mano enguantada oprimía un delgado junquillo con puño de oro.

—¿He tardado?—preguntó al ver á todo el mundo reunido al pie de la escalinata. —¿Os he hecho esperar?

—Nada de eso; nosotros somos los que nos hemos adelantado—dijo la señora de Fontenay tendiéndole la mano.

Lydia la cogió y aproximó su rostro á los labios de la condesa, que la besó cariñosamente. Después, dirigiéndose al grupo reunido bajo la techumbre de cristal que cubría la escalinata, repartió sus saludos y apretones de manos, con las mejillas deliciosamente animadas, la mirada alegre y la boca entreabierta por una constante sonrisa.

—¡Qué deliciosa mañana!—exclamó con íntima satisfacción.—¡Qué agradable va á ser el paseo! ¡Oh! ¿Pero usted no monta?—dijo diri-

giéndose á Firmont, que se hallaba al lado de la señora de Fontenay.

—No. Yo no puedo—dijo el elegante artista con profunda convicción.—Es necesario que no me fatigüe. Recito esta noche en casa de la duquesa de Argelés, y si montara no estaría en voz... Ya comprende usted⁴ cuando uno se debe al público...

—No me pesa—dijo la condesa—porque así nos acompañará en el landó á la señora de Jessac y á mí... Vamos, todos están dispuestos. ¡Marchemos!

—Marchemos—dijo el conde.—Lydia, ¿quiere usted que le ayude á montar?

—Con mucho gusto.

Mandaron aproximar los caballos, y la joven cogió entre sus dedos la fina y lustrosa crin de un potro, que, al dirigirle una mirada, relinchó con furia.

—¡Ah!, Polly, ¿me reconoces?—dijo la señorita Audrimont al posar sobre la mano de Armando su delicado pie y subir ligeramente á la silla. Se aseguró en el arzón, arregló los pliegues de su amazona y cogió las riendas. Después, con uno de aquellos arranques expansivos que le daban fama de original y seductora, tocó el hombro del conde, que examinaba los arreos del potro, y dijo:

—Qué placer me ha proporcionado usted, primo, al mandar traer á Polly. Lo agradezco con toda el alma.

Armando se volvió, ligeramente turbado, y bajando la cabeza como para disimular su embarazo, dijo en voz baja:

—Pensé, en efecto, que eso la alegraría; pero no necesito el agradecimiento; su placer de usted me basta.

Siguió acariciando la cabeza del animal, y continuó:

—Espero que no dará á usted que hacer, pues le he montado un año, y aseguro que está bien dócil.

Saludó con la mano y se dirigió hacia el landó ocupado por su mujer, la señora de Jessac y Firmont; la señora Tresorier y su marido montaban ya sus respectivos caballos.

—¿Estás bien?—preguntó Armando á la condesa con afectuoso interés.—¿No necesitas nada?

—Nada. Podemos marchar.

—Vamos, pues. ¡Camino de Dives!

Dicho lo cual, Armando subió á caballo y se reunió al grupo de jinetes que servía de escolta á la condesa. El carruaje se alejó, seguido de la alegre turba.

Hacia ocho días que los condes de Fontenay, estaban alojados en su *villa* de Deauville, y que la señorita Audrimont, renunciando á su vida retraída, residía en un *hotelito* dependiente de la suntuosa morada de sus primos, con su señorita de compañía, joven inglesa, séptima hija de un pastor protestante muy pobre, que

vivía de su trabajo. Miss Griffith era extraordinariamente fea, pero mujer de gran mérito. Tenía cinco pies y seis pulgadas de estatura, lo que le daba el aspecto de un carabinero; sus cabellos eran de un rubio tan pálido, que los de un albino parecerían oscuros á su lado, su cutis blanco, pero lleno de pecas, y su boca provista de unos dientes de formidable tamaño.

El barón Tresorier decía, fingiendo espanto:

—Un día se come á cualquiera; es la mujer de un ogro.

A lo cual contestaba la baronesa con irónica sonrisa:

—No te hagas ilusiones, querido; las *ogras* no comen más que niños.

Miss Griffith vivía desde hacía tres meses en estrecha amistad con Lydia, pues las cualidades de la inglesa y los recursos de su viva imaginación dulcificaron la tristeza y alegraron la soledad de la señorita Audrimont. La señorita de compañía, robusta y fuerte como una campesina, animó á la huérfana para que hiciese ejercicio, tan necesario á su delicada salud, y bien pronto recobró sus perdidas fuerzas y disminuyó su profunda melancolía ante el buen humor constante de su compañera. Miss Griffith dejó con pena y no sin inquietud la casita de Neuilly para instalarse en Deauville; pero así que vió el mar y que la señorita Audrimont conservaba en gran parte su libertad, sin dejarse dominar por las costumbres

de sus parientes vecinos y viviendo en su casa el mayor tiempo posible, recobró la inglesa su serenidad, y hasta consintió en franquear la puerta de comunicación que separaba el jardín del *hotel* del de la *villa* de Fontenay.

Firmont, cuyo espíritu delicado le hacía accesible á las mayores ternuras, simpatizó tanto con aquella feísima mujer, que acabó por ser su asiduo acompañante. Pablo de Cravant, riéndose y burlándose, dijo un día á Lydia:

—La cosa es grave y va á terminar con un rapto...

—Sí — respondió la joven. — Griffith cogerá debajo del brazo á M. Firmont y me le traerá para que le castigue por lo que le hace rabiar.

Comenzaba á establecerse entre la señorita Audrimont y el barón de Cravant una familiaridad enojosa para Armando. Antes de la marcha á Deauville, Lydia había ido varias veces á comer al hotel de Fontenay, pues la condesa, antes de sacarla de su casa para conducirla al gran mundo, quiso hacerla conocer los lazos naturales que la unían á la familia. Era precisa una presentación de la heredera del colono canadiense á sus más próximos parientes; y una vez dispuestos á conocerla, los Beauliere, los Prefaut y los Champroz acudieron á la cita y la encontraron encantadora, tal vez porque no ignoraban que poseía una fortuna. El barón Pablo fué de los invitados á una comida organizada al efecto, en

la que el marqués de Villenoisy ocupó la derecha de la dueña de la casa.

En aquella velada concluyó Lydia por captarse todas las simpatías. Gustó, no sólo á los que iban prevenidos en contra suya, sino hasta á aquel que fué llamado para juzgarla sin perdonar el menor detalle. El viejo diplomático, seducido por la gracia de la huérfana, no menos aún que por su sencillez exquisita, habló durante una hora con ella de los más variados asuntos, como un profesor que examina á un discípulo, no hallando en todas sus respuestas ni una sola frase que criticar. Todos reconocieron su tacto, su buen sentido y su franqueza. A continuación de tan largo interrogatorio, la condesa llamó al marqués, y deseosa de conocer su opinión,

—Vamos, ¿qué le parece?—le dijo.

—Perfecta; pero por eso mismo debe usted inquietarse más.

—¡Oh, no temo nada de ella!—exclamó con ímpetu la señora de Fontenay.

—De ella, no; pero no importa. Acuérdesse usted de mi primer consejo: cásele.

Con su abanico, mostró Mina al marqués, en el otro extremo del salón, á Lydia, sentada sobre un *puff*, y á Pablo de Cravant, inclinado ante ella, sosteniendo una conversación animadísima y olvidados de cuanto les rodeaba. Después de empezar dos ó tres conversaciones distintas, sin

entrar en uno de esos terrenos sólidos donde plantear un diálogo prolongado, el barón acabó por encontrar lo que buscaba. Había viajado por América dos años antes, y durante aquel tiempo tuvo ocasión de atravesar las posesiones inglesas y conocer bastante bien el Canadá. A las primeras palabras que pronunció haciendo mención del viaje, su interlocutora, amable hasta entonces, se transformó, dando muestras de un vehemente y extremado placer.

En un momento, Pablo se transportó *in mente* con ella á las orillas de los grandes lagos, helados por la crudeza del invierno, y á las praderas cubiertas de nieve que no pueden atravesarse sin calzar las abarcas propias del país. Asistían con su imaginación á la caza del bisonte, á la persecución de los caballos salvajes, á las ascensiones por las montañas Rocosas, al descenso á las grietas profundas del terreno, en las que las águilas vuelan sobre el viajero como sobre una presa esperada.

Pablo, entusiasmado, veía desarrollarse ante sí la verdadera naturaleza de Lydia, entusiasta y apasionada con sus brillantes ojos y su animadísimo semblante, y se sentía dominado por el encantador influjo de su voz. Al pronunciar el barón varios nombres del país con perfecto acento, demostró que conocía el inglés, y entonces Lydia, con viva alegría, comenzó á hablar en su lengua natal. Charlaron y rieron francamente como an-

tiguos conocidos, con mal disimulado placer, sobre todo el barón, cuyo ardor se leía en el brillo de sus ojos, en la vivacidad de sus gestos y en la tensión de su voluntad por hacerse agradable.

La señora de Fontenay, como dueña de casa bien ejercitada, había observado bien pronto aquella repentina intimidad, y se la hizo notar al marqués con una expresión que, para el viejo diplomático, fué una revelación completa.

—¡Oh!—dijo, respondiendo sin más explicaciones á la señal de Mina.—Eso resolvería muchas cosas. Basta, querida mía, mostrar á usted el camino para que llegue usted al fin. Nadie mejor que ese guapo muchacho para agradar á la chiquilla. El se explica con calor, ella le escucha de buena voluntad. Todo marcha bien y no hay más que dejarlo correr.

—Yo ayudaré lo que pueda—añadió la condesa con un vivo movimiento de alegría al ver aclararse su horizonte cada vez más.—Salimos para Deauville dentro de algunos días; invitaré á Pablo, y el amor se encargará de lo restante.

El amor hizo cuanto pudo, pero sólo había triunfado en Pablo de Cravant; Lydia permanecía indiferente. Le alegraba encontrar al barón, hablar con él, pasearse, montar á caballo á su lado, probarle en todo una amistosa preferencia; pero aquella misma preferencia carecía de valor por el modo franco y público de manifestarse. No era amor, sino sólo amistad. Ape-

sar de todo, Armando no podía dominar su inquietud.

El espíritu del conde había pasado, desde hacía tres meses, por estados sucesivos muy distintos, los cuales atestiguaban su profunda turbación. Después de los serios incidentes que marcaron el descubrimiento de la señorita Audrimont por su mujer, Armando experimentó una especie de calma, pues atormentado durante seis meses por la necesidad de ocultarse, avergonzado de su proceder, se consideró muy feliz al ver despejarse la situación. Se vió libre de un conflicto que pudo comprometer para siempre la tranquilidad de su vida. Dió gracias, con toda el alma, á su buena estrella.

Pero como el hombre jamás está satisfecho de un estado que, por bueno que sea, no ofrezca cambios, al cabo de una semana el recuerdo de Lydia le subyugaba por completo, y ni la esperanza de tenerla en un corto plazo cerca de sí le compensó del hastío de tener que vivir lejos de ella durante dos meses. Débiles eran los recuerdos del pasado para consolarle de la ausencia actual, y pensaba de continuo en la joven para lamentar el tiempo que dejó transcurrir inútilmente. ¿Cómo había empleado aquellos seis meses, en los cuales Lydia estuvo entregada á él por completo? Siempre usó con ella el trato frío y digno de un tutor y visitas periódicas como si se hubiese tratado de una señorita *pensionista* en un colegio;

no sólo le habían servido para informarse de su bienestar material, alternando con frívolas conversaciones. Se había conducido con delicadeza, no pronunciando ni una sola frase que mereciera un reproche, y ahora maldecía su moderación y su reserva, pues nunca había de hallar ocasión mejor que la desaprovechada anteriormente para hacerse amar.

¡Oh, cuán numerosas le parecían entonces aquellas ocasiones! Solo, á cada instante á su lado, llena de confianza y con el oído atento á todas sus frases, nada le hubiese costado hacerse dueño de su amor; ¿por qué había dudado tanto? Al llegar á este punto de sus reflexiones su conciencia elevaba la voz, replicándole:

—¿Cómo hubieses podido ser tan infame? Las palabras hubieran quedado en tu garganta, tu corazón indignado hubiera guardado silencio, horrorizado de tan vil designio. No, no te arrepientas de lo que hiciste. Ya llegaste hasta el último límite á que podías llegar sin comprometer tu honor. Ahora afirma tus ideas, purifica tu pensamiento de todo lo malsano y peligroso que en él se agita, no arriesgues la dicha de la mujer que te ama en una aventura miserable donde sólo hallarás el desencanto y la desesperación. Sé hombre honrado, y en vez de llorar la ausencia de la que te turbó tan profundamente, aprovéchala para olvidarla.

Quiso seguir tan buen consejo y se esforzó en

curarse de aquel amor, convenciéndose de que se hacía ilusiones con respecto á la naturaleza del sentimiento que le arrastraba hacia Lydia y de que sólo sentía por ella un profundo afecto. Por una especie de sugestión impuesta por su misma voluntad consiguió una calma completa, los desordenados impulsos de su pasión se adormecieron y pasó tranquilo seis semanas, alimentando la idea de que estaba en vías de curación y que vería á la señorita Audrimont sin correr el menor peligro.

Recobró sus habituales costumbres de salir mucho y de ir al casino, é hizo todo lo posible por volver á ser el mismo que antes. Recorriendo una mañana el Bosque para probar un tronco de caballos que deseaba adquirir, se alejó del paseo de carruajes para juzgar sin obstáculos del trote de los animales, y tomó el camino de Boulogne. En uno de los paseos laterales se cruzó con dos señoras que paseaban á pie, y de las cuales la más baja y más distinguida levantó la cabeza al oír el ruido del carruaje. Armando reconoció á Lydia, que le sonrió é hizo señas para que se detuviera, y tan vivamente tiró de las riendas, que las cabezas de los briosos caballos tocaron casi la arena.

Pálido de emoción, llevó maquinalmente la mano al sombrero sin poder contener los latidos de su corazón, que parecía querer estallar, y contempló á la joven que, de pie en medio del

camino, sencilla y fresca, vestida con un traje negro con sombrero del mismo color, sin velo que le cubriese el rostro, le pareció mas encantadora que nunca.

—¿Cómo está usted?—le preguntó con la misma tranquilidad que si le hubiese visto la víspera.—¿Y la señora de Fontenay? ¿Cómo es que le hallamos en medio de nuestros solitarios paseos? ¿Se ha perdido usted como Pulgarito y necesita que le indiquen el camino?

—Lo agradezco—dijo el conde esforzándose en adoptar un aire sonriente.—Conozco muy bien este terreno... ¿Y usted, qué hace?

—Ya lo ve usted, nos paseamos, que es la más importante de las ocupaciones de miss Griffith y mías. ¡Ah! Pero no conoce usted á miss Griffith... es una excelente señorita que ha querido hacer alarde de paciencia al venir á vivir conmigo... Voy a presentar á ustedes... Miss Griffith... Mi primo el conde Armando de Fontenay.

La gigantesca y rubia inglesa inclinó la cabeza, diciendo:

—¡Oh! Ya conozco mucho al señor conde.

—Sí—añadió Lydia—he hablado ya de usted á miss Griffith.

—¿Bien ó mal?—preguntó Armando.

—¡Hum!... De todo ha habido. ¿No es verdad, Griffith?

—Más bien que mal—contestó la señorita de compañía.

—¡Vamos!—dijo riendo la señorita Audrimont—pues he exagerado en lo bueno.

Los caballos del conde, atormentados por aquella detención prolongada, se agitaban y piafaban retenidos por su vigorosa mano, salpicando de espuma sus arreos.

—Esos caballos se impacientan—dijo la joven.—Afloje usted las riendas y adiós... Mil afectos á la condesa.

Armando no se hallaba dispuesto á obedecer, pero Lydia le hizo un signo de despedida, y cogiendo el brazo de miss Griffith se internó por un sendero en lo profundo del bosque. Armando las siguió con la vista, y después emprendió su carrera, alejándose con el corazón lleno de un amor inmenso, renovado en un instante. Desde aquel día no se hizo ilusiones, comprendió que no podía amar á Lydia de otro modo, y que todos sus esfuerzos serian inútiles. Se doblegó ante la fatalidad sin intentar la lucha.

Se entregó de nuevo á la dulzura de sus sueños, su mal se fué agravando, y aunque á fuerza de voluntad había llegado á arrojarlo de su mente, durante seis semanas, el recuerdo de Lydia, volvió á tomar posesión de él como su soberana absoluta. Los estragos que aquella pre-ocupación perpetua causaron en su febril cerebro, fueron extraordinarios, pues todo lo que no era la sombra querida de su amor desapareció por completo para él. Lydia era su único ídolo, al

cual se dirigían todas sus plegarias, sus acciones, todas sus esperanzas. Hablase ó permaneciese mudo, solo ó rodeado de amigos, siempre tenía ante sus ojos el semblante de su amada. A lo mejor se le veía de repente quedar silencioso, con la mirada vaga, los labios entreabiertos por una sonrisa, pareciendo seguir el juego de luces reflejadas en un espejo, el bailoteo de los átomos ligeros en un rayo de sol ó el caprichoso vuelo de una golondrina hendiendo el aire. Miraba sin verlos á aquellos objetos, cuando lo que en realidad surgía ante él era tan sólo la imagen de Lydia caminando con lento paso por una calle del bosque, con el femenino granadero que le servía de escolta. Otras veces soñaba verla recostada sobre una piel de oso en el kiosco de las pieles de su quinta canadiense. Era su amor como el de un sacerdote fanático instruído en misterioso culto.

Terminados los dos meses de plazo que la señorita de Audrimont había fijado antes de consentir en su entrada en el gran mundo, se presentó un día en el hotel de Fontenay para anunciar á la condesa el cumplimiento de su palabra. En vez de sentir la inmensa alegría que esperaba, Armando experimentó un disgusto sordo, no exento de inquietud. La idea de que Lydia iba á exponerse á las miradas de todos destruía en parte la satisfacción de tenerla á su lado, pareciéndole que el tesoro de su hermosura, cuidadosamente guardado hasta entonces para él solo,

iba á profanarse con la admiración general. Hubiera preferido que su amada permaneciese ausente, pues aun cuando así no pudiese él verla, evitaba las indiscretas miradas de los demás hombres, y con el pensamiento se trasladaba á su lado para intervenir en todos los detalles de su vida que le eran conocidos. Era en sueños su amante celoso, su dueño absoluto, su esclavo sumiso.

La glacial acogida que dispensó á Lydia acabó de tranquilizar á Mina, que partió para Deauville, donde habían convenido pasar dos meses, sin apresuramiento y sin pretexto de dilación.

Desde la noche en que la señorita Audrimont entabló con el señor Cravant aquella conversación, primero, superficial, y, por último, animada, que condujo á los jóvenes á una inmediata intimidad, Armando estaba preocupado. No temía á Pablo, del cual conocía la inconstancia y ligereza; sabía que el elegante barón no concedía más de ocho días á sus más preferidos caprichos, porque el cuidado constante de su persona no le dejaba gran tiempo para consagrarse á las mujeres. Atenciones, galanterías de hora fija, conversaciones de un cuarto de hora entre dos paseos ó dos cambios de trajes, era el máximo de esfuerzos galantes que podía conceder aquel buen mozo. Pero dentro de su corazón no podía nacer nunca un amor serio ni desarrollarse una pasión profunda. Su cabeza, cuidadosamente

peinada, no parecía hecha para contener ardientes pensamientos; los latidos de su corazón jamás se hubiesen permitido la ligereza de estropear la laboriosa armonía de su *toilette*.

No. Su primo no era temible como rival, y, sin embargo, la corte que hacía á Lydia le atormentaba, pues parecíale que la señorita Audrimont tenía un maligno placer en dar alas al barón para irritarle á él. Cuando reía las gracias del señor Cravant, sus carcajadas tenían una vibración que atacaba los nervios del conde y le hacía sufrir. Entonces se alejaba para no ceder á la tentación de descargar su mal humor en agresivas frases, mientras los dos jóvenes continuaban riéndose sin notar la fuga de Armando.

Un día, no pudiendo resistir uno de aquellos impulsos violentos, dijo á Lydia:

—Decididamente Cravant es el predilecto de usted.

—¡Jesús!—respondió su prima.—No le prefiero á nadie, pero como es alegre y buen muchacho, encuentro placer charlando con él. Además, como ambos somos casi de la misma edad...

Armando se inclinó sonriéndose.

—¡Muchas gracias! Entonces ¿nos considera usted á Firmont, Tresorier y á mí como si fuéramos patriarcas?

—¡Malo! ¡Malo!—dijo ella alegremente.—Hoy tiene usted gana de reñir conmigo. El señor Firmont se debe á sus comedias, y además hace el

amor á Griffith... No quiero quitar á tan buena amiga el novio... El barón Tresorier y usted son casados y no entran en cuenta. Réstame, pues, el señor de Cravant, y como es el único disponible, por eso le prefiero.

Aquel terrible «no entran en cuenta» pasó, gracias á la razón que dió la huérfana de que prefería á Cravant por ser el único en condiciones de ser escogido; pero el conde halló en aquellas frases motivo de amargas reflexiones. ¡El no entraba en cuenta! ¿Acaso un hombre ligado á otra mujer por eternos juramentos podía ser para una señorita honrada un pretendiente admisible? ¡La idea de verse querida por él la indignaría hasta el punto de alejarse para siempre! Dijo la verdad al responderle sencillamente que él no entraba en cuenta, pues si alguna vez llegase á entrar sería causando su desgracia y su vergüenza. Sólo podía unirles el azo del adulterio, y tal crimen jamás anidaría en sus nobles corazones.

Razonaba con terrible filosofía, midiendo los hechos, calculando sus consecuencias, y, á pesar de ver los acontecimientos tales cuales eran, nada influía para modicar su determinación. No ignoraba que su insensatez iba á arrastrar á un abismo su honor y el de los demás, pero no quería detenerse ni ver venir la catástrofe.

El punto final de sus reflexiones era la esperanza de que algún acontecimiento aclarase tan

tirante situación. ¿Qué acontecimiento sobrevendría? Lo ignoraba, pero lo presentía, y fortificado con aquel absurdo fatalismo seguía amando á Lydia, engañando á Mina y obstinándose en su ensueño apasionado.

Trotando por el camino de Dives seguía con la vista á la bella amazona. El barón de Cravant se había aproximado al landó para hablar con la condesa y la señora de Jessac, mientras descendían por el lado de la costa que conduce de Villers á Iboulgate.

A la derecha, y por un montecillo sembrado de ligeros arbustos, pobremente crecidos entre la arena y oprimidos por los juncos, aparecía el azul del mar. Se sentía un fuerte calor, y los caballos, atormentados por las moscas, se agitaban vivamente. Armando, á diez pasos detrás de su prima, oía su voz sin comprender sus frases, pero si el alegre tono en que se expresaba, y en vez de disfrutar se entristecía, como si aquel placer fuera un robo que le hiciesen.

Quiso aproximarse al grupo engrosado ya con Pablo, pero al verle los cuatro jinetes pusieron sus caballos al galope como si desearan huir de él, y riendo á careajadas siguieron á distancia del carruaje al trote largo. Irritado por aquel manejo lanzóse en su persecución, pero sin galopar por temor á que hicieran lo mismo y se transformara el paseo en una carrera formal. Se limitó á apresurar el paso de su caballo, pero los

otros, tan bien montados como él, no perdían terreno, y así atravesaron Iboulgate y llegaron á Beuzeval. Allí se detuvieron, no por dejar que les alcanzase el conde, sino porque el carruaje se había quedado muy atrás; Armando llegó á su lado y sin poder dominar su mal humor

—¿Por qué no me habéis esperado?—preguntó con viveza.

—¿Por qué no nos alcanzaste tú?—respondió Pablo alegremente.

—Porque habéis hecho todo lo posible por evitarlo.

—¡Vaya una razón para ti, que montas mejor que todos nosotros!

Aquel cumplimiento calmó un tanto al conde, que, encogiéndose de hombros, dijo con aire de enojo:

—Puesto que hacéis rancho aparte, no quiero estorbar.

Espoleó su cabalgadura y continuó hacia Dives.

—¿Adónde vas?—le preguntó Cravant, asombrado por un raptó de mal humor tan desprovisto de fundamento.

—A mandar que dispongan el almuerzo—respondió el conde sin detenerse.

—Está bien. Séanos usted útil—gritó Tresorier.

—Puesto que no sé hacerme agradable...

Aquellas palabras llegaron á sus oídos algo

despojadas de su acritud por efecto de la distancia, pero á pesar de eso todos se miraron con sorpresa.

—¿No notáis que el carácter de Armando ha cambiado mucho desde hace algún tiempo?—dijo Cravant.—Está taciturno, ¡él, antes tan alegre, se ha hecho receloso... un hombre que era tan confiado!

—¡La edad!—exclamó alegremente la baronesa Tresorier.

—¡La edad! ¡Pues hombre! ¿Está tan cerca de la decrepitud á los cuarenta años? ¡Me asombral

—¿Pero el conde tiene cuarenta años?—interrogó Lydia con marcada extrañeza.

—Justos. Acaba de cumplirlos—respondió Pablo.

—¿Bueno, y qué vale eso? Yo tengo cuarenta y dos y me jacto de ello—dijo Tresorier.

—No sé por qué—replicó la baronesa.

—¿Por qué? Porque los soporto mejor que muchos los treinta. Armando y yo pertenecemos á la hermosa generación que hizo la guerra. La miseria y las privaciones vigorizaron nuestro cuerpo.

—¡La miseria y las privaciones!—exclamó la baronesa.—Di eso del conde, que sufrió la campaña entre la nieve y ante las bombas enemigas... Pero tú...

—¡Cómo yo!—dijo Tresorier rojo y altivo como un gallo.

—Sí, tú. Perteneceías á la plana mayor de la guardia nacional y tenías tiempo sobrado para calentarte las manos en el intervalo de vuestras salidas... como que era bastante largo el intervalo. ¡Oh! Bien me acuerdo... te conocía ya, pues aunque era muy niña tenía muy buena vista. Cuando te volví á ver después del sitio me pareciste más grueso.

Tresorier lanzó terribles exclamaciones.

—¡Es infame lo que dices!... Sé sincera un minuto si puedes, y dime quién parece más joven entre Armando y yo.

—¡Armando!—respondieron á un tiempo la baronesa y Cravant.

—¡Bueno! Eso lo decís por no dar vuestro brazo á torcer—dijo Tresorier.—¡Ya me lo esperaba! Pablo es muy galante con mi mujer, y justo es que no la contradiga. Pero tú no eres justa más que contigo misma. A la señorita Audrimont apelo. Conteste con arreglo á su conciencia.

—Pues bien—dijo Lydia—en conciencia diré que el conde no representa más que unos treinta años.

—¿Y yo?

—Usted no representa más de...

—¡Cuarenta y cinco!—interrumpió Pablo en medio de una risa general.

—¡Eres muy gracioso!—exclamó el barón.—¡Vamos! ¡Al trote! Los caballos han descansado ya bastante.

Llegó el carruaje; atravesaron todos juntos Beuzeval por la orilla del mar, y llegaron á Dives, donde ante la posada del Conquistador, les esperaba el conde. El parador, conocido de todos los viajeros y *turistas*, era un interesante modelo de la arquitectura normanda. La tradición, ayudada un tanto por los diversos patrones que se sucedieron en la casa, en el espacio de cincuenta años, señalaba aquel punto exacto de la costa como el sitio en que se embarcó para ir á mandar la invasión triunfante á Inglaterra y su dominación prolongada el valiente Guillermo. Debido á eso conservaba el nombre del Conquistador, pintado sobre la puerta. No debía su notoriedad solamente á su glorioso patrón, sino al modo de hacer el salmorejo de pato, especialidad de la casa. Los gastrónomos, unidos á los arqueólogos, habían dado fama al establecimiento.

En el momento en que la condesa y sus amigos descendían del carruaje y de los caballos, un *break*, ocupado por parisienses que habían acudido allí á pasar un día de campo, partía en dirección de Cabourg. Eran las doce del día, y, en el comedor general de la posada, todas las mesas estaban llenas. Daba al jardín una salita que Armando había mandado preparar con la mayor sencillez, pues lo mismo en la habitación que en la mesa, las flores y las pirámides de frutas constituían el único adorno.

Cansados del camino, los convidados se sen-

taron y les sirvieron dos gruesas normandas, frescas y sonrosadas, en vez de los antipáticos mozos que con estudiada viveza y actitudes de peluqueros os veis obligados á sufrir todo el año en los grandes *restaurants* de París. Todos se colocaron á su gusto; la señora de Fontenay entre Tresorier y su marido; enfrente Lydia, cuya derecha ocupaba la señora de Jessac y Pablo Cravant, y á los dos extremos la señora Tresorier y Firmont. El sol penetraba por la entreabierta ventana, y un tropel de abejas, atraídas por el perfume penetrante y dulce de una clemátida, pasaban á través de los dorados rayos que, amortiguados por las ramas, jugueteaban en la cristalería de la mesa, en el blanco mantel y en los rostros de los comensales.

Era una de esas horas en que el corazón sufre las influencias de un medio ambiente reposado y experimenta una languidez suave. Charlando alegremente, sin cuidados ni preocupaciones, se hallaban bajo la impresión de aquel bienestar delicioso. Llegó un instante en que todos hablaban en voz baja, como para no turbar la intimidad de aquel momento, cuyo encanto no tenía límites. En medio del ardor canicular, entre ramas y flores, ante el grandioso espectáculo que ofrecían las olas del mar rompiéndose en la playa, se sentían dichosos.

Armando olvidó por un momento sus sombrías tristezas y se mostró tal como le habían conocido

todos, excepto Lydia; esto es, amable y cariñoso compañero, anfitrión lleno de atenciones y finezas. La señorita Audrimont no pudo menos de dirigirle una mirada impregnada de admiración y asombro, que fué para el conde un bálsamo consolador; sintió por vez primera que agradaba á la joven y su satisfacción fué inmensa. Mina, feliz al verle recobrar su verbosidad y no sospechando la fuerza que le daba impulso, le sonrió animándole. Lydia tenía razón cuando poco antes dijo que el conde no representaba más de treinta años, pues al mostrarse tal cual era, animado, joven, con la mirada brillante y los labios entreabiertos por una sonrisa, estaba verdaderamente seductor. Todos se veían subyugados ante su irresistible atractivo, y durante el almuerzo no tuvo rival. Lydia le escuchó con una atención que Pablo no quiso distraer. Casi desde el comienzo de la comida el elegante Cravant sostuvo sólo la animada conversación de Armando á fuerza de réplicas incisivas: éste fué el héroe, el rey absoluto de la fiesta.

El final de la comida sirvió de término á su triunfo. Se levantaron, y cada cual recobró su independencia por tiempo ilimitado. Antes de marchar, y á fin de dar descanso á los caballos, convinieron en pasearse á orillas del mar, y hacia él se dirigieron; las señoras bajo la transparencia rosada de sus sombrillas, dejando impresa su huella en la arena de la playa, iban seguidas

de los hombres, que llevaban sillas de tijera en la mano, por si alguien queria sentarse. Firmont, electrizado por el espectáculo del mar y siempre dispuesto á traducir sus sensaciones por una relación en prosa ó verso, comenzó á declamar *El Advenedizo*, que tanto había oído á Coquelin y á Mounet-Sully. Enronquecía ó gangueaba, segun venía á su memoria el recuerdo del trágico ó del actor cómico, pero dueño de sí, sincero siempre, y, por lo mismo, comunicativo, se hacía escuchar con placer, sin que nadie deseara interrumpirle. Una salva de aplausos estalló cuando acabó de pronunciar el último hemistiquio con aspecto feroz y mirada penetrante.

Detuviéronse ante unas cuantas barcas tumadas en seco sobre la arena, que esperaban la subida de la marea para ponerse á flote y salir á la pesca. Dominados por el sofocante calor, frente al mar, amarillento en la orilla de la playa y azul á mayor distancia, escuchando el rumor de las olas cargadas de blanca espuma, permanecieron silenciosos. Después, distraídamente y sin volver la cabeza, como fascinados por la extensión que se abría ante sus ojos, comenzaron á charlar de fútiles incidentes de su vida de bañistas, de un concierto que debía celebrarse en el teatro y de un baile próximo en el casino. Varios nombres de personas conocidas que habitaban aquel verano el país sonaron en la conversación, y todos merecieron una crítica ó una

observación sobre sus pretensiones, su lujo falso ó verdadero y su buena ó mala reputación. Desprovista de viveza y llena de indiferente murmuración, semejante charla constituía el fondo habitual de las discusiones de aquellos elegantes del gran mundo, para quienes las artes eran un pasatiempo fugitivo, el comercio y la industria letras muertas y la política motivo de horror y aburrimiento. Esto era lo que les obligaba á ocuparse sólo en tantas frivolidades distinguidas.

Hacía más de una hora que se hallaban distraídos con aquella lenta conversación, cuando la baronesa Tresorier, pareciendo despertar de un sueño, preguntó:

—Pero ¿y la señorita Audrimont, que hace un gran rato que no está con nosotros?

Todos se volvieron hacia el sitio que antes ocupara la huérfana, y en el mismo instante dijo la señora de Fontenay:

—Allí está paseándose con Cravant por el muelle.

A doscientos pasos de distancia, Lydia y Pablo paseaban entre las hileras de cestos vacíos y las altas pilas de madera del Norte, conducida allí para una construcción comenzada en la playa. Cansada de estar ociosa, aburrida por la conversación sobre gentes desconocidas para ella, se había levantado sigilosamente para pasear un rato á su gusto. Pablo, sentado tras ella, la había visto alejarse y la había seguido sin decir una

palabra, pero caminando á su lado lentamente. Poco á poco fueron entablando conversación y se alejaron del grupo de sus amigos, porque la marcha sobre la arena les fatigaba demasiado. Lejos ya del punto de partida, se olvidaron de sus abandonados compañeros.

Armando se levantó bruscamente y los contempló con desconfianza. ¿Por qué aquella secreta conversación y aquella silenciosa huida? Dudaba de que el alejamiento fuese casual, y un furor mal contenido estalló en su interior.

—Entremos en el parador y preparémonos para marchar—dijo Mina.—Así nos verán y vendrán á nuestro encuentro.

—Voy á avisarles—dijo el conde;—no parecen acordarse de nosotros, y llegarían á Beuzeval si no los detuviese.

No había terminado de hablar cuando avanzaba á grandes pasos entre las lanchas, atravesando la plaza y subiendo hacia el muelle. Al llegar al puente de Dives, en vez de presentarse, se ocultó lo más que pudo, como si su designio fuera sorprender á los fugitivos.

Su trabajo era inútil, porque los jóvenes se habían sentado y continuaban charlando con la mayor tranquilidad. El camino estaba desierto, el pequeño puerto vacío, y únicamente las golondrinas, que revoloteaban buscando pececillos en el fango, dejado al descubierto por el flujo, hubieran podido oírles. Lydia se había detenido

un instante ante un antiguo barco de pesca convertido en vivienda y sobre cuyas bordas había un grupo de muchachos. Dándoles algunas monedas, la había sorprendido Pablo, que la siguió por pura galantería para que no fuese sola.

No le había guiado ninguna premeditación ni había pensado: «voy á acompañarla, á buscar un pretexto, y á expresarla todo el entusiasmo que su gracia y su belleza me inspiran.» No era el barón tan hábil ni tan resuelto. Le encantaba la señorita Audrimont, desde su primera entrevista, más que ninguna mujer de las que él tratara hasta entonces, y eso que las había tratado adorables. Al pensar en ella constantemente, llegó á preguntarse si lo que sentía sería amor; pero entre eso y quemar sus naves, pronunciando decisivos votos, había una enorme distancia, un camino muy largo que recorrer antes de llegar al punto final del matrimonio. Porque con Lydia no era posible otro desenlace, y aun no pensaba en él el joven aristócrata. Muchas veces envidió al dichoso mortal que fuese con el tiempo marido de aquella mujer; pero nunca pensó en que podría serlo él. Sin embargo, bajaba una pendiente rápida, sin apercibirse de que era expuesta á una caída.

—¡Qué existencia tan extraña la de esas gentes!—dijo mostrando á Lydia una mujer que les miraba con curiosidad por una ventana abierta en el costado de una de las embarcaciones con-

vertidas en casas. Nacen, viven y mueren en un barco.

—A todos nos pasa lo mismo—respondió.—¿No es nuestro barco perpetuo la sociedad en que vivimos? Ellos viven en la miseria y nosotros en el lujo; esa es la única diferencia. No aseguraré que nuestra suerte sea mejor que la suya.

—¡Oh! Eso es filosofía igualitaria. ¿Va usted á hacerse socialista?

—No lo crea usted. Es que me acuerdo de lo que he visto en mi país, en las márgenes de San Lorenzo ó de los grandes lagos; en aldeas de una sencillez primitiva, viven multitud de familias en chozas de paja; el padre y los hijos cazando, la madre y las hijas cuidando el hogar, teniendo por todo horizonte el agua azulada, los bosques verdes y el oscuro color de la tierra. Nada cómodo hay en sus miserables viviendas, nada ambicionan sus cerebros, sumidos en la ignorancia más completa de las satisfacciones intelectuales, y, sin embargo, son dichosos, y me han hecho pensar muchas veces en que efectivamente debían serlo. Veía al propio tiempo á mi padre consumido por la angustia de las especulaciones comerciales, dominado por la fiebre, esperando un alza ó baja en los géneros para emplear un buen puñado de oro; comparaba su agitación dolorosa con la tranquilidad de aquellos seres y comprendía la dicha de los ignorantes y de los pobres. Mi padre era envidiado

de todos, se le consideraba como un personaje de gran importancia, y, sin embargo, era más digno de compasión que el último de los habitantes de la llanura.

—Le quería usted mucho, y él quería tanto á usted como á su esposa.

—Sí, pero gozaba menos con nuestra ternura que aquellas gentes con la de su mujer y sus hijos. Le distraían demasiado los negocios. ¡Oh, amarse exclusivamente, subordinarlo todo á un afecto único... esa es la vida!

—Señorita Lydia—dijo Pablo con tono ligero, pero con repentina emoción—¿tiene usted realmente un corazón apasionado?

—No lo sé—respondió ella con aire soñador—pero no soy frívola, no quiero á todo el mundo.

Cravant sintió una emoción tan violenta, que por un instante quedó como aturdido. Luego, después de un corto silencio, y como si hiciera un gran esfuerzo para franquear un obstáculo supremo, dijo:

—¿Y á mí, me profesa usted algún afecto?

Ella se echó á reír, y mirándole de pies á cabeza, con aquel aire altivo que le prestaba un encanto tan picaresco,

—Es usted muy curioso—respondió.

—No es curiosidad; es amor.

—¡Qué honor para mí, señor barón!—dijo alegremente.

—No es usted formal, señorita Audrimont.

—¡Formal! ¡Ya lo creo! ¡No faltaría más! Si ahora hablara en serio rogaría á usted que volviese al lado de nuestros amigos, que se han quedado allí contando los granos de arena, y que consagrarse sus galanterías á la señora de Jessac ó á la señora Tresorier.

—Hace mucho tiempo que las he dicho todo cuanto tenía que decirles.

—¡Bravo! ¿Y cree usted que después de semejante confesión voy á seguir hablando con usted? Llegará un día en que, hablando de mí con alguna señora ó señorita, repita usted lo que acaba de decir de esas señoras con una fatuidad impertinente en sumo grado.

—No me ha comprendido usted. Hace diez años que conozco á la señora Tresorier y á la señora de Jessac; me he criado con ellas y nos conocemos demasiado para divertirnos con nuestras mutuas galanterías.

—¿De suerte que únicamente se dirige usted á mí por la curiosidad que engendra lo desconocido?

—¡Maliciosa! Se divierte usted en atormentarme, á pesar de saber que soy sincero.

—Ya es un mérito.

—Escúcheme usted solamente cinco minutos.

—Hace más de media hora que no hago otra cosa, y me parece que abusa usted.

Hablando de este modo habían llegado al fin del muelle, ante un barco con carga de tablonés

de pino, destinados á la fábrica de aserrar madera de Dives, y allí se habian sentado á la sombra de una pila de maderos sobre otra comenzada á colocar, donde continuaron su conversación.

Pablo, dominado por un sentimiento que le sorprendía por su imperiosa fuerza, intentó pintar con lentitud y gravemente á Lydia el vacío que tenía para él la existencia de placeres que arrastraba desde hacía mucho tiempo. Al comprender de repente la esterilidad de ésta, se confesó que había tenido razón su compañera de paseo al juzgar dichosos á aquellos pobres pescadores que vivían frente al mar, al lado de su mujer y de sus hijos. Una dulce melancolía surgió en él junto á la adorable joven, y un cúmulo de ideas sensatas, rectas y ordenadas, que jamás habían acudido á su cerebro, y de las cuales se hubiera reído en otro instante, germinaban en su mente como débiles plantas en un terreno nuevo y fértil. Así se lo declaró á la huérfana, que le escuchó con asombro, no suponiendo que tan frívolo hombre de mundo pudiera metamorfosearse tan pronto en un hombre serio y manifestar sentimientos tan profundos.

—¿Pero sería usted capaz—dijo—de persistir en estas nuevas ideas durante quince días?

—Creo que podría hacerlo durante toda mi vida. Hasta hoy me ha faltado la ocasión propicia, ó tal vez la mujer que pudiera despertar en

mí estos sentimientos. Creo de buena fe que nada sería tan dulce para mí como amar fielmente y con todo mi corazón á una mujer, sin conceder importancia á cuanto no tuviera relación con mi amor. ¿Quiere usted probarlo?

Lydia recobró su modo de ser raro y su tono irónico.

—¿Por qué he de ser yo esa mujer? Busque usted otra víctima; yo no le he hecho á usted nada; tenga usted piedad de mí.

—No la pido más que permiso para amarla.

—Yo se lo permito á todo el mundo.

—Para decirselo... prosiguió.

—¡Ah, esas son exigencias extremadas!

—Y para rogar á usted que no tenga el propósito deliberado de no dejarse convencer.

—No puedo concederle, porque pretendería usted en seguida que le ofreciera mi corazón de rodillas y en una bandeja de plata.

—No pido su corazón de usted.

—Entonces...

—Su mano solamente—dijo el barón riéndose.—Esa lindísima mano blanca me bastará por de pronto. Estoy seguro de que el corazón vendrá después.

—Presuntuoso.

—No, no es presunción; es la conciencia del amor sincero que le profeso lo que me hace hablar así.

—¿Desde hace ocho días?

—Desde el día en que vi á usted por primera vez.

Entonces la expresó cuán grande había sido su impresión al hallarse frente á ella en casa de madama de Fontenay, su recuerdo guardado desde entonces y su alegría al volver á verla. Tal fué el tono de convicción y calor con que habló, que Lydia, hasta entonces muda y seria, llegó á sentirse conmovida.

Comenzaba á asombrarse verdaderamente de aquella transformación, y casi se enorgullecía de ella como de una victoria. El barón tomó una de las manos de la joven, que oprimió entre las suyas, lleno de encanto al ver que no la retiraba, cosa que no hacía por abandono, sino porque no había advertido tal abuso. Ella le escuchaba sumida en profundas reflexiones, como todas las mujeres del nuevo mundo cuando la gran palabra *matrimonio* suena en sus oídos, no porque pensara casarse con Cravant, sino porque, por primera vez, la idea del matrimonio se materializaba á sus ojos, personificándose en un hombre que podía, si la era grato, convertirse en su marido.

Le miró lentamente por primera vez, como para escudriñar su carácter en las líneas de su rostro. Poseía el barón correctas facciones, aunque un poco afeminadas, y por una extraña y misteriosa coincidencia la masculina y altiva fisonomía del conde se evocó ante ella, parecién-

dola que, al lado de Armando, Pablo era un niño. El hombre por quien hubiera querido ser amada, protegida, defendida toda su vida, era aquel soldado vigoroso y audaz; pero una sombra oscureció rápidamente su pensamiento al recuerdo de los meses transcurridos, durante los cuales el conde, puntual y afectuoso, pasaba largas horas á su lado. ¿La amaba acaso él, de quien la separaban insuperables obstáculos? Jamás había pronunciado una palabra que pudiera hacérselo creer, y, sin embargo, si hubiera tenido que decidir, entre él ó Cravant, cuál era el más ardientemente enamorado, hubiera convenido con amargo pesar en que lo parecía el conde.

—¿En qué piensa usted?—preguntó el barón inquieto por su silencio.—¿Será usted indulgente conmigo?

—Me parece que no; no me inspiran confianza esos enternecimientos repentinos. Está usted desterrado voluntariamente; cediendo al aburrimento superlativo de las estaciones balnearias busca usted distracciones y me ha elegido como blanco de sus galanteos... Usted se ha dicho: «Esta muchacha llega de América, será distinta de las demás; me ayudará, por medio de una guerra sentimental á entretener el tiempo hasta que llegue la época de la caza.» ¿No es esto?

—Justo—respondió Cravant con perfecta calma;—bien pronto tendrá usted, si quiere, la prueba...

—¿Y esa prueba será...?

—La más concluyente que un hombre puede dar de su amor.

—La espero con curiosidad.

Al pronunciar estas palabras un ligero ruido la hizo volver la cabeza y levantarse con prontitud. El conde de Fontenay, muy pálido, estaba detrás de ella.

—¿Hace mucho que está usted ahí?—le preguntó turbada.

—Acabo de llegar—respondió él con alterada voz.—Esos señores me envían á buscar á usted. Es tiempo de que partamos.

—¿Pues qué hora es?

—Las tres.

—¿Ya?

Con una sonrisa burlona miró á Pablo y á Lydia, y dijo:

—Veo que el tiempo no les ha parecido largo.

Su rostro, su acento, su actitud, revelaban un dolor tan real, tan profundo, aunque se esforzara en permanecer impassible, que la joven, conmovida, permaneció silenciosa. Empezaron lentamente el regreso á la posada, á cuya puerta se veían los caballos y el carruaje. El conde, volviéndose hacia Pablo, le dijo:

—¿Quieres hacerme el favor de prevenir á los amigos que marcharemos cuando gusten?

Desapareció el barón, y Armando y Lydia, que habían quedado solos, cambiaron una mira-

da llena de turbación. Apenas podía el conde contener los violentísimos reproches que acudían á sus labios, y al fin, no logrando dominarse, cogió á la señorita Audrimont por la muñeca, la atrajo hacia sí, y queriendo penetrar con su mirada hasta el fondo de su corazón, la preguntó con furia:

—¿Le ha dicho á usted que la ama?

La aspereza del tono, la forma injuriosa de la pregunta, la manera casi brutal con que la oprimió irritaron á la huérfana, que, sosteniendo su mirada con parecida rudeza, le contestó:

—¿No tiene derecho á decírmelo ó acaso tengo obligación de no escucharle?

Armando vaciló, sus labios temblaron y su frente se inundó de sudor.

—Si se lo ha dicho—replicó—¿qué le ha respondido usted?

—¿A usted qué le importa?

El conde, con voz casi ahogada por las lágrimas, replicó:

—Lydia, compadézcame usted, se lo suplico; soy muy desgraciado.

Ella le miró con más dulzura. Aquella tristeza tan verdadera impresionó nuevamente su corazón, y moviendo la cabeza con gravedad le dijo:

—Conde, si soy la causa de los disgustos que le apenan, me alejaré.

—No—repuso él con aire suplicante—no se

enoje usted, pero sea bondadosa y dígame lo que ha respondido á ese hombre.

—Pues bien, le he respondido que había aquí distracciones más importantes para él que la de hacerme el amor.

El rostro de Armando se llenó de alegría; inclinóse ante su prima, y casi en voz baja, como si sintiera vergüenza de lo que decía, murmuró:

—¡Gracias!

VIII

Acababan de comer, y mientras los señores de Tresorier sostenían un animado diálogo con Armando, la condesa, del brazo de Pablo de Cravant, recorría lentamente el jardín de la villa Fontenay, alrededor de los canastillos de flores que exhalaban delicioso perfume. Contemplando el mar, que golpeaba el borde de la playa con sus murmurantes olas, departían en voz baja, evitando aproximarse al grupo de sus amigos, como si temiesen ser escuchados. En el mismo momento de levantarse de la mesa, y mientras servían el café en la terraza, y los caballeros encendían los cigarros, Mina y el primo de su marido, como impulsados por un mismo resorte, habían salido al jardín.

—Nos ha secuestrado usted á la señorita Au-

drimont—dijo la condesa á Pablo con aire indiferente, pero examinándole de reojo.

—¿Ha disgustado á usted eso?

—De ningún modo. Supongo que ese pequeño *tête à tête* ha complacido á usted, y no soy tan egoísta que me queje de ello.

—Confiese usted que he hecho bien en aprovechar la ocasión, puesto que la señorita Lydia nos ha abandonado esta noche.

—Sí, al volver, manifestaba menos alegría que esta mañana, y una hora antes de comer me ha avisado que no comería con nosotros. Es un poco caprichosa.

—Tal vez por eso sea tan seductora.

—¿Le gusta á usted decididamente?

—No tengo por qué ocultarlo.

—¿Se lo ha dicho usted?

—Se lo he dicho.

La condesa se detuvo, miró fijamente al barón con un aire que él llamaba de princesa, y con voz muy dulce le dijo:

—Lo sospechaba, y por eso he querido hablar un instante con usted esta noche. Usted es un caballero y comprenderá las obligaciones que me impone la hospitalidad ofrecida por mí á nuestra prima. Al entrar en mi casa, Lydia se ha colocado moralmente bajo mi protección, y como mi edad me permite tratarla como si fuera mi hija, tengo derecho á preguntar á usted afectuosamente cuáles son sus intenciones.

enoje usted, pero sea bondadosa y dígame lo que ha respondido á ese hombre.

—Pues bien, le he respondido que había aquí distracciones más importantes para él que la de hacerme el amor.

El rostro de Armando se llenó de alegría; inclinóse ante su prima, y casi en voz baja, como si sintiera vergüenza de lo que decía, murmuró:

—¡Gracias!

VIII

Acababan de comer, y mientras los señores de Tresorier sostenían un animado diálogo con Armando, la condesa, del brazo de Pablo de Cravant, recorría lentamente el jardín de la villa Fontenay, alrededor de los canastillos de flores que exhalaban delicioso perfume. Contemplando el mar, que golpeaba el borde de la playa con sus murmurantes olas, departían en voz baja, evitando aproximarse al grupo de sus amigos, como si temiesen ser escuchados. En el mismo momento de levantarse de la mesa, y mientras servían el café en la terraza, y los caballeros encendían los cigarros, Mina y el primo de su marido, como impulsados por un mismo resorte, habían salido al jardín.

—Nos ha secuestrado usted á la señorita Au-

drimont—dijo la condesa á Pablo con aire indiferente, pero examinándole de reojo.

—¿Ha disgustado á usted eso?

—De ningún modo. Supongo que ese pequeño *tête à tête* ha complacido á usted, y no soy tan egoísta que me queje de ello.

—Confiese usted que he hecho bien en aprovechar la ocasión, puesto que la señorita Lydia nos ha abandonado esta noche.

—Sí, al volver, manifestaba menos alegría que esta mañana, y una hora antes de comer me ha avisado que no comería con nosotros. Es un poco caprichosa.

—Tal vez por eso sea tan seductora.

—¿Le gusta á usted decididamente?

—No tengo por qué ocultarlo.

—¿Se lo ha dicho usted?

—Se lo he dicho.

La condesa se detuvo, miró fijamente al barón con un aire que él llamaba de princesa, y con voz muy dulce le dijo:

—Lo sospechaba, y por eso he querido hablar un instante con usted esta noche. Usted es un caballero y comprenderá las obligaciones que me impone la hospitalidad ofrecida por mí á nuestra prima. Al entrar en mi casa, Lydia se ha colocado moralmente bajo mi protección, y como mi edad me permite tratarla como si fuera mi hija, tengo derecho á preguntar á usted afectuosamente cuáles son sus intenciones.

—¿Mis intenciones, querida condesa—respondió el barón, dibujándose en su rostro una expansiva satisfacción,—son muy sencillas, y no las he ocultado á la señorita Audrimont. La he suplicado sencillamente que se dignase concederme su mano,

—¿Ha hecho usted eso, Pablo?—dijo la condesa con una emoción que en vano se esforzaba en ocultar.

—Lo he hecho; ¿qué tiene eso de extraordinario?

—No... nada...

—Tengo treinta años, soy libre, rico, me agrada la señorita Audrimont, que no depende de nadie, la adoro, y si consiente en ello será mi esposa.

—¿Le ha dicho usted eso mientras parecían ambos tan ocupados en contemplar las cristalinagüas?

—Sí, condesa, sentados sobre unos maderos que exhalaban un delicioso olor á pino. No escogí bien el sitio; lo mismo hubiera podido hacer mi declaración en un salón, muellemente reclinado en uno de los más cómodos sillones. Pero no por eso hubiera sido ni más sincera ni más entusiasta.

—¿Y cómo acogió ella esa solicitud?

—Quisiera poder afirmar, en gracia á mi amor propio, que favorablemente; pero soy demasiado veraz para ello. La señorita Lydia me escuchó

con agrado, me respondió con buen humor; pero creo que no tomó en serio mi declaración. Sabe usted muy bien, condesa, que no entra en mis ideas el representar melodramas ni tengo para ello las raras disposiciones de un Antony ó un Didier. No me he arrastrado por los suelos con gritos de furor y desesperación; pero tengo la seguridad de haber desplegado toda mi elocuencia. Estuve convincente, apasionado, y aseguro con toda franqueza que vacié el fondo de mi equipaje de seducciones. Tengo, sin embargo, el sentimiento de confesar que no he triunfado del todo.

—Entonces...

—Entonces ¿qué he de hacer yo si usted no me ayuda? Me he dirigido á usted esta noche para contarla mi aventura y rogarla que se interese por mí. Una mujer, y sobre todo una mujer como usted, es un aliado decisivo para un pobre muchacho como yo. Hace un momento dijo usted que tenía sobre ella cierta autoridad moral; pues bien, ejérezala en mi favor y hará la dicha de los dos, puesto que yo la amo, y respondo de que, si todavía no ha entregado su corazón á otro, sabré hacerme amar por ella.

Mina se estremeció al escuchar aquella frase «si no ha entregado su corazón á otro.» Una arruga se dibujó en su hermosa frente, y ante sus ojos pasó un denso velo. El recuerdo de sus antiguas sospechas tomó de nuevo cuerpo en su

imaginación, y sólo se calmó á la idea de que su plan serviría de prueba decisiva.

—Si Armando—se dijo—acepta con tranquilidad este matrimonio y puedo decidir á Lydia á que se case con Pablo, todo se ha salvado. La combinación que preparo en este momento está basada en el consejo de mi antiguo amigo. ¿Por qué temer en vez de esperar? Debo alegrarme por llegar tan oportunamente á la realización de mis fines.

A pesar de estas razones, que ninguna réplica podía debilitar, Mina se consideró incapaz de vencer su turbación. Durante tres meses se había mecido en una confiada seguridad, pero en un minuto acudieron á su mente todas sus inquietudes y prevenciones. Su carácter no era el más á propósito para retroceder ante una lucha suprema; por el contrario, la anhelaba, porque creía que la duda es el peor de los males, y para salir de tan violenta situación estaba resuelta á todo. Serenó cuanto pudo su semblante y dirigiéndose á Pablo

—Cuenta usted conmigo en absoluto—le dijo.—Lo que sea necesario decir ó hacer con Lydia lo diré y lo haré.

—Entonces estoy seguro de vencer—exclamó el barón con alegría.

—Ante todo sea usted discreto y no cuente lo que acaba de confiarme á ninguna de las personas que están aquí. ¿Me oye usted bien?... A nin-

guna. Ni aun Armando debe conocer esos proyectos. Es una de las condiciones indispensables para el éxito.

—Seré mudo.

—Aproximémonos porqué comienzan á notar nuestro conciliábulo. No aparezcamos como conspiradores.

Volvieron á la terraza, que estaba deliciosa con la suave brisa de la noche, pues al humedecerse las flores esparcían deliciosos perfumes. En el cielo, tachonado de estrellas, veíase por encima de la colina que marcaba la dirección de Villiers la luna creciente iluminando con cierta vaguedad el camino.

—¿No es ya hora de ir al casino?—preguntó el barón Tresorier.—Hay esta noche una *santé-rie*, y debemos acudir á ver bailar á las lindas forasteras.

—Vayan ustedes—dijo Mina;—yo estoy muy cansada. Vé tú, Armando, si quieres.

—No, gracias; prefiero quedarme contigo.

Mina se sonrojó; un vivo carmín coloreó sus mejillas, y su seno se agitó ante la idea de que se presentaba por sí misma la ocasión de jugar con Armando la partida suprema. Hizo un gesto, y con voz que la emoción enronquecía, dijo:

—Pues quédate.

Una vez solos, pasaron al salón. La condesa se acomodó en un silloncito cerca de la mesa en que yacían sus labores, y siguió con los ojos,

durante un instante, á su marido, que paseaba absorto de un extremo á otro de la estancia. En una de las vueltas, y al encontrarse ambos frente á frente, la condesa abordó la conversación.

—He hablado esta noche largamente con Pablo de cosas que á todos nos interesan.

—¡Ah!—dijo su marido, levantando bruscamente la cabeza.

—Sí, habia notado desde hace algún tiempo que era muy asiduo con Lydia y he querido conocer sus intenciones...

—¿Y te las ha manifestado?—interrogó Armando con tono irónico.

—Sí.

—¿Y son?

—¡Oh! Muy satisfactorias para nosotros; desea hacerla su esposa.

—Muy bien; pero entre sus deseos y la realización existe un pequeño obstáculo, que es la voluntad de mi prima.

—Y esa voluntad ¿la conoces tú?

—La conozco, pues del mismo modo que tú, notando que Cravant pensaba en Lydia, interrogaste al pretendiente, yo he consultado la voluntad de la pretendida.

—¿Y te ha respondido?...

—Que no le agrada Pablo.

Madama de Fontenay inclinó la cabeza sobre el pecho, y, profundamente conmovida, guardó silencio durante un minuto. ¿Qué extraño desig-

nio había impulsado á Armando á semejante averiguación, parecida á la suya? ¿Habría obedecido al mismo sentimiento de celosa inquietud?

Mientras ella pretendía averiguar si el pensamiento de Lydia ocupaba, por poco que fuera, á su marido, éste trataba de aquilatar el grado de afecto que á Lydia inspiraba Pablo. La condesa, dispuesta á atacar á Armando hasta en sus últimas trincheras, replicó al cabo de un instante:

—Eso mismo me ha dicho Pablo esta noche, porque no se hace ilusiones, pero no se ha desanimado y continuará cortejando á Lydia, convencido de que, á fuerza de asiduidad, logrará impresionarla. Ha solicitado mi apoyo y se le ha prometido.

El rostro de Armando se contrajo, frunció el entrecejo, y con voz áspera repuso:

—Más valía que te hubieses excusado. El deber de una buena señora de su casa consiste en no turbar la tranquilidad de sus huéspedes. ¿Has traído á Lydia para exponerla á las impertinencias de nuestros amigos?

—No creo que Cravant la moleste; si ella no ha tomado en serio la petición, puede que reflexionando varíe de consejo. No será la primera que, después de mucho tiempo de negativas, acabe por decir que sí. Mi opinión es que Lydia no encontrará un partido más ventajoso que tu primo.

—Pues no le gusta, y lo comprendo, porque

no tiene nada de seductor. Es ligero, está prendado de sí mismo, es presuntuoso y frívolo como una mujer... ¿Cómo quieres que el carácter firme y el espíritu recto y reflexivo de Lydia se avenga á esa informalidad y á esa inconstancia? Si se casaran, ella tendría que ser el guía, el consejero, el amo, el hombre, en una palabra.

—¿Quién sabe si en esa anomalía hallarían la dicha uno y otro!

—Por favor, no hagas experimentos matrimoniales en nuestra familia.

—No creo que pienses destinar á Lydia á vestir imágenes. Si no se casa con Cravant se casará con otro.

Al escuchar aquel argumento, Armando palideció y sintió agolparse toda su sangre á su corazón; sus ojos brillaron con sombrío fuego, y, para ocultar la alteración de su fisonomía, se sentó en un ángulo oscuro, permaneciendo silencioso é inmóvil. Sus temblorosos labios y su apretada garganta le impidieron pronunciar una palabra.

—Algún hombre le agradará—continuó la señora de Fontenay.—¿Y quién sabe si el elegido valdrá menos que Pablo, el cual, á pesar de todos sus defectos, es un buen muchacho! Vamos, ¿no quieres ayudarme á convencer á Lydia?

El conde hizo un esfuerzo y respondió secamente:

—No.

La condesa se levantó, y colocándose frente á su marido, con la mirada fija en él, le dijo:

—¿Te he contrariado al hablarte de estos proyectos?

—¿Por qué me ha de contrariar á mí eso?—replicó él riendo amargamente.—Pero si has tomado á Lydia—continuó—por una colegiala á quien se obligue, á pesar suyo, á casarse con un cualquiera, te engañas; hará únicamente lo que mejor le plazca.

—Lo que le plazca será lo que deba hacer.

—Estoy convencido de ello.

El conde cogió un libro, y Mina, á pesar de todos sus esfuerzos, no logró más explicaciones. Nunca se había visto presa de tanta agitación como entonces; miraba á su marido que, bajo la claridad del foco del quinqué, parecía leer tranquilamente.

Estaba pálido, pero sus facciones ofrecían la apariencia de una perfecta serenidad. ¿Qué pensamiento ocultaría aquella frente, en la que no se veía ninguna arruga? ¿Qué secreto encerraría la vaga sonrisa de aquella boca, cubierta por rubio bigote? ¿Qué extraña energía de carácter poseía Armando para apaciguar el torbellino de su sangre, las palpitaciones de su corazón, la alteración de su rostro? Su fuerza de voluntad conseguía vencer, ¡pero á qué precio! Interiormente se hallaba turbado; blasfemaba y maldecía en lo íntimo de su pensamiento.

La condesa notó que no volvía las hojas del libro y que sus ojos permanecían fijos sobre la misma página con apasionada atención. No leía; aquella impasibilidad la asustó, sobre todo al contemplarle absorto en una idea fija, como si estuviese en pleno sueño cataléptico. ¿Qué pensaba? ¡Cuánto hubiera dado por saberlo! ¿Sería su sentencia de muerte lo que hervía en aquel cerebro en combustión? ¿Decidiría Armando, silencioso, impenetrable como el destino, su porvenir en tan supremo instante? Durante un momento se vió asaltada por la idea de arriesgarlo todo por medio de una brusca pregunta, á la cual le hubiera sido imposible no responder categóricamente. Acaso la respuesta fuese el rayo que iluminara las tinieblas, entre las que se agitaba con horror.

Se levantó para eludir aquel impulso temible, en la esperanza de que el cambio de postura, desviara el curso de sus ideas, y fué á sentarse á una marquesita entre las dos ventanas; colocada en aquel sitio, Armando se veía libre de su inquisitorial mirada. Sólo distinguía desde su observatorio la espalda de su marido, que se encorvaba cada vez más, como si el peso de su frente le obligara á inclinarse sobre el libro. Así permanecieron largo rato, separados por la tempestad de sus pensamientos, hasta que la campana del reloj pareció despertar al conde, que levantó la cabeza y exclamó con voz sorda y emocionada:

—Son las once.

Se levantó, y Mina se aproximó á él.

—Qué, ¿te retiras ya?

—Sí, si me lo permites.

—Acuéstate, pues, y duerme tranquilo.

Movió el conde la cabeza con aire de duda, oprimió con ardorosa mano la de su mujer, y salió. Ella, de pie, siguió contemplando durante un momento la puerta por donde acababa de alejarse el conde, y después, acercándose á la mesa sobre la que había quedado el libro leído por su marido, lo cogió. Era una novela de Balzac, *El padre Goriot*, la que se abrió por sí misma, como dominada por la presión prolongada de los dedos entonces la condesa observó con asombro que la página sobre la cual había meditado Armando estaba impregnada de lágrimas. ¡Ah! ¡Durante el tiempo que le había contemplado vuelto de espaldas, como estaba seguro de no ser visto por su mujer, había llorado! En aquella página, humedecida por las amargas lágrimas vertidas por sus ojos, tuvo la condesa la prueba que buscaba. Quiso saber si el pasaje de la novela podía ser una causa particular de emoción para Armando, y leyó el admirable capítulo en el que la fiera Clara de Borgoña, engañada por su amante el marqués de Ajuda, abandona á París, deja el mundo en medio de una última fiesta dada en su casa, y, sin esperanza, huye á un apartado retiro, que no será para Clara más que una ante-

sala de la muerte. Sobre las líneas en que se describe magníficamente el dolor causado á aquella infortunada mujer por el abandono del hombre á quien se había entregado sin reserva, las pequeñas gotas de llanto se destacaban claramente, como si el corazón de Armando se hubiera fundido en triste rocío ante aquel tierno pasaje.

Mina quedó aterrada por su descubrimiento. Había querido saber á qué atenerse, y la casualidad le respondía. ¡Oh!, la situación de Clara presentaba una dolorosa semejanza con la suya. Armando, á imitación del héroe de la novela, se disponía á hacerla traición, y, sin embargo, al leer el relato de los dolores de la mujer preterida había llorado. ¿Qué misteriosa piedad elevaba la voz en el fondo de su alma en favor de Mina? Véasele dispuesto al engaño, y, sin embargo, compadecía á su víctima y lloraba ante su desgracia. Estaba descubierta la causa de su inmovilidad al descubrir lo que pensaba con el libro entre las manos. Aquello era lo que le había hecho verter lágrimas cuando, libre de las miradas de su mujer, se había abandonado sin fingimiento á sus impresiones.

Una tristeza inmensa invadió el alma de Mina, que notó con asombro que, al conocer la traición cierta y confesada, no era la cólera su sentimiento más intenso. Las lágrimas del culpable la habían emocionado profundamente, causándola una amarga alegría. El conde luchaba aún,

procurando resistir á la pasión que invadía su alma. ¿Podría acaso el sentimiento de su deber dominar á su fatal amor?

Retiróse á sus habitaciones, y en vez de acostarse, se aproximó á la ventana para respirar el aire de la noche. Las luces del Casino brillaban á lo lejos, y á la derecha, al otro lado del muro cubierto por las enredaderas, dibujábase sobre el azul del cielo el alero del tejado del *chalet* de la señorita Audrimont. En el piso bajo y en el principal se veían algunas ventanas iluminadas, clara señal de que alguien velaba. Un ruido de pasos en la arena del jardín llamó la atención de la señora de Fontenay, que distinguió, al fijarse más, una forma oscura sobre la terraza del piso bajo. En aquella sombra reconoció á Armando.

Paseaba de un extremo al otro del jardín continuando sus reflexiones, creyéndose al abrigo de observadores indiscretos, pues la ventana desde donde Mina le veía estaba en la sombra. Su dolorosa agitación iba en aumento. Los ojos de la condesa, ya habituados á la oscuridad, le distinguían claramente, con las manos en la espalda, la cabeza inclinada, andando con movimientos automáticos. Así se paseó durante una hora; luego cruzó de repente el jardín y se dirigió á la puertecilla escondida en el muro que comunicaba con la casa de Lydia; se detuvo ante ella como si dudase abrirla, pero al fin se deci-

dió, y Mina le vió con espanto dirigirse al *chalet*. ¿Qué iba á hacer allí? ¿Qué nueva revelación más cruel aún que las anteriores debía esperar aquella esposa sin ventura? ¡Estaría Armando de acuerdo con Lydia! ¡Engañarla la niña á quien había abierto las puertas de su casa! La condesa no perdía de vista á su marido, que siguió con precaución á lo largo de una calle de árboles, protegiéndose con su sombra para no ser visto. Llegó al *chalet* y se detuvo al pie de la ventana del piso bajo, en la que brillaba una tenue luz. Su cabeza sobresalía por encima del friso de piedra, y allí permaneció inmóvil, mirando hacia el interior del edificio, durante un espacio de tiempo que pareció eterno á Mina, que le observaba ansiosamente. De pronto retrocedió para esconderse tras un arbusto.

En el mismo momento se abrió la ventana y la silueta enorme de la señorita Griffith se dibujó en la claridad de la tapia, cubierta de enredaderas. La inglesa interrogó con la mirada el fondo oscuro del jardín, como si quisiera descubrir algo, y con su gruesa voz, que llegó hasta la señora de Fontenay, dijo á Lydia, que permanecía en el interior de la habitación:

—No es Michigán... No veo á nadie... Habrá sido aprensión.

Bajó la persiana; las maderas de la ventana chocaron al cerrarse, y el gabinete quedó sumido en las tinieblas. Al cabo de un minuto, Ar-

mando, saliendo de su escondite, volvió á desandar el camino que le había conducido al *chalet*, y empujando la puertecilla, entró de nuevo en el jardín de la quinta. Se sentó en un banco envuelto por la sombra en profunda oscuridad, encendió un cigarro, y continuó inmóvil, reflexionando en su idea fija.

Mina, más tranquila, suspiró para desahogar su pecho, al cerrar lentamente la ventana. Era fácil de comprender la escena que acababa de representarse ante sus ojos; Armando, después de la entrevista con su mujer, había sentido un terrible deseo de ver á Lydia, y tal vez de asegurarse de que estaba sola y de que el pretexto dado para no comer con sus primos no la servía para gozar de la libertad de ver á Pablo. El infeliz estaba celoso y Mina sabía de qué suposiciones absurdas es capaz una imaginación celosa. Sin duda había querido espiarla, vigilarla, entrar... quién sabe. Al asomarse á la ventana del salón, debió delatar su presencia algún ruido, y en el momento en que la señorita Griffith abrió para ver si era el perro de Lydia, el conde se había visto precisado á esconderse.

No había, pues, ninguna connivencia entre él y la joven, ningún misterio, ninguna deslealtad, y todo quedaría aún salvado si la señorita Audrimont consentía en casarse con Cravant. Era preciso que la señora de Fontenay se apresurara á intentar la maniobra suprema que decidiría la

pérdida ó la conservación de su tranquilidad, pues un día de duda ó de retraso podría dar lugar á un incidente que produjera un escándalo irreparable. Mina, al encontrarse en una situación tan grave, entregada á sí misma, sentía por vez primera vacilar su firme voluntad; dudó acerca del camino que debía seguir, y sus ideas se vieron envueltas entre las más espantosas sombras. El admirable temple de su espíritu, tan vigoroso y delicado, sufría con tan terribles luchas; la rectitud de su conciencia falseaba, y parecíale que perdía por instantes el sentimiento de lo justo y lo injusto, de lo lícito y de lo prohibido.

Quiso, por lo tanto, para no faltarse á sí misma, para no ceder á la altivez de su carácter, atenerse á las doctrinas del prudente y desinteresado consejero que la había guiado y sostenido en horas turbulentas y peligrosas. Dirigió un telegrama al señor de Villenoisy, rogándole se trasladase á su lado. El anciano pasaba el verano en una posesión de su pertenencia cerca de Caen, y podía estar en pocas horas en el hotel de la señora de Fontenay, quien no ignoraba lo que había de preocuparle su apremiante ruego. Una vez fortalecida con aquella idea, pudo conciliar el sueño. Al día siguiente, á la hora del almuerzo, supo que Armando había partido en un vapor para el Havre, advirtiéndole que no volvería hasta el anochecer, al mismo tiempo que re-

cibía la respuesta del viejo diplomático, previniéndole su llegada al día siguiente.

La ausencia del conde facilitaba la ejecución de la promesa, hecha por Mina, de hablar á la señorita Audrimont en favor de Cravant, y segura de no ser interrumpida, se dirigió al *chalet* á las tres de la tarde, sabiendo que su joven parienta estaba sola, por haber ido miss Griffith á Trouville. Llegó á la puerta del gabinete donde Lydia acostumbraba á estar, y entró con la mayor familiaridad. Sentada junto á la mesa, vestida con un traje gris muy sencillo, dibujaba Lydia una labor sobre cañamazo. Al oír la puerta alzó la cabeza, su rostro se llenó de alegría y se levantó, dirigiéndose hacia la condesa. Después de darle la mano, la condujo á un diván, y sentándose en una sillita baja

—¿A qué debo el placer de ver á usted por aquí?—preguntó.—¿Seré tan dichosa que pueda servirla en algo?

—Vengo como embajadora—dijo la señora de Fontenay—y le suplico que, después de haberme acogido con tanto gusto, me escuche usted del mismo modo.

Una nube de inquietud veló la clara mirada de la joven; sus cejas se fruncieron, pero de su rostro no desapareció la expresión de afabilidad.

—¿Inquieta á usted el resultado de la negociación?—preguntó.—¿Es tan difícil lo que quiere usted obtener de mí?

—Tengo miedo, ó por mejor decir, la persona en cuyo nombre vengo teme la resolución de usted porque no le ha dado muchas esperanzas.

Lydia permaneció silenciosa, con los ojos fijos en la señora de Fontenay, esperando que se explicara más completamente, pero sin facilitarla medio de que realizase su misión.

—Se trata—continuó ésta—de Pablo de Cravant, que ha venido á rogarme sea su intermediario cerca de usted, pensando que quizás me escucharía con más atención que á él. Soy la encargada de defender la causa de su dicha.

—¿La causa de su dicha?—repitió la señorita Audrimont... ¿Está seguro? Pues diré á usted lo mismo que le respondí: se trata sólo de un capricho que pasará, reemplazado por otro de la misma índole. ¡Cuánto más vale que tome su partido desde ahora y se entregue al nuevo capricho! No le costará gran trabajo olvidar á una mujer de tan poco mérito como yo, y al menos tendrá la satisfacción de no haber turbado mi reposo.

—¿Tanto la disgusta que se niega usted hasta á reflexionar sobre su petición?

—No por cierto. Es un hombre muy agradable y un amigo muy simpático. Si quisiera limitar su ambición á relaciones de sencilla amistad, me prestaría á ello con el mayor placer.

—¿Entonces es el matrimonio lo que no agrada á usted?

—Tal vez sea ese, en efecto, el verdadero motivo de mi alejamiento. No deseo encadenar mi libertad; soy muy dichosa en mi estado y sentiría cambiar esta suerte satisfactoria por otra que no lo fuera tanto. Resulta mal negocio dejar lo conocido para correr tras un porvenir ignorado, y es lo más juicioso mantenerse en un término medio. Como ese término medio me lo proporciona el continuar soltera, sería una locura abandonarlo.

—Esas razones son justas, pero algún día dejarán de serlo, y entonces será muy tarde para cambiar la existencia. Es usted joven y, sin embargo, ha tenido usted la desgracia de perder á todos los seres queridos, de conocer las tristezas del aislamiento. ¿No teme usted volver á padecer esas torturas? Nada reemplaza los indestructibles lazos de una familia propia. Hablo por experiencia, pues el no tener hijos es para mí un verdadero dolor. La vejez llega pronto y nada me liga á la vida, fuera de la ternura de mi marido.

Al oír aquellas palabras, dichas con profunda emoción, Lydia se estremeció, miró atentamente á la condesa, y en sus ojos inquietos, en sus pálidos labios, adivinó la angustia que la dominaba y la importancia decisiva del móvil que la guiara al *chalet*. Sin duda, aquella era una prueba para asegurarse del estado de ánimo de la que temía fuese su rival, una súplica dirigida á

su generosidad para que diese á conocer la libertad de su corazón. La prueba deseada era su consentimiento á la petición del barón de Cravant. Aquella exigencia la irritó. ¿Pues qué, era preciso para calmar sus celos infundados sacrificar su libertad, comprometer su existencia entera, casarse con un hombre á quien no amaba? Sólo se calmó al oír los gritos de su conciencia que le decían: ¿Te disgusta el proyecto porque no amas á quien te proponen, ó más bien porque no puedes apartar de tu imaginación al que comete un crimen amándote?

La idea de que la condesa hubiera hecho tal suposición al mismo tiempo que ella la estremeó, y pareciéndole preferible todo á semejante humillación, se sintió pronta á dar cuantas pruebas la exigieran los celos desconfiados de la señora de Fontenay. Quiso convencerse ante todo de que no eran vanas sus conjeturas, y afectando gran calma, dijo:

—Mucho me habla usted de mí, pero creo que no es únicamente por mí por quien debe usted interesarse en este proyecto. Piense también un poco en el señor de Cravant. ¿Cree usted que soy la mujer que necesita? ¿Está usted segura de que podré hacerle dichoso?

—Está perdidamente enamorado de usted...

—Sí, pero yo no debo concederle mi mano obedeciendo á una presión... Si se lo advirtiese, su altivez podría ofenderse.

—¿Por presión?—repitió la señora de Fontenay.—¿No se casaría usted con él mas que obedeciendo á una presión? ¿Ama usted acaso á otro?...

—¿Y si fuera así?—exclamó Lydia con brío.

La fisonomía de la señora de Fontenay expresó tal dolor, que la huérfana añadió para atenuar la crudeza de su respuesta:

—¿No podría ocurrir así? ¿Me niega usted ese derecho?

—Habría sido en mi casa donde haya usted encontrado ese amor—dijo la condesa sin responder—pues usted misma me ha asegurado que durante su permanencia en Neully no vió usted á nadie. Si la elección que ha hecho usted es laudable, no dude en declarármela; así obrará usted con delicadeza con un hombre que ama á usted verdaderamente.

La vida de Mina parecía depender de la respuesta de la señorita de Audrimont; la esperaba palpitante, con las manos trémulas, los ojos velados por un torrente de lágrimas próximas á correr; y como Lydia, ante aquella tortura de que era causa, permaneciese silenciosa y temblando también de emoción, balbuceó la condesa:

—Por piedad, tenga usted el valor de decírmelo todo. Entre usted y yo existe un secreto que deseo conocer. He tratado á usted como á una hija; desde el primer instante en que nos conocimos la he consagrado una afección verdadera; pá-

guemela usted todo esto con su franqueza. Entre las dos no hay necesidad de muchas palabras para que nos entendamos. Sufro mucho, soy desgraciada ¡y puede usted hacer tanto por mí... No pido más que una sola palabra... pero decisiva, sin réplica.

En un instante se reprodujeron ante Lydia los días transcurridos, y su imaginación percibió claramente el concepto de que, al aceptar la hospitalidad de la señora de Fontenay, había contraído deberes sagrados con ella.

Comprendió que no había tomado libremente aquella resolución, y que desde que se halló en presencia de Mina se había visto comprometida á una serie de concesiones que la sumían en un estado de completa dependencia. Para asegurar la tranquilidad de los demás se veía siempre obligada á comprometer la suya. Y en la ocasión presente, al formar uno de los engranajes de aquella familia nueva, en cuyo seno había entrado, aunque sólo en parte, la amenazaban dificultades más graves todavía que todas las que había sufrido hasta entonces. La exigían que decidiese su suerte en un minuto, sin darle tiempo á reflexionar. ¡Cómo era posible!

Quiso ganar tiempo, no confiar nada á la casualidad, resistir á la tentación de terminarlo todo bruscamente por una ruptura sin arreglo posible. Su conciencia no le acusaba de haber obrado mal; ¿por qué venir á turbarla entonces

en su retiro? ¿Qué pretendían todas aquellas gentes que parecían unirse para hacerla sufrir? Armando, Pablo y Mina querían atormentarla, disponer de su vida y aniquilar su independencia, á la cual prefería sacrificarlo todo.

Una palabra sola hubiera bastado para romper las cadenas que la oprimían, cadenas forjadas por las conveniencias sociales, por los prejuicios del mundo, por las mezquindades y pequeñeces que repugnaban á la libre y agreste Lydia. Pero aquella palabra iba á hacer inútiles los esfuerzos á que se había prestado, sólo por asegurar la felicidad de Mina, y cualquier determinación destruiría toda aquella obra caritativa que había juzgado necesaria. El recuerdo de la tierna y delicada bondad de la señora de Fontenay conmovió su corazón, dándole fuerza para contenerse de nuevo y para hacer una vez más, en favor de aquella mujer, el sacrificio de su franqueza y de su orgullo. La engañó para evitarla una pena inmediata.

—¿Quiere usted obligarme á comprometer mi porvenir?—dijo dulcemente.—Me impone usted el deber de decidirme. Está bien, quede usted tranquila, no rechazo del todo la petición del señor de Cravant. Que sepa agradarme. Puesto que es absolutamente preciso, según usted, que encadene mi libertad, tanto vale ese dueño como cualquier otro.

—¿Me autoriza usted para decírselo así?—pre.

guntó la señora de Fontenay, creyendo apenas en la feliz conclusión de aquella entrevista.

—La autorizo á usted, pero no se lo diga hasta mañana. Quiero tener por mía esta noche para prepararme á sufrir el choque de su galantería.

Una sonrisa se dibujó en sus labios, y Mina sintió ensancharse su corazón al ver apaciguados sus temores. ¡Tenía tanta necesidad de creer lo que Lydia acababa de decir! ¡

—Nada diré hasta mañana, pero ruego á usted, hija mía, que no se fije más que en las buenas cualidades de Pablo y olvide sus ligeros defectos. Estreche usted más aún los lazos que nos unen y seremos doblemente parientas; asegure usted su situación en el mundo, haciendo la felicidad de un hombre que sólo vivirá para usted... Labrar la dicha de los demás es una de las cosas más agradables que hay en la vida.

—Ya lo sé—respondió gravemente la señorita Audrimont.

—¡Y yo, que he atormentado á usted hoy un poco para obtener ese consentimiento, doy á usted las gracias por haberme atendido... con toda mi alma!

Un arranque de tierno arrepentimiento impulsó á la señora de Fontenay hacia Lydia; la estrechó en sus brazos, posó sus ardientes labios sobre la frente de la joven, probándola en un beso todo su reconocimiento, y sin añadir una palabra la dejó:

Una vez sola, Lydia comenzó á reflexionar. Todo había terminado, y era imposible continuar viviendo en la intimidad de la señora de Fontenay. Quería, ante todo, ser dueña absoluta de sus acciones, y al ceder á las instancias de la condesa, había sido abrigando el firme propósito de sustraerse á aquella dominación, que pretendía imponerle á un indiferente por marido. Pero para recobrar su independencia precisaba alejarse, y alejarse en aquellas circunstancias era confesar que las sospechas que recaían sobre ella tenían fundamento. ¿Iba á desmentirse á sí misma? ¿Podía dar pábulo á juicios severísimos, exponerse á graves calumnias, perder, en una palabra, su reputación?

Buscó otro medio de salir de aquel apuro, pero no encontró más que soluciones humillantes y difíciles. Explicar la situación á Armando era exponerse á una explosión que podía perderlo todo; hablar al señor de Cravant, confiándose á su lealtad, era comprometer al conde y comprometerse á sí misma. Fuera su resolución la que fuera, siempre resultaban para ella dificultades y peligros. Ni por un instante se la ocurrió confiar su secreto á miss Griffith, pues su orgullo no se avenía á hacerla confidenta de sus pesares. A fuerza de pensar, eligió el pretexto de una ausencia momentánea, fundada en que su dama de compañía tenía que trasladarse á Inglaterra á fin de arreglar asuntos de familia. ¡Ocho

días de ausencia, que se prolongarían, terminando en una situación definitiva! ¿Que la importaba lo que pudiera suceder, una vez lejos?

Mientras la señorita Audrimont daba vueltas en su mente al problema de su libertad sin ballarle una solución muy clara y satisfactoria, la señora de Fontenay tuvo, al entrar en su casa, una agradable sorpresa. El marqués de Villenois acababa de llegar, y después de apearse en el hotel de las Rocas Negras había corrido á presentarse en la quinta. La condesa lanzó una exclamación de placer al encontrar á su viejo amigo en el salón. La llegada del marqués, llamado en horas de angustia, en el momento del triunfo, le pareció encantadora. Con un movimiento de expansión tendió hacia él sus manos, con la sonrisa en los labios y la alegría en la mirada.

—¡Que alegría me produce el ver á usted aquí!—exclamó.

El recién llegado la miró con sorpresa, y contento y reteniendo entre las suyas la bella mano de Mina, dijo:

—Todo va bien. Temí no escuchar más que suspiros, y me agrada ser acogido con sonrisas.

—¡Ah, cuando escribí á usted padecía horriblemente, pero ahora todo está en calma, se ha despejado el horizonte! Estoy loca desde hace algún tiempo, y tomo mis temores por realidades. Felizmente hallé una persona más razonable que yo...

—¿La señorita Audrimont?...

—La misma.

—¿Las inquietudes de usted se han renovado?

—¡Oh, pero no por ella, pobre muchacha... es un noble corazón!

—Entonces, Armando...

—Sí, Armando está más preocupado, más sombrío que nunca.

—¿Sigue pensando en ella?

—¿Sé yo nunca á qué atenerme con él? Pero se nos presenta la solución que usted mismo me indicó: Pablo de Cravant está enamorado de Lydia, quiere hacerla su esposa, y ella, después de muchas vacilaciones, no rechaza su petición.

—¿Lo ha dicho así?

—Hace un instante; pero sólo me ha pedido que no hable de esto hasta mañana.

—¿Por qué?

—Para acostumbrarse á la idea de un cambio tan radical en su vida.

—Pues qué ¿no se decide á él con gusto?

—¡Qué sabe ella lo que la gusta! La idea del matrimonio la aterra, pero su marido la tranquilizará.

El marqués se había quedado pensativo; su fisonomía adquirió repentinamente una expresión de gravedad. En aquella demora exigida por Lydia preveía algo más que un capricho, pues no juzgándola frívola, tampoco la creía capaz de resignarse, como una colegiala recién salida

del convento, á una unión de conveniencia, arreglada por la familia. Comprendió á primera vista que aquella naturaleza altiva era capaz de todas las violencias y de todas las generosidades, pero hostil á toda solución ligera y vulgar. Si Pablo de Cravant no había sabido inspirarle amor, si no se sentía arrastrada por una gran corriente de pasión á ser su mujer, no se resignaría á ello por complacer á Mina ni por ocupar un importante puesto en el mundo. Un capricho inexplicable de su corazón por aquel hombre la hubiera hecho suya; pero que se casase aquella mujer sin amor no era admisible.

¿Era aquel proyecto alguna estratagema para escapar á la persecución, bien de la mujer ó bien del marido? Porque colocada Lydia entre la ternura violenta de Armando y los sordos celos de Mina, debía encontrar intolerable su situación. El anciano diplomático se prometió estudiar más á fondo á los actores de aquel drama, adivinar los motivos que les impulsaban á obrar y procurar el desenlace de aquella intriga sin que pudiera resultar algún ser desgraciado ni nadie se sacrificase.

—Pues bien, querida amiga, si hay boda cantaremos el epitalamio—dijo.—Sin embargo, no peque usted de exceso de confianza y esperemos al fin. Conozco demasiado á Armando para no estar seguro de que, aunque Lydia sea mujer de Pablo, no dejará por eso de levantar hacia ella sus ojos.

Las últimas horas del día transcurrieron alegremente. El conde llegó á la hora de la comida, y los Tresorier, Firmont, la señora de Jessac y Pablo, que habían paseado por la tarde en la playa de Trouville, regresaron contentos de su excursión y con muchas historias que contar.

La señorita Audrimont se presentó á las siete de la tarde, escoltada por la gigantesca y tímida Griffith, para quien era un suplicio comer en casa de los Fontenay. La joven huérfana lucía un sencillo vestido blanco, que hacía resaltar su hermosura, un tanto pálida aquella noche. Afectaba una gran libertad de espíritu y una vivacidad tan nerviosa en su conversación, que hacía resaltar la turbación interior que sufría, al tener que anunciar su marcha para Inglaterra, al fin de la velada. La perspectiva de la explosión de sentimientos diversos que iba á provocar le producía una viva ansiedad; su decisión, sin embargo, era irrevocable.

El marqués de Villenoisy logró entablar una conversación con ella, quien le respondía con la ironía fantástica que su ligero acento exótico hacía especialmente incisiva. El anciano se hallaba en uno de los puntos más escabrosos, pero, á la par, más fértiles de su conversación, escogido, sin duda, *ad hoc*, acerca de la elección de esposo y de sus consecuencias. Lydia le dejó desarrollar su tema, cuyo objeto era probar que no había en la vida condiciones enojosas de las

cuales no fuera posible sacar un buen partido, con valor é inteligencia.

—Tiene usted mil razones—dijo la joven—y en apoyo de esa tesis recuerdo que mi pobre padre me contaba hace tiempo cómo se llevan á cabo las bodas entre penados en las colonias penitenciarias. Llega una conducción de condenados de ambos sexos, se les presenta mutuamente y cásanse entre sí ladronas y asesinos. No por esto parece que hay mayor cantidad de matrimonios malos allí que en Europa, entre las gentes honradas que se casan. Allá, al menos, saben á qué atenerse, y no experimentan la dolorosa sorpresa de saber, más tarde ó más temprano, que se han unido á un bribón ó á una mujer liviana. Y, por último, si el marido ó la esposa llega á tener la satisfacción de probar á su consorte que tiene alguna virtud, eso va ganando.

—Ha llevado usted mi razonamiento hasta la paradoja—replicó el marqués;—pero ¿no cree usted que un hombre dotado de mucho juicio y firme voluntad pueda casarse, sin temor, con una mujer frívola y vana, si le consta que esa mujer le quiere?

—Sí, creo que ese hombre podrá llegar al fin de su existencia, después de haberla malgastado en una lucha incesante, contra todas las dificultades y disgustos que puede causarle la frivolidad de su mujer. Pero ¿á qué aceptar semejante unión si nadie le obligaba á ello?

—Puede verse arrastrado por el amor que aquella mujer le profese.

—Ser amado—dijo la señorita Audrimont con desdén—¡qué vale eso!

El marqués la miró fijamente, y después replicó con viveza:

—Hace usted caso omiso del amor. ¿No ha sido usted amada?

Una fría sonrisa se dibujó en los labios de Lydia.

—¿Amada?—respondió—todas las mujeres lo son; pero pocas lo son como quisieran serlo.

—¿Seré indiscreto si ruego á usted que me diga cuáles son sus opiniones acerca de este punto?

—¿Es todo mi programa lo que usted quiere que formule?—dijo la señorita Audrimont con aire burlón.

—No tema usted que abuse á mi edad.

Lydia replicó con viveza:

—¡Oh! Si no por usted mismo, puede usted abusar por los demás. Puede usted aconsejarles.

El marqués se dijo: «Estoy perdido, ha adivinado mi táctica y no lograré oír una palabra sincera, aun admitiendo que no se haya burlado de mí desde el principio de la conversación. Ante todo, defendamos á la condesa de cualquier sospecha indiscreta.»

—Parecerán á usted singulares mis teorías sobre el estado conyugal, cuando permanezco soltero.

—Tanto mejor para sostenerlas, no estando cegado por las ventajas ni irritado por los inconvenientes del matrimonio.

—En realidad, no creo que haya estado más ventajoso para las mujeres que el del matrimonio, ni más desfavorable para los hombres. Es un sacrificio para ellos y un beneficio para ellas.

Como el marqués elevase un poco la voz, el barón de Cravant, que no cesaba de devorar á Lydia con los ojos desde el principio de la comida, dijo:

—Cuando se ama verdaderamente, el matrimonio es un goce. Subordinar nuestra propia dicha á la de una mujer adorada ¿no es la cosa más natural del mundo?

—Barón, con qué lindo tono se expresa usted—dijo la señorita Audrimont alegremente;— el heroísmo le sienta á las mil maravillas.

—¡Oh! Si usted se burla de mí perderé todos los medios de discusión.

—Vamos, vamos que no es usted tan tímido. No procure usted enternecerme.

—Procuro eso por ser mi más ardiente deseo.

La conversación comenzada entre Lydia y el marqués, al hacerse general, iba de un asunto á otro con gran variedad, pero ningún concepto aclaró la oscuridad, á través de la cual tuvo que marchar el diplomático al acaso. Creyó entonces menos que nunca en una unión probable entre el elegante barón y la altiva huérfana. Al con-

templar el correcto rostro del joven, su frente tersa, sobre la que caían rizos castaños, sus ojos azules, su finísimo bigote retorcido, pensaba: «No serás, amigo mío, quien conduzca á su casa á tan fantástica mujer. Nunca tomará en serio tu amor. ¿Cómo es posible que así ocurra, si no pareces un hombre, si te asemejas á una mujer por tu dulzura, tu elegancia y tu frivolidad? Tienes en las manos más sortijas que ella y... ya se ve dónde está el verdadero hombre...» Sus ojos se dirigieron hacia el sombrío rostro de Armando.

Desde el comienzo de la comida había entablado éste una conversación muy animada con la señora Tresorier, y aun cuando notó las tentativas de interrogatorio del marqués, aun cuando había estado sobre ascuas, continuó charlando con una asombrosa presencia de ánimo. Su fisonomía no expresaba ninguna contrariedad, y sus labios sonreían con suma frecuencia; pero se observaba una palidez extraordinaria en su frente, bañada por un ligero sudor. Oyó perfectamente todas las frases cambiadas entre Lydia y Cravant, sin parecer escucharlas y sin dejar su impasibilidad ni mostrar la más ligera impaciencia, al hacer los honores de la mesa. Al levantarse de ésta ofreció su brazo á la señora de Jessac y pasó con ella al salón. La noche era encantadora y todos salieron á respirar el aire libre á la terraza del piso bajo, donde Armando se encontró entre su mujer y el marqués, de cuyo grupo for-

maban parte Pablo y Lydia, que cuchicheaban. Mostróseles el marqués con un gesto y dijo:

—¿Hay nada más delicioso que la juventud? Si algo pudiera consolarnos de haberla perdido sería el placer de verla florecer en los demás á nuestro alrededor.

Armando, inmóvil y mudo, contemplaba á su ídolo, que sonreía á Cravant. Mina, con el instinto de los celos, siguió la mirada de su marido y la vió detenerse en la alegre pareja. Conocía perfectamente aquella mirada, que era igual á la que ella dirigía á Armando cuando le veía junto á Lydia. Tembló de cólera, é incapaz de soportar por más tiempo su sufrimiento sin devolvérsele al que le causaba, dijo:

—Pueden charlar y reir, están en su derecho. Las pretensiones del barón han sido aceptadas por Lydia.

Pronunció aquellas imprudentes palabras con el intento de desafiar á su marido, de verle perder su continencia, palidecer, crisar los puños, manifestar una angustia semejante á la que sentía. Pero ni un músculo del rostro del conde se contrajo; parpadeó más apresuradamente que de ordinario, levantóse agitadamente la blanquísima pechera de su camisa á impulsos de su excitado corazón; pero, de pie, siempre sonriente, no dejó traslucir la impresión del golpe que le había herido. Al cabo de algunos segundos dijo con voz tranquila:

—Ya reñiré á Pablo y á Lydia por no haberme dicho.

La condesa y el marqués se miraron con terror ante aquella fuerza de voluntad, y al observar que permanecían silenciosos, Armando se separó de ellos para acercarse á los dos jóvenes. Cravant, llamado por la señora de Jessac, fué al encuentro de éstos y de Firmont, mientras el conde, aprovechando aquella ausencia, encaróse con Lydia, sin que su rostro expresara uno solo de los trastornos violentos de su alma, é inclinado hacia ella, con voz tranquila, como si se tratara de la cosa más sencilla del mundo, la dijo:

—Lydia, me ha engañado usted ayer. Está usted de acuerdo con Cravant; acabo de saberlo. No soy de los hombres que amenazan en vano; esté usted prevenida. Si se aproxima á usted, si habla á usted en voz baja, si parece usted favorecerle, aunque sea en la cosa más sencilla, me arrojo sobre él y le abofeteo delante de todo el mundo.

Ella le miró con estupor.

—¿Está usted loco!

—Sí, loco de desesperación y de cólera.

En el mismo momento el barón, separándose de sus amigos, volvía cerca de Lydia que, lanzando á Armando una mirada y viéndole preparado á las más absurdas resoluciones, detuvo á Cravant con un gesto imperioso, diciéndole:

—Barón, tenga usted la bondad de enviarme á miss Griffith, pues la necesito.

El joven se inclinó y partió en busca de la señorita de compañía. Entonces, cogiéndose del brazo de Armando y atrayéndole hacia su lado, casi con violencia, le dijo temblando de indignación:

—Jamás permitiré, lo oye usted bien, sea á quien sea, que me hable como acaba usted de hacerlo. No merezco esas cóleras y espero estar bien pronto al abrigo de esas aménazas.

—¡Lydia!

—Esto es odioso, sí, odioso, y es preciso que tal situación termine. Sepa usted que no temo á usted ni á nadie; pero esas violencias son otros tantos insultos contra los cuales me rebelo.

—Escúcheme usted, déjeme explicarla...

—Aquí, en medio de todo el mundo que nos rodea, que nos espía...

—Pues bien, en su casa de usted, esta noche.

—Sea, por última vez.

Mina, inquieta, se acercó á ellos, mientras Lydia se dirigía á su encuentro con fría gravedad.

—El conde acaba de cumplimentarme por mi pretendido matrimonio con el señor de Cravant, y me extraña, condesa, que no haya usted cumplido su ofrecimiento de no hablar á nadie de ello hasta mañana. Usted misma me devuelve mi palabra; ahora soy libre y haré lo que me plazca.

Miss Griffith se aproximó; la señorita Audrimont tomó su brazo, y pasando por delante de la

señora de Fontenay, descendió al jardín, donde desapareció entre las flores.

IX

La señorita Audrimont, al partir, se había llevado toda la alegría de la reunión, porque en cuanto salió los rostros se entristecieron y la conversación languideció. Armando estaba ardentemente preocupado, y Mina no podía olvidar el sentido extraño de las palabras de Lydia, pues, de cualquier modo que las interpretara, siempre eran amenazadoras. Se arrepintió de haber cedido al afán de revelar á Armando la secreta capitulación de la joven en favor de Cravant; juzgó cuán débil era la garantía en que había fiado su esperanza de tranquilidad, y volvió á verse dominada por la inquietud y la tristeza. Aquellas alternativas de duda y confianza la oprimieron tan dolorosamente el corazón, que se sintió desvanecer. Sentóse en un ángulo de la sala, y tal era su palidez, que el marqués y Armando se aproximaron á su lado solícitos y cuidadosos. La condesa, al verlos, se sonrió dulcemente, se quejó del calor sofocante, que la producía vértigos, y aseguró que estaba bien. Y, verdaderamente, mejor se hallaba, después de haber visto el rostro alarmado de Armando y de haber agradecido

El joven se inclinó y partió en busca de la señorita de compañía. Entonces, cogiéndose del brazo de Armando y atrayéndole hacia su lado, casi con violencia, le dijo temblando de indignación:

—Jamás permitiré, lo oye usted bien, sea á quien sea, que me hable como acaba usted de hacerlo. No merezco esas cóleras y espero estar bien pronto al abrigo de esas aménazas.

—¡Lydia!

—Esto es odioso, sí, odioso, y es preciso que tal situación termine. Sepa usted que no temo á usted ni á nadie; pero esas violencias son otros tantos insultos contra los cuales me rebelo.

—Escúcheme usted, déjeme explicarla...

—Aquí, en medio de todo el mundo que nos rodea, que nos espía...

—Pues bien, en su casa de usted, esta noche.

—Sea, por última vez.

Mina, inquieta, se acercó á ellos, mientras Lydia se dirigía á su encuentro con fría gravedad.

—El conde acaba de cumplimentarme por mi pretendido matrimonio con el señor de Cravant, y me extraña, condesa, que no haya usted cumplido su ofrecimiento de no hablar á nadie de ello hasta mañana. Usted misma me devuelve mi palabra; ahora soy libre y haré lo que me plazca.

Miss Griffith se aproximó; la señorita Audrimont tomó su brazo, y pasando por delante de la

señora de Fontenay, descendió al jardín, donde desapareció entre las flores.

IX

La señorita Audrimont, al partir, se había llevado toda la alegría de la reunión, porque en cuanto salió los rostros se entristecieron y la conversación languideció. Armando estaba ardentemente preocupado, y Mina no podía olvidar el sentido extraño de las palabras de Lydia, pues, de cualquier modo que las interpretara, siempre eran amenazadoras. Se arrepintió de haber cedido al afán de revelar á Armando la secreta capitulación de la joven en favor de Cravant; juzgó cuán débil era la garantía en que había fiado su esperanza de tranquilidad, y volvió á verse dominada por la inquietud y la tristeza. Aquellas alternativas de duda y confianza la oprimieron tan dolorosamente el corazón, que se sintió desvanecer. Sentóse en un ángulo de la sala, y tal era su palidez, que el marqués y Armando se aproximaron á su lado solícitos y cuidadosos. La condesa, al verlos, se sonrió dulcemente, se quejó del calor sofocante, que la producía vértigos, y aseguró que estaba bien. Y, verdaderamente, mejor se hallaba, después de haber visto el rostro alarmado de Armando y de haber agradecido

su solicitud. Poco necesitaba aquel pobre corazón para sentir alivio en sus dolores.

Cerca de las diez, Mina pidió á sus amigos permiso para retirarse á sus habitaciones. El marqués, fatigado por su viaje, se despidió también, y todos los huéspedes de la villa se ofrecieron á acompañarle. A aquellos parisienses, acostumbrados á pasar la noche en el teatro ó en las reuniones, la intimidad les parecía insupportable, y, con el pretexto de guiar al marqués á Trouville, se dirigieron al Casino, donde las iluminaciones brillaban destacándose en medio de la oscuridad de la noche, donde la orquesta hacía furor, y donde las horizontales de alto coturno, luciendo sus *toilettes*, paseaban, curiosas y divertidas, del brazo de sus elegantes caballeros, mirando bailar á las parejas jóvenes.

Armando, que acompañó, contra su costumbre, á sus amigos, fué con vacilante paso hasta el puerto, pero al llegar á éste se retiró afectando pesar porque la condesa estuviese sola. La noche era tranquila, el cielo límpido, la brisa llevaba á los oídos el ruido sordo del mar. Una paz profunda surgía de todas partes, y, abrumado por tantas preocupaciones, se impresionó dolorosamente al ver el contraste imponente que existía entre aquella aterradora calma, tan fecunda, y las estériles agitaciones de su alma. ¿Qué clase de hombre era para dejarse arrastrar por tan criminales tentaciones y tan bajos manejos? Re-

corridos ya los dos primeros tercios de la vida, ¿no tenía bastante fuerza de voluntad para no perder el juicio? Por dudosas alegrías iba á sacrificar, no sólo su reposo, sino la dicha de la mujer á quien veneraba. La culpable satisfacción que iba buscando era casi imposible, á pesar de lo cual persistía en amar, estando seguro de no ser correspondido en aquel criminal amor.

Caminaba entre la oscuridad semitransparente, bajo las brillantes estrellas, frente á la inmensidad serena, y era digno de lástima. Pasado ya el primer momento de ardiente valor, sintió su pecho abrasado y le dió vergüenza su indignidad. Su decadencia moral le hacía sufrir cruelmente. Se daba cuenta de la enormidad de su deseo, de la locura de su sueño, y, sin embargo, al recordar la imagen de Lydia, con su frente despejada y su mirada altiva, un estremecimiento sacudía su cuerpo y le hacía pensar: «Soy un insensato; es imposible que nunca me ame, y me entrego al dolor persistiendo en adorarla.» A pesar de tales razonamientos, se veía arrastrado irremisiblemente por su maldita pasión. Su inteligencia se sublevaba ante la debilidad de su alma, pero era impotente para contenerla. «Me hasta—se decía—con no ir esta noche á casa de Lydia, con que no medien explicaciones entre nosotros; la situación se aclarará. Mañana le dirijo unas cuantas palabras de disculpa por mi raptó de violencia y por mis amenazas, que puedo

calificar, ante ella, de absurdas. Poco importa que me crea ó no; su amor propio y las conveniencias están salvados. No es ocasión de dejarme arrastrar hasta confesarla lo que he sabido callar tanto tiempo; esto es lo juicioso y lo prudente, lo que debo hacer.»

Pero la pasión exasperada respondía: «Puedes pasar á su lado una hora decisiva y dudas. ¿Te hallas en víspera de acontecimientos que modificarán gravemente su vida y vas á dejar que se realicen sin haberle dado á conocer las sensaciones y deseos que ahogan tu pecho? ¿Por qué retrocedes ante tal confesión? ¿Por qué procuras convencerte con argumentos morales y teorías filosóficas? ¿Qué hay de cierto en lo que declamas? ¿El bien y el mal son acaso absolutos? ¿Quién lo ha determinado? ¿No son simplemente convenciones sociales? Se han puesto las gentes de acuerdo acerca de los principios morales para el uso de la masa general de los seres; pero esos principios ¿se han hecho para todos? ¿Es una monstruosidad faltar á ellos? Hay algo de pueril en los remordimientos que te turban; el solo dolor verdadero es la privación de la dicha; la dicha para ti es la posesión de Lydia; procura conquistarla, colócate por encima de los prejuicios y de las faltas de firmeza, é imponla tu voluntad. Armando seguía andando casi inconscientemente; con el espíritu turbado por tan rudos combates, escuchaba las voces de su conciencia y de

su deseo que batallaban entre sí, graves ó burlo-nas, enternecidas ó ardientes, golpeando cruelmente su cerebro. No tenía conciencia de su vida física, y hallóse, sin saber cómo había llegado hasta allí, sentado sobre un ribazo del camino de Villers, á medio kilómetro de Deauville. Sacó el reloj y vió que eran las once. La única huella que conservaba de las tempestuosas luchas que sufría era una gran fatiga.

Se levantó y emprendió de nuevo el camino hacia la villa, pensando sólo en que Lydia le esperaba y en que se imponía una explicación entre los dos. ¿Qué iba á ocurrir en ella? ¿Qué iba á oír? ¿Qué resultaría de aquella entrevista? Nada de esto le preocupaba. Iba á ver á Lydia, y no anhelaba más. Llegó bien pronto ante la puerta del *chalet*; pero una vez allí, comprendió la irregularidad sospechosa de su presencia en casa de la señorita Audrimont, y en vez de penetrar en el hotelito, entró en el jardín de su posesión. Siguió la calle de árboles que la noche precedente le condujera á la puerta oculta bajo la hiedra, y, sin ruido, pasó al otro lado de la tapia, dejando la puerta entornada á fin de no tenerla que volver á abrir al regreso. Marchando con precaución á lo largo de los macizos de flores para no ser visto, se aproximó á la casa.

Todo estaba oscuro y silencioso. Solamente la ventana del saloncito dejaba filtrar una tenue claridad entre las persianas. Allí le esperaba

Lydia; el conde sintió latir su corazón con violencia, y después de subir los peldaños de la escalinata entró en el vestíbulo, que estaba completamente á oscuras. En el mismo momento la puertecilla de la tapia por la cual acababa de pasar al jardín, y que había dejado entreabierta, dió paso á una forma blanca que se encaminó al *chalet*. Su camino fué el mismo de Armando; esperó mucho tiempo al pie de la subida, y después, con paso tembloroso, entró á su vez en el vestíbulo.

El conde, desorientado por la oscuridad, dudó primero y se dirigió luego á tientas, esforzándose en no hacer ningún ruido; pero, sin embargo, le oyeron, porque un *portier*, al levantarse, dejó entrar una gran claridad en el recibimiento, y miss Griffith apareció sonriente en el dintel de la puerta del salón. Como Armando, estupefacto, permaneciese inmóvil, la inglesa, apartándose para dejarle el paso franco, le dijo:

—Entre usted, señor conde, la señorita está allí.

Armando entró y vió á Lydia sentada con el mismo traje que había lucido durante la comida. Al ver al conde, la señorita Audrimont hizo una ligera inclinación de cabeza y le designó un sillón colocado frente á ella. Él no aceptó la invitación y permaneció apoyado en la chimenea. La señorita Audrimont volvióse hacia su dama de compañía, diciéndola:

—Gracias, Griffith, puede usted retirarse; ya no la necesito.

La gigantesca inglesa dió un vigoroso apretón de manos á Lydia, saludó al conde y salió por la puerta opuesta á la que daba al jardín. Su paso firme resonó en la escalera, luego hizo retemblar el techo mientras andaba por el piso superior, y después todo quedó en silencio. En aquel instante era cuando la forma blanca, que había seguido al conde, entraba tras él en el *chalet*.

Una vez solos Lydia y el señor de Fontenay, se miraron sin hablar. Él sombrío y un poco pensativo, ella pálida, pero impasible. Desde la grave entrevista que habían tenido en Neuilly al día siguiente de la visita de Mina, y en la cual Lydia consintió en salir de su retiro, no se habían vuelto á ver sin testigos. Sólo habían pasado algunos meses desde entonces y les parecía que habían transcurrido años enteros desde la tierna intimidad que les había unido. Ambos se hallaban cortados y violentos. La altiva Lydia sintió cierta opresión moral, y no queriendo soportarla, levantó la cabeza con desdeñosa sonrisa.

—Usted se ha asombrado al ser recibido por mi señorita de compañía, no creo que debia exponerme á dar á entender que recibía á usted en secreto.

—No me quejo—respondió el conde en voz muy baja y casi ahogada.—Ha hecho usted lo que juzgaba mejor, y libreme Dios de criticarlo.

—Se ha vuelto usted sumiso muy de repente—dijo ella con aspereza.—Hace dos horas no se mostraba usted tan acomodaticio.

—Hace dos horas me vi dominado por un sentimiento de cólera que ruego á usted me perdone.

—Perdonaría fácilmente si estuviera segura de que había usted de aprovechar la lección y de que no se dejaría dominar jamás en adelante por la cólera; pero mi situación para con usted se hace cada vez más difícil y quiero cambiarla.

El conde creyó que aludía á su matrimonio con Cravant, y se puso lívido, cerró los ojos y apretó los labios para que no viera la llama de su mirada y para contener el torrente de amargas palabras que pretendían desbordarse de su boca. Contemplóle Lydia, y, por primera vez, le vió abatido, casi inerte, sin expresión en el rostro, como un hombre que se duerme y muere en estado de sonambulismo.

—Parece que no me ha comprendido usted—le dijo con dureza exasperada por aquel mutismo y atonía. ¿Ha perdido usted toda idea de sensibilidad, de tacto, de delicadeza?... ¿O es que me hace usted la injuria de tratarme como á una de esas mujeres con las cuales está permitido todo?

Aquella vez Lydia había puesto el dedo en la llaga. El conde pareció reanimarse; un vivo rubor coloreó sus mejillas, hizo un ademán de protesta, é inclinándose como si fuera á arrojarse de rodillas, exclamó:

—¡Yo, yo que siento por usted el más profundo respeto!

—Silencio—interrumpió ella enérgicamente;—no me agradan las frases estudiadas. El lenguaje de usted cambia muy fácilmente, según las circunstancias y según los lugares. No quiero protestas vagas, necesito una explicación clara y categórica. ¿Con qué derecho me ha amenazado usted si hablaba con el señor de Cravant con abofetearle delante de todo el mundo?

Armando quedó de nuevo sin vista y sin voz, inmóvil, con la fisonomía contraída, como si deseara no dejar escapar su secreto, mientras su prima, temblando de cólera, se levantó, y con amenazadora energía y dejando adivinar su indignación mal contenida, repitió:

—¿Con qué derecho, con qué derecho? Necesito que me explique usted el motivo, que me dé las razones y que presente sus disculpas. Quiero que hable usted... No es posible entenderse con un mudo, y usted me debe una explicación. Responda usted... Diga algo. ¿Qué significa esa actitud? ¿Está usted enfermo ó loco?

Como á pesar de todo el conde continuara con los ojos bajos, la boca crispada, sin expresión y sin movimiento, cogióle por el brazo y le sacudió fuertemente. A tan brusca agresión se decidió á responder, y con voz sorda dijo:

—No estoy enfermo ni loco, pero sufro horriblemente.

—¿Sufre usted?—repitió la implacable huérfana—y ¿es esa una razón para insultarme, para amenazar al señor de Cravant?

—Le odio.

—Es pariente de usted y su amigo.

—Le odio.

—¿Y por qué le odia usted?

Ante tal pregunta se operó una completa transformación en aquel hombre que, hasta entonces, parecía de mármol. Sus ojos lanzaron rayos, su frente se despejó, y aproximándose á Lydia hasta quemarla con su aliento, la dijo con voz ardiente y apasionada:

—Le odio porque ama á usted, porque yo soy un desgraciado, un miserable que sufre sin tener derecho á amarla. Desde que está usted á mi lado me tortura para hacerme hablar, y ahora comprenderá usted las razones que tenía para callarme. Las palabras que he pronunciado jamás debió usted escucharlas, porque se ultraja usted á sí misma, tan joven, tan pura, tan casta, tan digna de todas las adoraciones y respetos; porque me separan para siempre del lado de usted, cuando no anhelo más que vivir siempre ante esos ojos, ser un fiel esclavo suyo y morir á sus pies.

El conde había hablado con tan ardiente ternura que hizo estremecer á la joven; arrojóse ante ella, como un fanático en oración, y la confesó aquel amor criminal que, aunque Lydia creía

indigno, era tan ardientemente expresado, tan completamente desprovisto de todo cuanto no fuese ella, que ni la produjo temor alguno ni sublevó su dignidad. Comprendió que con sólo levantar la mano tendría una obediencia absoluta, pues, como la había asegurado, era su esclavo fiel y hubiera muerto antes que enojarla.

Rendido por la violencia de su emoción, el conde se dejó caer en un taburete á los pies de Lydia, y con el rostro entre las manos, se esforzó por dominarse y entrar en plena posesión de sí mismo. Hubo un instante de silencio, durante el cual se escuchó un suspiro, débil y doloroso, como la queja desolada de un alma que abandona la tierra dejando en ella los seres queridos. Ambos estaban tan turbados que no le oyeron. Armando, apartando sus manos y levantando su frente, prosiguió con lentitud:

—Ni busco disculpas, ni puedo encontrarlas, ni aunque existieran las aceptaría, porque aunque parezca á usted abominable, gozo con mi crimen y no quisiera dejar de ser criminal. Tan dulce es amar á usted, que aun sabiendo que obro mal y conociendo que nada puedo esperar de usted, no quiero dominar mis sentimientos. Hágame usted la justicia que merecen mis esfuerzos por guardar secreto. Únicamente las torturas de los celos me han hecho perder toda reserva. Me bastaba ver á usted, oírla; permaneciendo usted con nosotros hubiera domado mis deseos y

gozado con vivir junto á usted, sacrificándole todo cuanto pudiera haber de indigno en mi amor. Pero el anuncio de un matrimonio entre Cravant y usted turbó mi razón; durante algunos instantes me sentí dispuesto á matar al hombre que fuera bastante afortunado para poseer á usted; ahora estoy tranquilo, he reflexionado y me encuentro decidido á sufrir toda clase de penas con tal de no atormentar y de no contrariar á usted. Ningún derecho tengo sobre usted, hice mal al hablar de aquel modo, olvidé lo que á usted debía; dignese usted perdonarme y cátese con aquel á quien usted ame ó con quien ame á usted.

Las últimas palabras salieron de su boca entre sollozos. Su esfuerzo le había debilitado hasta el punto de parecer que iba á perder el conocimiento. Permanecía lívido, con los ojos hundidos, los labios convulsos y la frente inclinada como en demanda de perdón. Lydia se conmovió al ver su generoso sacrificio, su resignación heroica y su tierno desinterés. ¿Qué más podía hacer que inclinarla á aceptar lo que él creía la dicha para ella, cuando esa dicha era para él una tortura cien veces más cruel que la muerte? Quiso recompensarle, y con una dulzura que desde hacía mucho tiempo no había usado con él, exclamó:

—No sé si el señor de Cravant me ama como pretende, pero estoy segura de que yo no le amo. Ya lo dije y usted sabe que no falto á la verdad.

Lágrimas de agradecimiento asomaron á los ojos de Armando al comprender que quería calmarle y tranquilizarle. Cogiendo su mano sin que ella intentase retirarla, la oprimió entre las suyas heladas.

—Me trata usted—repuso—mejor de lo que merezco, y yo amaría á usted por su bondad divina, sino la adorara ya por su gracia, su juventud, por todo lo que hay en usted de encantador y delicioso. ¡Oh! No me prohiba usted decirselo esta última vez que nos hallamos solos. No habré tenido ni un solo instante de lucha sin amargura más que este en que puedo expresar á usted, sin restricciones, todo lo que por usted siento. Es imposible que no lo haya usted sospechado á pesar de mi silencio, porque aunque mi fuerza de voluntad me permitía callar, era mas intenso mi amor y se denunciaba en todo, en mi voz, en mis ojos, en lo que decía y aun en lo que callaba. El amor es como esas plantas invisibles, cuyo perfume nos embriaga repentinamente. La planta puede ser modesta ó altiva, humilde ó soberbia, pero no por eso exhala menos perfume. ¿Será posible que ni un átomo de mi ternura haya llegado hasta usted, que nos separemos sin que mi desesperación haya conmovido ni una sola partícula de su alma?

—No lo crea usted—respondió ella dulcemente—siempre he profesado á usted un grandísimo afecto.

El rostro de Armando se iluminó de alegría.

—Tendré al menos el consuelo de pensar, gracias á esa generosa franqueza, que algo de mí vive en usted y que ese algo la acompañará sin cesar, sin que nada pueda arrojarlo de su pensamiento. ¡Si supiera usted qué tortura es creer indiferentes á los seres á quienes se adora! Usted no puede saberlo, usted, que no puede dejar de ser adorada, de recibir todos los homenajes. Mi experiencia, en cambio, ha sido bien dura; he pasado eternas noches sin sueño y martirizándome el cerebro con esta pregunta: «¿A quién amaré?» Nunca he soñado ser correspondido, jamás he hecho á usted la injuria de suponer que pensase en mí, que no soy libre; pero mi más dulce esperanza era que no llegase usted á amar, que permaneciese siempre pura y fría como la nieve, que viviera usted á nuestro lado sin pensar en alejarse de nosotros. Si hubiera sido posible, ¡qué dicha para mí!; si me hubiera atrevido á pedirlo, si lo hubiese obtenido de usted, ¡oh, Lydia, Lydia, hubiera bendecido á usted, la hubiera adorado de lejos de rodillas, y ni uno de mis suspiros hubiera llegado á sus oídos para ofenderlos! Olvidando de ese modo mi ternura y mi amor, libre, tranquila y serena, se hubiera usted visto mejor obedecida y más respetada.

El conde permaneció de rodillas á tres pasos de su amada con la frente cerca del suelo y las manos cruzadas en ademán de súplica, mientras

Lydia, sentada en un sillón, inmóvil, pero densamente pálida, respondió:

—Sabe usted muy bien que lo que propone es imposible...

—¿Por qué?

—Porque la situación en que nos encontramos, como es resultado de un equívoco, forzosamente tendría que ser equívoca, porque aquí nada hay franco, claro y seguro; porque yo no he venido á esta casa más que cediendo á las instigaciones de la condesa, que sólo se proponía hacerme sufrir una prueba. Debí medir desde el primer momento las consecuencias y ver que, no sólo no se calmarían las sospechas de la condesa con mi presencia en esta casa, sino que, por el contrario, cualquier circunstancia imprevista produciría una explosión. No obré, sin embargo, como una mujer vana y ligera; mis actos han sido hijos de la reflexión, pues si bien vi muchos peligros aceptando lo que me proponían, adivinaba muchos más rehusándolo. ¿Quién sabe si influiría también en mí el pesar que me producía la idea de separarme de usted para siempre?... Ya he dicho que profesaba á usted un profundo afecto. Era usted, desde que mi pobre tía murió, la única persona en quien podía colocar mi confianza... Ya ve usted que me he equivocado, puesto que, á pesar de haberlo hecho, no me ha dicho usted la verdad.

Su voz se alteró al pronunciar las últimas frases, denotando una profunda emoción, sin que tuviera tiempo para defenderse, y Armando la vió, por primera vez desde que la conocía, prescindir de su orgullo. Trastornado al ver su turbación, al escuchar unas frases que casi eran confesiones, le tendió la mano, y con un ademán de protesta apasionada exclamó:

—La verdad... ¡oh! no diga usted que la he ocultado...

—Si por cierto—replicó ella con firmeza.—Si desde el primer momento hubiera sabido que no era usted libre, que se debía usted á otra mujer, me hubiera puesto en guardia contra los sentimientos que me inspirase; pero usted me ha engañado, me ha mentido, omitiendo decirme lo que me importaba saber y lo que imprudentemente no pregunté... Cuando supe que pertenecía usted á otra...

—¡Lydia!...

E inclinado ante ella como en éxtasis, teniendo las manos oprimidas entre las suyas, el conde dejaba adivinar en todo su sér una sobrehumana alegría. Ella retiró dulcemente sus manos, cubriéndose el rostro con un movimiento de vergüenza, y permaneció un momento silenciosa, con el pecho agitado por los sollozos y dejando correr las lágrimas, que caían sobre sus blancas manos.

—Lydia—repitió él con voz suplicante, con el

corazón desgarrado por el púdico dolor de aquella mujer adorable.

Pero no se atrevió á pronunciar una palabra más; no quiso tampoco obligarla á que dejase escapar aquella frase de desesperación, apenas confiada á sí misma, al saber que aquel á quien había elegido misteriosamente como compañero de su vida no era libre. Mirábala llorar, ávido de aquellas lágrimas que hubiera bebido como un rocío divino, dichoso por saber que le pertenecía moralmente, desconsolado por haberla perdido materialmente para siempre. De pronto Lydia apartó sus manos del rostro, y mostrando á Armando sus facciones, aun húmedas por el llanto, dijo en voz baja con púdica sonrisa:

—Bien orgulloso estará usted de haberme obligado á confesar que también le amo. No lo sabía con fijeza hasta este momento, y me ha sido preciso ver el dolor de usted para llegar á comprenderlo, pues al sentirme tan desgraciada como usted mis sentimientos eran, á no dudar, semejantes á los de usted mismo. ¡Sil! todas las tinieblas que me rodeaban se han disipado; ¡ahora sé por qué he sufrido y por qué sufro tanto!

Entre aquellos dos seres que acababan de confesarse su amor se levantó de repente una sombra, que no les permitía mirarse ni pronunciar una palabra. Permanecieron mudos, helados, mezclando á su arrobamiento una amargura violenta, causada por el sentimiento profundo de lo

vedado de su ternura. Parecían dos amantes que acabasen de cambiar un supremo y desgarrador adiós. Un efecto idéntico anublaba su alegría al comprender que debían separarse y que aquella hora deliciosa, que los había unido en una dicha común, no volvería á sonar jamás. Se miraron á un tiempo y leyeron el mismo pensamiento en sus ojos.

Lydia fué quien tuvo el valor de abordar tan doloroso trance.

—Cuando rogué á usted que viniese á hablarme esta noche—dijo haciendo un gran esfuerzo—era para anunciar á usted mi intención de partir; y como usted comprenderá que mis ideas no han podido modificarse por las explicaciones que han mediado entre ambos, mi marcha será más penosa, pero más necesaria aún que antes. Quisiera rogar á usted me evitara la dificultad de manifestar á la señora de Fontenay que dejo su casa. Hubiera escrito á usted dos letras explicando mi brusca partida con un fundado pretexto, que me pusiese al abrigo de sus sospechas y me protegiera contra enojosas suposiciones. Ahora no sé qué debo hacer, porque temo crear á usted serias dificultades y hacer sufrir á la condesa... Mi firmeza de ánimo me abandona... el pesar me domina... Tenga usted la bondad de aconsejarme.

El conde la escuchaba con respetuosa admiración. Al verla preocuparse solamente por la seguridad de los demás, defendida por su castidad

contra todo mal pensamiento, confiada en él hasta el punto de fiar á su honor el cuidado de guiarla en una situación tan difícil, sintió crecer su orgullo al verse amado por tan noble criatura y se prometió igualarla en valor y en dignidad.

—Su marcha de usted es precisa—respondió—y por mucho dolor que esto me cause debo aconsejar á usted que se aleje sin pérdida de tiempo. Yo me encargo de disipar los temores de Mina, y al tranquilizarla y defenderla contra sus celos, acabaré la obra que ha comenzado usted tan generosamente. Es digna de toda clase de consideraciones, porque, aparte de sus sospechas, quiere á usted y tal vez haya sufrido más por el miedo de creer á usted culpable que por el horror de ser nuestra víctima. Es un espíritu noble, un gran corazón capaz de todas las generosidades, sensible á todas las delicadezas, y que comprenderá algún día, no lo dude usted, el sacrificio hecho en aras de su tranquilidad, agradeciéndonos doble nuestra falta moral, bien pronto reparada, que una impecable firmeza. Escríbala usted avisándole la esta ausencia; yo me encargo de lo demás. ¿Dónde piensa usted ir?

—A Inglaterra; pero pienso viajar mucho. Únicamente la variación de lugares podrá distraer mi hastío y mi tristeza.

—Procure usted no olvidar del todo á los que deja usted aquí—dijo con melancólica sonrisa.

Piense usted, cuando esté lejos, que si usted está triste, ellos lo están también, y que menos dichosos que usted, por no ser libres, tendrán que ocultar sus pesares y disimular sus preocupaciones. Escriba usted alguna vez para saber dónde está y lo que hace, para que nuestro recuerdo llegue hasta usted más directamente que si lo llevase el azar. Prométame usted que si logra recobrar la calma, si se siente al abrigo de toda idea peligrosa, de toda tentación, volverá. Llegará un tiempo en que tranquilizado nuestro corazón y no latiendo más que á impulsos de dulces emociones, podremos vernos sin angustia y gozar de la íntima dicha de recordar nuestros antiguos tormentos.

Con las manos entrelazadas, dominados por la misma emoción, se sonreían con los ojos llenos de lágrimas, dándose mutuamente valor para soportar tan ruda prueba sin quejarse, sin apartarse de la senda del deber. Demasiado honrados para aprender á engañar, y demasiado altivos para aceptar un lazo ilegítimo, se separaban, comprendiendo que no podían vivir juntos, sufriendo y llorando, pero sin vacilar lo más mínimo. Jamás se habían amado más apasionadamente que durante aquellos cortos instantes, en que se sentían dignos el uno del otro por la rectitud de su conducta. No pronunciaban ni una sola palabra, pero se contemplaban en silencio como para grabar más profundamente en su corazón

el recuerdo que deseaban guardar de aquellos momentos.

La campana del reloj les condujo á la realidad, y, saliendo de su éxtasis, advirtieron de que era la una de la madrugada y que hacia dos horas que estaban juntos. El momento supremo había llegado. Se levantaron estremecidos de angustia para pronunciar el inevitable, adiós.

Lydia se dirigió al conde, y fundiendo toda su afección en una dulzura adorable, dijo:

—Adiós, permítame usted el pesar que le proporciono. Yo sola soy la causa de esos sufrimientos, puesto que antes de conocerme vivía usted tranquilo y feliz. Me conoció usted sin desearlo y alteré su existencia; permítame usted en gracia á lo mucho que sufro alejándome de usted.

Armando cayó á sus plantas, y con voz ahogada por la emoción exclamó:

—Usted es la que tiene que perdonarme, querida Lydia, por no haber sabido comprenderla sin amarla, por los disgustos y contrariedades que le ha proporcionado mi imprudencia y mi disimulo. Siendo ambos libres, hubiera consagrado mi vida á hacer la felicidad de usted. Permítame usted por haber intentado conquistar ese corazón, sin poder dar en cambio el mío.

—Nada tengo que perdonar—dijo ella—le amo á usted.

En aquel momento el conde sintió que Lydia

se apoyaba en su hombro y que rozaba ligeramente con sus labios su ardorosa frente; al sentir la suave caricia se levantó bruscamente ahogando un grito. Ante él se hallaba la mujer amada, pálida por la emoción, y sin tener tiempo de reflexionar lo que hacía, la atrajo hacia sí y la oprimió fuertemente contra su pecho. Ella, con desesperados esfuerzos, rechazándole y atrayéndole á la vez, le gritó con espanto, como si desconfiase de sí misma tanto como de él:

—¡Vetel ¡Vetel

Armando se hallaba cerca de la puerta; lanzó á Lydia una última mirada, y sumiso á su imperativa orden, salió precipitadamente.

Atravesó el sombrío vestíbulo, salió al jardín y tomó el camino de su *hotel*. Lydia, cuyos miembros temblaban de dolor y desesperación, permaneció primero en el mismo sitio escuchando el ruido de las pisadas de Armando, que se perdían en el silencio de la noche, después dió algunos pasos al azar, trastornada, abatida. Parecía que un inmenso vacío se abría en su alma, y sintiendo una sensación de profundo aislamiento, exclamó en voz baja:

—¡Dios mío! ¿Qué va á ser de mí?

Ante la separación ineludible, se dió cuenta bruscamente de la solidez de los lazos que la unían á aquel hombre, juzgado por tanto tiempo como un indiferente, y que se había apoderado de ella por la mirada, por la voz, hasta

llegar á ser moralmente su absoluto dueño. Se había apercibido de ello en el momento en que se veía obligada á alejarse de él. Sola en aquella habitación donde habían permanecido dos horas juntos, tuvo miedo á pesar de ser tan valerosa. Un ruido de pasos ligeros se dejó oír; pensó que serían de miss Griffith que se inquietaba por su tardanza, y necesitando ver á alguien á su lado para escapar á sus dolorosas reflexiones, se dirigió en su busca.

Tomó un candelabro, subió el primer tramo de la escalera, y al llegar á la meseta del piso principal se asombró de ver entornada la puerta de su alcoba, por la que se veía la tenue claridad de una lámpara de noche. Llamó suavemente á miss Griffith, pero no obtuvo respuesta. El silencio de su habitación parecía como animado y tuvo el presentimiento de que un sér vivo estaba allí, de que oía el tibio aliento de una respiración entrecortada, tal vez los tumultuosos latidos de un corazón. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. ¿Quién podía esperarla? ¿Quién se atrevía á penetrar en su alcoba? Un movimiento de cólera la impulsó á abrir la puerta, pero casi al mismo tiempo una exclamación mal contenida salió de sus labios; la señora de Fontenay estaba ante ella, dejándola llegar inmóvil, con los ojos fijos, el cuerpo agobiado, espantosamente silenciosa.

Como un rayo cruzó por la imaginación de

Lydia la idea de que la condesa había asistido á su entrevista con Armando. Comprendió en un segundo su lúgubre abatimiento, su dolorosa palidez, su mutismo helado, y no pudiendo soportar la duda, quiso saberlo todo, y avanzando hacia Mina, que no se movía, rígida, lívida, apoyada en la chimenea, exclamó:

—Señora, ¿estaba usted aquí?

La condesa movió lentamente la cabeza en señal de negación, pero no pronunció una palabra.

—Entonces, ¿estaba usted... abajo?

La señora de Fontenay hizo un signo afirmativo, siempre callada, como si el sonido de su voz hubiera debido aterrarla.

Lydia juntó sus manos, y murmuró:

—¡Dios mío!

Y sin añadir una sola palabra, suplicante, humillada, se dejó caer de rodillas ante su rival, cogió su falda y entre sus pliegues ocultó el rostro. Allí permaneció trastornada, no osando levantar los ojos ante la idea de que la condesa hubiese visto y oído todo lo que anhelaba permaneciese oculto eternamente. Al cabo de un instante sintió que Mina la cogía de la mano, diciéndola:

—Levanta, hija mía. Lo que sucede es realmente una gran desgracia, pero no te hago responsable de ella. Yo fui quien cometió la falta, y justo es que sufra las consecuencias.

Lydia se levantó, y mirando con estupor á su interlocutora, exclamó:

—¿Usted, señora?

—Sí, yo, porque desde el primer instante vi más claro que tú lo que en vuestro corazón pasaba, sospeché vuestro amor, y, cuando instintivamente querías alejarte de nosotros, te obligué á venir. Todo lo calculé con la cabeza sin contar para nada con el corazón... ¿Cómo pude creer ni un solo momento que Armando y tú podríais vivir juntos sin que vuestras almas se unieran con irresistible ternura?... ¿Podía ni uno solo de los que te rodeaban llegar á agradarte, estando él, que vale infinitamente más que todos? Tuve el orgullo de creer que podría luchar contra tu juventud, contra tu encanto, contra el atractivo que ofrece lo prohibido... Bien duramente he sido castigada... ¡ay de mí, ¡pero no soy sola la que sufre el castigo!

Subyugada por la altiva magnanimidad de aquella mujer, que en medio de su desgracia, sólo pensaba en la desdicha de los demás, la huérfana apenas pudo murmurar estas palabras:

—¡Oh, señora!... ¡Usted nos compadece! ¡Nos compadece usted...!

—¿Cómo no compadeceros conociendo vuestros sufrimientos y vuestro sacrificio?... ¿Sois culpables, ó inocentes heridos por una fatalidad á la cual habéis resistido con la mayor fuerza de

espíritu? No me habéis engañado, y casi no sois responsables de vuestra falta... No tengo por qué condenaros.

—¡Oh, señora!—exclamó Lydia con desesperación.—Esa indulgencia me anonada más aún que la cólera de usted.

Mina, con los ojos fijos en un punto como si viese en él una visión sobrenatural, repetía:

—¡No, no me habéis engañado! Sois inocentes de toda culpa.

Y exhalando un profundo suspiro dejó caer sus brazos inertes.

Lydia, llena de terror, guardó silencio sin apartar la vista de la señora de Fontenay, cuya razón se extraviaba por momentos, sin darse cuenta de la presencia de la joven. Ante los ojos de la condesa se evocó la imagen del príncipe Schwarzbouurg, triste y grave, como estaba en aquella noche en que, enloquecida y fuera de sí, le había confiado el secreto de su amor por Armando y revelado las amenazas de Waradia. Le veía destacarse en la sombra levantándola y enjugándole los ojos con paternal afecto, compadeciéndola en vez de confundirla con sus reproches, y, á pesar de confesarse culpable, el anciano no la maldecía, sino que lloraba con ella, cuidándose de asegurar su tranquilidad y defender su honor. Así la había tratado, no como á una esposa indigna, sino como á una hija extraviada. Estremeciase al recordar las palabras que el

anciano había pronunciado al final de aquella terrible escena que surgía en su memoria:

—«Pocos días me restan de vida... Cuando no exista, si ese hombre te ama sinceramente únios con el sagrado yugo...»

Una angustia singular la oprimía. ¿No era la situación de entonces idéntica? Entre Lydia y su marido era ella el único obstáculo, del mismo modo que antiguamente lo había sido el anciano príncipe entre ella y Armando. ¿Qué vengativa fatalidad le hacía sufrir tan cruel destino? Seis meses antes, el día en que comenzó á sospechar de su marido, vió levantarse ante sí el espectro del viejo príncipe como un fúnebre vengador, nuncio de próximos infortunios, haciéndole presentir que, en revancha de los diez años de alegría sin nubes transcurridos, la desgracia se aprestaba á tomar sobre ella un terrible desquite. Aquella visión, que tornaba persistentemente á recordarla sus temores, ¿no era por segunda vez su sentencia de muerte? ¿Había llegado el momento de condenarse irrevocablemente á sacrificar su tranquilidad y su vida en aras de la felicidad de Armando? ¿Pero en qué consistía aquel sacrificio? El príncipe de Schwarzbouurg había muerto cargado de años al llegar al término de la vida, pero ella, llena de fuerza, en la plenitud de su existencia, ¿debía condenarse á desaparecer?

Se indignó ante aquella idea, y rechazándola

con violencia, hizo un desesperado esfuerzo para apartar de su espíritu la amenazadora evocación. Al volver á la realidad se halló en la estancia de Lydiá, sola con ella, y adivinando en sus ojos el terror que le habría causado su larga y dolorosa alucinación, dijo con mucha calma:

—Como acaba usted de decidir, saldrá usted mañana de aquí. El partido que han tomado ustedes es el más sensato para usted y para nosotros; pero como es necesario que esto no parezca una ruptura, yo misma acompañaré á usted. Al vernos juntas nadie sospechará una disensión.

—¡Qué buena es usted!—murmuró Lydiá.

—¡No! Soy justa y no hago si no lo que debo hacer. No crea usted al verme obrar así, que no sufro. Tengo el corazón desgarrado porque amo á mi marido con toda mi alma, y la idea de que no me pertenece su amor envenena mi vida. Usted es muy desgraciada al marcharse, pero no lo soy menos al quedarme á sufrir el martirio de verle padecer sin lograr consolarle. No quiero que sepa que he descubierto su secreto, porque no es justo añadir á su dolor la vergüenza de sonrojarse delante de mí. Debe usted comprenderme, porque las mujeres adivinan estas cosas... Prefiero ser mil veces más atormentada si á esa costa puedo evitarle algún pesar.

Ante tan cruel pensamiento, la señora de Fontenay no pudo conservar su firmeza y sus ojos,

aunque á presencia de la señorita Audrimont no habían vertido una lágrima, se humedecieron, dando paso al llanto, que corrió en abundancia por sus mejillas, al mismo tiempo que su pecho se ahogaba por los sollozos. Lydiá se arrojó á los pies de la pobre mártir, le besó las manos, le prodigó mil cuidados, le ofreció su vida, y en tal estado de exaltación se hallaba que no hubiera retrocedido ante los mayores obstáculos para dulcificar aquel dolor, casi divinizado á fuerza de dulzura y de resignación. Las dos rivales lloraron juntas, dejando á un lado sus quejas y sus odios para olvidarse por completo de sí mismas.

Quando recobraron un poco de sangre fría, la condesa se levantó triste, pero resuelta.

—Es preciso separarnos—dijo.—¿A qué prolongar inútilmente esta angustiosa escena? Mañana ya no estaremos solas, tendremos que vigilar nuestras palabras y nuestros rostros; démonos aquí el adiós postrero. Hubiera deseado amarte como á una hija, conservarte á mi lado, casarte y verte feliz; pero el destino no lo ha querido. No me maldigas por ser un obstáculo entre ti y el sér á quien amas; sé indulgente con mi debilidad y no intentes olvidarme. El tiempo modifica muchas cosas, á veces demasiado pronto... No me dejes ignorar tu residencia hoyes?... Quiero poder llamarte muy de prisa si necesito de ti...

Pronunció aquellas últimas palabras con tan

singular entonación, que Lydia levantó los ojos para interrogarla; pero la condesa, erguida, con la boca entreabierta y la frente sombría, como si quisiera tomar una resolución suprema, detuvo con un gesto á la joven, y reiterando su ruego con insistencia, le dijo:

—Sepa yo siempre dónde estás, y si te llamo prométeme venir sin pérdida de tiempo.

—Lo prometo.

—Está bien; ahora ya estoy tranquila. Hasta mañana.

Abrazó estrechamente con maternal afecto á la huérfana, y se alejó. Lydia quedó sola.

X

Al presentarse en el comedor para almorzar al día siguiente, los huéspedes de la villa supieron con asombro que la señorita Audrimont había partido para París. La condesa volvía de despedirla de la estación en aquel momento, y como el barón Tresorier aventurara una pregunta, Mina, con perfecta tranquilidad, dijo que teniendo Lydia la administración de su fortuna, se veía obligada á ocuparse por sí misma de negocios que las mujeres encargan habitualmente á un tutor ó á un marido, y que su ausencia se prolongaría durante algunos días.

—Será inútil que vuelva á Deauville—añadió—porque la estación avanza y pronto nos dirigiremos á las posesiones de Cravant para dedicarnos á la caza. Allí se nos reunirá directamente.

Así quedó justificada á los ojos de los íntimos la ausencia de Lydia.

El barón de Cravant, que paseaba desde por la mañana acompañado de Armando por el camino de Honfleur, no recibió las explicaciones generales; pero entró en la villa con un aire pausado y abstraído que no le era habitual, sin dirigir á nadie preguntas, lo cual hizo suponer que el conde le había dado en su paseo tan poderosas razones, que se había visto obligado á inclinar la cabeza ante ellas.

La entrevista celebrada entre ambos primos fué preparada por la señora de Fontenay, quien por la mañana llamó á su marido, y con una tranquilidad perfecta le anunció que Lydia le acababa de informar de su indispensable marcha en aquel mismo día. Como Armando se mostrase absorto por la forma inesperada que tomaba un desenlace cuya ejecución le pareció que suscitara insuperables dificultades, la condesa añadió con naturalidad completa:

—Creo de mi deber confesarte que esta marcha, tan parecida á una fuga, se debe á las asiduidades de Cravant. Tanto ha insistido en sus peticiones, que nuestra huésped, llena de inquietud, ha creído amenazada su libertad, su se-

singular entonación, que Lydia levantó los ojos para interrogarla; pero la condesa, erguida, con la boca entreabierta y la frente sombría, como si quisiera tomar una resolución suprema, detuvo con un gesto á la joven, y reiterando su ruego con insistencia, le dijo:

—Sepa yo siempre dónde estás, y si te llamo prométeme venir sin pérdida de tiempo.

—Lo prometo.

—Está bien; ahora ya estoy tranquila. Hasta mañana.

Abrazó estrechamente con maternal afecto á la huérfana, y se alejó. Lydia quedó sola.

X

Al presentarse en el comedor para almorzar al día siguiente, los huéspedes de la villa supieron con asombro que la señorita Audrimont había partido para París. La condesa volvía de despedirla de la estación en aquel momento, y como el barón Tresorier aventurara una pregunta, Mina, con perfecta tranquilidad, dijo que teniendo Lydia la administración de su fortuna, se veía obligada á ocuparse por sí misma de negocios que las mujeres encargan habitualmente á un tutor ó á un marido, y que su ausencia se prolongaría durante algunos días.

—Será inútil que vuelva á Deauville—añadió—porque la estación avanza y pronto nos dirigiremos á las posesiones de Cravant para dedicarnos á la caza. Allí se nos reunirá directamente.

Así quedó justificada á los ojos de los íntimos la ausencia de Lydia.

El barón de Cravant, que paseaba desde por la mañana acompañado de Armando por el camino de Honfleur, no recibió las explicaciones generales; pero entró en la villa con un aire pausado y abstraído que no le era habitual, sin dirigir á nadie preguntas, lo cual hizo suponer que el conde le había dado en su paseo tan poderosas razones, que se había visto obligado á inclinar la cabeza ante ellas.

La entrevista celebrada entre ambos primos fué preparada por la señora de Fontenay, quien por la mañana llamó á su marido, y con una tranquilidad perfecta le anunció que Lydia le acababa de informar de su indispensable marcha en aquel mismo día. Como Armando se mostrase absorto por la forma inesperada que tomaba un desenlace cuya ejecución le pareció que suscitara insuperables dificultades, la condesa añadió con naturalidad completa:

—Creo de mi deber confesarte que esta marcha, tan parecida á una fuga, se debe á las asiduidades de Cravant. Tanto ha insistido en sus peticiones, que nuestra huésped, llena de inquietud, ha creído amenazada su libertad, su se-

guridad perdida, y no queriendo usar de rigor con un hombre que á sus ojos no ha cometido otro yerro que el de amarla, me ha rogado, puesto que fui la medianera de Pablo para pedirle su mano, que sea su intérprete para hacerle perder toda esperanza. Sale de aquí esta misma mañana, y te ruego tengas la bondad de conducir á tu primo lo más lejos posible para que podamos tener el campo libre.

—Si quieres que al mismo tiempo—dijo Armando—te evite el trabajo de darle una explicación con respecto á la marcha de Lydia...

—Mucho te lo agradeceré.

A las nueve de la mañana los dos primos salieron á caballo y volvieron al media día, en muy buena inteligencia aparente, pero separados por una hostilidad real. Por ligero que fuese, el baron comenzaba á encontrar en los acontecimientos en que había intervenido desde hacía seis meses, muy sorprendentes circunstancias, y reflexionando un poco más de lo que tenía por costumbre, llegó á adquirir la certeza de que la oposición de la señorita Audrimont coincidía con todos los síntomas de agitación notados por él en la existencia, hasta entonces tan tranquila, de Armando y Mina.

Para adivinar que la señorita Audrimont había sido la causa de aquel trastorno no eran precisos grandes esfuerzos de imaginación. El elegante joven siguió discurrendo y llegó á des-

cubrir consecuencias tan extraordinarias y tan contrarias á la realidad de los hechos como no era posible hallar otras.

Para penetrar completamente el misterio de los pesares de Mina y de las tristezas de Armando; para comprender las causas exactas de la partida de la señorita Audrimont, era preciso darse cuenta del heroísmo de la mujer, de la probidad del marido y de la virtud de la joven. Era aquel un problema demasiado complicado para las cualidades analíticas de Cravant. Sospechó mucho, pero no profundizó, y, por lo tanto, no pudo adivinar el sentido oculto de aquella aventura, hasta pasado algún tiempo.

La actitud de Armando y de la condesa eran las más á propósito para despistar á sus amigos, pues en su presencia se mostraban tan tranquilos de espíritu como si nada hubiera sucedido.

El marqués de Villenoisy celebró el primer día una larga entrevista con la condesa, pero como el viejo diplomático gozaba de particulares privilegios en la casa desde hacía mucho tiempo, nadie se asombró de que Mina le dedicara más tiempo que á los demás.

Armando hizo gala de su actividad, montaba á caballo desde por la mañana hasta la noche, y hubiérase dicho que quería rendir su cuerpo de fatiga.

El paseo á caballo le proporcionaba la innegable ventaja del aislamiento. Diríjase hacia

los acantilados de la costa, ataba su caballo á un árbol, y, sentándose allí, soñaba despierto, mirando vagamente el horizonte infinito.

El ruido de las olas, rugientes sin cesar, servía de eco, al llegar á sus oídos, de la sorda queja de su corazón. Entusiasmado con aquella agitación sin tregua parecía que, ante aquel espectáculo, la irritación profunda que en él dormía se apaciguaba.

No tenía noticias de Lydia, é ignoraba lo que había pasado entre ella y Mina, porque era indudable que algo debió ocurrir. Cuando él creía tener que dar explicaciones á su mujer acerca de la marcha de la joven, habíala encontrado resignada, como una persona que ha recibido confidencias. No se atrevía á interrogarla, temiendo alguna respuesta violenta, pero al verla pálida, con los ojos hundidos, dolorosas sonrisas y, sobre todo, con los cabellos encanecidos en pocos días, adivinó que dominaba algún pesar á la señora de Fontenay, haciéndole envejecer diez años en dos semanas, cuando tan bella se había conservado hasta entonces.

Su sufrimiento era tan ostensible, que sus amigos, alarmados, la prodigaron una solicitud afectuosa. Pero ella, no queriendo que la compadeciesen, acogió sus temores con una tranquilidad tan perfecta que no se atrevieron á insistir.

Un extraño malestar pesaba sobre aquel ve-

raneo, tan alegremente comenzado, y poco á poco los huéspedes fueron alejándose. La señora de Jessac abrió la marcha, después Tresorier y su mujer. El marqués de Villenoisy fué llamado bruscamente á París, y Firmont, que con su olfato de artista había adivinado un drama íntimo, se quedó el último acompañando á Cravant. Pero una hermosa mañana se despidieron y la condesa se quedó sola frente á frente con su marido. Entonces, como habían anunciado, dejaron Deauville para dirigirse al campo.

Sirvióles á ambos de gran alivio el no tener que dominarse para simular una alegría que estaban muy lejos de sentir y para poner buena cara á sus amigos. Allí, en los vastos salones del castillo, en los desiertos espaciosos del parque, podían aislarse y entregarse al descanso de estar tristes á sus anchas. Sólo se veían á las horas de comer, pues el resto del día Armando se encerraba en su gabinete y leía ó fumaba, viendo en las páginas de su libro ó en las oscuras espirales del humo de su cigarrillo dibujarse una deliciosa figura de mujer, nunca evocada, pero siempre presente, como si hubiera quedado algo de ella adherido indisolublemente á él. En el silencio de la soledad dejábase dominar por crisis de pesar semejantes á la locura, saliendo al cabo de algunas horas de su habitación pálido, silencioso, demacrado, como un verdadero espectro de aquel Armando joven y alegre que todos habían conocido.

Trataba á Mina con una dulzura y una bondad que arrancaban lágrimas á la pobre mujer. Nunca, ni aun en sus horas de más furiosa exasperación, pronunció una frase de que hubiera tenido que arrepentirse. Era evidente que se había fijado una norma de conducta y hecho de ella un deber para no dar á la condesa el menor motivo de queja; y ya que se sentía moralmente culpable con respecto á ella, quería asegurar su tranquilidad material. Desgraciadamente no obtuvo aquella tranquilidad. También la pobre Mina estudiaba para no atormentarle, para evitarle todo motivo de inquietud, cuidando de aquel pobre corazón herido con angélica piedad. Curarle, ó al menos consolarle, hubiese sido su desiderátum, pero ¿cómo conseguirlo sin abordar las discusiones necesarias sobre tan terrible asunto? Ya lo intentó cuando aun no estaba segura de su común desgracia; pero ahora que la sabía, temía remover las cenizas, aun calientes, de donde podía brotar una chispa y destruir lo poco que le quedaba de dicha.

Una singular transformación se fué operando en su amor, el cual, sin perder su profundidad, se hacía más indulgente, más dulce, más caritativo. Sus celos y su desesperación se convertían en una negra tristeza por ver sufrir al sér adorado, y en un deseo de calmar sus dolores. No abrigaba contra él cólera de ningún género, y hasta hubiese deseado ser la confidente de sus

penas. Encerraba en su alma tesoros de afecto tales, que la habían permitido escucharle y compadecerle, pues insensiblemente y sin darse cuenta de ello su ternura de esposa se fundía en una ternura maternal, y llegó á ver en Armando más bien un niño cuyo pesar enternece que un esposo cuyo dolor ofende.

El mal humor del conde á pesar de su afán por mostrar á Mina una fisonomía tranquila, para lo cual se contenía, durante dos horas todos los días, en su presencia hacía imposible todo consuelo. Unicamente á solas se dejaba vencer en un abandono completo de su voluntad, en recompensa de los esfuerzos que antes sostenía. No pensaba en su marcha á París, no invitó á nadie para distraer su hastío, prefiriendo su tristeza á toda clase de distracciones, pues sufrir por amar á Lydia era para él un amargo goce.

La condesa recibió, como esperaba, noticias de la huérfana, dándole cuenta de haber llegado á Escocia, donde la familia de miss Griffith, y sobre todo el padre de ésta la había dispensado una acogida sencilla y cordial que la conmovió. Un tierno afecto la unía ya á la menor de las hermanas de su señorita de compañía, que la animaba á comprar una pequeña propiedad y á vivir durante algún tiempo á su lado. Paseábase á menudo por las montañas con la infatigable Griffith, no cansándose de admirar los hermosos lagos y las agrestes perspectivas de

las colinas cubiertas de maleza. Si no el olvido, había hallado al menos en aquella tranquila existencia el adormecimiento de sus penas, acabando por confesar que no era del todo desgraciada.

Al leer la carta, Mina no pudo menos de llorar. ¡Qué diferencia entre el modo de amar de Lydia y el suyo. El alejamiento, el espacio, la contemplación de un horizonte nuevo, habían bastado para dar á la joven una calma inmediata. En cambio, nada distraía su incesante preocupación. ¡Qué espectáculo hubiera podido calmar sus penas! ¡Qué ambiente la hubiera absorbido lo bastante para no sentir la punzadora angustia de su dolor! ¿Quién sabía si Lydia, al cabo de algunos años, tal vez de algunos meses, olvidaría por completo y abriría su corazón á una nueva ternura hacia otro hombre? Pero, para ella, aquel era el último amor, el que precede á la tumba.

Rompió la carta que la había afligido é irritado, como si despertase en su sér un sentimiento de envidia hacia aquella indiferencia innata en la juventud. Apenas la hizo menudos pedazos, se arrepintió de ello, pensando que más hubiera valido dejarla como olvidada sobre una mesa para proporcionar á Armando la ocasión de leerla á fin de que hiciese á éste un efecto beneficioso la comparación entre la tranquila tristeza de Lydia y su rudo tormento. Aun cuando sufriera,

como sufre el paciente mientras le cauterizan una herida, bien venido fuera el sufrimiento si servía para curarle. Sin embargo, después de reflexionar, juzgó más prudente evitar que Armando supiese dónde estaba la joven, pues todo era de temer en un momento de exaltación, hasta que intentase ir en su busca, promoviendo un conflicto irreparable.

La pareció lo mejor procurarle distracciones, porque la desesperante monotonía de aquella existencia ejercía, sin duda, una influencia funesta sobre su triste humor.

Una noche, después de comer, Mina se cogió á su brazo, y conduciéndole al saloncito é instalándose al lado de la chimenea, le dijo:

—¿No piensas invitar á algunos de tus amigos á cazar? Al dar un paseo he visto gran cantidad de conejos, y como todo el mundo sabe que no te gusta cazar solo, nuestros habituales huéspedes de todos los años se admirarán de no recibir aviso tuyo. Vamos á echarlos mucho de menos.

El respondió con movimientos de cabeza cuya significación era muy dada, pero que dejaban traslucir claramente que la proposición no le entusiasmaba. Mina no se dió por vencida, y con dulce insistencia replicó:

—Tal vez la presencia de extraños te fatigue algo al principio; pero ya verás cómo te acostumbrarás y te entretiene el deber de hacerles agradable su estancia aquí.

Nunca, hasta entonces, había hecho la condesa alusión directa á las penas de Armando, á pesar de la tácita conformidad entre ambos de que existían dichas penas, y aunque afectaran no acordarse de ellas. Al oír sus últimas palabras, Armando se sonrojó y quiso leer en el fondo del pensamiento de su mujer su verdadero sentido. La condesa, segura de su irreprochable conducta, sostuvo con tranquila resolución las miradas de su marido, que, poseyendo la conciencia de su sacrificio en aras del deber, no rehuía una explicación. Argumentos irrefutables existían en favor de ambos, pues si bien Mina podía decir: «todo lo he sufrido por tu amor,» él tenía derecho á responder: «tu reposo fué para mí más que mi dicha.» Triste era que con tan perfectas intenciones sólo hubiesen conseguido labrar su mutua desgracia, condenándose á arrastrar juntos la cadena, por cubrir las apariencias.

A tener en aquel instante Mina la audacia de abordar francamente la cuestión y poner el dedo en la llaga, quizás hubiera conseguido curarla, pues una explicación, aunque violenta, en vez de aquel sombrío retraimiento que les separaba, podía haberles unido de nuevo, llevándolos, por medio del afecto sólido encerrado en sus corazones, á un acuerdo definitivo. Los mutuos consuelos, las lágrimas vertidas en común, hubieran purificado su pensamiento, les hubieran prestado fuerzas para vivir, en vez de lan-

guidecer ruidos por la idea de que unidos no podrían ser felices.

—Haz lo que quieras, querida Mina—dijo el conde.—Si juzgas necesario tener gente, invita á quien quieras, mas no lo hagas por complacerme, porque prefiero la soledad á todo en estos momentos.

Al escuchar á Armando, que antiguamente no podía pasarse sin un cortejo numeroso y animado, aquella profesión de fe misantrópica, Mina sintió oprimirse dolorosamente su corazón, no tuvo valor para insistir, y aproximándose á su marido le dijo:

—Sea como quieras; pero si tanto gusto vas tomando á la soledad, llegará un día en que ni á mí me podrás soportar á tu lado...

Al acabar sonrió tristemente, y en voz baja, en la cual se adivinaban las lágrimas, añadió:

—¡Y entonces será preciso que me vaya!

El conde se puso en pie, y con ojos centelleantes exclamó:

—¡Tú, Mina, tú! ¡Qué sería de mí si no te tuviera á mi lado! ¿Acaso no formas parte de mí mismo? Lo poco que valgo te lo debo; eres mi ángel bueno, y si me dejaras, ¡Dios sabe lo que sería de mí!

Ella oprimió sus manos, le obligó á sentarse á su lado y le dijo con ardiente ternura:

—Ya veo que te aburres aquí; no te pregunto nada, no quiero más que compadecerte y con-

solarte. Mi papel cerca de ti, como acabas de decir muy bien, debe ser todo dulzura. Mejor querría morir que causarte la menor pena. Confíame tus preocupaciones y procura cuidarte. Cambiemos de país; la tristeza y la misantropía en que vives no conducen á nada; ¿quieres que viajemos? Vamos á Italia, á Nápoles, á Palermo. ¿No es bastante lejos para olvidar tus tristes recuerdos? Encaminémonos á Oriente, al otro lado de los mares, bajo nuevos espacios, donde ni un átomo del pasado pueda seguirte, donde todo sea distinto, curioso, seductor. Yo seré tu guía, y te prometo no mostrarte más que cara sonriente, no dejarte escuchar más que palabras alegres.

Mina le oprimía, le rodeaba con sus brazos, le arrastraba ardentemente para hacerle salir de aquel camino fatal en que le veía perecer. Olvidando sus torturas, no pensando más que en las de aquel por quien había vertido tantas lágrimas, se hallaba dispuesta á derramar por él toda la sangre de sus venas.

Armando comprendió todo el sublime desinterés que encerraba la tentativa de Mina, pero su herida era demasiado profunda para curarse por tal medio. Seis meses antes, en el momento de la primera explicación, una brusca partida para países lejanos hubiera podido salvarle; pero ahora era demasiado tarde. Agitó la cabeza indolentemente y, en tono desanimado, dijo:

—No, no laves á cabo proyectos tan extraor-

dinarios, te lo ruego. La calma de nuestra vida habitual es lo que únicamente puede satisfacerme.

—Quedémonos, pues—dijo Mina con fingida alegría.—Procuraremos distraernos sin ayuda de nadie.

Continuaron viviendo solos, redoblando mutuamente cuidados y atenciones, y aquellas dos pobres almas doloridas no tuvieron el valor de llegar á una confesión completa que, al conducirles hasta el paroxismo, modificará favorablemente su estado moral. ¿Qué podía existir más espantoso que llorar siempre y vivir desconfiando?

Un pequeño incidente ocurrido hacia fin de Septiembre, á unas cien leguas del castillo de Cravant, produjo un cambio serio en su situación. Héctor Firmont, que á su pasión por la escena unía la afición á la caza, después de hacer uso de diversas invitaciones que le proporcionaron sus relaciones con el *gran mundo* en las mejores casas de los alrededores de París, pensó en trasladarse á Inglaterra para matar algunas perdices y liebres en el Yorkshire; lord Mellivan-Grey le había invitado hacia mucho tiempo á quemar en su compañía trescientos ó cuatrocientos cartuchos diarios en sus extensos dominios. Después de permanecer una semana en Grey-House y de una matanza como no había presenciado nunca ni aun en las suntuosas cacerías

de la *alta banca*, Firmont, arrastrado por el joven lord Fitz-Geral, se internó en Escocia, instalándose en una granja, á fin de dar una batida á los gamos.

La vispera del día en que iba á efectuar su partida el sentimental Héctor, dominado por sus ensueños, trepó por una colina donde se sentó, dejando vagar su mirada por el maravilloso paisaje que se desarrollaba ante su vista. A sus pies corrían las azuladas aguas de un lago rodeado de montañas de un rojo violáceo, cuyas cimas rocosas se destacaban á lo lejos entre una bruma espesa, pero transparente. Un sol espléndido iluminaba aquel admirable sitio, y el aire era tan puro que los ojos parecían penetrar hasta el interior del cielo. Reinaba un silencio profundo en torno de Firmont, que, conmovido, veía acudir á su imaginación algún período *ad hoc* en prosa ó verso de los que siempre hallaba para todas las circunstancias de la vida.

Un ruido de pasos le sacó de su contemplación, haciéndole volverse con enojo; pero su rostro expresó una sorpresa mezclada de alegría al reconocer, imprimiendo su sombra gigantesca en la arena, á su amada de Deauville á miss Griffith. Tras ella iba la señorita Audrimont. Levantóse vivamente el actor, y dirigiéndose á las dos

—¡No me engañan mis ojos!—dijo.

El efecto que produjo su exclamación le dió

á conocer el grado de placer que su encuentro proporcionaba á Lydia. Se detuvo ésta bruscamente, frunció el entrecejo, y no pudiendo esquivar al joven, se acercó á Griffith que, con la mayor candidez, cambiaba con Firmont vigorosos apretones de manos.

—¡Cómo, mi querida señorita Audrimont... ver á usted por última vez en Deauville—continuó el joven actor con exagerada entonación—y volver á encontrarla en Escocia sobre una montaña, frente á un lago! ¿Pero es usted efectivamente ó es Diana Vernon que sale del Rob Roy de sir Wálder Scott?

—Soy yo, Lydia Audrimont sencillamente—respondió con calma la joven.—Vine con miss Griffith á pasar algún tiempo al lado de su familia. El país es magnífico, adoro los paseos por el campo, como sabe usted, y cada día recorremos una parte del valle ó del monte. A eso debo el placer de haberle encontrado. ¿Permanecerá usted aquí mucho tiempo?

—¡No! Pienso llegar á París dentro de dos ó tres días. ¿Tiene usted algún encargo que darme para sus amigos?

Lydia se puso seria, y con voz algo áspera dijo:

—No tengo ningún encargo para París; por el contrario, agradeceré á usted que no diga que me ha encontrado aquí... Vivo tranquila... me molesta que me escriban, porque he adquirido

costumbres perezosas... Tendría que contestar á las cartas, y esa perspectiva me causa horror.

—Permítame, si no es indiscreción, repetir la pregunta que me ha dirigido usted hace un momento. ¿Cuánto tiempo permanecerá usted aquí?

—Todo el tiempo que me agrade.

—Puede agradar á usted quedarse por toda la vida.

—Pues me quedaré toda mi vida.

—¿Cómo? ¿Se ha convertido usted en anacoreta? ¿Va usted, como María Magdalena, como la virtuosa María Magdalena, se entiende, á enterrarse en una gruta de los montes Cheviots ó de las montañas Crampiaus? No tiene usted derecho á hacerlo; pertenece usted al mundo, se debe usted á sus admiradores, á...

—Me debo, ante todo, á mí misma—interrumpió Lydia riéndose;—el mundo no me entusiasma hasta el extremo de sacrificarle mi libertad... Puede que al partir de Escocia vuelva á mi país...

—¿Sola?

—Griffith no me abandonará.

—De ningún modo—dijo la gigantesca acompañante con afectuosa mirada;—¡nunca!

—Ya ve usted que mi soledad no será muy completa ni muy desconsolada.

—¡Pero será desconsoladora para los demás! Y ¿dónde vive usted? Los montañeses escoceses son hospitalarios... ¿Quién presta á usted esa hospitalidad?

—El pastor Griffith, en la villa de Lochness; pero yo agradecería á usted que no me visitase. Vivimos muy en familia; su presencia de usted alarmaría á aquellas sencillas gentes.

—Más claro: me cierra usted la puerta. ¿Teme usted mi importunidad?

—Nada de eso; temo la fama de usted.

Y dicho esto se echó á reír como en los mejores tiempos de su despreocupación y de su coquetería. Luego añadió:

—Es preciso ser prudente; hay señoritas en la casa...

—Vamos, vamos, se burla usted de mí; pero no por eso dejaré de obedecer. Despidámonos para siempre en este camino. Ya sabe usted, querida miss Griffith, que llevo esa imagen grabada en mi corazón, y que hasta mi último suspiro no dejaré de amarla.

Las dos jóvenes le miraron alejarse por el blanco camino y perderse á la vuelta del valle. Dos días después partía de Edimburgo y llegaba á Douvres, y de allí á París. Como había prometido callar, lo primero que hizo al llegar fué correr á casa del barón de Cravant y decirle:

—¿Sabe usted á quién he encontrado en Escocia al borde de un lago? Pues á la señorita Audrimont.

Y como aquél palideciera, tanto por su amor despreciado como por su vanidad herida

—Sí, querido, fresca como una rosa—continuó

el cómico elegante—corriendo entre los arbustos en compañía de la colosal Griffith, me dijo que había dejado la Francia, su familia y á usted sin esperanza de volverles á ver... Me obligó á prometerla que no diría una palabra; pero como sé que eso interesa á usted, he preferido prevenirle, sacrificando mi discreción á nuestra amistad.

—Doy á usted gracias; amigo—respondió Cravant con aire turbado;—me presta usted un verdadero servicio.

—Así lo he creído; hasta la vista.

Y partió, dejando á Pablo en un estado de excitación violenta. De modo que Lydia, cuya marcha había tenido por móvil, según las palabras de su primo, evitar el proyecto de unirse á él, en vez de regresar al lado de la señora de Fontenay en un corto plazo, continuaba en Escocia, sin pensar reunirse jamás á su familia francesa, con la cual parecía haber roto. Luego le habían engañado. Por lo tanto, la resignación con que aceptó la pérdida de sus ilusiones, podía ser considerada como una prueba singular de la tibieza de sus sentimientos. ¿Estaría Lydia de acuerdo con el señor y la señora de Fontenay para matar sus esperanzas, ó habrían abusado de la sencillez de ella como habían abusado de la suya?

Las sospechas que nacieron en su cerebro en Deauville, se despertaron de nuevo más potentes. Encontró equívoca y oscura la situación, y

queriendo cerciorarse de la verdad, decidió ponerse en camino hacia Cravant, donde llegaría en hora y media de tren. Le era fácil hacer sus averiguaciones entre dos trenes para evitar la violencia de almorzar ó comer con Armando y Mina, si las explicaciones que había resuelto pedirles no eran completamente satisfactorias. Sin anunciarles su llegada, para no proporcionarles la facilidad de ponerse de acuerdo, se puso en camino.

Descendió del tren en la estación de Cravant, y tomó un lindo sendero que, á través del bosque, le llevó en un cuarto de hora á la puerta del castillo. Franqueó la verja, subió la terraza del piso bajo y se halló ante las puertas ventananas del salón. Eran las dos de la tarde y la señora de Fontenay leía sola al lado de la ventana abierta. El ruido de los pasos del barón sobre la arena la hizo volverse, y lanzando una exclamación de sorpresa, se levantó para recibir al visitante.

—Usted á esta hora y de improviso—dijo.—¿Qué significa esto? No ha podido advertirnos para que le esperasen en la estación.

Al hablarle, la condesa creyó descubrir en su fisonomía cierta apariencia de malestar, algo de tirantez involuntaria que dejaba traslucir sus anteriores pensamientos.

—Se me ocurrió esta mañana venir á ver á ustedes, y como se trata de un viaje tan sencillo

no he querido molestar á nadie. ¿Pero y Armando, no está?

—Sí, debe de estar en su cuarto, voy á decir que le avisen.

Llamó y dió orden de buscar á su marido.

—¿Continuará usted como siempre?

—No he cambiado; sigo como siempre fui. Continúo igual, querida prima, que es todo lo más que puedo hacer.

Fijó Mina una mirada inquieta en él, y con débil sonrisa le preguntó:

—¿Y el corazón?

—Va defendiéndose—contestó él con tranquilidad.

La condesa insistió, como si quisiera profundizar aquel asunto antes de la llegada de Armando.

—¿Y aquel gran disgusto de hace pocas semanas... pasó?

Cravant se mordió los labios, y con más amargura que lo que hubiera querido mostrar, exclamó:

—No ha habido más remedio...

Pero al ver que podía ir más lejos de lo que deseaba, cambió bruscamente de conversación.

—¡Ah! Ayer noche vi á la señora de Jessac que me encargó mil afectos para usted. Sigue cantando con igual éxito; pero no bastándole París, viaja por provincias. En este momento se

encuentra recorriendo una porción de castillos... Yo le dije: ándese usted con tiento, el día menos pensado la Sociedad de Autores reclamará sus derechos... Hace usted una competencia terrible á los teatros. ¡Cuánto le gusta que le diga esas cosas!

Aquella alegría forzada inquietó á la señora de Fontenay. Creyó necesario estar prevenida, pues era indudable que Pablo no iba á Cravant para hacerles una visita, sino para llevar á cabo un proyecto deliberado. Nada bueno podría resultar para Armando y para ella de lo que el barón preparase, y casi se arrepintió de haber dicho que su marido estaba en el castillo, siéndola tan fácil responder que estaba ausente, cuando sabía de antemano que Armando no se presentaría. No era tiempo ya de tomar una resolución, y su marido iba á verse expuesto á los ataques de Cravant, cuando tanto procuraba apartarle todo género de contrariedades. Se presentó el conde y dió la mano á su primo, que al verle tan cambiado, quedó absorto. Delgado, pálido, con los ojos hundidos bajo sus largas pestañas, tenía una contracción en la boca que daba á su rostro una expresión de profunda melancolía.

—¿Estás enfermo?—preguntó Pablo.—No tienes un aspecto muy floreciente...

—No—dijo el conde con indiferencia—estoy bien.

El barón miró á su primo con aire burlón, y

reanudando la conversación en el mismo punto que la había dejado al entrar, dijo:

—Yo soy quien ha tenido disgustos y tú el que tiene el aspecto de haberlos sufrido.

Al oír aquellas palabras Armando levantó la cabeza, y una especie de velo oscureció su frente. Pablo, sin aparentar advertirlo, continuó:

—¿Cómo es que no encuentro aquí á mi encantador verdugo? Pensé que, una vez libre de mi presencia, la señorita Audrimont se apresuraría á volver á vuestro lado... Todo me lo hacía creer así... y si os dejé tan pronto en Deauville fué para abreviar el tiempo de su destierro... pero ahora veo que no ha vuelto.

Armando y Mina permanecieron mudos de asombro, sin que su turbación conmoviese al barón; éste continuó:

—La creo algo cambiada en sus afectos... Después de la acogida verdaderamente excepcional que la hicisteis, me parece que su alejamiento encierra algo de ingratitud, á menos que no haya razones que yo desconozca que expliquen esa ruptura.

—Quedó silencioso en espera de una contestación y con afán de oír alguna palabra que le permitiera saber á qué atenerse con respecto á Lydia. Había formulado su pregunta de tal modo, que era imposible no responderla sin inferir un grave agravio á la joven ausente. Mina lo comprendió así, y sin necesidad de ha-

blar claro, juzgó útil dar algunas explicaciones.

—Mi querido Pablo—dijo—¿qué induce á usted á pensar en una ruptura entre la señorita Audrimont y nosotros? Nada hay de extraño en verla alejada de nuestro lado durante algún tiempo. ¿Está sometida á nuestro dominio?... Esté usted seguro de que volverá y de que usted se hallará tan curado de esa heridilla de amor propio, que volverá usted á contarse en el número de sus amigos.

—Celebraré que llegue esa ocasión, pero es poco probable, porque ella misma ha manifestado á una persona que me lo ha referido su intención de no volver á pisar el suelo de Francia.

—[De no volver á Francia!—repitió Armando con alterada voz.

—Y eso no se aviene bien con sus noticias de usted, querida condesa.

Mina sospechó que Cravant quería sacar de mentira verdad, y decidida á acosarle hasta lo último, para juzgar de la exactitud de sus informes preguntó:

—¿Y dónde ha visto á Lydia el amigo que ha referido á usted esa historia?

—En Escocia, en un sendero de la montaña, cerca de una aldea que se llama Lochness y donde habita en casa del reverendo Griffith, padre de su señorita de compañía. Ya vé usted que los datos son exactos... ¿Soy yo quien da á usted la primera noticia?

—No tal—dijo la condesa;—estoy muy al corriente de cuanto le concierne.

—Entonces sabrá usted por qué ha desaparecido. ¿Qué crimen espía en aquel desierto?—prosiguió Cravant irritado por la sangre fría con que eran recibidos sus ataques, y queriendo provocar a toda costa una explicación.—¿Es alguna pasión contrariada la que la ha conducido allí? Quien sabe... algún amor prohibido...

Armando se irguió, y dando un paso hacia el barón le dijo con amenazadora firmeza:

—No debo olvidar que la señorita Audrimont es parienta mía, que hace poco tiempo estaba aún bajo mi protección, y que no me place oír hablar de ella en esos términos delante de mí.

—Dispensa, chico—exclamó Cravant con viveza—estoy en condiciones muy especiales y tengo derecho á mucha indulgencia. Mi curiosidad se explica, pues te consta que estuve mezclado con demasiada intimidad en el incidente que sirvió de pretexto para su marcha.

—¿Por qué no vas á Escocia á pedir por tí mismo esas explicaciones á la señorita Audrimont?...

—Acaso sería el único medio de obtener explicaciones leales y francas.

—¿Leales?—gritó el conde con un gesto de amenaza.

—Sí—repuso Cravant levantándose, como para dar más fuerza á sus palabras.

Aquellos dos hombres, excitados por secretos rencores, impulsados por la vivacidad agitada de la conversación, estaban de pie, frente a frente, prestos á la provocación. Mina les vió palidecer de cólera, comprendió que estaban á merced de cualquier frase que provocara el conflicto, é interviniendo con autoridad

—Olvidáis ambos vuestros deberes en esta ocasión—dijo friamente.—¿Desde cuándo, caballeros como vosotros, disputan de ese modo ante una señora? Me tiene acostumbrada, mi querido Pablo, á guardarme más respeto, y tú, Armando, sueles tener más moderación...

El barón se inclinó ante la señora Fontenay, y con tono más calmado repuso:

—Tiene usted razón, condesa, y la ruego que me dispense... Se trata de un asunto que tiene trastornado mi corazón, y me es difícil hablar de él con tranquilidad.

—Pues bien—dijo Mina con fingido contento—no hablemos más de él.—Vamos á dar una vuelta por la estufa, donde la vista de las flores calmará á usted. Deme usted el brazo...

Salieron á la terraza. Armando, impasible, los vió alejarse sin poder encontrar una frase conciliadora que decir á su primo. En aquel momento odiaba ya con toda su alma aquellos celos reaparecidos. Dió algunos pasos hacia la ventana, pasó la mano por su frente contraída, lanzó un doloroso suspiro, y, dejándose caer en una bu-

taca, cerró los ojos como para aislarse más completamente en su desesperante tristeza. Mina y Pablo, del brazo, habían atravesado la terraza, pasaron por delante de las estufas y casi sin darse cuenta de ello entraron en una. Una vez lejos de Armando, no pensaron más que en el asunto candente que acababa de lanzar al conde de Fontenay contra su primo.

—Me ha dicho usted hace un momento, querida prima: «no hablemos más de la señorita Audrimont» —dijo de pronto Cravant.—Creo, por el contrario, que si ha pronunciado usted esas palabras ha sido para hablar más adelante de ella.

—Acaso.

—Creo que no habrá usted olvidado la participación que tuvo en las negociaciones entabladas por mí... Tengo, por lo tanto, el derecho de preguntar... aunque no fuera más que para saber si estaba usted tan bien informada como pretendía.

—¿Qué ventaja sacaría usted de eso?...

—La de estar seguro de que no se ha jugado conmigo, de que nadie se ha reído de mí y de que no he sido víctima de una mistificación.

—¿Qué sospecha usted, pues?

—Sospecho que la encantadora Lydia abusó de singular manera de la hospitalidad que la había usted otorgado, por lo cual la puso usted á la puerta de su casa sin escándalo alguno, pero con gran firmeza, el día que...

—Está usted equivocado—gritó la condesa con energía.—Quiero mucho á Lydia y la tengo por la mujer más honrada que existe...

—Entonces ¿por qué no vuelve al lado de usted? Oigame usted, condesa: hemos llegado á un punto en que es preciso hablar con franqueza. Sabe que soy hombre de honor, y que como tal empeño mi palabra de que lo que va á decirse aquí no saldrá de entre nosotros. Pero yo sé ya demasiado para no querer conocerlo todo. Cuando la señorita Audrimont se separó tan bruscamente de ustedes, debió haber para ello una poderosa razón. Acaba usted de afirmarme que la ama y la respeta, puesto que nada tiene que reprocharla. Entonces ¿de quién proceden los yerros?... Lógicamente, de usted ó de Armando. De usted... es inadmisibile... Entonces, será...

Ante aquella conclusión que renovaba todos sus dolores, la cara de Mina enrojeció, y abandonando el brazo del joven levantó el suyo como para imponerle silencio, y dijo:

—¡Pablo!

Las lágrimas brotaron de sus hermosos ojos sin que pudiera contenerlas, y entonces se concedió la tristísima alegría de desahogar ante el asombrado barón su pecho, tan lleno de pesares y de amargura. En cuanto se calmó un poco

—Ninguna falta tenemos que reprocharnos—dijo con gran dignidad—ni los unos ni los otros, sufriendo todos una gran desgracia con igual

valor. Como suponía usted, la señorita Audrimont no volverá jamás. A menos...

Sonrió tristemente y prosiguió:

—A menos que yo no desaparezca... Soy un obstáculo á la dicha de dos seres á quienes amo y los cuales sufren injustamente... Dios me concederá quizás la gracia, que le pido siempre, de llamarme á sí... y entonces todo se arreglaría de la mejor manera posible... No piense usted, hijo mío, por más tiempo en sus agravios, y calme usted su descontento. Olvidará usted bien pronto; sea usted, por lo tanto, indulgente, con los que no olvidarán jamás.

Ante aquella noble mujer que llevaba tan valerosamente la inmensa carga de sus penas, Cravant se avergonzó de las mezquinas rencillas que le habían preocupado y se avergonzó también de haberla comprometido á una confesión tan penosa. No tuvo más que un deseo: darle seguridad absoluta de que su secreto quedaría bien guardado. Era la sola satisfacción que podía ofrecerle y quiso que fuese completa.

—Agradezco á usted la confianza que ha tenido en mí—le dijo con tiernísimo respeto.—Sólo recordaré una cosa, y es que quiero á usted profundamente. Sobrevenga lo que sobrevenga, cuente usted con mi adhesión inmensa hacia usted y hacia los suyos.

El barón de Cravant, cada vez más animado, sentía sucesivamente lo que decía. Aquel ama-

ble muchacho, que en su vida ligera expresó tantos sentimientos ficticios y pronunció tantas palabras de mero cumplido, se sentía capaz de ser tan generoso como debía serlo entonces. Brillaron sus pupilas y se encontró satisfecho de sí mismo, pues tuvo conciencia de que obraba bien. Hasta se figuró que compensaba en aquel momento todas sus malas acciones. Quiso expresar á la señora de Fontenay la admiración que le inspiraba; tomó sus manos, y estrechándolas añadió:

—¡No puedo decir á usted hasta qué punto la encuentro buena, grande, generosa! Vine aquí con malos designios y me voy reconciliado con usted y conmigo. Usted es quien ha ejercido esta influencia favorable... ¡Ah! Cuando se tiene la dicha de ser amado por una mujer como usted ¿cómo es posible...?

Mina no le dejó acabar y le interrumpió llena de profunda tristeza:

—No censure usted, amigo mío, cuando yo disculpo. Las transformaciones del corazón son misteriosas, pero son también inevitables. No se pueden marcar las fases por que pasan, pero se comprueban perfectamente los resultados... La flor que se abre en la planta se marchita lentamente y muere. Lo mismo ocurre con el amor. ¡Dichosos aquellos cuyo amor muere en los dos al mismo tiempo! Yo soy vieja, querido Pablo, y Armando es joven. Mi vida concluye, la suya

es aún floreciente, y mientras yo soy la planta agostada ó marchita que debe desaparecer, él es el árbol lleno de verdura y de savia que todavía puede fructificar. Hay desacuerdo entre los hechos y las sensaciones; de ahí proviene nuestro mal.

Se dibujó en sus labios una sonrisa melancólica y continuó:

—Ruégole me perdone, pues como he reflexionado mucho sobre estas cosas en mis días de melancolía y en mis noches de insomnio, abuso de usted al hacer esta digresión semifilosófica. La moraleja de todo esto es que, cuando usted se case, debe hacerlo con una mujer más joven que usted. Acaso no la ame demasiado, pero, de ser así, no se lo dé usted á conocer por completo, pues se adquiere muy pronto la costumbre de ser dichosa... y cuando hay que perderla, se sufre un dolor mortal.

Andando de nuevo, habían llegado insensiblemente al palacio, y por una de las puertas ventanas del salón vieron á Armando sentado, sin moverse del mismo sitio y con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Vaya usted á estrecharle la mano—dijo Mina dulcemente.

—Con toda mi alma.

—¡Véale usted; es muy desgraciado!

Mina no se compadecía de sí, no se compadecía más que de él. Entraron en el salón, y el

conde se levantó al verlos aproximarse. Les observó con aire preocupado y vió que le saludaban con rostro tranquilo y sonriente. Su frente se despejó.

—Aquí tienes á Pablo que se va—dijo la condesa— y que viene á despedirse.

—Nos hemos expresado con viveza hace un momento—dijo el barón con cordialidad, pero eso no puede tener consecuencia alguna... ¿No me guardas rencor?

—No.

—¿Le acompañaremos hasta la verja?—preguntó Mina.

Armando se levantó sin responder, como un hombre indiferente á cuanto le rodea y que anda ó se detiene automáticamente. Siguieron uno de los bellos paseos del parque, bajo la verde bóveda formada por los árboles seculares, y llegaron á una verja, no muy alta, que daba al campo y desde la cual se veía el techo rojizo de la estación del ferrocarril.

—Adiós, pues—dijo Cravant con amistosa sonrisa.

—¡Adiós!—respondieron Mina y Armando.

Se separaron y al cabo de algunos pasos se volvió para mirarlos. Estaban junto á la puerta, viéndole alejarse. Los contempló uno al lado del otro dentro del marco blanco de la tapia, y destacándose del fondo sombrío de los macizos del jardín. Dióle un escalofrío al asaltarle el presen-

timiento de que quizás no vería más á uno de aquellos dos seres, y quiso fijar sobre ellos más atentamente su mirada, como para descubrir quién tendría la suerte de caer el primero. Pero habían desaparecido, y la verja cerrada, triste y negra bajo las ramas pendientes de los árboles, le hizo el efecto de la puerta de una tumba.

XI

Noche terrible de fiebre y desorden fué para Armando la siguiente á la visita de Pablo de Cravant. Solo en su habitación, sin decidirse ni á reclinar la cabeza en la almohada, se paseaba agitado, dando vueltas en su cerebro al espantoso pensamiento de que Lydia se había ausentado para siempre. Con gran pesar, pero pacientemente, sufría la separación que no creyó definitiva, pues nunca pudo concebir la posibilidad de vivir sin volver á verla. Pablo mataba de improviso su esperanza al asegurarle que su resolución de no regresar á Francia era firmísima, sometiéndole al tormento cruel de un condenado á muerte que, confiado en la idea del indulto, se ve sorprendido con la noticia de que es llegada la hora de marchar al cadalso.

Dos meses hacía que ignoraba su paradero y que la que, durante un año, ocupó un lugar tan

preferente en su alma había desaparecido, dejándole sin vida. Pero á pesar de tantos días transcurridos, en el fondo de su corazón dormía una vaga esperanza de que aquella mujer le amaba de lejos y volvería á París atraída por irresistible imán, al final del otoño, cuando él volviese. Entonces sería imposible no encontrarse alguna vez... ¡Qué alegría tendría al verla, aunque fuese de lejos, en la calle, sin aproximarse, sin hablarla, pero pudiendo contemplarla al fin! Al visitar á Mina le proporcionaría indirectamente noticias suyas. Pequeña felicidad, bien fugitiva alegría, pero al fin alegría y felicidad que no disfrutaba sin su presencia.

Tan hermosos proyectos vinieron á tierra al saber que fijaba su residencia en Escocia ó que regresaría al Canadá. ¡Todas sus creencias fueron vanas! Cuando la ausencia no la martirizaba, cuando creía posible que la distancia, el mar, los espacios se interpusieran entre ellos, era que su afecto no igualaba en intensidad al que ardía en su pecho. Lydia era insensible, puesto que sufría en silencio aquel destierro.

El conde la acusaba de no tener corazón, de no sacrificarlo todo á un afecto que debía serle tan caro, sabiendo que su presencia dulcificaría su miserable estado.

El, á haber sido libre para seguir los impulsos de su corazón, se hubiese hecho presente todos los días por alguna previsión delicada y secreta,

timiento de que quizás no vería más á uno de aquellos dos seres, y quiso fijar sobre ellos más atentamente su mirada, como para descubrir quién tendría la suerte de caer el primero. Pero habían desaparecido, y la verja cerrada, triste y negra bajo las ramas pendientes de los árboles, le hizo el efecto de la puerta de una tumba.

XI

Noche terrible de fiebre y desorden fué para Armando la siguiente á la visita de Pablo de Cravant. Solo en su habitación, sin decidirse ni á reclinar la cabeza en la almohada, se paseaba agitado, dando vueltas en su cerebro al espantoso pensamiento de que Lydia se había ausentado para siempre. Con gran pesar, pero pacientemente, sufría la separación que no creyó definitiva, pues nunca pudo concebir la posibilidad de vivir sin volver á verla. Pablo mataba de improviso su esperanza al asegurarle que su resolución de no regresar á Francia era firmísima, sometiéndole al tormento cruel de un condenado á muerte que, confiado en la idea del indulto, se ve sorprendido con la noticia de que es llegada la hora de marchar al cadalso.

Dos meses hacía que ignoraba su paradero y que la que, durante un año, ocupó un lugar tan

preferente en su alma había desaparecido, dejándole sin vida. Pero á pesar de tantos días transcurridos, en el fondo de su corazón dormía una vaga esperanza de que aquella mujer le amaba de lejos y volvería á París atraída por irresistible imán, al final del otoño, cuando él volviese. Entonces sería imposible no encontrarse alguna vez... ¡Qué alegría tendría al verla, aunque fuese de lejos, en la calle, sin aproximarse, sin hablarla, pero pudiendo contemplarla al fin! Al visitar á Mina le proporcionaría indirectamente noticias suyas. Pequeña felicidad, bien fugitiva alegría, pero al fin alegría y felicidad que no disfrutaba sin su presencia.

Tan hermosos proyectos vinieron á tierra al saber que fijaba su residencia en Escocia ó que regresaría al Canadá. ¡Todas sus creencias fueron vanas! Cuando la ausencia no la martirizaba, cuando creía posible que la distancia, el mar, los espacios se interpusieran entre ellos, era que su afecto no igualaba en intensidad al que ardía en su pecho. Lydia era insensible, puesto que sufría en silencio aquel destierro.

El conde la acusaba de no tener corazón, de no sacrificarlo todo á un afecto que debía serle tan caro, sabiendo que su presencia dulcificaría su miserable estado.

El, á haber sido libre para seguir los impulsos de su corazón, se hubiese hecho presente todos los días por alguna previsión delicada y secreta,

hallando el medio, sin mostrarse aparentemente, de recordarla su admiración, de aliviar sus pesares con alguna prueba de ternura comprendida sólo por ella y por lo mismo de más valor. ¡Ella, en vez de consolarle y compadecerle, le abandonaba!

En medio del silencio de la noche salían de su alma gritos de furor mal contenidos al pensar que su resignación era inocente y que todo, hasta el crimen, sería preferible, á verse sumido en la más negra desesperación. Su anhelante deseo le impulsaba á salir de Cravant, á ir á París, á Escocia, á verse en un par de días en Lochness al lado de su ídolo, y como por el cristal de un estereoscopio cruzaban ante su vista los caminos, los árboles, los lagos azules bajo un claro cielo, y, por último, la silueta de Lydia, subiendo por la montaña, expresando en su lindo rostro una incurable tristeza.

Intentó distraer con el cambio de sitios la sobreexcitación de su pensamiento, pero inútilmente, porque la querida visión no huía de sus ojos, le seguía por doquiera, era imborrable, estaba dentro de su sér, imperiosa, fija, clara y con tan minuciosos detalles, que se imaginaba á la misma persona adorada junto á sí.

Las huellas de un dolor intenso, impresas en su semblante, hicieron exclamar en voz alta al conde, víctima de su ilusión óptica, creyendo ser escuchado:

—¿Por qué, mujer adorada, apareces ante mí con tal expresión de pesar?

Y una voz, que creyó ser la de su amada, murmuró á su oído:

—Porque soy tan infeliz como tú.

Entonces, dirigiéndose á aquel fantasma que surgía ante él, torturador y adorable, dijo:

—Si eres desgraciada, ¿por qué te has ido tan lejos? ¿Por qué has interpuesto el mar entre tu cariño y el mío?

La aparición respondió:

—Para estar segura de no faltar á mi promesa, de no volverte á ver. Estando cerca, ¡quién sabe si hubiese resistido á la alegría de presentarme ante tus ojos! Y cediendo una vez, ¡quién sabe si, de concesión en concesión, hubiera terminado por cometer una falta irremediable! Todos somos débiles, y yo aun más que los otros, puesto que te llevo en el fondo de mi alma.

Armando, loco de pasión, gritó:

—¡Vuelvel! ¿Qué importa lo que pueda suceder? ¡Me es imposible vivir así!

Parecióle que el rostro de Lydia se cubría de un vaporoso velo, la vió menos distintamente, como si se alejase, y hasta su voz llegó más débil á su oído, diciendo:

—Sabes que es imposible, puesto que tú tampoco vienes y permaneces atado voluntariamente á tu cadena, fiel al deber, á la fe jurada y al honor, aun cuando te sientas morir.

La visión se borró poco á poco, y Armando, que la rehuía momentos antes, quiso detenerla fijarla allí para siempre, aterrado ante la idea de no volverla á ver si la dejaba escapar; pero todo fué inútil; su pensamiento se vió envuelto en las tinieblas y se halló solo en su silencioso cuarto.

Cayó entonces en una gran postración física y moral; tendióse sobre un diván consumido por la fiebre pasada y más desesperado al ver la realidad frente á sí. Sus esperanzas habían muerto. Era necesario comprenderlo así y tener la fuerza de voluntad de confesarlo para evitar nuevas recaídas, forjándose la tristísima ilusión de que Lydia no existía. La tumba no la ocultaría mejor que el destierro. ¿No se había marchado cediendo á sus instigaciones? Entonces ¿qué significaba aquella rebelión de su espíritu, aquella protesta de todo su sér contra el hecho de vivir separados? Los acontecimientos no podían cambiarse, pues ni Lydia era mujer capaz de entregarse á Armando ni él era hombre que pudiera vivir con ella, abandonando á Mina.

Nunca pensó en semejante solución; jamás la habría discutido en el fondo de su cerebro. La existencia irregular, un hogar de contrabando, el abandono de su posición social, la ruptura con sus amigos, no podía aceptarla ni por Lydia ni por él.

En sus horas de extravío exclamaba: «¡Todo menos el dolor que padezco!» Pero veíase obliga-

do á examinar los hechos materiales: su marcha, dejando á la condesa sola; la desesperación de aquella admirable mujer á quien seguía amando; el escándalo cebándose en su nombre; los comentarios corriendo de boca en boca; los irónicos relatos de los periódicos. Y todo aquel dolor, toda aquella vergüenza y todo aquel lodo, le producían insoportable hastío y se veía obligado á continuar haciendo lo mismo que durante aquellos dos meses, esto es, cumplir con su deber.

Pasó gran parte de la noche soñando despierto, presa de alucinaciones más crueles que las ideas que le atormentaron durante el día. Al rayar el alba se acostó, pero no pudo conciliar el sueño. Cuando se presentó en el comedor para almorzar estaba ojeroso, demacrado, lívido. Mina le contempló con espanto al pensar que no podría soportar por mucho tiempo tan continuas angustias. No se atrevió á hablarle de su salud, pero se esforzó en distraerle, en referirle mil cosas que anteriormente le interesaban. Armando comprendió la intención de su mujer y le conmovió su inagotable bondad; dirigióla miradas llenas de lágrimas como un pobre enfermo que no tiene ya fuerzas para hablar y que procura manifestar su agradecimiento á la persona que le cuida con admirable adhesión. Hubiera deseado arrojarse á sus plantas, inclinar su frente sobre sus rodillas y permanecer allí

inmóvil, con los ojos cerrados, como lo hacía con su madre cuando niño. Le parecía que en el seno de su santa mujer se hubiera templado y adormecido el fuego ardiente que le abrasaba el cráneo, pero no osó quejarse ante la que con una sola frase le hubiera mostrado su corazón lleno de indulgente ternura, porque el pudor de sufrimiento se lo impedía. Continuaron frente á frente, torturados por sus dolores, pero inmutables, en vez de comunicárselos y llorar juntos.

El día transcurrió triste. Era uno de esos días de fin de Septiembre, en que el otoño reparte su fría y menuda lluvia sobre los bosques y los valles, sacudiendo las amarillentas hojas y llorando entre sus ramas. Armando, siempre solo, porque únicamente en la soledad veía un consuelo, daba vueltas en su cerebro al problema terrible de su infortunio, sin encontrarle solución apetecible. Mina, aterrada del estado moral de su marido, olvidábase de sus pesares para no pensar más que en las inmediatas consecuencias, que eran ante sus ojos extraordinariamente amenazadoras. En las miradas extraviadas del pobre infortunado veía impresas las huellas de una incipiente locura, nacida de la idea fija que le destrozaba el cerebro como un germen destructor. Conocía aquella idea, sabía cuál era: ver de nuevo á Lydia. Haciendo la autopsia moral de aquella cabeza enferma, de aquel corazón herido, no se hubiera hallado en su inte-

rior más que el alma de Lydia. Todo lo que no era *ella* carecía de valor para él, y sólo su gran firmeza de voluntad retenía á aquel pobre sér donde debía estar hasta la muerte.

Se apoderó de Mina un inmenso dolor, hijo de la piedad y no de la cólera. ¡Oh!, había luchado por la defensa de sus derechos, había empleado todos los medios de salvar su honor, había recurrido al disimulo, después á la violencia, pero todo había sido inútil; la altivez que la animaba al comienzo de la lucha no sostenía ya su ánimo resuelto. Sus lágrimas vencieron á su orgullo. Ella, que había dicho: «¡Todo ó nada!» lamentaba su decisión y maldecía su curiosidad. Recordó lo que su antiguo amigo, el marqués de Villenoisy, la dijera la primera vez que le confió sus dudas: «¿Por qué quiere usted saber la verdad? Conténtese usted con las apariencias.» Había rechazado con altanería un consejo que encerraba tan humillante compromiso, y ahora, al recordar aquella frase audaz, se arrepentía de haberla pronunciado.

Por haber querido mantener todos sus derechos no la quedaba ninguno, y el compromiso que tenía que aceptar era más miserable que el que rechazó con tanta indignación, pues en vez de asegurarle su tranquilidad material y su seguridad moral la dejaba entregada á las más humillantes dudas y á las más dolorosas angustias. Carecía de energía y de iniciativa para tomar una

resolución en un momento en que era preciso dominar los acontecimientos y saber conducirlos. Su fuerza, aniquilada en la lucha, la hacía experimentar una sensación de cansancio, cuyo único remedio era un sueño muy pesado y muy largo, acaso eterno si había de ser eficaz.

A la hora de comer se reunieron ambos en la mesa, pero sus esfuerzos para hablar fueron ineficaces; sus frases repercutían con lúgubre sonoridad; callaron bien pronto, y una vez terminada la comida subieron á sus respectivos aposentos, después de cambiar un tierno apretón de manos.

Armando comenzó sus acostumbrados paseos por la estancia, esperando evocar la visión de la víspera, pero no consiguió su deseo y permaneció solo, presa del más profundo pesar, imaginando que jamás volvería á disfrutar de tan extraña dicha; se reprochó su debilidad, se dijo que existían otros seres que soportaban con heroísmo sus dolores, y que á fuerza de resistir valerosamente llegaban á dominar su mal, á encontrar la perdida calma y aun algún placer relativo, ó se entregaban á sus trabajos y se absorbían en faenas que los regeneraban, dándoles esperanza de triunfo. Pero él, enervado por la lucha que sostenía contra sí mismo hacía seis meses, era incapaz de la menor resistencia. ¡Mostrar heroísmo cuando tenía menos valor que un niño! Allí, la única valerosa, era Mina.

A fuerza de considerarse débil y hasta miserable sintió tal desprecio por sí mismo, que su tristeza fué en aumento. ¿Cómo podría entregarse al trabajo, perder en el ardor de un apasionado estudio el sentimiento de su pequeñez? Jamás había sido apto más que para la carrera de las armas, y su vida se consumía en la ociosidad. ¿Qué ayuda, qué salvaguardia podía esperar? Era un pobre barco desmantelado, sin gobernalle, combatido por las olas, destinado á deslizarse sin rumbo fijo hasta su destrucción total. Al llegar á este punto de sus reflexiones, un relámpago iluminó las tinieblas de su cerebro. ¡La destrucción final! ¿No era aquel el desenlace obligado de su aventura? Pero ¡quién sabía si tardaría algunos años en llegar y tendría que sufrir hasta entonces la pesadilla terrible que le atormentaba sin tregua! Después de todo, ¿no era libre para abreviar el tiempo de su condena y apresurar con la muerte la hora de su libertad?

¡La muerte! Una sonrisa se dibujó en sus labios. La muerte era un suplicio bien insignificante para un hombre como él, valiente ante los peligros reales, aunque débil ante los indefinidos. Mil veces la había afrontado, sin estremecerse, en el campo de batalla y en los desafíos, viendo á sus compañeros caer entre el ensangrentado polvo y entre los despojos guerreros, sin quejarse de su suerte, puesto que sucumbían útil y gloriosamente. Conocía áquella prueba y no te-

mía someterse á ella, sabiendo que consistía tan sólo en un instante de resolución, en sentir el frío de un cañón de hierro en la frente, en ejercer una presión con el dedo sobre un gatillo, y... nada más. Luego el silencio, el reposo, el olvido eterno. ¿Y quién sabía?... Tal vez desprendida su alma de los lazos carnales, gozase la libertad de atravesar los espacios y llegar junto á Lydia, de pasar invisible á su lado y posarse en sus labios ó en el aire que aspirase.

Una exaltación horrible se apoderó de aquel desgraciado á la idea de que dependía de él reunirse al sér adorado sin romper el contrato humano que llevaba su firma, sin faltar á la fe jurada, sin promover escándalos, sin merecer reproches ni censuras. Se levantó, y, dirigiéndose hacia un mueble de ébano colocado cerca de la ventana, le abrió y cogió un revólver, que contempló y examinó con fría precisión. Su rostro adquirió una aterradora calma; estaba resuelto. Ya no luchaba, no se defendía, y un bienestar, desconocido hacia largo tiempo, invadió todo su sér. Sentóse cerca de la mesa donde había dejado el arma libertadora, y siguió reflexionando melancólicamente, pero sin la espantosa agitación que le conducía desde algunas semanas antes casi á la demencia.

Repasó en su imaginación los últimos acontecimientos de su vida, y con frío fatalismo, se dijo que el destino de las criaturas no podía

contrarrestarse. Habían concurrido á formar el rayo su propia debilidad, la ceguera de su mujer y el apasionamiento de Lydia. ¿A qué torturarse, puesto que era imposible modificar su destino? Pensó que Mina, una vez libre de su presencia, después de la primera crisis violenta de dolor y de amargas quejas, sería mucho menos digna de lástima que trastornada sin cesar por sus celosos temores. ¡Ah, quién hubiera podido suponer que su inmenso amor cedería á aquella miseria moral! Aun no habían transcurrido diez años desde el comienzo de aquella ternura cuyo fin parecía imposible, y, sin embargo, había sido ya sustituida por otra que á su vez acaso desaparecería también. ¿Qué misterios encierra el corazón del hombre para que tan fácilmente cambie á impulsos de un capricho, de una sensación inexplicable, muchas veces involuntaria? Y por un antojo ó por una sensación, ¿se trastorna la vida hasta el punto de que ninguna calma, ningún goce parezca posible? Tan corta y vana existencia, llena de preocupaciones, de contrariedades, de agitaciones inagotables, ¿merece conservarse?

Estas reflexiones confirmaron á Armando en su resolución. Preparóse á perder el sentimiento de su dolor con feroz alegría, y, levantándose, dió algunos paseos mirando fijamente los objetos, como si quisiera llevarse consigo un recuerdo exacto de aquella habitación, en que había vivido

y donde iba á morir. Después cogió el revólver, y, al aproximarse á un espejo para buscar el sitio donde debía aplicar el cañón sin que errase el tiro, observó con asombro su intensa palidez. ¿Por qué estaba pálido, si no tenía miedo? Levantó el brazo, pero al hacerlo dió un paso atrás lanzando un grito; al lado de su rostro acababa de ver en el espejo el de Mina, con los ojos desmesuradamente abiertos, los labios lívidos y temblorosos, representando la imagen del espanto.

Creó ser víctima de una alucinación, pero no era así. Su mujer estaba en el umbral de la puerta, cuyas colgaduras oscilaban aún, de pie, inmóvil y blanca como una estatua, sin voz, pero dejando ver el horror que la dominaba en la expresión de su semblante, en su actitud, en todo su sér, excitado, pero inerte. Armando sintió un vértigo, y entreviendo todas las consecuencias de su abortada tentativa llevó vivamente el arma á su sien; pero Mina, más rápida aún, dominada por el exceso mismo de su terror, se arrojó sobre él, y, cogiendo el revólver con ambas manos, dirigió el cañón hacia sí, y arriesgando su vida, se lo arrancó; luego, tras un profundo suspiro de alivio, con los miembros extenuados por la emoción aplanadora de aquel movimiento terrible, se dejó caer sobre una silla, casi exánime, pero oprimiendo en su rígida mano el arma mortífera.

Armando no se movió del sitio; en él perma-

neció con la mirada fija en el suelo, pero en plena posesión de sí mismo. La desgraciada mujer, con una energía sobrehumana que pudo más que el abatimiento en que la había sumido tan terrible espectáculo, se adelantó hacia su marido, y, por todo reproche, con desesperada entonación le dijo:

—¡Oh, Armando, dejarme sola!

De aquellas sencillas palabras se desprendía bien claramente el concepto de que, al recurrir Armando á la muerte, desertaba, cometía una traición, una acción villana.

El conde, profundamente conmovido, bajó la cabeza. Entonces, al verle aterrado y sin procurar encontrar una palabra de disculpa, Mina lanzó un gemido.

—¿Adónde hemos llegado—dijo amargamente—para que halles la vida tan insoportable y decidas quitártela? ¿Qué he hecho yo para merecer tal castigo? ¿Cómo explicarme tan extraña resolución? ¿Qué!... ¿Por un amor contrariado quieres faltar á todos tus deberes? ¿Por una mujer ibas á matarte? ¡Tú, con el nombre que llevas, con un pasado tan brillante, degradarte de un modo tan vergonzoso!

—¡Mina!—murmuró sordamente Armando.

—¿Hallas otras expresiones más suaves para calificar este acto? No las conozco, y soy tan buen juez como tú, según creo, en materia de honor.

Acababa de aparecer la altiva Schwarzbouurg.

El conde no pudo sostener el brillo de su mirada, la autoridad de su actitud, la energía de su indignación, y sin responder, inclinado como bajo un fardo de gran peso para sus fuerzas, se dejó caer en un sillón y esperó. Exasperada por su mutismo, que tomó por una sorda resistencia, Mina prosiguió:

—De modo que mientras yo sufro con valor y me resigno á resistir una situación creada por ti, eres tan débil, y al emplear esa frase te hago un favor, que piensas sustraerte á las consecuencias de tu conducta. Eres el culpable y no quieres sufrir un castigo, mucho menos doloroso que mi martirio, puesto que soy la víctima.

Como él la mirase lleno de estupor, la condesa prosiguió:

—¡Oh! Tiempo es ya de que cesen los fingimientos y de que se disipen las situaciones equívocas. Te he concedido la limosna de mi piedad hasta hoy; he fingido ignorancia para no herir tu orgullo, para no irritar tu conciencia; pero puesto que te encuentro tan desprovisto de orgullo; puesto que descubro en ti una conducta tan poco escrupulosa, no tengo por qué continuar sufriendo los inconvenientes de una situación poco clara. Conviene que sepamos ambos á qué atenernos, tú, sobre mi pretendida ignorancia, yo sobre tu honradez. Sabe, pues, que no ignoro nada de lo ocurrido entre tu prima y tú; que asistí ¡ojalá nunca lo hiciera! á vuestra úl-

tima entrevista, que oí vuestras frases... y que, de acuerdo conmigo, del mismo modo que contigo, se alejó de nosotros... Se trataba de salvar el honor de todos, y hemos obrado unánimemente. ¡Oh! ¡Vi con orgullo que ninguno de los dos vacilasteis sobre la conducta que debíais seguir! Por penosa que fuera la reparación, la aceptasteis. Yo también consentí en guardar secreto y en sufrir en silencio la muerte de mis ilusiones. Ninguno de los tres carecimos de dignidad para juzgar cuál era nuestro deber ni las resoluciones que debíamos tomar, demostrando que nuestra honra nos obligaba á firmar un pacto. Lydia, fiel á lo concertado, se alejó, esforzándose por olvidarte; yo soporté el dolor de mi amor perdido, de mi confianza destruida, sometiéndome al mismo tiempo á la tristeza de la vida solitaria y retraída que me has obligado á hacer; todo lo he intentado para consolarte, para endulzar tu dolor, y tengo la convicción de haber hecho lealmente todo cuanto he podido hacer. Ahora respóndeme: ¿cómo has soportado tú nuestra común desgracia? Bastábate un poco de resignación y de paciencia; no te se pedía más que dulzura y bondad. ¿Demuestra ser paciente el que no se somete á una prueba de dos meses? ¿Es ser resignado sublevarse contra el destino y querer cambiarle? ¿Es ser dulce y bueno no vacilar en producir á los que te aman el más espantoso de los dolores?

Armando permanecía con la frente inclinada, las manos caídas, sin voz y en un estado de estu-
por tan extraño, que la cólera de la condesa se
convirtió en repentina inquietud. ¿Era que aquel
hombre no tenía ya suficiente energía para defen-
darse de los punzantes reproches con que le ata-
ba? ¿Estaba tan resuelto á llevar á cabo su terri-
ble proyecto, que todo cuanto le decía le era indi-
ferente? Mina le observó con atención. Estaba
inerte, con los párpados cerrados, las facciones
tranquilas, como si estuviese durmiendo. Se
aproximó á él, y tocándole suavemente en el
hombro, le dijo:

—Armando, ¿no me respondes? ¿No tienes
nada que decirme?

El conde movió la cabeza lentamente y expre-
só tan completo aniquilamiento moral, que su
mujer se estremeció de dolor.

—¿No quieres hablarme?—le preguntó.—¿Es
que te has propuesto no hablar de este asunto,
ó es que te ha disgustado mi severidad? Si es
así, perdóname y no uses conmigo de tanto ri-
gor; la hora que va á sonar es decisiva... De ella
depende nuestra vida, y si no llego á convencerte,
¿qué puedo esperar, qué va á ser de mí? No he
de estar siempre á tu lado para arrancar de tus
manos la pistola; y aun cuando así fuese, ya en-
contrarías otros medios de quitarte la vida... ¿Y
yo, y yo entonces? Armando, en nombre del cie-
lo, por toda la ternura que encierra para ti mi

alma, por aquel amor que me profesabas ha tiem-
po, no te empeñes en no responderme. ¡Callar en
este momento es impedirme defender mi causa,
es hacerme comprender que todo es inútil! ¡Ar-
mando, reflexiona! No te condenas á ti mismo
en este instante; á quien condenas es á mí, que
sabes no podré sobrevivir á tu muerte. ¡Oh, no
me impongas el suplicio de verte muerto, de te-
nerte inanimado entre mis brazos, de llorar por
ti! ¡Se estremecen mis entrañas á la idea de que
tu sangre corra, de que tu carne se desgarre
por la herida, de que tus ojos se cierren y no
me miren más! ¿Qué te he hecho yo para que
me trates tan duramente? Abusas de mí porque
te amo. No eres malo, y si me consta que ten-
drías piedad de cualquier extraño que sufriera;
¿por qué permaneces impasible ante mi desespe-
ración? Al menos háblame, mírame, levanta los
ojos, muéstrame que aun vives. Consiente en
razonar, aunque no sea más que un cuarto de
hora, conmigo; á nada te comprometerá esa con-
cesión, y yo te bendeciré por habérmela otorga-
do. ¡Olvidaré, sólo por ese cuarto de hora, los
innumerables días y noches que he pasado llo-
randol

Arrodillada á los pies de su marido le abra-
zaba, le oprimía contra su pecho, quemándole
con su aliento, infiltrándole su deseo, haciendo
pasar á sus venas, á su corazón y á su cerebro
toda la generosa fiebre que la abrasaba. Quería

salvarle, y hubiera sacrificado á la humanidad entera para asegurar su reposo. Inclinada sobre él, advirtió de pronto que varias lágrimas silenciosas corrían por sus mejillas.

Entonces dió un grito de alegría.

—¡Oh, lloras! ¡Puedo esperar aún!

Se apoderó de las manos del conde, le oprimió la cabeza entre sus brazos y le obligó á mirarla, hablándole con una especie de apasionada locura:

—¡Vamos! Sal de ese silencio, de esa inmovilidad... Te he tratado mal hace un instante, y me arrepiento amargamente de ello. Ya sabes que á veces no es uno dueño de dominar un movimiento de cólera, que se deja uno llevar de un mal impulso, pero luego viene el pesar de haberlo hecho... Te amo demasiado para que puedas sospechar que he querido ofenderte ni siquiera que he intentado disgustarte... Ha sido un resto de celosa impresión lo que me ha cegado, pero ya terminó... ¡Celos, Dios mío! ¿Para qué? Son ya ridículos á mi edad y con mis cabellos blancos. Ya lo ves, se han vuelto blancos del todo... ¡He sufrido tanto en secreto! Yo ya no puedo ser tu mujer. Tú, tan joven, no puedes amar á una pobre vieja como yo... debí comprenderlo; pero como el corazón no tiene arrugas se defiende contra el olvido... Desde ahora seré más razonable, y te adoraré, no por mí, sino por ti... como una madre. ¡Sí, quiero ser tu madre! Tendrás confianza en

mí, me lo confesarás todo, podré consolarte, darte valor, prometerte la felicidad.

Se levantó, al terminar, resplandeciente de generosa abnegación, con el rostro enrojecido y los ojos brillantes, y prosiguió:

—¡Oh! He adivinado lo que pasa en tu cerebro hace dos días. Sabes dónde se ha refugiado Lydia porque ese estúpido de Pablo te lo dijo, y te domina el deseo de buscarla. Pues bien: si necesitas encontrar fuerzas para vivir en el placer de volver á verla, no dudes en decírmelo, y... ¡yo misma te conduciré á su lado!

Armando la contempló extático, como si apareciese ante él transformada en un sér celeste, y juntando las manos é inclinándose casi hasta el suelo, exclamó al fin con voz ahogada por los sollozos:

—¡Oh, Mina, Mina! ¡Después de lo que he hecho, después de lo que has sufrido!... ¡Y por mí! ¡Por mí! ¡Oh! No soy digno de ti, de tu bondad divina.

Ella exclamó casi al mismo tiempo:

—¡No quiero que mueras! Prefiero que me abandones, que me dejes; al menos podrás tú ser feliz.

—Tranquilízate, no moriré; te lo juro por mi honor.

La condesa replicó con desgarradora desesperación:

—Pero sufrirás; te veré cada día, más triste

y más pálido, inclinándote hacia la tierra como para sepultarte en ella... Te veré sordo á mis ruegos y á las palabras de valor que te dirija, continuando así el suplicio que padezco hace dos meses, y que persistirá hasta que termine en lo que me causa horror, en lo que rechazo con toda la fuerza de mi alma: en tu muerte. ¡Oh, tú no puedes saber lo que es ver sufrir á un sér querido sin poder aliviarle! Es la tortura espantosa de las madres inclinadas ante la cuna de sus hijos enfermos: quisieran dar su sangre, su vida entera, con tal de reanimar al niño que agoniza, y es imposible. Sólo pueden retorcerse los brazos llorando desesperadamente, y ni aun muy cerca de él, por no asustarle, para dejarle la ilusión de que ignore que ha llegado su última hora. ¡Oh! Si he de ver prolongarse esta agonía que te destroza el corazón, que te ahoga y te aniquila, no podré soportarla... ¡te ruego que tengas compasión de mí!

Él sonrió dulce y tristemente.

—¡Ay de mí, Mina!—dijo.—Yo puedo promerte no atentar contra mi vida; pero no está en mi mano el dejar de sufrir. Aunque mi dolor me avergüenza, no sé vencerle ni obligarle á cesar; es más fuerte que yo, y no soy ante él más que un juguete en una mano poderosa é invisible. No necesito decirte á qué grado de desaliento moral he llegado, puesto que casi mejor que yo lo adivinas; temo que sea tan incurable como

profundo... Todo lo más que puedo hacer desde hoy es sufrir sin quejarme. Hace un momento te has mostrado generosa hasta la locura, no sólo prescindiendo de ti, sino hasta de mi conciencia, al ofrecermé ir en busca de Lydia. Sabes bien que es lo único que no debo ni quiero hacer. ¡Morir es más sencillo! ¡Abandonarte... jamás!

—¿Por qué? ¿Porque no eres libre y creerías faltar á los juramentos que me hiciste? Algún medio habrá de devolvete la libertad, de romper tus compromisos... La ley nos ha unido: ella nos desunirá. Existe el divorcio...

—¿El divorcio?—dijo Armando.—¿Eres tú quien habla? ¡Mina, una mujer piadosa, una ferviente católica!...

—¿Qué me importa la religión cuando se trata de tí? ¿En qué se convierte mi piedad cuando lucha contra mi ternura? Oye bien lo que te digo: he llegado á tal estado de desesperación al verte desgraciado, que todo ha muerto para mí, menos lo que te importe ó te interese. Mi Dios eres tú, y estoy pronta á sacrificarte mis mayores escrúpulos, mis mayores prevenções, hasta la alegría de vivir á tu lado, ¿lo entiendes?, que es mi única satisfacción en la tierra. Sepárate de mí, vete; tienes derecho á tomar otra mujer, y yo, viviendo aún, sabré que la posees, te veré tener hijos de ella, sin conservar más pruebas de que me has pertenecido que

el recuerdo delicioso de que sucedió así y el pensamiento atroz de que ya no sucede.

Él movió la cabeza y dijo gravemente:

—No acepto tu sacrificio; los lazos que nos unen son eternos.

—Entonces, ¿por qué no ha hecho Dios inalterable nuestra ternura? ¡Oh, Armando, reflexiona bien; me hallo en una hora de exaltación en que todo lo acepto, cójeme la palabra... no dudes... apresúrate!... Lo que te ofrezca lo cumpliré aun cuando tuviese que comprometer para ello mi salvación eterna. Mira que jamás me volverás á encontrar dispuesta á tal abandono de mis más preciados y sagrados derechos... Armando, aprovéchate... No me des tiempo á reflexionar.

Se retorció los brazos con furor, y al mismo tiempo que suplicaba deseando ardientemente convencerle, temblaba ante la idea de poder conseguirlo. Pero él había recobrado por completo la razón, y olvidándose de todo lo demás, sólo pensaba en aquella desesperación, más grande aún que la suya.

—No, Mina; ni ahora ni nunca aceptaré la proposición que me haces. ¿Me crees capaz de ser más feliz lejos de ti y al lado de otra? No haría más que cambiar de dolor. Estoy ligado de tal manera á ti, te profeso tal afecto, que rechazaré siempre una libertad que pueda costarte lágrimas. El divorcio será una solución útil para los que no se aman. Será la ruptura de dos indife-

rencias ó la liberación de dos infidelidades, pero no se ha instituído para personas como nosotros. Sólo arregla el orden material y deja los sentimientos intactos, por cuyo motivo no puede proporcionarnos ventaja alguna.

Mina le escuchaba anonadada. Había visto, en el calor de su exaltación, abrirse el cielo durante un momento, como para la apoteosis de un mártir, y había dirigido sus miradas á lo alto olvidándose de la tierra. Habíase imaginado que su alma ascendía purificada, dulcificada, calmada por un rayo de misericordia divina. La claridad aparecida en la noche de su vida cesaba de nuevo, y todo se ponía otra vez oscuro, dudoso, aterrador. Se hallaba enfrente de la misma situación, cuyo horror no había disminuído más que ante el miedo de ver matarse á Armando. Pero le veía quedar desolado, sombrío, sufriendo mucho. Lo que temía tanto no estaba más que aplazado. No se mataría por sí, pero al no procurar vivir y no defenderse contra sus penas, sucumbiría fatalmente; su muerte lenta, ya que no rápida, acaecería indefectiblemente. Tuvo de ello un concepto muy claro, mientras vibraron en sus oídos las últimas palabras de Armando. Nada replicó, no hizo protesta alguna y bajó la frente como ante un fallo condenatorio.

—Está bien—dijo.—Te agradezco cuanto acabas de decirme de bueno y de consolador. Rechazas mi sacrificio, como es tu deber, pero yo

acepto tu promesa y conservo la seguridad de que no renovarás la horrible tentativa que ibas á llevar á cabo contra ti... ¿Me lo prometes de nuevo?

—Te lo prometo... pero hubiera sido lo más sencillo, Mina.

—No vuelvas á hablar de eso... me atormentas...

Levantó los ojos hasta la altura de los del conde para asegurarse de la expresión de su fisonomía, y dijo tímidamente:

—¿Entonces puedo retirarme con seguridad completa?

—Te he dado mi palabra.

—Sí, es verdad, y desde el momento que me lo has prometido... puedo estar tranquila.

Dirigió una mirada aterrada al revólver que estaba en la chimenea, donde había quedado. El comprendió su pensamiento, y con una amaga contracción de los labios

—Llévatele—la dijo— si eso te tranquiliza...

Mina hizo un gesto de protesta.

—¡No, no! Me lo has ofrecido...

Se acercó á él, que estaba sentado, fatigado, abatido. Le miró profundamente, cogió su cabeza entre las manos, le besó con calor los cabellos y prorrumpió en sollozos desconsolados. Armando quiso levantarse sorprendido por aquella crisis, pero su mujer se lo impidió, haciendo un esfuerzo por sonreír, y le dijo.

—Quédate, no me atormentes más. Son los nervios que se sublevan. Esto me alivia... ¡Perdóname!... Tienes bastante con tus tristezas y debiera evitarte el espectáculo de las mías... Te dejo... intenta dormir, te lo ruego... ¡Hasta mañana!

Dirigióse á la puerta y desapareció. Al entrar en su habitación se sentó para reflexionar que había llegado al límite extremo de su resistencia. Todo lo que había podido intentar para modificar su abominable situación lo había hecho, y como nada había conseguido por la violencia ni sus súplicas habían sido escuchadas tampoco, salía de su último combate y de su último ruego con el cuerpo destrozado y el corazón sin esperanza. La batalla emprendida había terminado, y como el desastre era completo é irremediable, sólo le faltaba sufrir las consecuencias. Éstas, cuanto más se aproximaban, le parecían menos crueles que la lucha. Jamás padecería tanto para pagar su rescate como para sufrir su derrota. Debía contar con ella misma y no con los demás, idea que constituía para su naturaleza generosa y buena un inmenso alivio. Ya se lo había dicho á Armando; hubiera aceptado el llevar sobre sí sola el peso de toda su desventura, con la condición de que él fuera dichoso.

Pensó con melancolía en el duro camino que había recorrido desde el día en que se dejó posesionar furiosamente por el pensamiento de

que su marido pudiera engañarla. ¡Cuántas etapas, marcada cada una por una decepción ó por un dolor, habían aminorado sus fierezas! Y ella era la que entonces, después de no haber querido ceder en un ápice de sus derechos sobre Armando, acababa de ofrecerle su libertad con la única condición de que consintiera en vivir y en no padecer. Y esta concesión suprema había resultado inútil; esta inmoción de su amor y de su orgullo había sido rechazada. No tendría siquiera el consuelo de sacrificarse por aquel á quien adoraba, porque no había aceptado su desinterés sublime. Había llorado de ternura, de admiración y de agradecimiento, pero la había rechazado.

Un rayo fugitivo de alegría brilló en sus ojos, en otro tiempo tan bellos y tan tristes al presente. Aquella prueba de cariño ofrecido podía rechazarla él, pero no estaba en su mano impedir que ella la llevase á cabo. A la voluntad del uno se oponía la voluntad del otro, pero aun cuando Armando rehusara el ser libre y prometiese no morir, ¿quién podría impedir á Mina darse muerte para devolverle su libertad? ¡Sí, morir! Estaba en lo cierto. El problema que se presentó en su conversación con Armando, y del cual entreveía confusamente la solución, se precisaba en estos términos: puesto que él muere á causa de no poder ser amado por Lydia, y puesto que para que sea amado por ella hace falta

que sea libre, no me queda más remedio que morir.

Allí, sola, tuvo una última debilidad ante la idea de no volver á ver más á aquel cuyo amor era el único fin de su vida. ¿Pero para qué quería la vida si él no la amaba ya? Pobre Mina, tierno corazón que iba á desaparecer por no constituir un obstáculo á la dicha del sér querido, cuya felicidad eterna había sido siempre para ella un deseado sueño. Puesto que no era feliz por su causa, anhelaba que lo fuese con aquella que se le había robado, preparándose á entregársele á despecho de sus celos y de su orgullo. Era preciso que fuese dichoso, y para conseguirlo nada importaba su muerte. Juzgaba que esto sería un rescate y que en el silencio y la paz de la tumba reposaría deliciosamente de las agitaciones devoradoras, de los furiosos tormentos. ¡Oh! El olvido del mal sufrido y del mal deseado. Porque también aquella dulce criatura había tenido sus horas de odio, que la atormentaban aún más que sus propios pesares. Para tan noble alma, el rencor y la cólera eran verdaderas torturas que anhelaba lavar con el sacrificio completo de su sér. Después de reprochar á Armando su cobardía por el intento de morir, la heroica mujer decretaba su propia muerte regocijándose de que tan sublime acto borrara sus anteriores debilidades. Diferenciábanse las dos resoluciones, en que la suya era grande y fecunda y la de su marido

vana y estéril. Él, cediendo á la desanimación y la laxitud, moría para no luchar; ella moría para evitar sufrimientos á los otros.

Los otros eran Lydia y Armando, á los cuales reunía, á su pesar, en su imaginación, y ante aquel sarcasmo del destino sentía revivir en su alma mil sensaciones mal dormidas que le hicieron comprender que, por muy cerca que se halle el hombre de la tumba, siempre es víctima de la miseria humana. La espantaba la idea de que después que ella abandonase el mundo se unirían los dos enamorados, y aunque el sacrificio de su vida carecía á sus ojos de importancia, el de su amor era inmenso. ¡Ah! ¡Qué agonía moral la causó aceptar sin protesta que ambos se enlazasen con la embriaguez de una dicha participada! Y, sin embargo, hacia aquel fin se encaminaban sus fúnebres designios. Se esforzaba en cubrir con espeso velo los sucesos que debían verificarse cuando ella no existiese, para que su alma volara menos dolorida. ¡Pensar que el hombre á quien tanto amaba estrecharía entre sus amantes brazos á Lydia y que, en medio de una embriaguez deliciosa, cambiarían entre sí las mismas palabras que ella había escuchado de los labios de Armando! ¡Pensar que vivirían juntos, llenos de alegría y encantos, envidiados de todos, mientras ella quedaría olvidada en la triste tierra! ¡Ah, y olvidada con seguridad! ¿Era esto posible, y sobre todo posible gracias á ella?

Presa de espantosa desesperación, cayó de rodillas, golpeóse la frente contra el suelo y dirigió súplicas desesperadas á la naturaleza, al cielo, á Dios. Pidió que un milagro le devolviese su juventud y su belleza para que su marido la amase aún y que arrancase de su corazón el amor culpable que Armando profesaba á Lydia. La postración de su sér la sublevaba; tomó de pronto un apego furioso á la vida, y tuvo miedo al frío, á la nada, á lo desconocido. Gimió, lloró, y durante una hora fué víctima de un abatimiento tan profundo como grande había sido antes su energía.

Después volvió á posesionarse de sí misma y se avergonzó de su debilidad. ¡Qué! ¿Su materia podía en aquel punto sobreponerse á su espíritu? ¡Pobre y miserable bestia humana que estás á merced de los instintos, de los deseos y de las debilidades!, pensaba. He ahí hasta dónde te conducen: hasta vender el alma y deshonrarla por satisfacciones vergonzosas. Sintió entonces una verdadera satisfacción al ver que el servidor había cesado de estar en rebelión contra su amo, y que el cuerpo ejecutaría lo que el pensamiento decidiese. Segura ya de sí misma, se calmó y preparó la ejecución de sus designios. Ante todo, quería prevenir á Armando contra los primeros transportes de su pena, pues no dudaba que su pérdida le haría sufrir cruelmente. Lydia era la única que podía amortiguar la violencia

de la explosión de sus pesares, que podrían, si le encontraban solo, entregado á sí mismo, llevarle á un acto de desesperación.

Resolvió escribirla aquella misma mañana, pues no tenía tiempo que perder, sabiendo, como sabía, que cada hora que transcurriese robaba un poco de razón y de vida á Armando. Además, ¿no era lo mejor abreviar todo lo posible aquella espera de su decidido fin? Para enmascarar su muerte y no dejar adivinar más que una parte de su voluntad, tomó precauciones minuciosísimas, cuya base fué llamar al marqués de Villenoisy al castillo, á fin de que interpusiera su gran autoridad si alguna sospecha podía dar lugar á investigaciones legales. Deseaba desaparecer sin excitar otros sentimientos que el pesar y la tristeza, pues á aquella delicada naturaleza le repugnaba un escándalo alrededor de su lecho de muerte. El dolor la asustaba también, é intentando dulcificar su paso á la eternidad, resolvió apelar á la morfina que había servido el año precedente para calmar los sufrimientos de una de sus doncellas, gravemente enferma. Nadie sabía que poseía aquel veneno que, produciéndola un sopor dulce y lento, la conduciría al sueño de que no se despierta jamás.

Todo le pareció bien combinado, y al dibujarse el alba en su ventana se puso á escribir las dos cartas: una al marqués invitándole á volver á su lado, y otra á Lydia reclamando su presencia.

Pensó por un momento confesar la verdad á la joven, con objeto de empequeñecerla con la inmensidad de su sacrificio; pero, sonrojándose por aquella vanidad suprema, juzgó que aparecería más grande cuanto más misteriosa fuese. Además, no quería arrojar sobre el porvenir de Armando y de Lydia la sombra imborrable de su muerte voluntaria revelada, pues deseando hacerlos felices, era preciso evitarles un remordimiento que, envenenando su dicha, les alejaría tal vez al uno del otro. El alma clemente de Mina, poseedora de todas las generosidades, se resignó al sacrificio silencioso, y sólo dijo á Lydia:

«Mi querida hija: Me prometiste obedecerme como si fuera tu madre; pues bien; hoy te llamo á mi lado y te llamo con premura. Existe un grave é inminente peligro que sólo á mí amenaza. Hace varios meses que sufro mucho, sin decirlo, á causa de violentísimos dolores en el corazón. He consultado á un médico hace poco, sin que mi marido lo supiera, para no inquietarle, y en las frías reticencias del doctor he comprendido que mi vida está amenazada. Necesitaba una existencia tranquila, sin emociones, y sabes que mi locura no me ha permitido gozar de la calma; por este motivo mi mal ha aumentado de tal modo, que desde hace algunas semanas temo desaparecer repentinamente, dejando á mi marido abandonado, sin

consuelos, sin afectos. ¿Me comprendes, hija mía? Tengo miedo de que se halle solo, cerca de mi cuerpo moribundo, de mi cadáver tal vez... Por último, no quisiera morir sin volver á verte, sin abrazarte, sin hacerte conocer mi última voluntad, y como me resta muy poco tiempo de estar sobre la tierra, quiero que no estés demasiado lejos de mí... Si pudiera proporcionarme la alegría de colocar tu mano en la de Armando y reunir las ambas en la mía, cuando dé el último suspiro, abandonaría la tierra más tranquila, casi consolada. ¿Me comprendes, es cierto? Él ha sido mi única adoración en el mundo, y en el momento de morir, te lo lego con el deber de amarle como yo le he amado, de sustituirme á su lado para velar por su dicha. Al obedecerme, querida hija mía, habrás ejecutado mi postrera voluntad y merecerás que te bendiga con todas las fuerzas de mi ternura, ya en calma.—MINA.»

Después de terminada la carta, la condesa experimentó un alivio completo, quedándole sólo la penosa tarea de vivir los pocos días que faltaban hasta la llegada de Lydia, porque no admitía ni por un solo momento la idea de que no viniese. Conocía demasiado el carácter de la joven para dudar de su resolución. El sol brillante y ardoroso entraba por la ventana y la condesa, levantando las cortinas, contempló el extenso parque, cubierto de una niebla oscura

que corría sobre el musgo como una nube de humo, dejando percibir tan sólo las gotas de rocío que temblaban en los árboles, mientras los pajarillos jugueteaban cantando en las ramas.

Al límite de la llanura, en el camino, una carreta de bueyes continuaba su pesada marcha, mientras el conductor marchaba indolentemente aspirando el aire matinal. Mina se dijo:—Lo mismo pasó ayer, mañana pasará lo mismo, yo desapareceré y nada cambiará. ¡El universo contará con un átomo menos y nada más! ¡Pobre humanidad, que igualas tus dolores tan vanos y débiles á los mayores cataclismos del mundo, y te lamentas por algunos instantes de sufrimiento, cuando tienes ante ti la eternidad!—Volvió á dejar caer las cortinas, y, para olvidar, procuró dormir.

XII

Hubiérase dicho que con las últimas vacilaciones de la señora de Fontenay habían desaparecido sus amargas dudas. En los días que siguieron al envío de su carta á la señorita Audrimont y á la llegada del marqués, estuvo contenta, sonriente, ataviada como en los días mas brillantes de su vida. Se hizo coqueta para la muerte como si hubiera querido seducirla y ha-

consuelos, sin afectos. ¿Me comprendes, hija mía? Tengo miedo de que se halle solo, cerca de mi cuerpo moribundo, de mi cadáver tal vez... Por último, no quisiera morir sin volver á verte, sin abrazarte, sin hacerte conocer mi última voluntad, y como me resta muy poco tiempo de estar sobre la tierra, quiero que no estés demasiado lejos de mí... Si pudiera proporcionarme la alegría de colocar tu mano en la de Armando y reunir las ambas en la mía, cuando dé el último suspiro, abandonaría la tierra más tranquila, casi consolada. ¿Me comprendes, es cierto? Él ha sido mi única adoración en el mundo, y en el momento de morir, te lo lego con el deber de amarle como yo le he amado, de sustituirme á su lado para velar por su dicha. Al obedecerme, querida hija mía, habrás ejecutado mi postrera voluntad y merecerás que te bendiga con todas las fuerzas de mi ternura, ya en calma.—MINA.»

Después de terminada la carta, la condesa experimentó un alivio completo, quedándole sólo la penosa tarea de vivir los pocos días que faltaban hasta la llegada de Lydia, porque no admitía ni por un solo momento la idea de que no viniese. Conocía demasiado el carácter de la joven para dudar de su resolución. El sol brillante y ardoroso entraba por la ventana y la condesa, levantando las cortinas, contempló el extenso parque, cubierto de una niebla oscura

que corría sobre el musgo como una nube de humo, dejando percibir tan sólo las gotas de rocío que temblaban en los árboles, mientras los pajarillos jugueteaban cantando en las ramas.

Al límite de la llanura, en el camino, una carreta de bueyes continuaba su pesada marcha, mientras el conductor marchaba indolentemente aspirando el aire matinal. Mina se dijo:—Lo mismo pasó ayer, mañana pasará lo mismo, yo desapareceré y nada cambiará. ¡El universo contará con un átomo menos y nada más! ¡Pobre humanidad, que igualas tus dolores tan vanos y débiles á los mayores cataclismos del mundo, y te lamentas por algunos instantes de sufrimiento, cuando tienes ante ti la eternidad!—Volvió á dejar caer las cortinas, y, para olvidar, procuró dormir.

XII

Hubiérase dicho que con las últimas vacilaciones de la señora de Fontenay habían desaparecido sus amargas dudas. En los días que siguieron al envío de su carta á la señorita Audrimont y á la llegada del marqués, estuvo contenta, sonriente, ataviada como en los días más brillantes de su vida. Se hizo coqueta para la muerte como si hubiera querido seducirla y ha-

cerle estimar su conquista. Pensaba en su pena por tener el gusto de verla vencida. El marqués y Armando, sorprendidos por esta expansión inesperada después de una postración tan melancólica, experimentaron un verdadero goce por este cambio dichoso. No observaron todo cuanto aquello tenía de nervioso, de exaltado y de ficticio. Mina llevó el arte de su disimulo hasta á hacer proyectos para el invierno, hablando de irse á instalar á Cannes, de fletar un *yacht* de vapor y de recorrer muy despacio la costa de Nápoles. Parecía ávida de contemplar países nuevos, y manifestaba estar dispuesta, si la navegación no le parecía muy penosa, á ir hasta Egipto y remontar el Nilo. Manifestaba, al desarrollar su plan de viaje, una animación singular, una especie de fiebre de próxima partida. Ambos la miraron estupefactos, y el marqués la dijo:

—Pero mi querida condesa, como no va usted á emprender el viaje mañana, no hace falta que se exprese usted con tanto calor. Aguarde usted que llegue el momento de efectuarle y disfrutará del placer que le cause, pues de otro modo llegará usted á aburrirse del viaje antes de comenzarle.

—¡Bueno! Entonces haré proyectos nuevos é intentaré llevarlos á la práctica. Después de todo ¿no son los sueños lo mejor y mas cierto de la vida? Jamás alcanza la realidad su encanto, su bondad, su esplendor. ¡Soñemos!, ¡soñemos! Es el medio de ser dichosa.

Armando la observaba con ojos inquietos. Aquella vivacidad brillante, que sucedía al sopor acongojado de las semanas precedentes, le aterró extraordinariamente. Preguntóse varias veces si Mina, desequilibrada por sacudidas tan violentas, conservaría la plenitud de su razón; pero por extraña que fuese la animación de su mujer estaba impregnada de una afabilidad tan delicada que no era posible encontrar discordancia alguna que delatase un trastorno del espíritu. Reconstituyendo los hechos pasados, Armando logró acordarse de que así era su mujer cuando la amaba tanto, tal como la veía en aquel instante: exuberante de imaginación y rebosando gracia como en los tiempos pasados. Todo aquel esplendor se había eclipsado por culpa suya, pero existía en el fondo, por más que le hubiese velado la tristeza.

¿Dependería todo aquello de que haciendo un esfuerzo de imaginación, ó por medio de un arranque del deseo, procurase Mina reconquistar el encanto que la hacía tan seductora, á fin de intentar atraer al ingrato que se alejaba de ella, arrancándole á la sombría desanimación y al tedio mortal que le consumía? ¿No la había visto durante seis meses luchar ardentemente por desembarazarle de la atracción irresistible que sufría? Conocía su energía y su valor. ¿No podría ser aquella expansión que la reaccionaba una nueva prueba que ella intentase llevar á cabo?

Así lo creyó, agradeciéndoselo á Mina. Esta tuvo entonces la alegría suprema de verle sonreír y de observar que la animaba con una mirada llena de ternura; pero no tuvo la debilidad de creer que había vuelto á inflamar en su favor el corazón de su marido, ya muerto para ella. Sólo un estremecimiento de orgullo se posesionó de su alma por haber podido luchar victoriosamente contra el recuerdo de Lydia y vencer durante algunas horas. El marqués, ansioso de conocer las causas de aquella transformación, acompañó á Mina en su paseo para preguntarle discretamente. Adivinando la existencia de una herida todavía abierta, no osó tocarla sino con gran precaución. Habiéndole preguntado si tenía noticias de Lydia,

—Sí—le respondió Mina—y muy buenas por cierto. Va á regresar de Escocia, donde lleva dos meses, con objeto de hacer un largo viaje por España. Ya sabes que esas gentes nacidas en las colonias son verdaderamente nómadas y que no gozan sino andando por los caminos...

—¿No se ha casado todavía?

—¡No! Prefiere permanecer soltera...

—Al menos el barón de Cravant no tendrá ningún rival preferido...

—Muy satisfactorio es eso para su orgullo, pero no para su amor.

—¡Oh! Ya sabes que Pablo es muy tibio en sus impresiones. No ha sido muy ardiente ni en

su desesperación ni en su ternura. ¡Un humo poco espeso, una explosión muy ligera, pero no un incendio!...

—Nada parecido á un Vesubio...

—No, un volcancito de salón. La lumbre que se necesita para hacer una taza de té.

Ambos se echaron á reír; pero el viejo diplomático halló algo extraña la alegría de Mina y su risa le pareció tan aguda y estridente que le hizo daño. Continuó su interrogatorio.

—Mucho celebro que Armando haya recobrado su calma.

El rostro de la condesa se contrajo y una angustia repentina oprimió su garganta. Sólo respondió con un vago movimiento de cabeza. Tan rápido y tan completo fué el cambio, que el marqués no pudo dudar que la tranquilidad de su amiga era fingida y su alegría puramente artificial. ¿Por qué y para quién representaba aquella comedia? ¿Había dispuesto aquellos artificios para él tan sólo? ¿Cómo, después de haberle demostrado tanta confianza, se rodeaba de repente de tantas precauciones? El anciano adivinó un misterioso designio, y guiado, no por la curiosidad, sino por un verdadero interés, procuró descubrirle.

—A usted no le doy la enhorabuena. Conozco su fuerza de voluntad, pero á pesar de todo, confieso que me asombra ese proceder y este buen humor...

La condesa había tenido tiempo para recobrar su sangre fría. Removió la arena con la punta de su sombrilla y contestó con agradable sonrisa:

—¿Qué quiere usted? Envejeciendo se hace uno filósofo. Soy mucho más razonable desde hace algún tiempo, y el fruto de esta moral ha sido una resignación voluntaria y, por lo tanto, duradera. Mi marido, más joven en realidad que yo, y representando veinte años menos, ha modificado la ternura que me profesaba. ¿No sería una loca si quisiera amarle de distinta manera de como él me ama, y corresponder á su amistad con la pasión? He seguido su ejemplo, modificando también mis sentimientos, y aunque no lo he logrado sin lucha, he conseguido al fin lo que me proponía, triunfo del cual está usted viendo los efectos. En lugar de atormentarle con exigentes celos, tiene una libertad completa. En vez de reprimirle por el pasado y llorar, hago proyectos para el porvenir, procurando distraerle. Él se encuentra satisfecho, como usted habrá podido observar, y yo he hallado en ello singular contento. Era preciso, en una palabra, tomar el partido que he tomado valerosamente y normalizar mi vida. ¿Qué parece á usted mi decisión?

—La admiro, si es sincera.

—¿Cómo no había de serlo?

—¿Cuánto durará?

—¡Quién puede saber lo que viviremos nosotros!

—Cuando desaparezcamos todo terminará y los acontecimientos tomarán el giro que puedan...

La condesa se puso muy seria de pronto.

—No—dijo—no el giro que puedan, sino el que deban tomar. Me preocupo hasta de lo que sobrevendrá después de mí.

El marqués miró fijamente á la condesa, pero la halló impasible.

—Mientras viva haré todo lo posible porque Armando encuentre la vida dulce y apetecible. Pero cuando yo falte...

—Amiga mía, si quedan á usted veinte años de vida...

—Cuando yo falte—repitió enérgicamente Mina, sin detenerse por la interrupción y prosiguiendo con firmeza el pensamiento comenzado—¿quién me reemplazará cerca de él? No puede vivir solo, porque acaso le he cuidado y mimado demasiado. Pero ¿quién volverá á prodigarle las dulzuras á las cuales le tenía acostumbrado con tanto placer?

Tomó el brazo del marqués, le oprimió con fuerza y añadió:

El sufrimiento consume la vida; yo he sufrido mucho moralmente desde hace algunos meses, y sufro físicamente mucho, sin decirlo. Puedo desaparecer muy pronto... lo sé...

Quiso el marqués protestar, pero su interlocutora le impuso silencio con una mirada impetiva.

—No hablo por hablar. No temo á la muerte por mí, sino por los que dejo en el mundo. Pues bien, oiga usted cuál es mi última voluntad; sea el depositario de ella y déla á conocer cuando lo crea conveniente. Deseo que Armando se case con la señorita Audrimont. Dígaselo usted el día que los vea desesperados y comprenderán que les ordeno que vivan y al par cuán grande é inmensa era la ternura que yo les profesaba.

Aterrado, entreviendo en el alma de Mina sentimientos profundísimos que jamás sospechara, el marqués quiso pedir explicaciones, reducir á la nada, desvanecer las aprensiones de la condesa, discutir sus planes, lanzar un poco de luz en el tenebroso abismo en que acababa de verla sumida. Pero Mina cambió de tono y dijo con jovialidad:

—Hemos hablado mucho y demasiado en serio durante largo tiempo, merced á lo cual me ha predisuesto usted á la melancolía... Pero lo dicho, dicho está... y no quiero pensar más en ello.

Le condujo al castillo al lado de Armando, y el marqués no pudo reanudar aquella conversación. Había quedado bajo una impresión tan triste, que le duró hasta la noche, á pesar de los esfuerzos de la condesa, que hizo prodigios de amabilidad y habló con una fluidez y una facilidad notable. Después de la comida se sentó al piano y cantó, como ella sabía cantar, las estrofas de *Safo*, en el momento de lanzarse al abismo,

menos amargo para ella que sus lágrimas. Las expresó con un sentimiento tan punzante y desgarrador, que las lágrimas brotaron de los ojos de los que la oían. Al fin del fragmento musical los encontró silenciosos, y al verlos conmovidos, se burló de ellos, y para cambiar sus impresiones empezó un vals de Strauss. De aquel modo les tuvo llenos de asombro, atónitos, encantados.

Hacia las diez de la noche, en el momento de servir el té, se presentó un lacayo con un telegrama dirigido á la condesa y conducido por un propio desde la estación vecina. Mina le abrió, le leyó y palideció un poco, al mismo tiempo que una sonrisa se dibujó en sus labios. Fue una impresión á la vez alegre y melancólica, parecida al efecto de un rayo de sol á través de una lluvia de estío. Desapareció pronto la palidez y sólo quedó la sonrisa.

—¿Qué ocurre?—preguntó Armando algo inquieto.

—Nada importante. Es de mi modista, que tiene una duda sobre una labor que la he encargado, y me consulta por telégrafo para no tener que interrumpirla. Estos despachos no son de los que hacen bajar la Bolsa.

Y alegre siempre, sonriente, encantadora, prolongó la velada hasta las once, á cuya hora los dos caballeros la acompañaron hasta su habitación, donde les despidió dándoles las buenas no-

ches. Ni la menor emoción en su mirada, ni el más ligero temblor en su voz despertaron sospecha alguna en Armando ni en el marqués. Les despidió á la puerta con aire de alegría, estrechó la mano del anciano, abrazó á su marido, y al separarse repitió afectuosamente: «Hasta mañana.»

Pero apenas quedó sola, despidió á su doncella, se dejó caer estenuada por la fatiga del horrible papel que acababa de representar, y prorumpió en sollozos. No tenía necesidad de más engaños, estaba á solas consigo misma y todo había concluído. Acababa de recibir su sentencia de muerte, que era aquel despacho leído intrépidamente ante los ojos de su marido y del marqués, y que entonces estrujó con furor entre sus crispadas manos. Volvió á abrirle, sin embargo, y á leerle para asegurarse de que no había error posible. Contenía estas palabras: «Acabo de llegar á Paris. Estaré en Cravant mañana á las once.—LYDIA.»

Al llegar Lydia á Cravant, Mina estaría ya en su ataúd. No había prórroga, recurso ni indulto posibles. Llamar á Lydia era lo mismo que firmar su propia condenación. *Una ú otra*, pero jamás las dos juntas al lado de Armando. Puesto que era necesario que fuese Lydia para que aquel á quien Mina lo subordinaba todo tuviese fuerzas para vivir, ella tenía forzosamente que desaparecer. Pero al aproximarse la hora decisi-

va, la mártir temblaba. Su alma tenía heroísmo para resolver, pero la carne era débil ante la ejecución. En la estancia donde había pasado los diez mejores años de su vida, lloraba amargamente, recordando el bien perdido.

En medio de su espantosa agonía buscaba un apoyo en su alrededor, y no encontrándole elevó los ojos al cielo. Rezó, pidiendo á la par á Dios que la perdonase su sacrificio y que le diera fuerzas para realizarle. Aquel que había muerto por la salvación de la humanidad debía apiadarse de la que iba á morir por la salvación de un hombre. Cuando se levantó estaba más tranquila y resignada.

Puso en orden sus papeles, quemó el telegrama de la señorita Audrimont, anunciando su llegada, y no pudo menos de observar con ironía que el drama cuyo desenlace iba á efectuarse al cabo de un instante, había comenzado por un telegrama de Lydia y terminaba del mismo modo; el problema de su destino se encerraba entero entre dos delgadas hojas de papel azul. Se acercó al balcón, buscó con la mirada la ventana de la habitación de su marido y la vió sombría como la noche en que iba á entrar por una eternidad. Entonces, exhalando un profundo suspiro, se echó en el lecho, del cual no había de levantarse nunca.

Vino el alba y nada alteró el silencio que reinaba en el palacio. La señora de Fontenay

salía habitualmente muy tarde de su habitación; pero á las diez y media de la mañana entró su doncella, y no oyéndola moverse, se acercó al lecho y corrió las cortinas. Entonces retrocedió lanzando un grito penetrante. Después, horrorizada, dejando las puertas abiertas, huyó, no pudiendo proferir más palabras que:

—¡La señoral ¡Dios mío! ¡La señoral!...

Al oír aquel ruido, acudieron Armando y el marqués, que estaban juntos en la biblioteca, y al ver el terror de aquella muchacha, su temblor y sus palabras entrecortadas, desprovistas de una significación precisa, sospecharon una desgracia. Sin aguardar á interrogarla corrieron á la alcoba de Mina. Al llegar al dintel de la puerta se detuvieron inmóviles de estupefacción y de dolor. Ante ellos estaba Mina, tendida, pareciendo dormir, pero con las sombras de la muerte impresas sobre su frente. Sus manos estaban cruzadas, parecía orar. Su boca sonreía, como si gozase de un sueño dichoso.

Armando, dominando su estupor, corrió hacia el lecho y se lanzó sobre el cuerpo inanimado. Sintió el frío de la muerte, retrocedió con horror y cruzó con el marqués una mirada llena de angustia. Tuvo conciencia de su espantoso abandono, se vió perdido, entregado á sí mismo, y más helado todavía que la muerta, murmuró:

—¿Y ahora, cómo vivir?

El recuerdo de todos cuantos tormentos había

originado á aquella pobre mujer á quien entonces echaba de menos amargamente, le espantó. Se juzgó criminal, se acusó de haberla asesinado, y entre quejas desgarradoras, con la cabeza apoyada en sus crispados puños, olvidándose de todo lo que no era su inmensa pena, sollozó locamente. El marqués, en la penumbra, empezando á comprender el sentido misterioso de las últimas y supremas recomendaciones de Mina, miró con áspera tristeza á aquel hombre que tenía bastante sensibilidad para llorar á su víctima, pero que no había tenido suficiente valor para salvarla. Viéndole tan abatido y recordando la suprema clemencia de Mina, no quiso despojarse por completo de piedad y se disponía á decirle algunas palabras de consuelo, cuando observó que se encaminaba á la puerta con la mirada extraviada. Dió un paso para seguirle, pero Armando le detuvo con un gesto, diciéndole con voz ahogada:

—Quédese usted á su lado...

—No — repuso el anciano — no abandonaré á usted...

—¿Qué teme usted, pues?

El marqués le miró profundamente, y dijo:

—Lo que ella misma temía.

Armando palideció terriblemente, y con los ojos trastornados, casi ciego, exclamó:

—¿Ella ha dicho á usted?...

—No pudo acabar...

—Me dijo—continuó el anciano con firmeza— que se sentía herida de muerte y que la quedaba poco tiempo de vida. Me encargó que velase por usted, y que cuando no existiese le hiciera conocer su última voluntad.

—¿Me había perdonado?

—Amaba á usted.

Armando lanzó un grito terrible.

—¡Ah, he sido yo quien la ha matado!—gritó— ¡Yo, miserable de mí, he sido su verdugo! ¡Cuando me era tan fácil hacerla dichosa, la he torturado, y ahora no sé cómo podré sobrevivirla! Ella era el ángel de mi guarda sobre la tierra, y hoy me encuentro solo... ¡Oh, qué soledad tan desesperante!...

Y presa de un abandono abrumador, cayó de rodillas. En el mismo instante oyóse rodar sobre la arena del patio un carruaje, que se paró debajo de la ventana, y á sus oídos llegó una voz que, resonando en el silencio fúnebre del castillo, les hizo estremecerse. Aquella voz decía:

—¿Y la condesa? ¿Dónde está la condesa?

Nadie respondió.

Armando y el marqués permanecieron inmóviles en la habitación, escuchando un paso ligero que se aproximaba. Lydia no tardó en aparecer en el dintel de la puerta, que había quedado abierta. Una mirada del marqués le mostró á Mina inanimada y al conde llorando junto á ella. La joven lanzó un doloroso suspiro, hizo la

señal de la cruz, y sin decir una sola palabra se arrodilló al lado de Armando. Un rayo de sol entró por la ventana, iluminando la frente de la muerta, y entonces el conde creyó que en su último sueño le sonreía. Indudablemente su alma, cerniéndose sobre aquellos á quienes había amado en la tierra, se regocijaba por haber llamado á Lydia en el instante en que ella abandonaba á Armando.

FIN

